



Mi jefe.
SU FAMILIA PIRADA
y mis caóticas
NAVIDADES

LIL EVANS

Table of Contents

[Anteportada](#)

[Síguenos](#)

[Información legal](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

[Síguenos](#)

[Créditos](#)

LIL EVANS

**Mi jefe, su familia pirada
y mis caóticas Navidades**

Traducido del francés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
[@cherrypublishing_esp](https://www.instagram.com/cherrypublishing_esp)
Sigue también a la autora:
[@lil_evans_loves_books](https://www.instagram.com/lil_evans_loves_books)

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2023, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Primera edición: noviembre 2023

Knox

Nueva York está cubierta de unas nubes negras y azules que, amenazantes, se aferran a los edificios, como si pretendieran desafiarlos desde el cielo. Hace un tiempo gris y sombrío, y desde ayer, cae un aguacero constante. Si hiciera un par de grados menos, la ciudad estaría sepultada por la nieve.

Los habitantes de la ciudad parecen tristes y molestos.

Todos refunfuñan, van con prisa y se abren paso a empujones.

Pero yo estoy en mi salsa. Nada me hace sonreír; nada me hace feliz. Soy una puta tempestad que, cada mañana, cruza las puertas de Sullivan Inc¹., la empresa que fundé y a la que di forma con mis propias manos cuando ya no me quedaba nada. Nada de nada: ni siquiera un techo bajo el que dormir.

Esta empresa es lo que más valoro en el mundo.

Le dedico todo lo que tengo: mi tiempo, mi dinero, mi alma, mi vida entera, porque es el símbolo de mi éxito, el símbolo de todo lo que una vez me salió mal, todo lo que me robaron. Antes de que resurgiera de mis malditas cenizas.

Esta mañana, como de costumbre, aparco mi Bentley Continental negro y cromado en la enorme plaza que me han reservado delante del edificio. Nada más abrir la puerta, una de mis secretarias se me acerca corriendo, con sus altísimos tacones de aguja y paraguas en mano para que no caiga ni una gota de lluvia sobre mi traje de lujo.

—Buenos días, señor Sullivan —jadea, presa del frío glacial de este primer día de diciembre.

No ha tenido tiempo de cubrirse de la lluvia antes de acercarse a mí. Ha preferido evitar que me empara.

Cojo mi abrigo del asiento del copiloto, salgo del coche y me pongo de pie, a unos cuantos centímetros de ella y la obligo a que estire el brazo para protegerme. Mis hombros y mi cuerpo atlético, moldeado por mi ropa de lujo, ocupan ahora todo el espacio, por lo que ella tiene que retroceder ligeramente para que ambos quepamos.

Apenas le dirijo la mirada. Ni siquiera un gracias.

Es ella quien debería darme las gracias todos los días, por ofrecerle un trabajo en una empresa tan exitosa y de buena reputación como la mía.

—¿Señor? —murmura.

—¿Sí?

Mi respuesta en forma de queja hace que sus mejillas palidezcan de repente. A menos que sea por la forma en que la miro, esto es, una mezcla de ira, agresividad y superioridad. Mis ojos oscuros se clavan en los suyos, llenos de delicadeza y amabilidad. Todo lo que yo nunca mostraré.

—La primera persona con quien tiene que reunirse llega tarde, señor. Lo siento muchísimo...

Una mueca de molestia se dibuja en mi rostro. Sin mediar palabra, sigo dirigiéndole esa mirada fría, dura e insistente, como si ella fuera la única responsable de esta debacle. Se sonroja

aún más, nerviosa. Sus labios, entreabiertos por el miedo, dejan escapar un suspiro sordo en el gélido aire. Quiere disculparse, pero se ve incapaz de hablar. Está helada.

Y en cierto modo, eso me hace reír, aunque no lo deje ver.

Sigo dirigiéndole esa mirada dura y cruel que hace sufrir a todos mis empleados y se convierte casi en un juego para mí. Antes de dirigirme a la oficina, me pongo el abrigo. Lentamente. Meto las manos en los bolsillos, como si quisiera que ella aprovechara para salir corriendo.

Mi secretaria se pone como un tomate. Creo que es consciente de que la impuntualidad de esta persona me está sacando de quicio, y de que puede que lo pague con ella. ¡Joder! Hace unos años me habría encantado ver cómo se le humedecían los ojos. Habría disfrutado de la forma en que el miedo se apoderaba de su precioso rostro. Me habría encantado que me temiera lo suficiente como para saber cuál era su lugar y darse cuenta de que el menor inconveniente me convertiría en su peor enemigo.

Pero ahora estoy cansado de todo. Su miedo me tranquiliza. Me demuestra que soy capaz de dominar a todos los que me rodean. Su incomodidad solo me produce un sabor amargo en la boca. Un sabor que me provoca náuseas cada vez más a menudo. Lo único que tengo que hacer es ocultarlo.

Lilly Young lleva dos años trabajando para mí. Pienso en ella como un ratoncito. Es discreta, deambula sin hacer ruido por los pasillos y hace un trabajo admirable, sin quejarse nunca ni levantar la voz.

Como con cada uno de mis doscientos empleados, lo sé todo sobre ella. Su situación familiar, su carrera, sus aspiraciones, el estado de su cuenta bancaria... Sé dónde presionar para hacerle daño, si un día tuviera que llegar a ese extremo. Y sé que podré hacerlo si alguien vuelve a creer que puede tomarme el pelo.

—He intentado llamar al señor Pérez para saber dónde está, o si se ha olvidado de su cita, pero me sigue saltando el buzón de voz. Lo siento, señor...

—La he escuchado la primera vez —rechisto mientras me meto las manos en los bolsillos para ocultar que aprieto los puños.

Dios, odio a la gente que llega tarde. Es la misma gente que altera mi apretada agenda, que siempre organizo a la perfección. Soy así de meticuloso: el desorden y la falta de disciplina me provocan ansiedad. Aprieto la mandíbula hasta sentir dolor, pero intento no parecer demasiado enfadado ante Lilly, quien se coloca nerviosamente un largo mechón rubio detrás de la oreja.

Al fin y al cabo, no es culpa suya; lo sé a ciencia cierta. Sin embargo, es más fácil ignorarlo y echarle la culpa a la gente en la que puedo descargar mi ira.

—Siga llamándole, señorita Young —contesto con cierto desdén.

Sus grandes ojos celestes se abren de par en par, como si le sorprendiera que supiera su nombre. En dos años, he sido capaz de aprenderme los nombres de sus padres y hermanos.

Nunca dejo nada al azar.

—Si aparece y tiene una buena razón para llegar tarde, asistiré a la reunión. Si no la tiene, ponlo de patitas en la calle, ¿está claro?

—S-Sí —tartamudea, aunque estoy seguro de que no haría daño ni a una mosca.

Retomo el paso hacia la enorme torre de cristal y acero que tengo delante. Mis pasos son rápidos y enérgicos, así que a mi secretaria le cuesta seguirme el paso con esos tacones. Molesto, aminoro un poco la marcha y saco el móvil del bolsillo para consultar mis mensajes. No quiero que piense que voy más despacio por ella.

Al fin y al cabo, gracias a ella no me ha caído ni una sola gota de lluvia. Y lo que es más, veo que sus labios ya están ligeramente azules por el frío.

Un sentimiento de culpa me crece en el pecho y empiezo a ahogarme, pero lo alejo. ¡Maldita sea! ¡De ninguna manera voy a sentir la más mínima empatía por ella, una mujer que podría traicionarme en cualquier momento!

No confío en nadie en este mundo. Ni siquiera en mi propia familia, y mucho menos en extraños a los que no debo nada.

No es la primera vez que me traicionan, que me hacen daño, ni que intentan destruirme. Ha pasado en varias ocasiones, de hecho. Y la coraza de acero blindado que me he forjado me sienta como un guante. Ya no tengo alma. Ya no tengo corazón. Todo en mí está muerto, y me gusta que sea así, porque me permite avanzar sin un solo obstáculo en mi camino. Ya no respeto a nada ni a nadie. No me importa nada ni nadie. Excepto mi empresa.

Cuando por fin llegamos al vestíbulo de mármol y plata de mi edificio, un sentimiento de orgullo me invade las entrañas e intenta salirse de mi pecho. No sonrío. Ni siquiera sé si puedo. Pero ¡joder! Esta es mi casa. Soy el rey. Y nada ni nadie podrá destronarme nunca más.

¹ *N. de la T.* En español, *Inc* (abreviatura de *Incorporated*) equivale en la mayoría de los casos a una sociedad anónima.

Knox

El vestíbulo de Sullivan Inc. es un lugar especialmente luminoso, incluso cuando las nubes amenazan con conquistar la ciudad en el exterior. Las enormes ventanas de la entrada proporcionan la cantidad justa de luz natural, y las modernas lámparas de araña que cuelgan desde lo alto del techo se encargan del resto.

El suelo es de mármol blanco, vetado del gris más puro, mientras que de las paredes cuelgan magníficas y lujosas obras de arte. Estoy especialmente orgulloso de ellas. En la entrada, dos guardias armados controlan quién entra o sale, y solo dejan pasar a los miembros del personal y a los visitantes provistos de un pase.

Todo tiene su sitio y su manera de proceder. Como siempre.

—Vuelva a su puesto, señorita Young.

Mi orden hace eco en la inmensa recepción y, tras coger su paraguas, Lilly se dirige hacia su mesa, situada a la entrada del edificio, donde otras dos personas ya trabajan y no se atreven siquiera a mirarme.

Les infundo miedo. Les infundo respeto.

Y más les vale ir con cuidado y no pasarse, ¡joder!

Una vez he tenido suficiente de esa amarga sensación que corre por mis venas, camino hacia el final del pasillo. Mis pasos retumban en el mármol. Y al girar a la izquierda para llegar a los ascensores, me fijo en una joven con una sonrisa increíble que de repente —sí, de repente— hace que mi corazón palpite. O al menos, los pedazos que quedan de él y que cuelgan tristemente de mi pecho.

Es preciosa. No, ¡es sublime!

De repente siento que me falta algo, y me doy cuenta de que hace tanto tiempo que no veo sonreír a nadie que había olvidado lo bien que sienta. Esa extraña sensación... Es como si me clavara una espina tras otra.

La situación me tienta a esbozar una sonrisa. ¡La suya es tan contagiosa! Pero ¡alto! Me contengo, porque no estoy acostumbrado a ser feliz. Y no quiero que eso cambie. Sería demasiado peligroso.

Cuanto más me acerco a ella, más atraído me siento. Más quiero mirarla. Intento con todas mis fuerzas fijar la vista en todo lo que me rodea menos en ella, pero es imposible.

Por mucho que lo intente con todas mis fuerzas, no puedo apartar los ojos de su cara redonda, con una sonrisa brillante. Sus ojos, verde oscuro con destellos dorados, parecen brillar como un puto diamante al sol.

Camino hacia ella. Me acerco a ella. Su aroma a azúcar y flores me saca de mis cabales y empieza a hacer que la sangre hierva en lo más profundo de mis venas. Pero en cuanto termina de admirar el lujo del lugar, huye, y eso me enfurece.

¡Me saca de quicio!

Antes de que pueda darme cuenta, se da la vuelta y echa a correr hacia los ascensores.

Lleva un gorro ridículo, color blanco crudo con puntitos dorados, y sus largos mechones ondulados están completamente empapados por la lluvia. Igual que su chaquetita, demasiado

ligera para el frío invernal, y su falda vaporosa, que se balancea a cada paso y tapa un culo precioso.

Separo los labios y respiro con fuerza.

Mi mirada se clava en su culo, algo que no me ocurría desde hacía... mucho tiempo. Al igual que el deseo que siento de repente, que esta adrenalina, esta tensión, esta necesidad casi cruel de agarrarla por las caderas y empotrarla contra la primera pared que encuentre, mientras la beso y hago que su sonrisa desaparezca entre gemidos.

¡Dios mío! ¿Qué me está pasando?

Me paso una mano por el pelo, y aprieto con los dedos un par de mechones negros, demasiado largos para mi gusto.

Tengo que calmarme. Tengo que calmarme. Tengo que calmarme.

Es una cuestión de honor: no puedo tener relaciones con mis empleados. Es casi vital para mí. Por algo soy un maniaco del control.

Y ahí está, esta extraña, apareciendo en mi casa, en mi propia empresa, sonriendo.

Nadie sonríe nunca aquí. Y...

Pero ¡ojo! Es una extraña... —dice una vocecita intrigada en lo más profundo de mis pensamientos.

Conozco al dedillo a todas y cada una de las doscientas personas que trabajan para mí, lo que significa que esta mujer no es una empleada.

Una sensación de puro placer se apodera de mi cuerpo y me obliga a apretar los puños para no perder los nervios. No la conozco, ¡maldita sea! Y no quiero conocerla. Todo lo que no conozco es un peligro potencial, y me basta con fijar la vista en ella para saber que es la mayor amenaza para mí ahora mismo. Porque hacía mucho, mucho tiempo que no sentía una oleada de deseo semejante por una mujer, y me está costando controlarme.

La preciosa morena se detiene al final del pasillo, llama al ascensor y empieza a dar saltitos. Está radiante... Tanto que empequeñece todo a su alrededor. Incluso se eclipsa a sí misma.

—¿En serio? —suspiro al verla resbalar en el charco que tiene a sus pies.

Está tan mojada por la tormenta que se ha formado un charco enorme en el mármol mientras esperaba, y eso puede jugar en su contra.

La desconocida se despatarra con un gritito que resuena a nuestro alrededor, y se le escapa un rugido animal de decepción y frustración, como si no fuera la primera vez que le ocurre algo similar.

Me apresuro a ayudarla pero entonces veo su faldita...

Está completamente levantada. Me deja entrever sus suntuosas, carnosas y duras nalgas, que además de estar realzadas por el transparente encaje rojo, tienen el descaro de ser perfectas. Su piel es dorada y... ¡mierda! No voy a poder sacármelas de la cabeza.

Con un nudo en la garganta por el deseo infinito que despierta en mí, agarro con delicadeza la tela de su vestido para bajársela, solo para que no se dé cuenta de la situación comprometida en la que se ha puesto.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —digo con aire molesto, como un patán.

Ella se mueve un poco. Gime. Pero se queda ahí tumbada.

—Me duele todo. ¿Qué ha pasado?

—Se ha resbalado en un charco. El espectáculo ha sido de diez, por cierto.

—¡Qué agradable es usted!

—¿Por qué dice eso?

—Porque es usted un roñoso. La gente agradable no puntúa las caídas de los demás, sino que intenta ayudar para compensar el daño que se han hecho. Bueno, en mi caso, el daño en el culo. Seguro que me he roto el coxis.

—En ese caso, me alegro de no ser agradable. Y creo que es casi imposible romperse el coxis si uno se cae de frente.

Con suavidad, deslizo las manos alrededor de su voluptuosa cintura y la ayudo a levantarse mientras las puertas del ascensor se abren a nuestro lado.

Sostengo a la joven uno, o dos, o tres segundos de más contra mí, y disfruto del calor que desprende a pesar de estar empapada. Aprecio sus curvas, su piel y su cuerpo contra el mío, que ella abraza suavemente. Luego la suelto.

—Gracias —refunfuña.

—De nada.

—Pero... pero... ¡Dios mío! —exclama de repente. ¿Por qué está tan oscuro? ¿Por qué no veo nada? Tengo una conmoción cerebral, ¿verdad? Necesito ayuda. ¡Llama a emergencias! ¡Y pídemme unos donuts! No quiero morir antes de comerme un último donut.

Sus palabras, una absoluta exageración a causa del pánico, hacen que estalle en una carcajada sincera y satisfactoria que me libera la presión que tenía en el pecho. Me siento de puta madre.

Retrocedo y me meto en el ascensor y, mientras las puertas se cierran entre nosotros, la miro por última vez. Lleva unos tacones muy altos, de un rojo magnífico, y que estilizan sus bonitas piernas carnosas. Lleva la falda pegada a los muslos, lo que deja entrever la silueta de un culote de encaje. Un sencillo abrigo negro y ceñido en la cintura moldea su generoso pecho, apenas disimulado por el pañuelo que tiene atado al cuello.

Debe de estar helada. ¡Quiero calentarla! Y también quiero pegar un puñetazo en la pared del ascensor solo por querer ceder ante ella tan fácilmente.

—Creo que es el gorro, que le tapa la vista, señorita —me burlo al fin—. Me temo que hoy no va a ingerir una sobredosis de chocolate.

Se le escapa un pequeño suspiro de alivio, y una espléndida sonrisa reaparece en sus labios apetitosos donde brillan unas gotas de lluvia.

Y quiero lamérselas, joder. Quiero bebérmelas y saciar mi sed...

Con una mano ligeramente temblorosa, agarra el pompón del gorro que le tapa la vista y, antes de que pueda quitárselo, las puertas se cierran y me dejan aquí, solo. Sin la oportunidad de echar un último vistazo a sus hermosos y brillantes ojos verdes.

Una cosa es segura: haga lo que haga esta mujer en mi casa, sería peligroso para mí volver a verla. Porque los sentimientos, las emociones, la ternura, todo eso, no son más que patrañas que nos llevan a cometer errores, y yo ya estoy harto de errores.

Con un poco de suerte, solo será una compradora o vendedora. Tratará con mi gente y no volveré a verla.

Aunque ella es la única que ha reavivado una pequeña llama en mi interior, y eso es algo que no me pasaba desde hace mucho.

3

Knox

Cuando llego a la planta treinta —mi cuartel general, mi territorio—, me siento aliviado de estar por fin solo. Puede que trabaje en una empresa, pero mi relación con la gente, con los demás, se limita a dirigirles una mirada que los ahuyente, y eso es todo lo que necesito. Prefiero la tranquilidad, la soledad, estar lejos de los problemas de esa gente con la que no quiero estar.

Mi paso se ralentiza y recorro el largo y recto pasillo. Mis zapatos hacen chirriar ligeramente el suelo de madera pulida, tan lujoso como el del vestíbulo. Unas lámparas de araña negras, de un toque moderno, iluminan unas paredes de colores claros, y todo está ordenado, reluciente y limpio. Tan solo hay algo que no cuadra.

Echo un vistazo al despacho vacío que hay justo enfrente del mío. Las paredes de cristal ofrecen una vista de un desorden increíble que me hace perder los nervios. Mi antiguo compañero y mano derecha, Mikey, dimitió la semana pasada y se dejó aquí una infinidad de documentos desordenados que llevan su nombre.

Y me pone de los nervios ver este caos.

Por un momento siento la tentación de poner orden, pero primero tengo que concentrarme en el trabajo y llamar a algunos de mis clientes para ver cuál es el estado de nuestras transacciones.

Primero de todo, saco el teléfono del bolsillo y llamo a Lilly, que está en la planta baja.

—¿Sr. Sullivan? —chilla.

—¿Ha llegado por fin el Sr. Pérez?

Es el candidato para el puesto que ha dejado vacante Mikey.

—Sí, pero...

—Espero que esté preparado para sufrir.

—Señor, ha habido un problema y...

—Sí, más vale que lo haya habido, Srta. Young. Es la única razón por la que acepto verlo. Envíemelo inmediatamente —digo antes de colgar.

Entro en mi propio despacho, me quito el abrigo y lo pongo en el vestidor, donde hay otras chaquetas, camisas blancas y algunos pantalones de lujo, todos dispuestos en una armonía absoluta.

Fuera hace un frío que pela y la calefacción del edificio está a tope. Así que me quito la chaqueta y me arremango la camisa blanca, con la espalda recta y la barbilla levantada, para mirar el horizonte a través del ventanal de mi despacho, que tiene vistas a la ciudad. Luego me vuelvo a poner la corbata. Enderezo el broche de oro que cuelga de ella y lustro mis gemelos. Domino cada uno de mis movimientos. Es el resultado de años de práctica.

Ya he pasado los treinta, pero llevo en este mundo de tiburones y presas, siempre regido por el dinero, desde que era un niño.

Cuando por fin suena el ascensor, me siento en mi sillón de cuero, me reclino despreocupadamente y espero a ver quién llega a mi despacho.

Manuel Pérez solicitó ser mi mano derecha hace una semana. Eso me dio siete días para estudiarle de cerca. No tiene el perfil habitual con el que estaría dispuesto a trabajar; sin embargo, pensé en darle una oportunidad. ¿Por qué? Porque siento curiosidad. Se necesitan agallas para querer trabajar conmigo, y me gustan los hombres con agallas. Quiero saber qué le hace pensar que puedo contratarlo.

Es un hombre viejo, cerca de la edad de jubilación, y ha trabajado toda su vida en la construcción. ¿Qué podría aportar? ¿Qué le hace pensar que es lo bastante bueno como para trabajar para mí?

No lo sé y eso me intriga.

Cruzo los brazos y espero a que llegue, pero entonces el sonido de unos tacones de mujer resuena por todo el piso. Frunzo el ceño, a punto de perder los nervios, cuando por fin llaman a mi puerta.

—Pase, pase.

Mi voz es áspera. En ella se intuye cierta amargura.

El pulso se me acelera tanto que siento cómo me late el corazón en la garganta.

Odio las sorpresas. Odio no saber lo que me espera, aunque quien abra la puerta sea la criatura más hermosa que he visto y me sonría como un maldito ángel caído de los cielos.

—¡Hola! —exclama. Tengo una entrevista con el Sr. Sullivan. ¿Es usted?

—Sí, soy yo, pero no tengo ninguna entrevista con usted, señorita.

Mi mal humor y la forma en que la miro han hecho que se preocupe y ahora se siente incómoda. Ella no me reconoce, por supuesto, dado que no pudo verme antes, así que será más fácil sacarla de aquí lo más rápido posible.

—Tiene cinco segundos para salir de este despacho antes de que llame a seguridad. O peor. Antes de que yo mismo la acompañe fuera...

Sus hermosos ojos se abren de par en par y su pecho empieza a agitarse. La vergüenza que siente cubre sus mejillas doradas y pecosas de un tierno y delicado color rosado.

Como no se mueve, coloco las manos a ambos lados de mis duros abdominales y enarco las cejas, intentando parecer enfadado en lugar de hambriento. Por ella.

Dios, ¿cómo puede estar tan guapa con el pelo medio mojado y la ropa empapada? ¡Es una locura!

—Mmm, la oferta de escolta es realmente tentadora —ríe. Su miradita asesina casi podría resultar atractiva, pero sí que tenía una entrevista con usted. Soy el Sr. Pérez.

Se sonroja. Y yo, también.

—Bueno, como verá, no soy un hombre.

Su tartamudeo es adorable. Mucho más que la forma en la que se ha burlado de mi tono autoritario.

—Es que fue mi padre quien concertó esta entrevista para mí, se lo juro, y...

—¿Su padre la solicitó por usted? Pero ¿cuántos años tiene? —digo entre dientes.

—¡Oiga! ¿En qué momento hemos pasado a preguntas tan personales? ¿Le he preguntado yo cuánto le mide el pene?

—Disculpe, ¿qué? —suelto, incrédulo.

—Oh, ahora ya no es tan inteligente, ¿verdad? En fin, quizá por eso llego un poco tarde. Digamos que me enteré de esta entrevista esta mañana. Lo siento, señor.

—Espero que sí. No me llevo bien con la gente impuntual, señorita Pérez. Puede irse. Y le aseguro que me consideraría menos guapo si la acompañara a la salida.

—Le creo.

Levanta las cejas, como si ya me conociera, ¡maldita sea! Mi carácter cruel y amenazante no es ningún secreto. Suelo aparecer en las portadas de los tabloides por mis arrebatos magistrales, pero me molesta que me mire con esa cara de fastidio y esa expresión altanera suya.

—Sin embargo, no creo que sea...

Cierra la puerta tras de sí. No se digna a irse.

Da un paso hacia mí mientras se desabrocha uno a uno los botones del abrigo. La observo, fascinado. Todos y cada uno de sus movimientos coqueto, sensuales, me hipnotizan.

—Cuestión de que...

Sigue acercándose a mí. Estoy en trance. Quiero inmovilizarla sobre mi escritorio y apartar su faldita húmeda antes de meter la mano en su encaje. ¡Por el amor de Dios!

—Me obligue a marcharme... Acabo de atravesar toda Nueva York bajo una lluvia torrencial, con unos tacones gigantescos y un maldito paraguas que se me volaba una y otra vez. He tenido que ducharme a toda velocidad, mientras me depilaba y me lavaba los dientes. ¿Sabe lo difícil que es depilar unas piernas que no han visto una cuchilla en seis meses? Hice un esfuerzo por usted. Casi me ahogo bajo la lluvia, he maldecido como una loca y me he encontrado con una pobre monja por el camino que me ha tirado un donut a la cara al escucharme blasfemar. Le aseguro que me va a conceder esta entrevista, señor, o... o...

—¿O qué?

Una gran sonrisa maligna se dibuja en mis labios. Casi me duele; estoy tan acostumbrado a estar furioso en todo momento...

—O...

Se gira de nuevo y mira hacia otro lado para pensar.

—¡O seré yo quien le lance un maldito donut a la cara! Estoy segura de que quedará algún trozo empapado y caramelizado en algún lugar de mi pelo o de los bolsillos de mi abrigo.

—¡Dios mío, estoy aterrorizado!

Frustrada, se queda quieta, pero sé que no tengo nada a mi favor. O le concedo la entrevista o se va a quedar ahí parada y me va a obligar a llamar a seguridad. Y por extraño que parezca, no quiero que ninguno de esos hombres le ponga la mano encima. De hecho, me cabrearía.

—Pues bien, adelante, siéntese y dígame por qué debería confiarle los asuntos de mi empresa cuando acaba de amenazarme.

Como no parece que me haya convencido su potencial, sobre todo después del desastre y de sus pintas, vuelve a sonrojarse. Esta vez no es de vergüenza, sino de decepción. Sabe que nunca la seleccionaremos.

Sin embargo, orgullosa y motivada, se quita la chaqueta y la deja en la silla de cuero que hay frente a mi mesa. Luego se sienta con la espalda recta. Su camisa blanca se transparenta y deja ver un sujetador de encaje amarillo brillante. Un encaje que no oculta nada de lo que lleva debajo.

Toso con fuerza, vuelvo a sentarme y apoyo los codos delante de mí, antes de concentrarme. Me fijo en sus hermosos ojos, en su bonita boca que me cuenta todo sobre su carrera. En todo, menos en sus pechos casi desnudos, solo para mí.

—Bueno, como le decía, soy licenciada en Historia del Arte —continúa—y estoy

especializada en el arte moderno del siglo XX, así como en el impresionismo y los pintores franceses en particular.

Levanto las cejas, impresionado.

—Son dos géneros completamente distintos.

—Sí, lo son. Me encantan los retos y aprender. Sé que no le he impresionado mucho, señor, pero le aseguro que estoy más cualificada de lo que cree. Podría ser una ventaja competitiva para usted. El mercado del arte actual está lleno de compradores y aficionados a los pintores franceses, pero también al arte más moderno y a las reliquias que nos dejaron los Warhol o los Liechtenstein. Y conozco a estos hombres como la palma de mi mano. Sobre todo porque ya tengo toda una lista de contactos.

—Explíquese —le ordeno.

Ella sonríe, probablemente pensando que ha ganado la partida. Rechisto, furioso conmigo mismo porque, por el amor de Dios, ya estoy otra vez fantaseando con ella, a pesar de que me prohíbo cualquier relación con mis compañeros. ¿Qué voy a hacer si la contrato? ¿Si pasa todos los días en la oficina de enfrente? ¿Cómo voy a evitar enamorarme de ella cuando ya me está quemando las entrañas?

Bueno, la solución está clara: No puedo contratarla, eso es todo.

—He trabajado para algunos de los más grandes museos estadounidenses durante los últimos años, señor. También he conocido a adinerados amantes del arte y... Bueno, quizá también a unos cuantos ladrones sin escrúpulos, pero que saben encontrar, de forma más o menos legal, las obras más bellas que circulan por el mercado. Dios mío, ¿acabo de admitir que conozco a ladrones?

—Sí, así es.

—¿Puedo retirar eso último?

—No, me temo que no.

—Oh, mierda... Pero le juro que, cuando los contrato, recurren a la vía legal, por supuesto. Quizá haya ciertos trapicheos ajenos a mí que rozan lo delictivo, pero... estoy cavando mi propio hoyo, ¿no?

—Señorita Pérez —suspiro—, va a llegar al centro de la tierra si sigue hundiéndose de este modo.

Ella hace una mueca. Sus bonitas pecas bailan en sus mejillas, su adorable naricilla y su frente. Trago saliva para no encontrarla aún más guapa. Para no darme cuenta de que la alta temperatura de la oficina le está secando el pelo, que en realidad no es negro, sino del caoba más oscuro, de un tono morado violín. Es... impresionante, por el amor de Dios.

Decepcionada, se mira las manos apretadas. Sus delgados dedos están adornados con una serie de sencillos anillos de plata unidos a piedras de mala calidad. Y sin embargo, esta mujer ha estudiado las pinturas francesas más famosas del mundo, como me muestra su currículum, que desliza suavemente hacia mí como último recurso. Compró las mejores obras de Andy Warhol para su anterior jefe, y ha tenido en sus manos cuadros y esculturas por valor de millones de dólares. Cualquiera diría que podría engalanarse con joyas caras, que cuidaría su larga melena salvaje con lociones caras, pero ahí está, de pie frente a mí. Natural e incómoda. Con su ropa que claramente no es de diseño y sus anillos abollados.

Echo un vistazo a la primera página de su currículum. Luego a las otras dos que lo acompañan.

No dejo ver nada, por supuesto, pero me impresiona todo lo que está escrito en el maldito

papel. Su perfil es una maravilla y, sinceramente, tengo claro que sería más que una buena colaboradora para mí. Podría ser la persona más cualificada y con más talento que he contratado nunca.

Pero entonces me vería en el aprieto de sentir algo por uno de mis empleados. Y eso está fuera de lugar. Abriría la puerta a demasiadas incógnitas, demasiadas preocupaciones, demasiado lío. No puedo volver a pasar por eso.

—Gracias por venir hasta aquí, señorita Pérez. Y gracias por desafiar a la lluvia y a las monjas que se ha cruzado antes de venir a esta empresa. Por desgracia...

—¡No! No, por favor, no diga nada, ya me lo imagino.

Su voz ya no tiene el entusiasmo, la dulzura, la impetuosidad que tenía unos minutos antes. Ahora es solo un susurro leve y entrecortado que, aunque parezca extraño, me rompe el corazón. Sin poder mirarme, recoge sus cosas, coge su chaqueta que ha empapado el suelo de mi despacho y se dirige hacia la puerta.

No puedo dejarla entrar en mi vida, en mi negocio. Simplemente no puedo. Y sin embargo, antes de que pueda marcharse, me levanto de la silla, corro hacia ella y pongo bruscamente la mano en la puerta para cerrarla.

Ella da un respingo, se vuelve hacia mí y me mira con miedo en sus ojos verdes y dorados. Es la primera vez que he notado el miedo en ella desde que ha cruzado el umbral de mi puerta. ¿Quizá le aterrorice estar tan cerca de mí? ¿O será la frialdad de mi mirada? ¿Puede que sea cosa de mi puño cerca de su cara? ¿O es la forma en que me inclino hacia ella para mirarla a los ojos mientras está atrapada aquí conmigo? Extrañamente, me ofende que pueda verme como un hombre que podría hacerle daño.

Quizá, por una vez, no quiero saber cuánto miedo infundo.

Siana

La lluvia que golpea mis ventanas desde las dos de la madrugada empieza a ponerme de los nervios. Pero bueno, ¡no podía ser de otro modo! Refunfuño, me doy la vuelta en la cama por milésima vez y hundo la cabeza en mi cálida almohada. Tardo poco en morirme de calor.

¡Menuda pesadilla!

Me acosté hace apenas tres horas, después de un atracón de *Netflix & chips*¹, con unos pantalones de chándal llenos de migas y una camiseta con un agujero en la que una criatura rosa y con lentes proclama: «¡No estoy loca! Mi unicornio está de mi parte». Claramente, el momento álgido de mi sensualidad...

Para ser sincera, las circunstancias no ayudan.

Llevo casi seis meses en paro y, aunque vivo en el corazón obrero y pobre de Queens, Nueva York, el alquiler cuesta una fortuna y cada mes que pasa sin unos ingresos decentes me hace estar un poco más arruinada. Y más cerca de acabar en la calle...

Estoy de los nervios, deprimida, completamente perdida, porque después de pasarme los tres primeros meses llorando por la injusticia de mi situación, la cantidad de veces que rechazaron mi currículum durante ellos tres siguientes me hizo perder la cabeza. Las cartas de motivación que enviaba parecían escritos de depresión. Y poco a poco, me invadía la ansiedad por no encontrar nunca trabajo.

Andrew realmente me lo quitó todo. Todo...

Molesta, me levanto y suelto un «Oh, vaya...» al ver todas las migas que caen a mi paso. Dios, podría llenar un paquete entero de papas con las migas que tenía acumuladas en el pantalón. Qué bajo he caído. Y ahora voy a tener que pasar la aspiradora. ¿Puede pasarme algo más?

Apenas son las seis de la mañana, pero ya no me apetece quedarme en mi cuarto. ¡Es una habitación tan triste! No hay ni rastro de una guirnalda, ni siquiera una mísera lentejuela. Huyo de ese infierno y suelto un suspiro de placer al entrar directamente en el salón-comedor-cocina, donde todo, absolutamente todo, está cubierto de la magia de la Navidad.

Mis ojos empiezan a brillar como los de un gatito ante una caja de cartón vacía. Enciendo inmediatamente la vieja radio donde, en un casete pasado de moda, he grabado un montón de villancicos. La melodía de *Jingle Bell Rock*² empieza a sonar dulcemente de fondo, y en menos de un segundo me siento mejor. Podría decirse que todo ha pasado.

Me siento superorgullosa de la decoración de mi piso, digna de un centro comercial. Lo que quiero decir es que en mis cuarenta metros cuadrados tengo casi tantas cosas como uno de ellos. Hay que reconocer que es un poco abrumador, pero la Navidad solo llega una vez al año, así que ¿por qué privarse de algo tan bonito?

Mis pies descalzos pisan una alfombra blanca de pelo falso, que crea una ilusión de nieve a mis pies, y empiezo a balancearme al ritmo de *Rockin' Around The Christmas Tree*³, que acaba de empezar. Puede que incluso imite el solo de saxofón mientras meneo el culo a izquierda y derecha, lo que me hace perder mis holgados y horrendos pantalones de chándal.

Mis labios esbozan una pequeña sonrisa, y entonces me doy cuenta de que este fin de

semana me he superado con los adornos navideños. Cuento veinte... o quizá treinta y seis gnomos que me observan desde las estanterías y los distintos muebles del piso. Es espeluznante. Tendría que dar la vuelta a uno o dos de ellos.

—Te lo advierto, como sigas con el culo al aire, ¡te lanzo un rollito de canela! —me grita mi compañera de piso desde la cocina.

—¡Ñam!

—No, ñam, no. Encontré uno del año pasado en el fondo del armario. Está duro como una piedra.

—Prometo que esta vez no se me ha caído el chándal —digo riendo entre dientes.

Me dirijo a la pequeña habitación de atrás, donde encuentro a mi mejor amiga, Leilani, preparando café.

—Hola, preciosa —me dice sonriendo y mirándome de arriba abajo.

Me gustaría matarla por su sarcasmo, pero es su forma de cuidarme y hacerme sonreír cuando siento que estoy tocando fondo.

—¿Es una mancha de ketchup lo que veo en tu unicornio, o has estado babeando toda la noche?

—Prefiero no saberlo —murmuro.

La abrazo y suelto un largo suspiro lleno de frustración antes de que se vaya. Eso me recuerda que ya no podemos recorrer juntas el trayecto al museo. Que ya no podemos reír, rehacer el mundo y comer donuts recién hechos recubiertos de chocolate y virutas de mil colores. Me recuerda que hace demasiado tiempo que no tengo trabajo, y que eso me está matando, porque me apasiona lo que hago, y mi trabajo era toda mi vida.

—Vamos, seguro que hoy te llaman. No puedes... No pueden... Todo irá bien, no te preocupes —dice finalmente.

Me hundo en la desesperación. Lo único que quiero es desplomarme en el suelo, dormirme y no despertar nunca más. Incluso Lani, que al principio lo negaba con todas sus fuerzas, por fin ha entrado en razón. Nadie se atreverá a contratarme de nuevo. Nadie me buscará en este sector.

—Te juro que si alguna vez me encuentro con ese cabrón de Andrew...

—Nada de nada —suspiro—. Es el nieto de la directora del museo, Lani. No la tomes con él, o te arrepentirás. Como me arrepiento yo.

Suspiramos al mismo tiempo. Luego, ella nos sirve a los dos una taza de café y, como de costumbre, nos desplomamos en el sofá después de encender el árbol de Navidad.

Es uno de diciembre. Lo que significa que ya llevo dos meses pensando en decorar el piso, y tan solo hace un día desde que mi mejor amiga y compañera de piso me dio permiso para hacerlo. Como de costumbre, me encargué de todo yo misma, y lo decoré todo del suelo al techo. Literalmente.

Coloqué una alfombra blanca, gruesa y peluda bajo la mesa de centro, supuestamente para representar un velo de nieve, aunque parece más bien los restos de la muda de un oso polar. El arbolito de Navidad me da un poco de pena. Está decorado con gusto, en tonos rosas y blancos, pero en realidad apenas mide metro y medio. Habría dado un riñón o dos por tener un piso tan alto en el que hubiera podido meter uno de tres metros, francamente.

He quitado todos nuestros libros de arte e historia y las chucherías de las estanterías y los he sustituido por adornos *kitsch* pero de temporada. Gnomos —demasiados, me doy cuenta ahora, con sus ojitos negros fijos en nosotras—, algún que otro marco de fotos *vintage*, alces, renos y quizá un enorme hombre de jengibre, de plástico, pero que solo me gustó porque costaba

un dólar en Wish⁴. Claro, en la foto parecía mono. Pero ahora siento que tengo al muñeco Chucky en mi sala de estar.

A Leilani le da miedo, pero es que a mí me aterroriza.

Pero soy demasiado orgullosa para admitirlo, así que ahí se queda. Y se quedará allí hasta que... hasta que un día me olvide de cerrar la puerta al salir y algún horrible ladrón se lo lleve.

Bueno, teniendo en cuenta mi suerte en este momento, no me extrañaría lo más mínimo que sucediera.

En fin, ¿he mencionado mi colección de arbolitos de Navidad? No, porque ahora hay unos cincuenta. Están por todas partes. Por todas partes, he dicho. Incluso al lado del váter y la ducha, que en mi apartamento están juntos⁵.

He colocado un montón de guirnaldas con luces en el techo y cuando las encendemos, es como estar bajo un cielo estrellado. Es simplemente sublime.

Tomo un sorbo de café Lani, una de las especialidades de mi compañera de piso. Es un café solo dulce que ella adereza con un poco de vainilla, canela y una mezcla de especias de pastel de calabaza. Una auténtica delicia. De acuerdo, la primera vez que lo probé era... extraño. Y olía un poco a vómito. Pero te acostumbras. En cualquier caso, está lejos de ser el peor mejunje de Leilani.

Un día tendremos que hablar de su sopa de tomate y malvavisco. O de su puré de coliflor con grageas de gominola. Quizá debería empezar a cocinar, ahora que lo pienso.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me pregunta en voz baja, lo que me distrae del espectáculo de luces del árbol.

Me vuelvo hacia ella.

Lani lleva un traje elegante con el logotipo del museo Offenheim, donde trabajábamos antes de que me despidieran. Está alegre, como siempre. Su gran sonrisa es la luz de mi vida.

Somos polos opuestos: ella es alta y delgada, mientras que yo soy bajita y tengo muchas curvas. Yo soy una latina de piel dorada, y ella es una afroamericana de tez oscura y luminosa y pelo encrespado.

Mis largos mechones caoba están más enmarañados que sus rizos, de momento. Para ser sincera, no fue realmente el sonido de la lluvia lo que me tuvo dando vueltas en la cama toda la noche. Las migas crujientes en mis pantalones de jogging escocían un poco.

—No sé —digo, molesta.

—Cariño, podrías solicitar al menos diez trabajos más, ¡y solo puestos con buen sueldo! Por favor, no dejes que todo esto te desanime. ¿Sabes que si te quedas sin casa en una caja de cartón, tendré que buscar a otra persona para que viva conmigo? No serás capaz de hacerme eso, ¿verdad? Entonces, ¿quién probaría mis recetas y estaría dispuesto a morir envenenado por un brebaje pastoso y dulzón con vainilla, canela y calabaza?

—Estoy segura de que encontrarías a alguien mejor que yo. Además, ¿qué sentido tendría que me tomara tantas molestias? Andrew se ha asegurado de que nadie quiera darme una oportunidad.

—Y un día, él y yo nos volveremos a ver. Juro que no le daré ni un segundo antes de incrustar mi pie en su par de avellanas. Hablando de avellanas, en un chocolate caliente, eso estaría...

—¡No! —la interrumpo, levantando la mano—. No. No te atrevas a corromper la mejor bebida del mundo, Lani, o te juro que me voy de este piso ahora mismo. Incluso una caja de

cartón con un agujero sería un lugar más agradable que este piso si decides mancillar el magnífico sabor del chocolate.

—¿No te estás pasando un poco?

Ella suelta una risita, antes de levantarse para poner su taza en el fregadero.

—Enseguida friego los platos. Y no, no estoy exagerando. Algunas cosas son sagradas, Lani. Como el chocolate. El chocolate caliente. Las galletas. Los *brownies*.

—Y los orgasmos, cariño. Deberías probarlo, podría animarte un poco, ¡créeme!

—Te recuerdo que estoy soltera.

—Siana, estamos en el siglo XXI. Sé que estás acostumbrada a trabajar con viejos casposos, pero créeme, las mujeres no necesitan a los hombres para ser felices.

—Sep, ya veo por dónde vas. ¿Y qué hay de la calidez humana?

—Bueno, no es nada que una buena manta no pueda ofrecerte.

—¿Una manta con brazos que bese como un dios? Por favor, los pelos y pelusas en la lengua no son nada agradables.

—¿Eso lo dices por tu experiencia con las mantas? —dice entre risas.

—¡Vete a la mierda! Me tienes harta —rechisto.

Me encojo de hombros.

Ella coge su bolso, sus llaves, pero antes de llegar a la puerta principal de color caqui-pistacho-verde —la mejor antirrobo del mundo mundial, por cierto, porque todo el mundo tiene miedo de lo que pueda haber detrás de una puerta de ese color—, mi teléfono empieza a sonar.

Ambas nos quedamos paralizados, en estado de alerta.

Llevo tres meses esperando llamadas. Desesperadamente.

Mi corazón empieza a palpar de nuevo, a vibrar, y un pequeño atisbo de esperanza crece en mi pecho.

Por supuesto, dejo que el tono de llamada suene unos segundos porque, bueno, es *Feliz Navidad*⁶, y me encanta esa canción. Y también la canto un poco. Luego, demasiado emocionada, cierro los ojos para no ver quién me llama —me encantan las sorpresas—y descuelgo el teléfono, intentando disimular un poco mi alegría. Aunque me cueste.

—¡Al habla Siana Pérez! —exclamo.

Leilani corre hacia mí y las dos empezamos a saltar de alegría.

—Princesa, ¡soy papá! —exclama mi padre, feliz solo porque yo estoy feliz.

Me contengo el gruñido digno de Shrek que intenta salir de mi boca.

—No te preocupes, al final todo se arreglará —me susurra Leilani y me da un beso en la mejilla antes de salir del piso.

—Por favor, no me llames «princesa».

—¿Por qué no? Siempre serás mi querida princesa, Siana.

—Es lo que tiene ser la más joven, después de tres chicos guapos y regordetes —ríe mamá al fondo.

—Hola, mamá. ¿Puedo preguntarte por qué me llamas a estas horas tan intempestivas? Podría estar durmiendo.

—Admítelo, ¡llevas un pijama cutre y el pelo hecho un asco! —grita uno de mis hermanos a lo lejos.

—¡En absoluto, pedazo de burro!

Sí, llamo *burros* a mis hermanos. Pero, en mi defensa, son bastante molestos. Y demasiado

numerosos para mi gusto. Y un poco intrusivos cuando les dejo o me olvido de cerrar la puerta. Sobre todo las noches de partido.

—Princesa —dice papá, probablemente en el baño— te llamo para darte una buena noticia, pero no te enfades, ¿vale?

—Es un mal comienzo. Aún no sé lo que has hecho, pero ya siento cómo el pánico invade mi cuerpo.

—No he hecho nada malo, ¡lo prometo!

Se ríe suavemente. Su acento colombiano suena dulce en mis oídos. Echo mucho de menos a mis padres, aunque los veo todas las semanas. La familia es sagrada para mí.

—Sé que últimamente has tenido problemas para encontrar trabajo. Y tengo entendido que es por culpa de ese huevón de Andrew.

—¡Pero bueno, papá!

Normalmente no insulta a nadie. A diferencia de mí.

—¿Te lo ha dicho Leilani?

—¡Sí, y tenía razón! Deberías habérselo contado. Habríamos estado ahí para ti, Siana. Debe haber sido muy duro pasar por todo esto sola.

Su voz se quiebra un poco, y de repente me arrepiento de no habérselo dicho. Pero todo fue para no hacerles daño.

—Así que tu madre y yo hemos ideado un plan de acción y, para contrarrestar lo que te hizo ese malparido, te conseguimos una entrevista de trabajo. Es esta mañana, a las nueve en punto.

—¡Joder, madre mía! ¡Dios! ¡Dios! ¿Dónde es?

—Sullivan Inc., en el Upper East Side¹.

—¡Tienes que estar de broma! —chillo, completamente aterrada.

—No, ¿por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? Papá, estamos hablando del trabajo de mis sueños. Lo he solicitado al menos diez veces, pero estoy segura de que mi currículum nunca llegó a recursos humanos.

¡Maldito Andrew! Por no decir algo más...

—Eso es bueno, ¿no?

—No, ¡maldita sea! ¡Papá, es imposible que llegue a tiempo de esta entrevista!

—¿A qué esperas para ponerte en marcha, princesa? Puedes hacerlo.

Bueno, está claro que no ha visto mis pintas. Hace tanto que no me peino que tengo nudos por todas partes. Creo que me han salido nudos en los nudos. Ni un pájaro querría anidar ahí. Por no hablar del estampado de migas de mi culo...

—¡Dios! —grito—. Te dejo. Te quiero, gracias y te llamo esta noche para contarte cómo ha ido, ¿vale?

—Perfecto, Siana.

—¡Mucha mierda! —grita mi familia de fondo.

Por Dios, su confianza en mí y su apoyo hacen que se me salten las lágrimas.

Cuelgo el teléfono, me meto en la ducha y en un santiamén estoy en un taxi, rumbo a la parte más bonita de la ciudad.

Al menos habría ido en esa dirección si no me hubiera encontrado con un enorme atasco al cabo de quince minutos.

¹ N. de la T. Se refiere a ver algo en Netflix mientras se infla a papas.

² *N. de la T.* Una canción de Bobby Helms.

³ Interpretada por Brenda Lee.

⁴ *N. de la T.* Tienda en línea similar a eBay o AliExpress.

⁵ En muchos países, a diferencia de en España, el inodoro y la ducha están en dos cuartos de baños separados.

⁶ *N. de la T.* La canción del guitarrista y cantante José Feliciano.

⁷ *N. de la T.* Uno de los vecindarios más prósperos de la ciudad, en el distrito de Manhattan.

Siana

¡Dios, Dios, Dios! Los minutos pasan, discurren, vuelan, y el taxi apenas se mueve. Un kilómetro tras otro. ¡Es tan lento como un caracol! Estoy que trino. Grito a todo el que nos adelanta, tanto que el conductor tiene las mejillas completamente coloradas.

Creo que nunca había escuchado a nadie decir: «¡vete a tomar por c*** y métete el tubo de escape ardiendo por el mismísimo o****, pedazo de m***** necrófila!».

Sí, vale, la necrofilia no tiene nada que ver. Pero no iba a llamarle «buitre». Me habría quedado corta. Además, prefiero dejar a los buitres fuera de mis arrebatos. Especialmente cuando implican meterse el tubo de escape por el mismísimo o****...

¡Joder! Son las ocho en punto pasadas, y aunque falten apenas tres kilómetros, voy a tener que decidirme. Voy a tener que ir a pie a pesar de la lluvia, la temperatura helada y mis tacones, que casi podrían utilizarse como arma de destrucción masiva en una película de acción.

—Tengo que irme; lo siento —le digo al taxista.

Le pago con lo que me queda de dinero, me bajo y enseguida me pitan todos los coches que esperan pacientemente a que se despeje el tráfico.

Los faros rojos y dorados se reflejan en el suelo completamente húmedo, pero es sobre todo la maravillosa decoración de la ciudad la que ilumina esta mañana lluviosa.

Nada más pisar la acera, una gran sonrisa se dibuja en mi rostro, y mientras empiezo a correr abriendo el paraguas, aprovecho para admirar las lujosas tiendecitas, llenas de ramas de abeto y de luces.

Hacía tanto tiempo que no iba al Upper East Side —o que no salía de casa, en realidad— y me doy cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Como una loca. La gente corriendo por las calles, con el café en una mano y el teléfono en la otra, el olor que inunda las avenidas, a veces dulce y achocolatado, a veces a fruta fresca, o a pan recién horneado. Es mágico.

Nueva York es mágica.

Y aún más en esta época del año, cuando todos los árboles, que han perdido sus hojas otoñales, se adornan con miles de lucecitas doradas, y las tiendas rivalizan en originalidad e inspiración por sus soberbios escaparates donde pequeñas máquinas cobran vida. Donde suenan villancicos.

Quiero comprar todas las magdalenas con forma de muñeco de nieve, todos los gofres con forma de árbol de Navidad y fresitas como bolas, y también todos los perritos calientes. Aunque no tengan nada de festivo. Me gusta la comida callejera, básicamente.

Al girar en la avenida principal de Manhattan, un viento violento me da en la cara, me levanta la falda y hace que mi paraguas se vuelva del revés. Me golpea tal chorro que me siento como una nadadora olímpica. Bueno, si es que estas pueden ahogarse...

—Maldita sea —refunfuño.

Me pongo de espaldas al viento para colocar el paraguas en su sitio y empiezo a correr de vuelta a Sullivan Inc. Madre... mía... ¡Todavía no me puedo creer que mis padres me hayan conseguido una entrevista en esta empresa! ¡Estoy encantada! Sonrío tanto que, si mi paraguas volviera a girar, tardaría tan solo un segundo en tragarme un litro de agua de lluvia.

Sullivan Inc. es la mayor empresa de importación, exportación y tasación de arte del mundo. He trabajado un poco con ellos en mis diversos empleos en los museos de la ciudad, y sé que los empleados son infatigables, competentes y les dan rienda suelta para admirar las obras de arte más bellas que el jefe de la empresa envía a sus instalaciones.

En realidad, no sé mucho del señor Sullivan. Si papá me hubiera avisado con antelación, habría investigado un poco y probablemente estaría estresada hasta el punto de pasarme la mañana tumbada en posición fetal en la ducha, así que... bueno, puedo entender por qué me avisó con tan poca antelación. ¡Pero da igual! Lo único que sé de este hombre es que tiene el temperamento digno de un volcán activo y que nunca da a nadie una segunda oportunidad. Ya sean amigos, empleados o completos desconocidos, todo el mundo está a su mismo nivel. A sus pies.

Un pequeño pinchazo de estrés se apodera de mi estómago, y otra ráfaga de viento me levanta el corpiño de la blusa.

—¡Joder, ya vale! —exclamo.

Vuelvo a colocarlo en su sitio mientras refunfuño y emprendo de nuevo mi camino. Tengo los pies empapados y helados. El viento y las ráfagas de lluvia a cien kilómetros por hora acribillan a mis muslos desnudos. Me siento como si me estuvieran lanzando estalactitas. Y, por supuesto, apenas he dado diez pasos antes de que mi paraguas me abandone de nuevo.

Otro chaparrón helado me empapa de los pies a la cabeza. ¡La gota que colma el vaso!

—¡Me c**** en la madre que me parió y en la farola que alumbra la tumba de todos sus m*****!

Entonces, una monja, que pasaba tranquilamente por mi lado, se gira con los ojos abiertos como platos.

—¡El Señor nunca toleraría semejante lenguaje! —grita, mientras me lanza un donut a la cara.

En primer lugar, por suerte, llueve con tanta intensidad que el bollo se empapa y se estrella contra mi cara sin hacerme el menor daño o, aún peor, amoratarme el ojo, ¡lo que habría sido la guinda del pastel!

En segundo lugar —y por suerte, una vez más—, llueve tanto que el agua se lleva los pedacitos que ha dejado en mi cara en un pispás.

—¡Tampoco toleraría que usted vaya agrediendo a la gente por la calle!

—¡Súbdita de Satanás!

—¿Yo? ¡Es usted quien va por ahí desperdiciando bollos, no yo! —respondo mientras le lanzo una mirada llena de ira.

La hermana sale corriendo.

¿Está todo el universo en mi contra? ¡Es la primera entrevista que tengo en seis meses! Solo he tenido una maldita entrevista de trabajo en seis meses, ¡y tiene que ser el peor día del año, con una tormenta de mierda, la lluvia al estilo de las cataratas del Niágara y una monja malvada que finge no haber oído una palabrota en su vida!

Vale, sí, un poco hipócrita. Esta vez me he superado, pero aun así... La situación no era como para desperdiciar un donut.

Quizá el problema es que no debería haberle gritado a una señora tan mayor. Y religiosa. Claramente me habrá echado un mal de ojo...

¿Que por qué lo sé?

Porque he llegado tarde a la entrevista. Porque Sullivan Inc. me ha recibido con su

estúpido, inmaculado y pulido mármol, en el que me he roto el coxis. Y porque la entrevista con el jefe no está yendo muy bien.

Ni mucho menos, de hecho.

Encerrada en su despacho, envuelta por un calor sofocante de una gran sala que emana su olor y la misma austeridad que él, me siento como un ratoncito a punto de ser devorado.

De acuerdo, el Sr. Sullivan es el hombre más sexy, más varonil e irascible que he visto en mi vida. Pero la forma en que me mira me hace sentir como si me estuviera asfixiando, como si sus grandes manos me estuvieran rodeando lentamente el cuello. Y Dios mío, ¡sus ojos oscuros parecen salidos directamente del infierno! En su traje de lujo, con la camisa blanca moldeando sus duros músculos y una corbata que impone su autoridad, estoy... ¿bajo su hechizo? Quizá «aterrorizada» es la palabra que busco. O algo intermedio.

Lo peor de todo es que estar con él es una absoluta fantasía, aunque él esté absolutamente fuera de mi alcance.

Knox Sullivan es conocido tanto por su temperamento fogoso como por su mirada gélida, pero lo que más dicen de él los tabloides es que es el soltero más codiciado de la ciudad. Y que está decidido a seguir siéndolo.

Dios mío, es casi un desperdicio que un hombre tan guapo se contente con dejarse la piel trabajando en lugar de disfrutar de la vida. Y posando desnudo en revistas.

Y aunque acaba de romperme el corazón negándome el trabajo que necesito desesperadamente, no puedo culparle. Después de todo, entré aquí como una loca, con mi sonrisa de loca, un traje que parecía salido directamente de la lavadora y un montón de amenazas desesperadas. Me siento estúpida. Y humillada.

Incapaz de dirigirle la más mínima mirada, me levanto de la silla, con los puños aferrados a mi chaqueta para que no pueda verlos temblar.

A finales de mes, tendré que dejar mi casa. Tendré que dejar todo lo que tengo en esta ciudad, porque no podré permitirme quedarme.

Estoy agotada. Abrumada. Muerta en vida.

Los pedazos de mi corazón son tan blandengues y frágiles como el donut de manzana y caramelo que llevo en los bolsillos. Con lágrimas en los ojos, corro hacia la puerta de salida. Lo único que quiero es abandonar este lugar e irme a casa a desplomarme en el sofá y dejarme envolver por el ambiente de tienda de Navidad. Sí, lo sé, está mucho más decorado que cualquier tienda de temporada de la ciudad. Me he pasado...

En cuanto abro la puerta, siento como si toda mi vida dependiera de esos próximos segundos en los que me dirijo a la calle, aún sin empleo. Pero entonces, el señor Sullivan me alcanza, coloca su mano firme y varonil en la puerta y me la cierra en las narices.

Se me corta la respiración. Se me acelera el pulso.

Me vuelvo hacia él y levanto la cabeza para mirar sus ojos fríos y mordaces, de un marrón tan oscuro y rico que roza el ébano. Contrae una mandíbula bien definida; con un aire casi asesino. Es como si estuviera enfadado consigo mismo, conmigo, con el mundo entero, y si me dejara llevar, le acariciaría la mejilla y le diría que no tiene nada de qué preocuparse. Que nadie estaría tan loco como para hacerle daño o buscarle las cosquillas. Y menos yo, aunque ya no tenga nada que perder.

Pero estoy helada de miedo. Un miedo que Andrew me ha inculcado y que me desgarró la carne hasta hacerme estremecer de dolor. A diferencia de mi antiguo jefe, que era de estatura media, lo que me daba la oportunidad de defenderme si era necesario, el Sr. Sullivan está hecho

de otra cepa.

El hecho de que mida dos metros me intimida, y cuando veo sus bíceps, abultados y moldeados por la camisa, mientras me aprieta contra la puerta, me doy cuenta de que si bajara los brazos, si me pusiera las manos encima, esta vez no tendría ninguna posibilidad.

Se me acelera el pulso.

Por mucho que quiera alejarme de él, no tengo adónde ir.

Estoy... atrapada.

Siana

Hace tiempo lloré por culpa de un hombre. Un hombre que me veía como algo que le pertenecía, que creía que le *debía* algo. Un hombre que me repugnaba y al que me atreví a decir que no. Probablemente mi carácter tuvo mucho que ver, pero dejarme avasallar nunca estuvo en mis genes. Al final todo acabó mal para mí, pero ya he dejado de llorar. Y he jurado no volver a hacerlo. No volver a estar triste por nadie.

Así que cuando el Sr. Sullivan clava en mí sus ojos de ébano, una astilla tras otra, yo también levanto la barbilla y le miro fijamente, con frialdad. Quiero decirle que retroceda, que se aparte, que me deje respirar, porque, sinceramente, ahora mismo me cuesta hacerlo. Pero mi miedo, aún asfixiante, me detiene.

Como si se hubiera dado cuenta de que me estaba aterrorizando, una mirada ligeramente más suave, casi herida, suaviza sus facciones. Solo durante un segundo. Luego, por fin, da un paso atrás.

Empiezo a temblar y mis mejillas se tiñen de un vergonzoso color rojo porque mis emociones están demasiado a flor de piel. Odio no poder ocultar mis sentimientos. Me hace sentir demasiado vulnerable. Y no lo soy en absoluto, ¡maldita sea!

—Perdóneme —dice el señor Sullivan, molesto—. Yo... solo quería retenerla aquí un segundo más.

—¿Por qué? —digo, con la voz quebrada.

¿Para comerme? ¿Para cortarme en pedacitos? ¿Para obligarme a limpiar el suelo que he ensuciado con mi ropa empapada?

—Porque he cometido un error, señorita Pérez. Un gran error. Creo que puede tener razón.

—Espere... ¡Espere un momento! —chillo.

Dejo caer la chaqueta porque realmente necesito agitar las manos delante de la cara para respirar algo de aire.

—Para que quede claro, ¿me está diciendo que podría ser lo que está buscando para el puesto de asociado que he solicitado?

¿Y no para tumbarme en tu precioso sofá de cuero negro? —pienso, con amargura.

—¡Por supuesto! —exclama frunciendo el ceño— ¿Qué más podría querer decir?

—Oh... nada, nada... —digo para disipar toda duda.

¡Ay, cielos! ¡Quiero gritar como una loca! ¡Saltarle al cuello! ¡Bailar como si nadie me viera! ¡Cantar *Christmas Miracle* ¹ a pleno pulmón! Para el caso, por muy mal que cante, ya está lloviendo a chuzos.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión, si puede saberse? —pregunto en tono tranquilo y profesional, mientras intento alisarme la blusa arrugada, empapada y helada.

—Su currículum es impresionante, señorita. No me gusta la gente que llega tarde, se lo advierto. Y odio el desorden.

Mira mi chaqueta y chasquea la lengua ante el charco húmedo que ha dejado mi chaqueta en su lujoso suelo.

—Pero no puedo dejar de lado las referencias que ha citado.

—Mis disculpas —me río entre dientes, mientras recojo la chaqueta y la coloco en el respaldo de una silla—. Juro que nunca llego tarde, por norma. Digamos que las circunstancias han sido un tanto especiales. ¿Le he dicho que me han atacado con un donut?

—Sí, me lo ha dicho.

—¿Y que la monja en cuestión me llamó «súbdita de Satanás»? Eso me retrasó un poco. Se lo juro.

Le dedico una gran sonrisa llena de sinceridad y satisfacción.

Sinceramente, no me gusta emocionarme demasiado antes de firmar todo el papeleo para que sea oficial, pero ¡vaya, hacía tiempo que no me sentía tan bien! Tan fuerte... ¡capaz de escalar una montaña, incluso con tacones de destrucción masiva!

—Realmente me gustaría comprenderla.

Empieza a rodearme, lo que de repente me hace sentir como una frágil gacela frente a un león hambriento.

—No sé si es usted una dulce criatura o un chupito de tequila al final de la noche.

—¡Soy ambas cosas! Todo depende de la hora del día.

Sacude la cabeza. Veo que le hace gracia, que le brillan los ojos y que un músculo de la mandíbula se destensa un poco. Pero no se ríe, no. Permanece serio, concentrado, con los ojos clavados en mí como si intentara leerme el alma. Me siento desnuda. Me siento desnuda cuando me mira así.

—Bien, ahora voy a hacerle firmar un contrato. Eso si acepta trabajar conmigo, claro está.

—¡Dios mío, por supuesto! Es el trabajo de mis sueños, ¡el que casi me haría vender mi alma!

Llevo todo el rato intentando parecer tranquila y relajada. No es lo que parece ahora mismo, ¿verdad? Porque me siento como si me hubiera tomado doscientos cafés de canela y especias.

—Bueno, siéntese.

Obedezco y suspiro, aliviada, cuando me entrega los preciados documentos.

—Por favor, léalos atentamente. No soy hombre al que le guste dejar nada al azar, señorita Pérez. Mi empresa, mis condiciones. Si las acepta, espero que coopere en todo momento, ¿está claro?

—Muy claro.

Me estoy ruborizando. Tengo la impresión de que todo lo que dice está lleno de sensualidad y promesas de noches llenas de pasión, aunque yo sea la única de los dos que se da cuenta.

¿Quién demonios decidió que necesitaba un jefe tan fogoso? Tan... ¡caliente! La forma en que aprieta los puños y apoya la barbilla en ellos, la manera en que me mira fijamente, el calor de sus ojos... Nada en él me deja indiferente. Menos aún el aparente dominio que parece tener de todo su mundo, aunque deteste el más mínimo contratiempo en su pequeña oficina perfecta.

Así que cruzo las piernas, me acomodo en el sillón de cuero y empiezo a leer. Y a leer. Todas las malditas páginas que me ha dado.

Como voy un poco lenta, él empieza a trabajar, así que le observo un poco. ¡Está tan sereno y concentrado!

Luego contemplo su escritorio. Negro y sin el menor efecto personal. Su sofá es de cuero negro. Los muebles también son del mismo color y las paredes están vacías. Uno pensaría que el director de una empresa de arte tendría decenas de obras expuestas, pero aquí no hay nada.

Está vacío y triste. Me entristece. Quiero poner árboles de Navidad en miniatura en todos los rincones de la habitación.

—Concéntrese, por favor —murmura Sullivan sin siquiera mirarme.

—¿Le han dicho alguna vez que su decorador merece ir a la cárcel?

De repente levanta la vista y se echa a reír.

—No, es la primera vez. ¿No le gusta mi decoración?

¿Decoración? ¿Qué decoración?

—Digamos que es... minimalista. Y oscura. Da la sensación de que uno está en el sótano de un asesino en serie. Sabe que es uno de diciembre, ¿no?

—Claro, ¿por qué lo pregunta?

Suspiro, sacudiendo la cabeza con fastidio.

—El uno de diciembre es el día oficial en el que todas las personas que aún no han sucumbido al frenesí navideño deben decorar su entorno. Como lo oye, es una obligación. En mi opinión, debería figurar en la Constitución. El *hall* de su edificio, así como los pasillos, los ascensores y desde luego su despacho son un triste espectáculo. Les falta un poco de magia. Y por magia me refiero a mucho espumillón, luces y purpurina.

—Yo no le debo nada a nadie, señorita Pérez —me regaña, mientras vuelve a clavar en mí sus ojos oscuros. Y no me interesa lo más mínimo su opinión.

Enfurrugada, me inclino hacia delante, coloco los documentos sobre su immaculado escritorio y firmo. Me siento como si acabara de salvarme la vida y me ofreciera un trato con el diablo.

Con un gesto un poco brusco, coge los documentos, los revisa para asegurarse de que no me he dejado ninguna cláusula y, cuando está satisfecho, se levanta y se reúne conmigo al otro lado de su escritorio.

Yo hago lo mismo, me pongo justo delante de él y tengo que levantar la vista para encontrarme con sus ojos. Le sonrío. Él frunce el ceño, tan frío y duro como siempre. Y cuando da un último paso, y pega sus lujosos zapatos a mis tacones rojos, se me vuelve a cortar la respiración.

—Ahora trabaja para mí, señorita Pérez. Lo que significa que me obedecerá, será puntual y nunca... Nunca me traicionará.

Articula las palabras con una oscuridad que me agarra por la garganta y me asfixia.

Asiento con la cabeza.

—Si juega sucio, si me decepciona, en definitiva, si me traiciona, me aseguraré de que nadie, nadie la vuelva a contratar en esta ciudad, en este país, en todo el maldito planeta, ¿está claro?

—Muy claro.

Trago saliva. Demasiada presión desde el primer día...

—Gracias por el voto de confianza —murmuro.

—Ahora que todo está en orden entre nosotros, quizá sea hora de cambiarse de ropa, creo, a menos que quiera enseñarme los pechos durante todo el día.

Una sonrisita traviesa se dibuja en su rostro mientras mis mejillas se tiñen de rojo.

—¿Se ha vuelto usted loco? ¡Sucio perverso! Se lo advierto, ¡este tipo de... comportamiento malsano está penado por la ley! ¡Es vergonzoso! ¿Vergonzoso? ¿Por qué sonrío?

—¿Por qué no se mira al espejo? —responde con sencillez.

Me coge suavemente del codo y me hace girar hasta que estoy frente a las grandes puertas correderas de su camerino. Negras pero brillantes.

Es entonces cuando veo mi camisa blanca, transparente y empapada. A través de la cual se intuye mi sujetador amarillo brillante y también transparente.

Oh... Madre mía... Esta es la peor entrevista de trabajo que he tenido...

—Solo le estaba ofreciendo una camisa seca, ya sabe, pero depende de usted si la coge o no.

Sigue sonriendo y su cara se transforma poco a poco. Casi está perdiendo su aspecto salvaje y animal. De hecho, se está volviendo más amable, más inocente.

Con un gesto controlado, abre la puerta, coge una de sus camisas y me la tiende con la punta de los dedos.

Aún conservo un poco de pudor, y por muy orgullosa que sea, acepto su ofrecimiento y bajo la mirada.

De repente, una mano suave se desliza bajo mi barbilla y me insta a levantarla.

—No se avergüence, le prometo que no he mirado.

No estoy segura de creerle, pero le concedo el beneficio de la duda.

Con un pequeño guiño, me abre la puerta de su despacho.

—Los servicios están al final del pasillo. Le doy cinco minutos para que se prepares y nos vemos aquí para las primeras instrucciones.

—Así lo haré.

—Cuando digo cinco minutos, Srta. Pérez, quiero decir cinco minutos.

—Sí, sí, entiendo. ¿Le he dicho alguna vez que solo llego tarde cuando una monja malvada me ataca por la calle?

—Esta historia me suena vagamente familiar. ¿Qué hizo usted para ofenderla?

—Oh, blasfemé como una condenada.

—¿Por qué no me sorprende? Cara angelical, pero un corazón tan espinoso como un cactus, ¿verdad?

—Sí, así es. Lo veo en un minuto, Sr. Sullivan. Y gracias por la camisa.

Me brillan los ojos al ver su mirada. Decir que Andrew me ha quitado la fe en la humanidad sería un error. No me la ha quitado, la ha reducido a mil pedazos. Sin embargo, a pesar de todas sus amenazas, este hombre acaba de demostrarme que todavía hay gente buena en el mundo.

Eso me hace sentir mejor.

Salgo corriendo hacia los aseos y entro en una habitación que es casi del tamaño de mi piso. También está tres veces más limpia. El suelo de mármol crema está impoluto, los cuatro lavabos tienen grifos monomando dorados y los pocos cubículos —vacíos, según compruebo— parecen más grandes que mi propio cuarto de baño.

—¡Vaya tela! Podría mudarme aquí...

Sin más preámbulos, me quito la camisa y el sujetador, luego me anudo la suave camisa de mi nuevo jefe alrededor del busto, mientras seco mi lencería en el secador de manos que hay junto a los lavabos. Sí, soy precavida, pero con mi legendaria suerte y el mal de ojo de hoy, prefiero no arriesgarme a estar desnuda delante de mis nuevos compañeros...

Miro el reloj para no equivocarme, por supuesto, y cuando por fin me he puesto la ropa seca, me doy cuenta de que tengo el culo helado. En serio, casi ni lo siento.

Saco el móvil del bolsillo de la falda y vuelvo a poner el secador de manos para calentar el

tejido. Qué placer, todo ese aire caliente corriendo por mis piernas. En cuanto empieza a secarse la parte delantera, me doy la vuelta con el culo hacia atrás, enciendo de nuevo el secador y llamo a Leilani.

—¡Adivina qué! —grito para tapar el sonido del aire sobre mi culo.

—¿Qué?

—Tengo trabajo.

Mi amiga empieza a gritar y yo hago lo mismo ¡Estoy tan contenta!

—Ya te lo explicaré todo esta noche, pero gracias a papá he conseguido un trabajo en Sullivan Inc. Estoy contentísima.

—Enhorabuena, te lo mereces mucho, cariño. Pero dime, ¿qué es todo ese ruido?

—Ah, ¿eso? Oh, no es nada. Solo me estoy calentando culo en el baño.

Y en una posición muy comprometida, de hecho.

—¡Te lo juro, este es el mejor día de mi vida! Ha superado con creces al día en que el dependiente se olvidó de cobrarme dos donuts en la panadería.

—Para que lo sepas, te los regaló porque quería tema contigo.

—¡No se me puede comprar con comida!

—Mentira.

—Vaaale, definitivamente se me puede comprar con comida.

—¡Por favor, cuéntamelo todo! No puedes torturarme así ocultándome información. ¡Es cruel!

—¿Por dónde empiezo? Hay una historia sobre una monja malvada, lluvia, un culo convaleciente y...

—Ejem, ejem... —carraspea alguien repente, mientras me trago a duras penas las palabras «un nuevo jefe buenorro».

Se me escapa un pequeño chillido y veo que el señor Sullivan está ahí de pie. Justo a mi lado. Mientras me levanto la falda con una mano para secar mi culote de encaje y mis imponentes nalgas.

El secador de manos se detiene de repente y grito a mi teléfono:

—¡Te llamaré más tarde, Lani!

No se escucha ni a un alma.

—Está en el servicio de señoras —digo molesta, aunque con tono de disculpa.

—Oí gritos.

—Estaba llamando a mi amiga para darle la buena noticia.

—Pero ha vuelto a tardar más de la cuenta. Le di cinco minutos.

Cruza los brazos sobre su ancho pecho, moldeado en su camisa blanca. Es entonces cuando me doy cuenta de que aún tengo el culo un poco desnudo. Me enderezo, me paso la mano por la falda para alisarla con clase y elegancia, y me sonrojo, de nuevo, con los pómulos del color de una manzana.

—No llego tarde —respondo con aplomo. Son las...

Levanto la mano para mirar mi bonito reloj de máquina expendedora y me doy cuenta de que la esfera está llena de agua. Y que las manecillas no se han movido desde que entré ahí.

—Le juro que tengo una buena excusa —suspiro.

Me acerco al señor Sullivan, le enseño mi amuleto y luego agito la muñeca hasta que el reloj gorgotea entre nosotros.

—¿Ese de la esfera es Bob Esponja? —murmura.

Se me escapa un pequeño hipo y me llevo las manos a la espalda.

—Sí. No. ¿Tal vez?

—No me pregunte si ya me arrepiento de haberte contratado, no creo que le guste la respuesta...

—¡Oiga, eso es muy mezquino! ¡Aún no he demostrado mi valía!

—Eso es lo que temo.

—¡Será idiota!

—¿Cómo dice?

De repente, sus palabras carecen de cualquier atisbo de diversión. Se mete los puños en los bolsillos y me clava su mirada asesina, esperando a que repita lo que dije. No tengo valor para hacerlo, la verdad.

—He dicho...

—La escucho, señorita Pérez.

—He dicho que es usted un jefe muy concienzudo y que me gustaría agradecerle sinceramente que viniera a comprobar —en los aseos de señoras— que todo iba bien. Podría haber estado orinando, ¡no sé si me sigue! Si me hubiera pillado, habría estado atascada al menos treinta minutos. ¡Treinta minutos! ¿Puede imaginarse el estado de mi vejiga después de eso? Traumatizada. Humillada. Tensa.

—Le agradecería que usted y su vejiga, cuyo honor está a salvo, por suerte, se dieran un poco de prisa. Todavía tenemos que hablar de la cantidad de trabajo que tiene que hacer hoy.

—Por suerte para usted, al fin estoy seca.

Mi teléfono empieza a vibrar y aparecen mensajes en mi pantalla, todos de Leilani.

El Sr. Sullivan y yo nos miramos.

Él con decepción y yo, muerta de vergüenza.

** ¡Dios mío, dime que tu nuevo jefe no te ha pillado con el culo al aire!*

Luego llega otro zumbido.

** A no ser que lleves las bragas rojas puestas.*

Y otro más.

** ¡Más te vale estar teniendo sexo salvaje! Necesitas relajarte, cariño.*

Y así sucesivamente.

Con una sonrisa cada vez más tensa y aterrorizada, cojo mi móvil y me lo meto en el bolsillo. Allí sigue vibrando durante otro minuto, al menos, mientras nos miramos fijamente sin hablar. Me pregunto si querrá despedirme.

No. De hecho, *estoy segura* de que quiere despedirme.

Joder, espero que al menos me dé mis cinco pavos por la media hora que llevo aquí. Con eso podría comprarme un donut o algo. ¡Y podría perseguir a esa maldita monja que me gafó! Bueno, probablemente me lo coma antes de llegar a su convento o donde quiera que viva.

¡Qué marrón!

¹ *N. de la T.* Una canción de George Canyon.

Knox

A veces pienso que me merezco todo lo malo que me ha pasado en la vida. Nací heredero mientras algunas personas se mueren de hambre. Viví en una familia relativamente feliz mientras algunos niños pasan por un infierno.

Pero todo esto que me está pasando... Pero ¿y ella?

¿Qué demonios he hecho para que esta mujer irrumpa en mi casa, me robe el autocontrol y empiece a fastidiarme la vida desde el primer día?

Sé que soy un gilipollas. Que soy un gilipollas con mis empleados, con mis amigos... Mierda, ¿a quién quiero engañar diciendo que tengo amigos? Y sin embargo, joder, creo que esta preciosa mujer de pelo caoba y carácter fogoso va a prender la llama de mi existencia y, la verdad, me cabrea, pero al mismo tiempo me produce un cierto placer. Un placer extraño, un poco malsano, de los que duelen, pero que me hace rozar el orgasmo.

—¿Estoy despedida? —pregunta de repente con la voz rota, como si le doliera físicamente no poder demostrar su valía.

Una larga inspiración me llena los pulmones de su perfume. Azúcar. Flores. Vainilla. Y donuts de caramelo. Intento olvidarlo, su aroma, porque me incita a reírme y, si hoy empiezo a reír de nuevo, cuando hace años que no lo hago, probablemente sea mi alma la que se deshaga ante su presencia y su asombroso cuerpo.

Si tuviera que ser sincero, le diría que sí. Fuera. Inmediatamente, de hecho. Tiene que salir de aquí, tiene que salir de mi vida, tiene que desaparecer de mi existencia, porque ya está haciendo temblar los cimientos.

Pero ¿cómo puedo resistirme? ¿Cómo puedo hacerle daño, echarla, apartarla de mí con esos preciosos ojos brillantes y llenos de tristeza y decepción? Simplemente no puedo.

—Le doy todo el día para demostrar que es capaz, así que concéntrese, señorita Pérez. Puedo contar con los dedos de una mano el número de personas a las que les he dado tantas oportunidades como a usted.

—¡Por favor! Llámeme Siana, si es que me considera digna de pertenecer a su pequeño círculo de afortunados...

Siana...

Un nombre dulce que encaja con este lado de su personalidad, el que me está mostrando ahora mismo. Su gran sonrisa, el alivio que ilumina sus ojos, y sus pómulos pecosos y sonrosados.

—Sígame, ya es hora de que se ponga manos a la obra. Empezaremos por lo más sencillo. Caminamos por el pasillo.

Soy consciente del sonido de sus pasos, de sus tacones de aguja a mi lado. Hace que me palpite el corazón y me hormiguee la sangre.

La detengo en la mesa de enfrente. Mientras que mi cuartel general está protegido del mundo exterior por gruesos muros, las paredes de cristal del suyo no dejan lugar a dudas de la cantidad de trabajo a la que tendrá que dedicar todo su día.

Ambos nos giramos hacia su nuevo espacio de trabajo y ella inclina la cabeza hacia un

lado.

—Me encanta. ¿El presupuesto de decoración se ha destinado a los aseos o me equivoco?
Toso para ocultar la risa.

La verdad es que Mikey, cuando dejó su trabajo, dejó un desastre monstruoso.

—Su tarea del día es ordenar y clasificar todo lo que hay en estas cajas. Mikey tenía un sistema de clasificación bastante...

—¿Absurdo? —refunfuñó.

—Original —corrijo—. Todos los sobres azules que encontrarás ahí dentro son de nuestros antiguos clientes. Organízelo todo por orden alfabético en el escritorio, detrás de la pila de cajas. Los sobres rojos son nuestros casos actuales. Tendrá que leer cada expediente para enterarse de nuestras ventas y compras, y guardarlos en su despacho.

—¿Despacho? ¿Qué despacho? —murmura—. ¿De verdad hay muebles detrás de todo este desorden?

—Sí, los hay. Que tenga un buen día, señorita Pérez.

—Siana.

—Y no olvide ser convincente, su puesto depende de lo bien que se organice.

—¿No es usted un poco quisquilloso?

—Lo admito —respondo con una gran sonrisa.

Cuando le doy la espalda, me pregunto si saldrá corriendo o se quedará para demostrar su valía. Apenas he tenido tiempo de llegar a mi puerta, a cinco metros de la suya, cuando ya está rebuscando entre las cajas, y la falda se le levanta ligeramente, como antes en el servicio.

Dios, si sigue enseñándome el culo, no podré pensar en otra cosa en todo el día. Sin embargo... Soy incapaz de cerrarle la puerta y aislarme del mundo exterior, como suelo hacer con los demás.

En lugar de eso, dejo la puerta abierta de par en par y me acomodo en mi sillón de cuero, donde comienza mi lenta, lenta agonía.

Siana Pérez es un auténtico torbellino, y con su minúscula falda que se balancea a cada paso que da, su incesante *ballet* que intenta poner orden a mi local, y a su vida me hipnotiza.

Una caja especialmente pesada parece hacerle pasar un mal rato, y en cuanto consigue agarrarla, se abre por abajo, y libera un sinfín de hojas sueltas a sus pies. Decepcionada, levanta la cabeza hacia el cielo, lanza un grito y suelta toda una letanía de palabrotas que casi me hacen parecer un santo.

A ver si realmente va a ser una súbdita de Satán...

Esta mujer es realmente un cactus coqueto y encantador: por mucho que pinche, no puedes evitar que te guste.

Me paso el tiempo leyendo y releendo su currículum, y entro en las páginas web de sus antiguos jefes para darme cuenta con asombro de que ha tenido puestos de responsabilidad en museos pequeños y grandes, pero siempre excelentes. Estoy impresionado. E intrigado.

A mediodía, cuando empieza a ralentizar sus tareas, a cansarse, con su pelo caoba enmarañado, decido poner fin a su calvario.

Me acerco a ella con actitud desenfadada, con la mirada clavada en las arrugas de preocupación de su frente, mientras lee un expediente y busca a tientas en el fondo de una caja el resto de los documentos.

Me parece una mujer muy seria en su trabajo, pero al mismo tiempo una persona muy entusiasta. Sobre el escritorio, que ha conseguido liberar de cientos y cientos y papeles, está su

teléfono, que zumba sin cesar.

Su amiga, seguramente. La que le aconsejó hacer locuras con su cuerpo para relajarse. Sinceramente, si no fuera tan estricto con mis propias normas e instrucciones, habría cedido y, por ende, habría perdido los papeles.

Pero también soy un hombre serio, y de ninguna manera voy a sucumbir ante esta mujer, por muy guapa, inteligente e ingeniosa que sea.

—¿Todo bien por aquí?

Se le escapa un pequeño chillido y enfoca en mí sus ojos de cierva asustada.

—Todo va bien. Lo tengo todo bajo control. Otras diez o doce horas... o meses, y estaré al día.

—Ya ha avanzado lo suficiente. ¿Le importa si la llevo a comer? Hay algunos puntos que aclarar de su currículum.

—Lo siento, señor, pero no creo que pueda permitirme un descanso —se sonroja.

—Claro que puede.

—Mi jefe me dijo que tenía que leer todos estos expedientes para esta noche, y aún no he conseguido desenterrar ni la mitad.

—Su jefe es un canalla. Al menos, eso dicen los rumores.

Suelta una carcajada llena de luz y que me hace sentirme ligero.

—Deme un momento, voy a refrescarme.

Cuando desaparece en los aseos, cojo el teléfono y llamo a mi secretaria.

—Señorita Young, envíe al servicio de limpieza arriba, por favor.

—Sí, señor. Pero... Jamison está de servicio hoy.

Me quejo, molesto.

—Haré la llamada yo mismo —añado.

No quiero que hable con Lilly.

Marco a la recepcionista, que me pone con el departamento técnico antes de enviarme con Jamison.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo ayudarle hoy? —me pregunta con una voz cargada de sarcasmo, falsa cortesía y disgusto.

Las cosas entre nosotros son complicadas. A pesar de que no pueda supervisarle, le vigilo de cerca y él lo sabe. Al menor problema, lo despediría y él se arrepentiría en un abrir y cerrar de ojos.

—Planta treinta —respondo—. Inmediatamente.

Jamison llega con su carrito justo cuando Siana vuelve hacia mí. Su mirada lujuriosa me irrita y me produce un escalofrío.

En un gesto puramente instintivo, pongo la mano en el hombro de la joven y lanzo una mirada desdeñosa al hombre que tiene la mano izquierda escayolada. Me pregunto qué se habrá hecho para romperse la muñeca. Bueno... No, prefiero no saberlo.

—Despeje las cajas vacías de este escritorio y esta tarde, cuando la señorita Pérez haya terminado por hoy, deje este despacho como los chorros del oro.

—Muy bien, señor.

—Podría pedírselo por favor —refunfuña la joven, mientras me dirige una mirada indignada—. El personal de limpieza merece tanto respeto como todos los demás, se lo aseguro.

—Gracias, señorita —responde Jamison, y le dedica una sonrisa.

Ella ve a un hombre encantador y bien peinado con un uniforme gris lleno de manchas que

atestiguan su empleo en los escalafones inferiores de mi empresa. Yo veo a un gilipollas que va a recibir una colleja si sigue mirándola así.

—Vamos —digo con desdén mientras la empujo hacia delante.

De ninguna manera voy a quedarme con este hombre más tiempo del necesario.

Sin embargo, una vez en el ascensor, Siana me dirige una mirada fría y decepcionada que me quema un poco el pecho.

—Que no gane tanto como usted no significa que tenga que tratarle así.

—Trato a todo el mundo por igual, si eso le hace sentir mejor —contesto.

—¿De verdad?

—Pues sí.

—¿Quiere decir que voy a pasar la hora de la comida con un hombre que me mirará por encima del hombro y me despreciará? Porque aún estoy a tiempo de ir a clasificar expedientes en cajas desgastadas.

Inspiro bruscamente, a punto de perder los nervios.

—Ya se lo he dicho, necesito que me aclare algunos puntos de su currículum. Esto va a ser una comida de negocios, así que será mejor que aprenda a controlar su genio, señorita Pérez, porque sigo siendo su jefe. De momento...

Eso hace que se calme.

Cuando estamos a punto de salir del ascensor, veo que ella se queda helada.

—Me he olvidado la chaqueta y la bufanda arriba. Vuelvo enseguida.

—No, no importa, yo se los traigo yo.

—Sabe, no sabría decir si es usted amable o insoportable.

—Bienvenida a mi mundo, señorita Pérez. Bienvenida a mi mundo.

Dejando a un lado el pequeño golpe de Estado que ha perpetrado en mi edificio, me mira mientras las puertas se cierran entre nosotros, y me pregunto si estoy loco por encontrar su temperamento y su furia tan excitantes.

Hacía años que nadie me plantaba cara, que nadie me ponía en mi sitio. Y creo que puedo decir con seguridad que nadie se atrevería.

Y si hubiera sido una persona completamente diferente, seguramente la habría despedido sin ningún remordimiento. Entonces, ¿qué demonios me pasa? ¿Qué la diferencia de las demás?

La forma en que late tu corazón cuando la miras... —responde mi conciencia.

Esa estúpida conciencia.

Por no hablar de ese órgano de mi cuerpo que se excita en cuanto la ve. ¡Maldita sea!

Cuando llego a mi planta, me doy cuenta de que Jamison está de pie justo en el despacho de Siana, mirando fijamente su teléfono que vibra.

—¿Qué demonios hace? —grito, mientras lo agarro por el cuello del uniforme.

—No estoy haciendo nada. Suélteme ahora mismo.

Obedezco, porque estoy seguro de que podría pegarle ahora mismo.

Me guardo el teléfono de Siana en el bolsillo y señalo al hombre con el dedo.

—Si se acerca a ella, lo mato, ¿está claro? Y nada ni nadie podrá detenerme, nada ni nadie podrá salvarle.

—Ya lo ha dejado claro, señor —sonríe con petulancia.

¡Me da puto asco!

Si pudiera pillarle con las manos en la masa al menor desliz, le despediría en el acto, pero es demasiado inteligente para eso.

Me apresuro a coger las cosas de Siana, que estaban colgadas para que se secaran junto al radiador a toda potencia, y luego cojo también mi abrigo. Me da tantas vueltas en la cabeza que me he olvidado de todo en su presencia. Cuando vuelvo con ella, está en recepción, charlando con Lilly, que enseguida baja la mirada al verme acercarme, como el resto del personal, lo que hace que Siana levante la vista al cielo.

La ayudo a ponerse su chaqueta, que se ata rápidamente, y, al ver cómo se enrolla su diminuta bufanda alrededor de su delicado cuello, le ofrezco la mía, mucho más gruesa y cálida.

Me quedo paralizado un instante al darme cuenta de que lleva demasiada ropa mía. Ahora mismo, solo pienso en quitárselo todo: mi ropa, la suya... Entonces la ira vuelve a apoderarse de mí, porque tengo que dejar de pensar en ella así. No puedo imaginármela en una postura... tan comprometida.

Ella es y siempre será mi empleada. Y nada más.

Siana

El Sr. Sullivan me rodea el cuello con su bufanda en un gesto tan suave, tan perfecto que me deja sin aliento. Mi enfado con él se evapora tan rápido como había aparecido y todos a mi alrededor se callan.

En la recepción, Lilly nos mira con una gran sonrisa y las mejillas coloradas, como si fuera a ponerse a chillar en cualquier momento. A su lado, una morena alta y exuberante que lleva una placa en la que pone «Tricia» me mira fijamente con sus ojos color glaciador.

Trago saliva, y entonces me doy cuenta de que los gestos de afecto del señor Sullivan deben de ser tan numerosos como las oportunidades que ofrece a sus empleados, y antes de que pueda decir una palabra me pone la mano en los hombros y me conduce fuera.

El salón de mármol, rebosante de vida y de obras de arte, casi me hace desear quedarme a contemplarlas, pero el hecho de que vaya a probar una buena comida me hace soñar.

—¿Adónde vamos? —pregunto sonriente—. En *Mario's* hacen unos perritos calientes estupendos, pero *Viggo and Tim* tienen quizá, solo quizá, los mejores tacos del país. Además, ha dejado de llover. Vale, comer un perrito caliente bajo la lluvia de Nueva York es una experiencia que no hay que perderse, pero me gustaría permanecer seca el resto del día.

Como si no me hubiera oído, me mira las piernas desnudas y suelta:

—¿No tiene frío?

—Me estoy congelando. Mañana me pondré unas medias, se lo prometo.

—Podemos pedir para llevar, si lo prefiere...

—No, estaré bien. Soy un hueso duro de roer. ¡Y deje de ser tan amable! Quiero odiarle.

Siento un atisbo de arrepentimiento en su mirada, como si eso fuera lo habitual entre sus empleados. Lo que espera de los demás, y lo que quiere inspirarles. Dios, de repente me siento tan mal que quiero cogerle de la mano.

—Lo siento mucho.

—¿Siempre dice en voz alta lo que piensa?

—No, a veces puedo mantener la boca cerrada. Normalmente cuando tengo algo en la boca.

Levanta las cejas divertido.

—¿Estoy hablando de comida, señor!

—Nunca he dicho lo contrario.

—No, no lo ha dicho, pero la miradita que me ha lanzado me ha hecho ver lo que pensaba.

—No, verá... Yo no pretendía... Ah, no importa. Por otro lado, no me haga creer que le ha sorprendido mi reacción, señorita «enseño los pechos en plena entrevista».

—¿No ha sido a propósito! Es más, se supone que usted no ha mirado, ¡lo que significa que técnicamente no he enseñado nada!

—Bien visto. Razona usted muy bien.

—Siempre. Entonces, ¿perrito caliente o hamburguesa? Seré indulgente y le dejaré elegir.

—Nunca como comida callejera.

—Disculpe, ¿qué? ¡Pero es usted neoyorquino! ¡La comida callejera es una institución!

¿Cómo puede insultar así a toda nuestra nación?

—¿No está exagerando un poco?

—¿Yo? No soy de las que exagera, créeme.

—¿Siempre es usted tan molesta?

—Normalmente soy dulce, pero hoy ha habido circunstancias atenuantes.

—¿En serio? ¿Y cuáles son esas? ¿Un reloj roto? ¿Un poco de lluvia? ¿Una monja poseída?

—Si le dijera «migas crujientes», ¿querría saber toda la historia?

—Creo que no.

Suelto una carcajada y dejo que nos guíe hasta un restaurante *chic*, justo enfrente del Rockefeller. Cuando entro y me doy la vuelta, suelto un grito ahogado.

Aquí es donde trabajo ahora. Cerca de esta espléndida plaza con su estatua dorada, los inmensos edificios que la rodean y su decoración mundialmente conocida. Los turistas acuden aquí para admirar el desenfreno de luces, música, espumillón y árboles de Navidad, aunque todavía parece que hay menos que en mi piso.

—¿Todo bien, señorita Pérez?

—Siana. Sí, sí, todo bien. Es que hace mucho que no veo el árbol gigante de la plaza. ¡Y la pista de hielo! Pero ¿ha visto qué bonita es?

Me agarro a la ventana del restaurante para intentar verla mejor.

—Suelo estar delante del árbol el día que lo ponen, pero este año...

—¿Este año?

—No, este año no. Digamos que no me atreví.

Un poco avergonzada, dejo atrás el escaparate porque parezco un niño delante de una heladería. Luego, sigo a Sullivan hasta el restaurante sin ni siquiera pararme cerca de la camarera que estaba sentando a los demás clientes.

—¿Tiene su propia mesa?

—Menuda pregunta. Vengo aquí casi todos los días con nuestros clientes más importantes. Es mucho más fácil.

—Sí, bueno, habría preferido un perrito caliente. Me veo completamente fuera de lugar — murmuro mientras miro a mi alrededor a toda la gente elegantemente vestida, con atuendos de las tiendas más grandes de la ciudad.

—Las personas que se interesan por la apariencia son las que serán más infelices cuando sean ancianas, señorita Pérez.

—¿Así que no se avergüenza de mí? Porque después del numerito con el señor de la limpieza...

—Por favor, no hable de Jamison o me enfadaré.

—Está bien, no lo haré. Entonces, ¿de qué quiere hablar? —le pregunto mientras me acerca una silla, después de ayudarme a quitarme la chaqueta y su cálida bufanda, que huele a perfume de lujo.

—De usted.

—Me gustan los donuts. ¿Eso le parece un buen dato sobre mí?

—No, porque ya lo sabía.

Se sienta frente a mí, tan serio como siempre.

El camarero viene a traernos las cartas, pero él lo aparta con un gesto de la mano. Un gesto casi desdeñoso, de superioridad.

Sacudo la cabeza.

Luego suspira, le hace volver, y el pobre hombre apenas se atreve a mirarnos mientras nos entrega las cartas.

—En primer lugar, señorita Pérez... Siana, no me avergüenzo de estar aquí con usted, por el amor de Dios. No me importa que lleve... mi camisa —traga saliva, bajando ligeramente la vista hacia la prenda en cuestión—. Y no me importa que sus zapatos no cuesten una fortuna. De hecho, no me importan sus zapatos, sencillamente, porque la apariencia no define a una persona. Los actos cuentan más que la apariencia. Pero si está aquí conmigo este mediodía, es porque tengo algo importante que preguntarle. Dígame por qué su padre concertó esta entrevista de trabajo por usted.

Me cago en la...

Hay dos razones, en realidad. La primera es Andrew, y de ninguna manera le voy a hablar de eso. La segunda, en cambio, debería satisfacer un poco su curiosidad, aunque me avergüence admitirlo.

—Yo... no me sentía capaz de hacerlo por mí misma.

—¿Por qué? ¿Si es usted muy lanzada y testaruda!

—Sí, lo soy.

Miro mis manos temblorosas y el señor Sullivan pronuncia mi nombre de la forma más dulce, por lo que me obliga a mirarle a los ojos.

—Puede parecer increíble dicho así, pero no estoy tan segura de mí misma como parece. De hecho, llevo más de seis meses buscando trabajo y no he encontrado nada. Nada de nada. Así que empecé a sentirme mal, y luego empecé a sentirme peor, y al final me vi incapaz de seguir solicitando un puesto tras otro, porque sabía cómo iba a acabar, y ya no podía soportarlo más. Igual que mirarme al espejo; últimamente se había vuelto demasiado complicado.

Respiro, algo más tranquila, pero con la bolita de ansiedad aún en el estómago y con un miedo terrible de perder este salvavidas que me ha lanzado.

—Así que antes de seguir adelante con esta conversación, señor Sullivan, me gustaría darle las gracias sinceramente. Gracias por darme una oportunidad, y gracias por darme algo de esperanza. Estaba a punto de perder todo lo que tenía. Usted... impidió que lo hiciera. Bueno, si es que al final decide que valgo para el puesto, claro.

—Eso ya lo veremos —sonríe misteriosamente.

—¿Y la verdadera pregunta que quería hacerme, entonces?

Él arquea las cejas. A mí no me engaña, ni por un segundo.

—Sí, ya veo que le molesta que sea tan perspicaz. Está aún más taciturno que esta mañana, cuando llegué tarde.

—Es muy observadora.

—Creo que es importante que lo sea, si mi trabajo consiste en estudiar obras de arte —digo riendo entre dientes.

—*Touché*. Dígame, señorita Pérez, ¿por qué la despidieron de su último trabajo?

Mierda, mierda, mierda... ¡Joder!

No puse eso en mi currículum, ¿verdad? Seguro que no. Lo que significa... Vaya, debe de haber investigado algo sobre mí... Mis mejillas empiezan a arder, tanto que por un momento estoy tentada de salir corriendo e ir a tumbarme a la pista de hielo, solo para bajar un poco la temperatura de mi cuerpo, que ha decidido entrar en erupción.

Levanto lentamente el menú que tengo delante para esconderme y espero que, cuando por

fin haya decidido lo que voy a tomar de entre todas las sugerencias, se haya olvidado de su pregunta.

Espera un segundo... ¿Pero por qué solo hay tres malditos platos disponibles en este menú? ¡Menudo crimen!

Siana

—Cof, cof... tose el Sr. Sullivan después de que lleve ya diez minutos contemplando las tres pobres líneas que constituyen los platos del día.

Bajo un poco la carta y le dirijo una mirada de pánico que se topa con la suya: fría, distante y molesta. Muy molesta.

—No hay precios. ¿Cómo voy a saber qué pedir si no ponen el precio?

—Pago yo, así que no hace falta que conozca los precios.

—Es una forma de verlo. Pero tengo tres dólares, así que al menos déjeme pagar el vino, ¿quiere?

—Señorita Pérez, con tres dólares no tendría ni para el corcho de la botella...

Lloriqueo abiertamente, pero justo en ese momento llega el camarero y me salva la vida. Casi literalmente. La verdad es que no tengo ganas de meterme en un berenjenal. No quiero hablar de mi despido; es comprensible, ¿no?

—¿Han elegido ya qué van a tomar los señores?

—Beberemos agua. Sin gas, gracias.

Suspiro pesadamente. Me habría venido bien una copa de vino.

—Se supone que estamos trabajando —me regaña Sullivan—. Y luego tomaré el bogavante glaseado con miel y verduras al vino blanco.

—¿Y para la señora?

—Señorita —refunfuño. Tomaré la en...

—Como se le ocurra pronunciar la palabra «ensalada», me enfado —murmura Darth Vader.

—Lo mismo que el señor, entonces —suspiro.

—Muy buena elección. La ensalada es solo un acompañamiento —susurra el camarero mientras cogía las cartas antes de marcharse, ante la mirada fulminante de mi jefe.

—¿Y qué?

—¿Qué pasa? No he llegado a decir «ensalada», así que deje de enfurruñarse.

—Señorita Pérez...

—¿No habíamos dicho que me llamara Siana?

—Usted es mi empleada. Llamarle por su nombre de pila está... mal —se sonroja.

Pero ¿por qué es tan adorable? ¿No puede ser malo todo el tiempo para que sea más fácil odiarlo?

—No me apetece hablarle del Offenheim —admito, de repente.

—¿El museo donde trabajaba?

—El mismo

—¿Por qué no querría hacerlo?

—Porque me despedirá si se lo cuento todo.

Agacho la cabeza, y noto que el corazón me late dolorosamente en el pecho.

—La única razón por la que podría despedirla sería si cometiera una falta grave en mi empresa.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Defina «falta grave». Solo para estar seguros. Bueno... quiero decir... es para una amiga...

—Es muy sencillo: si hace algo imprudente y el hecho de contármelo le genera ansiedad, es grave.

—¡Pero yo vivo estresada! Me preocuparía si tuviera que decirle que se me ha caído una hoja de lechuga al suelo.

—Tiene suerte de que no haya ninguna en su plato, entonces. Ahora empieza a hablar.

—Me despidieron por acoso sexual —digo, molesta.

El señor Sullivan se queda inmóvil, inclina la cabeza hacia un lado y me mira fijamente con esos ojos oscuros y preciosos que tiene, y luego se echa a reír.

Me quedo paralizada, estupefacta.

—Por Dios, señorita Pérez, ¿a quién ha estado acosando? ¿Y por qué no me sorprende?

Los clientes y camareros que nos rodean se vuelven hacia él y cuchichean sobre nosotros, como si les pareciera surrealista que se riera de algo así. Razón no les falta

—¡Chist! —exclamo mientras me ruborizo. Va a hacer que se entere todo el mundo.

Apoya el codo en la mesa y disimula la risa tapándola con el puño. De hecho, me he fijado en que aprieta los puños todo el tiempo. Me pregunto si es una forma de controlar su ira y el resto de sus emociones. Es como si quisiera contenerlas. O acabar con ellas.

—No quiero hablar más de esto, ¿de acuerdo?

Honestamente, me alivia que haya malinterpretado mis palabras. Prefiero que me vea así, duele menos. No me gustaría que se apiadase de mí.

El camarero por fin nos trae la comida, y juro que no he visto una langosta tan grande en mi vida. Empiezo a comer en cuanto el plato llega a la mesa, y Sullivan me mira con expresión divertida.

—Es mejor que la ensalada, ¿verdad?

—Ni punto de comparación —digo con la boca llena.

Entonces me doy cuenta de que estoy en un restaurante elegante, en compañía de mi jefe, así que me siento erguida y, en lugar de comer como un perro hambriento —dado que en cierto modo, lo soy—, picoteo con el tenedor, y pronuncio de vez en cuando un «¡Delicioso! Ja, ja...».

Al señor Sullivan cada vez le resulta más difícil disimular lo bien que se lo está pasando, lo cual me complace. No me gusta mucho su ceño fruncido. Me asusta un poco.

—¡De verdad, me sabe a gloria! He estado comiendo papas durante los últimos cinco días, y probablemente seguiré comiéndolas hasta el día en que me llegue la nómina. Le digo que esta langosta es mil veces mejor que cualquier paquete de papas sabor *paprika*¹ que haya comido en mi vida.

—Sabe que hay otro tipo de comida en las estanterías del supermercado, ¿verdad?

—Sí, ¿pero comida tan barata y que no necesite cocción? Lo dudo...

—¿No le gusta cocinar?

—Me... me encanta. Pero ya no estoy de humor para ello. O para hacer cualquier otra cosa, en realidad. Llegó un momento en que incluso levantarse de la cama me quitaba demasiada energía. Era difícil.

Asiente con la cabeza, como si me entendiera, y me conmueve que no me juzgue.

Terminamos de comer y me ofrece postre, pero lo rechazo categóricamente.

—Estamos en diciembre, señor. Hay que comer lo que es de temporada.

—¿Qué quiere decir con eso?

El camarero nos interrumpe para traer la cuenta. Paga y salimos del restaurante, después de que me haya vuelto a poner la bufanda al cuello, lo que hace que me sonroje.

—¿Lo ha adivinado ya? Un gofre con forma de árbol de Navidad, ¡vamos!

Su mirada de decepción me hace reír. Por suerte, he visto una pequeña pastelería un poco más allá, así que vamos allí. Cuando deposito mis tres dólares en el mostrador, me doy cuenta de que solo puedo tomar uno. Y sin los extras, lo que supone un momento de depresión sin medida.

—Solo un gofre, por favor —refunfuño, haciendo pucheros. El verde con forma de abeto.

Cuando me lo da, me vuelvo hacia mi jefe, con una gran sonrisa en la cara, y se lo ofrezco.

—Gracias. Pero ¿usted no va a comer?

—Estoy oficialmente arruinada en este momento. ¿No se acuerda? Antes dije que solo me quedaban tres dólares.

—Vaya... ¿No bromeaba, entonces?

—No, no bromeaba.

—¿Y ha gastado sus últimos tres dólares en... mí?

—Técnicamente, pretendía comprarle el mejor gofre que jamás comerá, pero tengo que decirle que sin los extras, será un gofre normal.

Vuelvo a poner cara de fastidio y, sin perder su aire feroz, él pone un billete de veinte dólares encima del mostrador.

—Pídase lo que quiera, señorita Pérez. Es su día de suerte, hoy estoy de buen humor.

¿A eso le llama buen humor? ¿Una mirada que es parte molestia, parte ceño fruncido, y una minidosis de sonrisas que esparce como pequeños rayos de sol entre las nubes en un día lluvioso? Mmm, no me gustaría verle cuando esté enfadado...

Cojo el gofre, lo pongo sobre el mostrador, miro fijamente al vendedor con mi aire más profesional y, con una voz llena de seguridad, le digo:

—Yo me tomaré otro. Y quiero nata montada, arándanos y fresas que parezcan pequeñas bolas de Navidad, estrellitas de pan de jengibre, trocitos de chocolate blanco y, por favor, vierta sirope de frutos rojos para que parezcan guirnaldas.

—¿Nada más? —se burla el dependiente.

Abro la boca para añadir más pepitas de chocolate, pero el Sr. Sullivan se ríe y cierra el trato.

—Eso es todo, gracias. Quédese con el cambio, aunque no sé si le quedará algo.

Finalmente, le devolvemos tres dólares, que él desliza discretamente en el bolsillo de mi abrigo con un guiño, y cogemos nuestros platos de papel para salir de nuevo.

Muerdo inmediatamente mi gofre y suelto un gemido de placer tan fuerte que los ojos de mi jefe se abren de par en par.

—Lo siento —me río—. Lo sé, lo sé, soy de lo más fino que hay, así no me dé las gracias por alegrarle el día.

Sacude la cabeza.

—Oiga, no puede entenderlo hasta que no lo haya probado. ¡Adelante! Casi me arruino por usted...

Mientras empezamos a andar, Sullivan prueba por fin su gofre y se le escapa un pequeño gemido a su vez.

—¿Lo ve? Es una experiencia cercana al orgasmo.

El gofre caliente, la nata montada chorreando, la fruta dulce y...

—¡Oh, no! ¡Se nos ha olvidado pedir chocolate fundido! ¡Lástima! —exclamo.

—Por desgracia, no podemos permitirnos volver allí. Vamos a tener que volver al trabajo, señorita Pérez.

—Pero... ¡aún quedan diez minutos!

—Sí. Pero ¿qué prefiere? ¿Chocolate fundido, o un paseo por la pista de hielo y el Rockefeller para escuchar los villancicos?

Es entonces cuando me doy cuenta de que me ha llevado a ver el árbol que antes contemplaba desde el restaurante. Un placer sin límites inunda mi pecho, y un poco mis ojos. Estaba tan concentrada en comerme el gofre que ni siquiera vi adónde me llevaba.

Francamente, podría haberme arrastrado a un rincón oscuro para matarme y no me habría dado cuenta, porque tengo comida en las manos. ¡Qué depresión! ¡No puedo decidirme!

—¿Y si quiero ambas cosas?

—En la vida hay que saber tomar decisiones, aunque sean difíciles.

—Prefiero ver el árbol —digo, a regañadientes. Me encantan los abetos. Son tan bonitos, tan grandes y huelen tan bien...

—¿Abetos, dice?

—¡Sí! El olor del bosque, de la savia, de la naturaleza. Me tranquiliza. ¿No le pasa lo mismo?

—No tengo un fetiche con los árboles, Siana. Señorita Pérez—se corrige inmediatamente.

Me río, y terminamos el postre paseando tranquilamente por la pista de hielo. Es maravilloso. Los gritos de los niños, la música navideña, los pocos copos de nieve mecidos por el viento, a pesar de los pequeños rayos de sol que se cuelan entre las nubes. Todo es mágico.

—Creo que debería haber venido aquí antes. Me habría ayudado a sentirme mejor.

—Debería haberlo hecho, sí. Tiene los ojos cubiertos de mil estrellas brillantes.

Me quedo paralizada y giro la cabeza hacia él, avergonzada. Y abrumada. Muerta de amor, también, pero no voy a decirlo.

—¡Deje de ser amable! No es justo.

—¿Para quién?

—¡Para todos los hombres del planeta que no son usted, por supuesto! Debería ser ilegal ser tan guapo y adorable al mismo tiempo. Por favor, vuelva a ser usted mismo, el hombre que me amenazó con despedirme si no cumplía sus órdenes.

—No creo que lo dijera así —dice entre risas y luego tira nuestros platos vacíos a la papelera.

—Pero esa era la idea...

—Mmm. Puede que un poquito...

—Venga, los dos sabemos que es más bien *un muchito*. ¿Cómo se llama, por cierto? No me dijo su nombre de pila en la entrevista.

Aunque el nombre de Knox Sullivan aparece regularmente en los titulares, me pregunto si tiene otro nombre de pila. Si es un alias, como los que usan los roqueros. Porque, bueno, llamarse Gérard Bon Jovi o Marcel Cobain le quitaría mucho encanto y misterio, igual que a Gilbert Sullivan.

—Estaba demasiado ocupado pensando si iba a llamar a seguridad o deshacerme de usted con mis propias manos. Mi nombre es Knox, por cierto. Pero para usted es Sr. Sullivan.

—Es usted tan quisquilloso, Kn...

Su dedo roza mis labios carnosos y me fulmina con la mirada.

—No me haga arrepentirme de haberle dado esta información, Srta. Pérez. Usted es mi empleada, no mi amiga.

—Ahí está el jefe desagradable que quería de vuelta —murmuro, mientras aún aprieta su dedo contra mi boca.

—Ahora que las cosas están claras, volvamos al trabajo.

Con un gran suspiro, volvemos a Sullivan Inc, subimos a nuestra planta y yo vuelvo a ordenar mis archivos, no sin captar con demasiada frecuencia las miraditas de Knox en mi dirección. Me pregunto qué estará pensando. ¿Se arrepentirá de haberme traído a su empresa? O quizá tener a una sola persona que le haga frente le haga sentirse mejor.

¡No! Estoy bastante segura de que odia esta situación Y de que le gustaría amordazarme un poco más de lo necesario. Y no puedo decir que esté en contra de eso. Me salvaría de decir estupideces que él podría echarme en cara.

¹ *N. de la T.* Preparadas con pimentón dulce o similar.

Knox

Siana vacía una caja tras otra y las coloca en pilas ordenadas fuera de su despacho. Construye poco a poco un muro entre nosotros, algo que no me gusta, aunque no sé por qué. Tampoco que no sé por qué he vuelto a dejar la puerta de mi despacho abierta.

Tal vez... Tal vez porque verla murmurar, maldecir y gruñir me hace reír. Y verla delirar sobre nuestros casos actuales y las obras que vamos a recibir y que ella tendrá que tasar hace que me reafirme por haberla contratado.

Lo sé... Puedo sentir que esta mujer tiene mucho que demostrar al mundo y está dispuesta a hacerlo. Desborda energía y una pasión que hace arder mis venas y me eriza la piel.

Pasan las horas y, sin poder concentrarme en mi trabajo, llamo al Museo Offenheim para hablarles de Siana. Pero, por supuesto, nadie se digna a responder a mis preguntas sobre ella. Peor aún. Todos parecen sorprendidos de que la haya contratado.

Mis nervios se tensan y crisan al escuchar los tonos de asombro y estupefacción de quienes me cogen el teléfono.

¿Qué diablos habrá hecho esa petarda para que todos reaccionen así con tan solo escuchar su nombre?

Decidido a llegar al fondo del asunto, a las cinco en punto me pongo el abrigo, salgo de mi despacho y observo que Siana está en la ventana, sin mover un músculo.

Me acerco a ella y paso por encima de las últimas cajas que quedan. Me impresiona lo que ha conseguido.

—¿Se encuentra bien, señorita Pérez?

—Sí, todo va bien. Es que... ahora que se ha hecho de noche, todo está iluminado, y es precioso, Knox.

Refunfuño, pero al oírle decir mi nombre, siento como una maldita descarga eléctrica en el pecho, en el... bajo vientre. Me tenso. Me sofoco. Y me acerco a ella hasta colocarme justo detrás. Mi cuerpo roza el suyo y mi mirada vaga un momento hacia la ventana sin detenerse en la vista.

Ahora solo la veo a ella. A ella, envuelta en mi lujosa camisa, sus pechos agitados por la intensidad del momento. A ella y sus zapatos de tacón y su faldita de mala calidad, que se rompería fácilmente.

De repente, su perfume me cautiva. Su calor me abraza suavemente. Y cuando pone una mano en el cristal helado y se inclina hacia delante para admirar el árbol de Navidad de Rockefeller, me siento como si me acabaran de inmolar. Me ha arrojado un puto bidón de gasolina a la cara y ha encendido una cerilla. Su cadera me roza. Su cuerpo me roza. Y me estoy volviendo loco, aunque ella no se dé cuenta. Aunque probablemente no se haya dado cuenta de que su bello cuerpo está a tan solo unos milímetros del mío.

—¿Qué es lo que le gusta tanto de la Navidad? Son solo...

—Miles de luces iluminando la noche helada. Las risas que se oyen si abrimos la ventana. La decoración que llena magia la vida de la gente y, por supuesto, un enorme árbol de Navidad de más de veinte metros de altura, señor Sullivan. Veinte... metros... Vendería mis riñones para

poder permitirme uno tan grande pero, ya sabe, el mercado de órganos ha bajado mucho en los últimos meses. La superpoblación y todo eso está matando a la competencia.

—¿Puedo preguntarle cómo se enteró de eso último?

Se vuelve hacia mí, riendo, y en un gesto casi instintivo, le echo hacia atrás su hermoso pelo caoba.

—Tengo mis secretitos. Pero sobre todo quería conservar mi piso. Vivo con mi mejor amiga. Perderla, y perder mi piso, me habría... matado, supongo. O me habría obligado a vender mis riñones. Pero ahora que tengo trabajo y puedo pagar el alquiler, voy a echar un nuevo vistazo al mercado. Quizá con mi bazo pueda conseguir un árbol de unos diez metros.

—¿Cabría en su casa?

—Por partes, sí.

—Entonces reserve su bazo para el día en que tenga un techo alto. Es un consejo de amigo. Se echa a reír de nuevo y yo salgo caminando hacia atrás, incapaz de apartar los ojos de ella.

Recuerdo la forma en que gastó lo que le quedaba de dinero en un gofre para mí, una generosidad increíble que nadie me había demostrado antes. Luego la forma tan salvaje en que me dijo que fuera cruel con ella, solo para poder odiarme. Es una mujer increíble.

—Buenas noches, Srta. Cactus.

—Buenas noches, señor. ¿He conseguido convencerle para que me deje quedarme? —dice con voz un poco tensa.

—Lo pensaré un poco más.

—¡Oiga! ¡No me torture más de lo necesario!

—Me ha pedido que sea menos amable y más estricto. Así que le concedo ese regalo.

Ella esboza un gesto travieso, que me sabe a gloria, mientras apoya los puños en sus voluptuosas caderas. Es entonces cuando me veo obligado a marcharme, porque, maldita sea, lo único que quiero es agarrarla por la nuca y apretarla contra mí para besarla y hacer que desaparezca esa mirada furiosa de su rostro.

Sabiendo perfectamente que volveré a la oficina después de mi pequeña escapada, cojo un taxi directo al Museo Offenheim. Aún faltan casi dos horas para que cierre, lo que me da tiempo de sobra para llevar a cabo mi pequeña investigación, aunque, por primera vez en mi vida, me siento incómodo por haberme infiltrado en la vida de uno de mis empleados.

Tal vez sea porque Siana parecía tan avergonzada de contarme su error, que saber más al respecto me hace sentir que la estoy engañando, pero necesito saberlo. Aprender todo lo que pueda sobre la gente con la que trabajo me sirve de escudo. Más que poder, me da una vista de pájaro de su propia psique, lo que me ayudará a mover mis peones hacia adelante y a gritar «¡jaque mate!» si se vuelven contra mí.

Mientras el taxi serpentea entre el tráfico, me fijo en las luces que centellean entre los árboles. Las tiendas están engalanadas con sus mejores adornos navideños. Y me fijo en todas las pastelerías que venden donuts. Me entra la risa.

Dios mío, acabo de firmar un contrato con una mujer que estuvo a punto de pelearse con una monja y que ligó con alguien en un museo. ¿Qué demonios he hecho?

Justo antes de que pague el trayecto, el taxi se detiene justo delante de unos grandes edificios de estilo barroco. La fachada está sostenida por grandes columnas blancas y en el porche, al final de la escalinata, hay magníficas réplicas de esculturas griegas. Sin embargo, están todas decoradas con el peor gusto que he visto nunca.

A Siana le encantaría ver los gorros de Papá Noel de estos suntuosos mármoles. ¡Qué pena que no esté aquí!

Subo los pocos escalones sin prisa, atravieso la puerta de seguridad y luego deambulo por el inmenso vestíbulo donde unas regias lámparas de araña iluminan otras esculturas igual de impresionantes que las de mayor antigüedad.

Cerca de las taquillas, las colas están desiertas, con visitantes poco dispuestos a pagar por apenas dos horas de libertad en este vasto espacio lleno de riqueza. Observo a las trabajadoras de la taquilla, y cuando una de ellas me hace ojitos, me acerco a ella y la alejo de las demás.

—¿Puedo ayudarle en algo? —murmura mientras se inclina sobre el mostrador.

A pesar de su uniforme con los colores de Offenheim, lleva, como todos sus colegas, una chaqueta roja y blanca con alegres mangas parpadeantes. Casi me da dolor de cabeza.

—Necesito información.

—Puedo contarle todo tipo de cosas, señor.

—¿Aunque sea... personal?

Sonrío un poco.

No sé nada de ligar. Diría que lo odio. Perdí el interés por las mujeres hace mucho tiempo, y saber que siguen esperando algo de mí me irrita aún más.

—Pregunte lo que usted quiera —susurra.

—Quisiera información sobre la señorita Pérez, que trabajó aquí durante...

—Años. Sí, conozco a Siana.

Inmediatamente se frena y me mira con una expresión de decepción repentina.

—Es periodista, ¿verdad?

—No, solo soy su nuevo jefe.

—¿La ha contratado? —grita, sorprendida.

—Sí, la he contratado. ¿Por qué es tan difícil de creer?

¿Qué puede haber hecho Siana que sea tan terrible?

La pelirroja suspira y se aleja de sus colegas. Sigo sus pasos. Mataría por el más mínimo detalle sobre mi nueva empleada.

—No quiero problemas, señor. Voy a tener que pedirle que se marche.

—Conteste primero a una pregunta, Alice —le digo, mirando furtivamente su placa. ¿Cuánto gana al día?

—Menos de sesenta dólares.

Pongo dos billetes de cien sobre el mostrador y sus ojos se iluminan de inmediato. Justo cuando los coge, bajo el puño para mantenerlos cerca de mí y clavo mi fría mirada en la suya.

—¿Qué pasó con Siana en este maldito museo? —digo en voz baja, y apretando el puño con fuerza hasta que los nudillos se me ponen blancos.

—¿Promete no decirle a nadie que hablé con usted? —pregunta Alice, sonrojada.

Su estado me alarma. Parece realmente nerviosa y avergonzada, lo que me revuelve el estómago. Estoy seguro de que lo que tiene que decir va en serio. Y quiero saberlo... todo.

—Se lo prometo.

—La versión oficial es que Siana se insinuó a Andrew.

—¿Quién es Andrew?

—Nuestro jefe, el nieto del director del museo. Él tiene todo el poder aquí, y usa y abusa de él como mejor le parece. Se rumorea que Siana quería un ascenso y estaba dispuesta a acostarse con él para conseguirlo. Él no quiso. Ella insistió, e intentó tocarle donde no debía y se

le insinuó. Así que él la denunció por acoso sexual y la hundió en el barro delante de todos los empleados de Offenheim.

Me pongo en pie, escandalizado. No porque me imagine a Siana haciendo eso, sino porque sé que no es cierto. En un solo día con ella he conocido a una mujer íntegra, trabajadora y audaz. Ella nunca habría actuado así, estoy seguro.

—¿Y extraoficialmente, entonces?

—¿Extraoficialmente? ¿De verdad quiere saberlo?

—Sí, quiero saberlo.

—Siana amaba su trabajo. Lo amaba casi más que a sus condenados perritos calientes. Cada vez que recibíamos una nueva obra de arte de la que ella se encargaba, y la exponía en el museo, decía esa muletilla suya: «¡Dios, adoro mi trabajo!» Estaba en su salsa. ¿Un ascenso para trabajar en las oficinas? Ella nunca habría querido eso, y por eso nadie creyó a Andrew después de que se quejara. Y por eso todos se preguntaron lo que había sucedido hasta que descubrieron la verdad.

—¿Qué verdad? Dígamela usted.

—Andrew acosaba a Siana. La acorralaba a solas siempre que podía, la amenazaba, creo que intentaba tocarle en sitios inapropiados. Le hizo pasar un infierno durante semanas, hasta que ella dijo basta y amenazó con demandarlo.

—Fue entonces cuando Andrew siguió adelante y lo hizo él mismo, supongo.

—Sí.

—¿Por qué coño nadie se dignó a defenderla? ¿Por qué todos dejaron que la expulsaran? ¡Es inaceptable! —exclamo, con los puños tan apretados que me los meto en los bolsillos para no golpearlos contra el escritorio.

—Andrew es el nieto del director del museo, como ya le he dicho. Es intocable. ¿Quién arriesgaría su trabajo por un desconocido? La aplastó. La humilló. Creo que todos aquí le temen ahora, y tal vez eso es lo que él quiere. Honestamente, ni siquiera pensé que Siana se las arreglaría para conseguir un trabajo de nuevo después de lo que le hizo.

—¿Por qué no iba a conseguirlo?

Abre la boca, pero me doy cuenta de que ya hemos estirado demasiado el chicle.

—Lo siento, tengo que volver al trabajo.

Suspiro y saco una entrada para el museo. Al fondo, descubro el plano de la planta y disfruto paseando por la primera colección, la de arte moderno. Luego, cuando se me pasa un poco la rabia que me comprime el pecho, localizo las oficinas de dirección y, sin perder un segundo más, me dirijo directamente al despacho de Andrew Keegan.

Una secretaria presa del pánico se abalanza sobre mí, pero la pongo en su sitio con un grito que hace que se sobrecoja. Vuelve a sentarse en su sillita blanca, coge el teléfono para avisar a su jefe, pero yo agarro el auricular, cuelgo y me agacho para mirarla de una forma fulminante, con un aire lleno de violencia.

—El señor Keegan no me espera, pero le hago una visita sorpresa. Una visita amistosa. No lo estropee, señorita, o me llevaré una gran decepción. Y usted no quiere decepcionarme, ¿verdad?

—No, señor, no quiero.

—Bien por usted.

Me pongo en pie, entro en el despacho del subdirector sin llamar y observo cómo sus mejillas cogen color y no sabe dónde meterse. Joder, este chico apenas tiene veinte años, y puedo

decir con tan solo un vistazo que es un mierdecilla al que le gusta intimidar a los demás.

—Lárguese ahora mismo o llamo a seguridad y le hago tragarse una denuncia entre pecho y espalda, cortesía de la casa —se mofa.

Su pelo, de un rojo apagado está repeinado hacia un lado. Su traje es de diseño, aunque le queda grande para su constitución. Es pálido, soso e insípido. Lo cual es hasta positivo cuando eres un puto pervertido narcisista.

Hago caso omiso y envío un mensaje a la oficina para dar a Lilly unas instrucciones de última hora. Luego me guardo el móvil en el bolsillo y me siento frente a Andrew.

—No, señor Keegan, no me voy a ir de aquí. De hecho, voy a quedarme aquí hasta que tenga todo lo que quiero de usted.

—Oh, vaya... ¿Y qué es lo que busca?

Intrigado, se acomoda en su silla. Debe de sentir el depredador que hay en mí y saber que si estoy aquí no es por nada legal. La promesa de sangre fresca le hace sonreír como un carroñero.

—Acabo de contratar a Siana Pérez en mi empresa.

Levanta las cejas y puedo ver cómo su pecho se agita. Cada vez respira más rápido. O el recuerdo de esta mujer le excita o presiente que le esperan problemas. Me inclino por lo primero y me jode que se atreva a pensar en ella después de todo lo que le ha hecho.

—¿Y?

—Y sé que se lo hizo pasar mal. Lo que me gustaría saber, Sr. Keegan, es...

Todavía tiene el pulso acelerado. Ahora le estoy asustando.

—¿Cuál es su límite? ¿Hasta dónde puedo llegar con ella?

Digo esto con pesadumbre, aunque no lo muestre, y coloco una mano insolente sobre mi entrepierna.

Keegan estalla en carcajadas y se levanta para servirnos a los dos un vaso de burbon.

Lo vacío antes de que vuelva a sentarse y lo observo durante un largo momento. Ahora soy yo el ave de presa. Y es su sangre la que quiero derramar, maldita sea.

—¿Quién le ha hablado de mi relación con ella?

—Los rumores se esparcen rápido en nuestro negocio, señor.

Le encanta cuando lo llamo así. Le da un placer decadente, un tipo de poder que nunca tendrá en ningún otro lugar, y que, en realidad, solo tiene porque es el hijo de alguien importante.

—Siana es...

—¿Qué?

—Es una puta bomba, ¿verdad?

Me limito a sonreír.

—Cuando empecé a trabajar aquí, lo único que hacía esa zorra era darme largas. No importaba cuántas veces la invitara a mi casa, a un restaurante o a pasar el fin de semana conmigo, siempre decía que no. Lo único que le interesaba de verdad eran esas costras francesas de las que era responsable.

Dios mío, si le hablaba en esos términos de los valiosísimos cuadros de pintores franceses que tanto le gustaban, no me extraña que no quisiera saber nada de él.

Basta con echar un vistazo a su currículum para darse cuenta de que ella y los franceses tienen una gran historia de amor.

—Fue entonces cuando empezó a ponerme de los nervios. A partir de entonces me divertí con ella. La aislé de los demás para amenazarla, para asustarla.

Como un gato con un ratón...

—Me encantaba verla intentar escapar, cuando en realidad no podía hacerlo. Era un juego. Era... excitante. Y cuanto más pasaban los días, más miedo me tenía. ¡Joder, me daba un gusto terrible! ¿Sabe a lo que me refiero?

—Por supuesto que sí, Sr. Keegan —susurro.

—Pero con esta puta, hay límites que no se pueden cruzar. El día que la toqué, se volvió loca.

Aprieto los puños tan fuerte como puedo sobre los reposabrazos de mi silla.

La tocó. Se atrevió a tocarla. Ese cerdo la tocó.

¡Y la despidieron por eso! Sin respeto, sin moral, nada más que sus lágrimas para llorar. Es indignante.

—¿La tocó? —repito con tanta frialdad que Andrew se congela y me mira, aterrorizado.

Tengo que calmarme o sospechará.

—¿Cómo es? Dígame qué se siente al sentir su tacto.

Mi mano se desliza por mis partes íntimas y el pulso de Keegan empieza a acelerarse de nuevo.

—No puede ni imaginarse la sensación de poder y placer que da, amigo mío. La agarré con todas mis fuerzas. Casi me corro cuando gritó de dolor. Estoy seguro de que mis huellas se quedaron en sus tetas durante días. Pero me dio una puta bofetada, y gritó, y me echó en cara que se lo iba a decir a la dirección. Me asusté. Había gente en la habitación de al lado y no quería arriesgar mi trabajo, así que me enfrenté a ella y le dije que llevaba días insinuándose como una perra. Problema resuelto —ríe—. Un consejo: si se la quiere tirar, asegúrese de que no haya nadie que la oiga gritar, será más fácil. Y luego dígame a todo aquel que conozca en el negocio que esa zorra es problemática, y que es mejor que nunca consiga otro trabajo. En ninguna parte. Bueno, excepto con hombres a los que les gusten los problemas, ¿no?

Se ríe ampliamente, antes de terminar su vaso.

Solo cuando su expresión de cerdo me deja atónito, se da cuenta de que se ha equivocado conmigo.

—Déjame que te tutee y te diga una cosa: tu burbon es una mierda, Keegan. Da casi tanto asco como tus genes de rata de cloaca.

Lo miro sin hacer el menor movimiento, porque lo único que quiero ahora mismo es matarlo. Por todo lo que ha insinuado, por todos sus consejos de pervertido, por todo lo que le ha hecho.

Lentamente, saco el teléfono del bolsillo y compruebo que todo está en orden.

—¿Quién demonios eres? ¿Y qué estás haciendo? —refunfuña Andrew.

—Estoy comprobando que el vídeo de tu confesión está grabado.

Es entonces cuando empieza a palidecer. Su cara adquiere un tono casi enfermizo.

—¿Qué se siente al perderlo todo?

Me pongo de pie. Mi metro ochenta se enfrenta a su cuerpo raquítico.

—¿Qué se siente al saber que no eres nada? ¿Que un cabrón acaba de robarte la existencia?

—He dicho... ¿Quién eres? —gruñe mientras se pone en pie, pero lo empujo hacia atrás con tanta fuerza que se desploma en la silla del despacho.

—Knox Sullivan, el nuevo jefe de Siana. Ya conoces mi reputación.

—Sí, la conozco.

—Entonces también sabrás que no me gusta que nadie toque lo que es mío. Y Siana ha sido mía desde el momento en que firmó el contrato que la unía a mi empresa. Sin embargo, todavía la tocas. En sus pesadillas. Cada noche. Lo sé.

Marcó su vida, la privó de su honor antes de cerrarle todas las puertas de los museos donde podía dar rienda suelta a su pasión. Se retorcerá de dolor. Las va a pasar canutas.

—¿Qué pretendes?

—Algo muy sencillo, en realidad —sonríó—. Te doy un plazo hasta mañana a las ocho para que le envíes una carta de disculpa y una transferencia bancaria. Una transferencia de seis cifras, chavalote.

Es inaceptable que siga comiendo patatas fritas porque ese cabrón le ha cortado el grifo.

—¿Y si no lo hago?

Joder, claramente ha escogido el camino erróneo. Me dirijo a él con paso pesado, y no le hace falta mucho tiempo para comprender que los problemas se acercan a él. Por más que intenta levantarse y alejarse, lo agarro por el cuello de la camisa y lo atraigo hacia mí, con la cara tan cerca de la mía que veo que sus ojos se abren por completo. Como platos.

—Si no lo haces, te destruiré, Andrew. No solo tu carrera, no solo tu reputación, sino también tu vida entera, empezando por tu cuerpecillo de rata. Te despellejaré como a un conejo. Diles adiós a tus huesos. Pienso fracturar todos y cada uno de ellos. Y no pagaré a nadie para que te acribille, no. Lo haré yo mismo. Golpearé con mis putos puños tu fea cara de baboso hasta que ni tu madre pueda reconocerte. Luego te pegaré otra vez, y otra, y otra más. Y cuando ni siquiera tengas la fuerza y el valor para suplicarme que pare, acabaré contigo. ¿Qué te parece esa respuesta?

Asiente, incapaz de articular palabra.

—Ahora manos a la obra. Las transferencias de semejante cantidad a veces tardan en llegar, ¿no?

—Sí, señor.

—Y no soy de los que toleran los retrasos.

—No, señor.

—Bien, entonces. Sabía que estaríamos en la misma longitud de onda tarde o temprano. Espero que no me decepciones, Keegan, o... Bueno, ya sabes lo que te espera, no hace falta que te lo repita.

Sin mirar atrás, salgo de su despacho, luego del museo, y me apoyo en el primer pilar que se cruza en mi camino, ya en el frío de la noche.

Nunca habría pensado ni por un segundo que Siana pudiera haber pasado por todo esto. Es tan alegre, tan divertida, tan... radiante. Pero ahora la entiendo, y más después de conocer a Keegan. Entiendo la depresión de la que me hablaba en voz baja. Entiendo su tristeza, su resentimiento, su negativa a intentar solicitar el puesto, después de que todo el mundo le haya cortado las alas.

Si su padre no hubiera solicitado el trabajo, tal vez su carta nunca me habría llegado. Quizá nunca la habría conocido. Pero ahora está en mi vida. Y como todos a todos mis empleados, pienso protegerla. Aunque jamás lo admita. Y haré todo lo posible para que piense que soy un monstruo.

Knox

Cuando el taxi me deja cerca de Sullivan Inc., no puedo evitar pasar por Rockefeller Square, en lugar de ir directamente por la ruta más directa. No sé qué me impulsa a deambular por aquí, más allá del recuerdo de una joven de ojos brillantes. ¿Dónde ve la magia en todo este espectáculo? ¿Qué es lo que le fascina tanto de este desenfreno de gente, ruido y luz?

Oigo de fondo villancicos, baladas alegres y festivas que algunos cantan con voces desafinadas y desacompasadas. Me da escalofríos.

Decenas de personas ríen mientras patinan por la pista de hielo, a pesar de que el aire frío distribuye los copos de nieve en todas direcciones. Alrededor de la pista hay bonitas farolas antiguas, cuyo brillo dorado se refleja en las cuchillas de los patines y en todos los angelitos de lentejuelas que cuelgan de las guiraldas colocadas entre postes.

Este año, el enorme árbol de Navidad tiene veinticinco metros de altura. Lo he comprobado. Brilla con mil luces y destaca, en rosa y dorado, sobre las fachadas azuladas de los edificios. El juego de luces atrae todas las miradas. Miro hacia arriba para ver si veo a Siana arriba, pero no está en la ventana. Probablemente ya se habrá ido a casa.

Qué pena, de verdad. Ojalá hubiera podido despedirme de ella y verla sonreír por última vez.

Sin embargo, antes de poder volver a mi fortaleza, tengo una cita a la que acudir, aunque preferiría haberla cancelado. Hoy no puedo concentrarme en nada.

Vuelvo al elegante restaurante donde llevé a comer a Siana. Allí veo a uno de mis clientes habituales, un acaudalado hombre de negocios argentino que me entrega un precioso paquete y se pone a hablarme de arte.

Suele ser el tipo de charla que me encanta, la que me hace sentir bien, la que me motiva, pero esta noche me cuesta concentrarme. Me gustaría que fuera ella otra vez, en lugar de Diego. Me gustaría que fuera ella en vez de cualquier otra puta persona. Un día con ella y ya estoy enganchado, por Dios. Y pensar que ella es mi manzana prohibida. La pequeña llama que ataca directamente a mi corazón.

Me vuelve loco. Incluso me pone furioso. Me saca de quicio no poder dejar de pensar en ella, en esta noche que se alarga y me aburre soberanamente.

Cuando por fin termino con Diego, son las diez de la noche.

Me voy de una manera un tanto brusca, tal vez, pero a él no le importa. Todos a mi alrededor saben que soy asocial, distante y taciturno. Vuelvo al trabajo con la pesada caja que me ha dado, saludo con la cabeza a Lilly y a su colega y subo a mi planta, donde no se oye nada. Vuelvo a sentirme tranquilo, sereno. Solo, al fin.

Camino por el pasillo, con la mirada fija hacia delante, cuando un leve ruido me hace girar la cabeza.

Siana... sigue ahí. No me lo puedo creer.

La montaña de cajas vacías del pasillo me tapa la vista, así que me acerco a la puerta abierta de par en par y me asomo a su guarida, ahora mucho más ordenada. Mis ojos se abren de par en par cuando la veo tumbada en el suelo, con las piernas ligeramente levantadas, lo que hace

que su faldita revele sus sublimes piernas y sus muslos perfectos. Con la cabeza apoyada en unas carpetas, lee las que tiene pendientes, tan concentrada que ni siquiera me ha oído llegar.

Es una locura la dedicación y la fuerza de voluntad que tiene esta mujer.

—Señorita Pérez, ¿sigue ahí?

Se levanta de un salto y deja la carpeta a su lado.

—Ah, sí, ya casi he terminado todo mi trabajo, señor. Otras tres o cuatro horas y estaré al día.

Levanto las cejas.

—¿Nunca duerme?

—Digamos que... últimamente tengo el biorritmo un poco descolocado. Ya sabe, eso es lo que pasa cuando una no hace nada en todo el día excepto comer patatas fritas y llorar. Hace que sea difícil dormir por la noche. En cambio, la siestecita de nueve a tres de la tarde es genial.

Me río, dejo la caja en el suelo y me apoyo en el marco de la puerta.

—¿Qué es eso?

—Ah, ¿esto? —digo señalando mi paquete—. Es una sorpresa para usted y para mí. Pero ya hablaremos mañana.

—¡Pero quiero saberlo ahora mismo! —exclama impaciente. Cuéntemelo todo.

—No, me niego a contárselo.

—¡Oh, vamos! Creo que me lo he ganado.

—La respuesta sigue siendo no. Debería irse a casa. Como se eche su siesta reparadora en su segundo día de trabajo, le garantizo que contará como falta grave.

—Ah, ya entiendo... —se ríe—. Pero antes voy a terminar de leer...

—Señorita Pérez, váyase a casa.

—Me... me gustaría, pero puede que haya metido todos los archivos antiguos en una caja, ¿sabe? En una caja enorme. Eso no ha sido muy inteligente por mi parte, porque cuando he tratado de levantarla, algo en mi cuerpo ha hecho «crac». Me habría gustado que fuera su camisa la que se hubiera roto, pero por desgracia fue mi espalda. No estoy muy en forma, para qué le voy a mentir.

—Pero ¿cuántos años tiene?

Ella abre la boca, indignada por el hecho de que le haya vuelto a hacer esa pregunta.

—Y le prohíbo que su respuesta tenga algo que ver con mi pene —digo mientras pongo los ojos en blanco.

—Entonces, según usted, ¿le he preguntado que si ha tenido una erección matutina?

—No he dicho eso...

—¡Y yo tampoco me he referido a su pene ahora mismo! Tampoco le he preguntado cuál fue la última película que le hizo llorar. ¿Y por qué no? ¡Porque eso es personal!

—Yo nunca lloro, señorita Pérez.

—¿Me va a decir ya cuál es la sorpresa?

—No voy a decirle nada, si no, no sería una sorpresa.

—No tiene corazón, ¿eh? —murmura.

Eso me hace sonreír.

—Dígame cuántos años tiene.

—¿Por qué?

—Para saber si debo reírme o apiadarme de usted.

—¿Qué mequino!

—Así soy yo...

—Se lo advierto, voy a decírselo una y solo una vez, señor, y de aquí al final de mis días, esa cifra no cambiará, ¿está claro?

—Por supuesto —sonrío, divertido.

—Tengo veintiséis años y anoche pasé bastantes horas en el sofá. No se imagina lo dolorida que me he levantado esta mañana. Sobre todo porque estos malditos tacones son como el mismo infierno a cada paso que doy. Me arden los pies y me aprietan.

Para asegurarse de que entiendo lo que quiere decir, levanta una pierna, se mira los zapatos y lo único que veo es su falda deslizándose por el muslo. Veo el encaje de sus bragas y la redondez de sus nalgas.

Joder, va a hacer que pierda la cabeza. ¡De eso estoy seguro!

—Vamos, que no hay manera de que me levante yo sola. —se enfurruña—. Así que estoy leyendo en el suelo, pero no importa, porque así no llegaré tarde por la mañana. Todo son ventajas.

—Creo que su visión de la vida es bastante optimista —me río—, pero me gustaría que mañana estuviera lo mejor posible. Tendremos trabajo que hacer, un proyecto que estoy seguro de que le gustará, y de todos modos no es cuestión de que duerma aquí.

Sobre todo porque Jamison tiene que venir a primera hora de la mañana a limpiar.

La ayudo suavemente a incorporarse, luego a ponerse de pie, y mi pulso se acelera como el de un animal salvaje mientras ella se acurruca en mis brazos.

—Confiese: ¿cuál es la sorpresa? —me susurra de pronto al oído, antes de soltar una risita.

Me quejo, indignado de que me guste tanto el sonido de su voz. Odio su cercanía, su calor, sus brazos alrededor de mi cuello. Cada vez me atrae más y más.

Hace casi cinco años que no toco a una mujer y ella ha conseguido acercarse a mí dos veces en el mismo día.

Siento que he hecho algo malo y que todo el universo quiere castigarme, así que me alejo rápidamente de ella y, cuando noto su ceño fruncido y sus pecas que no dejan de bailar, cedo.

—Sígame...—suspiro.

Cojo mi maletín y lo coloco sobre el mueble negro de mi despacho, luego abro uno de los cajones para sacar un vaso de cristal, una botella de agua fría y unos analgésicos.

—No más de dos por esta noche, y quédese con la caja, que parece que le vendría bien —le digo mientras me apoyo en el mueble.

Ella me observa con desconfianza y da un paso tras otro sin apartar los ojos de mí. Cuando casi me roza, cuando su dedo índice se desliza por el borde del vaso, se me acelera el pulso, más y más.

De nuevo, mis emociones me enfurecen. Odio que nuestros cuerpos estén separados por una barrera de ropa. Quiero que sus preciosas manos me acaricien la piel.

—¿Cómo puedo estar segura de que las pastillas son de fiar y no me está dando drogas?

—No puede —sonrío. Usted decide si confía en mí o no.

—Supongo que un tipo que vive en Nueva York y no ha comido un perrito caliente en su vida debe de llevar una vida bastante sana.

—Si usted lo dice...

Me burlo de ella, lo que hace que entrecierre los ojos.

—¡Deje de intentar asustarme!

Y sin más preámbulos, se traga las pastillas, abre la botella y se amorra directamente.

—¿No es eso lo que me ha pedido?

Mi corazón se acelera aún más, hasta dolerme, cuando veo las gotas frescas que se forman en sus labios.

—Debería saber, señor, que tengo tendencia a decir tonterías. Se dará cuenta a su debido tiempo, si es que decide que sigamos trabajando juntos.

Se sonroja, y pienso que Keegan debe de haberle hecho mucho daño, para que espere que la despidan cada minuto del día. Debe cargar con el peso de todas sus decisiones del pasado. Debe de ser asfixiante para una mujer que ama tanto su trabajo y piensa que pueden privarla de él en un abrir y cerrar de ojos...

—¿Sabe qué? Creo que ya me había hecho una idea de cómo es usted...

Doy un paso hacia ella, hasta que nuestros cuerpos se presionan suavemente.

—¿Quiere que sea un jefe amable o cruel, señorita Pérez?

Sus preciosos ojos se abren de par en par. Sus labios se separan y los recorre con la lengua, limpiando las pequeñas perlas de agua de manantial que yo mismo estaría dispuesto a lamerle.

—Sea malvado —suspira— Creo que será más fácil así.

—¿Por qué lo cree?

—Porque... ¡Porque sí, y punto! —chilla.

¿Estoy soñando o ha mirado mis labios durante un par de segundos?

—Váyase a casa —repito, mientras meto las manos en los bolsillos—. Mañana, si llega un segundo tarde, la despediré.

—Ah, así está mejor —se ríe.

Sacudo la cabeza con desesperación y veo cómo se marcha a su despacho, antes de volver a mí con la bufanda en la mano.

—¿Dónde la pongo?

—Quédese la, la necesitará más que yo.

—Gracias.

Sus mejillas se tiñen de rosa. Está preciosa.

—Quizá debería haber salido de casa entre el verano y el invierno, para tener algo que ponerme.

—Ahora ya lo tiene, eso es lo único que importa, Srta. Pérez. Lo demás da igual.

—Tiene usted razón.

Sonríe un poco, se acerca mi bufanda al pecho y se la pasa por el cuello con cuidado.

—Gracias —repito, con una voz llena de emoción.

—De nada.

—Por favor, no se resfríe. Si se pone enferma, puede que al jefe no le guste.

Con una gran sonrisa, sale de mi despacho, se pone el abrigo y se va, con las manos llenas de expedientes. Sin duda para leer todos los que no ha tenido tiempo de examinar durante la noche, cuando no pueda dormir.

Creo que me alegro de haberla contratado. Al menos, de momento.

Aunque me haya impedido trabajar en todo el día.

Me acomodo de nuevo en la silla y paso más de una hora contestando a mis clientes y estudiando unas cuantas propuestas para nuevos contratos. Cuando queda claro que ando algo escaso de concentración, me rindo.

Guardo el paquete en la caja fuerte, oculta en una gran sección de la pared del despacho antes de prepararme para volver a casa. Me subo el cuello del chaquetón impermeable, dado que

intuyo el viento helado que debe estar soplando a estas horas. Pero siento que mi piel empieza a arder cuando llego al vestíbulo y compruebo que Siana sigue allí.

Apoyada en el mostrador de recepción, con sus pequeñas nalgas balanceándose de un lado a otro mientras cambia de pierna a cada salto, hace que todo me dé vueltas. Me vuelve loco. Consigue poner en marcha mi corazón, que creía hecho añicos y fuera de servicio. Mis emociones me atormentan cada vez que la veo. Es el más dulce y delicioso de todos los castigos.

Siana

Vaya, si al final los analgésicos que me dio Knox son una droga, esta debe ser la panacea, ¡porque ha funcionado en un abrir y cerrar de ojos! Ya no siento la más mínima tensión en mi espalda de señora mayor y, para ser sincera, me encuentro mucho mejor. Quizá debería dejar de dormirme viendo Netflix. No me sentiría como si me hubiera atropellado un camión... O más lejos de la edad de jubilación.

Cuando llego al vestíbulo, me tomo mi tiempo para admirar unas cuantas obras de arte, luego paso por delante del mostrador y oigo a Lilly hacer soniditos de alegría al ver la bufanda de Knox alrededor de mi cuello. Bueno, es amable conmigo, pero eso no significa nada, ¿verdad?

Me vuelvo hacia ella y, quizá un poco intimidada, me acerco.

Lilly y su colega, la guapa morena de piel bronceada que conocí antes, me miran como si fuera una criatura. Un unicornio, probablemente, por la mirada de Lilly. Un viejo trol de las cavernas, si puedo creer la expresión de su compañera.

—Hola —digo—. Me llamo Siana, me acaban de contratar como...

—La mano derecha del señor Sullivan; ya lo sabemos —dice la morena.

—Me llamo Lilly.

—Encantada de conocerte.

—Esta es Tricia.

Lilly es mucho más agradable. Es dulce y adorable, con su larga melena rubia y sus grandes ojos de muñeca. Me cae bien.

La otra, en cambio, es como un barril de pólvora a punto de explotar. Un barril que mira con furia la bufanda que nuestro jefe me ha atado al cuello.

—Tenía frío —murmuro.

—Estamos en diciembre. La gente normal lleva ropa de abrigo para salir —refunfuña la joven.

—A lo mejor no me gusta la normalidad, guapa.

Le dirijo una mirada altiva, pero como no me gusta mentir, lo confieso todo al segundo siguiente.

—Bueno, la verdad es que no tenía ropa adecuada, la verdad. Tuve una crisis cuando me quedé en paro, y tiré casi toda mi ropa, sobre todo la más útil, en plan «No volveré a salir de casa, es el fin de mis días, así que ¿para qué quiero un abrigo?» Algo así.

Lilly me acaricia la mano como gesto de comprensión.

—Pide lo que quieras —dice con una gran sonrisa—. Ahora tienes un presupuesto para vestimenta y otros gastos; lo paga la empresa. Yo me encargo de eso. Soy la secretaria personal del Sr. Knox y, por lo tanto, también la tuya, ya que ahora trabajas como su compañera.

Me gustaría decirle que repita todo eso. No la parte del presupuesto para ropa que paga la empresa, sino el dulce sonido de que tengo trabajo. ¡Qué bien!

—¿Sabes una cosa? Lo único que tienes que hacer es buscar el abrigo que más te guste en tus tiendas habituales, y luego pedirme que lo vaya a buscar cuando lo hayas encontrado, o

quedarte con el recibo para las cuentas. Pero no tardes mucho: la semana que viene hará más frío.

—Entendido, gracias —exclamo.

Tricia me mira con amargura y se aleja un poco de nosotras, como si no le interesara esta conversación, cosa que entiendo perfectamente.

—Bueno, ahora me voy a casa. Tengo que organizar mis adornos de Navidad y ver si puedo crear cierto espíritu navideño aquí. A todo esto le falta un poco de magia, en mi opinión.

—Estoy tan de acuerdo contigo... —suspira Lilly con tristeza.

—Oye, puedo traerte algunas cosas para la recepción, si quieres. Quedará genial. ¡Decoraremos este mostrador tan largo en el que estás todo el día!

Lilly parece pensárselo.

Miro alrededor del inmenso salón sin un solo brillo en el horizonte, sin una sola guirnalda, y pienso para mis adentros que Knox Sullivan debería iluminar un poco su vida. Sí, la magia de la Navidad no parece existir en la vida de ese hombre. ¡Por suerte estoy aquí para cambiar todo eso!

—¿Quieres decorar? —murmura de repente Tricia que se dirige de nuevo adonde estamos.

—Sí. Bueno, al menos un poco. Bastante, ¿quizá? Al fin y al cabo, tenemos que contagiarnos del espíritu navideño. Creo que es importante. Sobre todo porque cuando sales de aquí, puedes ver el árbol en el Rockefeller, la pista de hielo, y oír a toda la gente feliz. ¿Te imaginas la tortura?

—Sí, más que de sobra. Llevamos años trabajando aquí —dice Lilly con dulzura—, pero el señor Sullivan...

—Nunca se toma el tiempo de hacer el papeleo. Pero tenemos proveedores que nos ofrecen sus catálogos todos los años para decoraciones a medida.

—¿Ah, sí? ¿Puedo echarle un vistazo?

—Claro que puedes. Y siendo la mano derecha de Sullivan, puedes elegir lo que quieras. También tenemos un presupuesto especial para Navidad.

—¡Dios, sííí! ¡Toma, toma! ¡No deberíais haberme dicho eso!

Lilly se sonroja y me mira con cierto arrepentimiento, pero antes de que pueda abrir la boca, Tricia le ordena que vuelva al trabajo, cosa que ella hace bajando la mirada. Me da pena. Es tan dulce y amable que deja que la gente la pisotee.

Tricia gira hacia mí la pantalla de su ordenador, ya en la página web del proveedor. Madre mía. Hay miles de artículos disponibles, ¡y yo tengo un presupuesto de más de treinta mil dólares! Se me escapa un chillido de emoción.

—¿Qué altura tienen los techos del vestíbulo?

Me giro para mirar la magnífica entrada de Sullivan Inc. Un árbol de Navidad delante de las ventanas quedaría genial tanto desde fuera como desde dentro.

—Siete metros —sonríe Tricia.

Voy a reducir mi búsqueda. Un árbol de seis metros es todo lo que siempre he querido para mi pequeño piso. Al menos no habrá que talarlo aquí. Es un sueño. Estoy en el cielo. ¡Esto es perfecto!

Me paso casi una hora eligiendo los adornos que serían perfectos, todos en tonos crema y dorados para combinar con la elegancia de este suntuoso salón. Entonces, justo cuando estoy a punto de firmar, me quedo helada. Es una señora factura, pero creo que este sitio la necesita. Sin embargo, creo que escoger la entrega mañana antes de las siete es pasarse. La ventaja, en todo caso, es que el árbol estaría puesto para cuando todo el mundo llegase al trabajo.

—No sé qué hacer —refunfuño, antes de explicarle mi problema a Tricia.

—No creo que al señor Sullivan le importen unos cientos de dólares más. Al fin y al cabo, lleva años recortando el presupuesto de Navidad. Además, el local está vigilado por seguridad toda la noche, así que si los instaladores se presentan a primera hora de la mañana, tendrán tiempo de sobra para trabajar. En mi opinión, deberías validar la cesta.

Asiento con la cabeza. ¿Cómo puedo estar tan emocionada por un árbol de Navidad cuando tengo cincuenta esperándome en casa? Estoy loca...

Firmo todos los documentos necesarios electrónicamente al proveedor, y Tricia imprime lo necesario, que vuelvo a firmar.

—Dejo esto en el mostrador y aviso a seguridad de que esperamos una entrega. Estoy deseando que llegue mañana —sonríe la joven—. ¿Tú también, Lilly?

—Sí, estoy impaciente.

Pero no lo parece. Está ansiosa, se lo noto, a diferencia de su compañera.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Lo suficiente para saber que el Sr. Sullivan nunca pasa por alto ninguna falta o infracción de las normas —ríe Tricia.

—El señor Sullivan es muy estricto, pero tiene buen corazón —añade Lilly—. Nunca decidiría despedir a alguien por un error cometido por culpa de otra persona.

—Es bueno saberlo. Tengo tendencia a cometer errores —me sonrojo.

—Vaya, será mejor que tengas cuidado o no durarás mucho en este negocio.

—Bueno... Gracias por el consejo, supongo.

Las chicas se ponen rígidas de repente y vuelven al trabajo. Tricia gira su pantalla. Lilly se aleja a su rincón, y cuando suenan pasos detrás de mí —pasos pesados, lentos y sonoros— me doy la vuelta con una gran sonrisa en la cara, porque sé quién viene.

—Sr. Sullivan, pensé que ya estaría de vuelta en casa. En su trono del Averno. ¿No hay un pozo que le lleva hasta allí, desde el centro de su oficina?

Sonríe, con un tono divertido y una expresión dulce, por lo que Tricia y Lilly no pueden contener su asombro.

Vamos, chicas, no es más que otro ser humano. Quiero decir, un ser humano que nos paga un sueldo y tiene el poder de despedirnos. Vale, quizá he sido un poco dura. Pongo cara de enfado, pero como no parece importarle, me relajo.

—¿Y no debería estar durmiendo para poder hacer bien su trabajo por la mañana?

—Ah, pero antes tenía cosas que hacer. Cosas muy importantes.

Miro hacia arriba e imagino mi árbol de Navidad mañana por la mañana, lleno de sublimes adornos y guirnaldas brillando como mil luces. ¡No se lo va a creer!

—Pero tiene razón, es hora de volver a casa.

—¿Qué ha hecho, señorita Pérez? No me gusta nada su expresión de niña traviesa.

—Dígame qué sorpresa me espera mañana y le contaré mi secreto.

—Ya verá... —gruñe.

—Otra vez la misma respuesta... —digo con fastidio.

Entonces le agarro del brazo y salimos del edificio ante la mirada atónita de las dos jóvenes y de los guardias de seguridad en la entrada. Y bueno, él también se queda boquiabierto. Su mirada se debate entre pánico y asombro. ¡Así de lamentable se ve ahora mismo!

Como no quiero provocarle un infarto, le suelto una vez que estamos en la acera y miro al cielo, en el que una tormenta amenaza.

—Maldita sea, va a llover, y mi paraguas se ha ido al cuerno esta mañana. He tenido que tirarlo a la basura. Espero que haya taxis libres.

Me alejo un poco de él y me estremezco de felicidad al ver las luces de la pista de hielo, los angelitos relucientes que parecen volar en sintonía con la ligera brisa y los villancicos que me dibujan una sonrisa en la cara.

—¿Quiere que la lleve a casa? —dice Knox de repente.

Le miro, sorprendida también.

—Es muy amable, señor, pero no quisiera robarle demasiado tiempo. Probablemente... ya le haya puesto de los nervios hoy. Necesita recuperarse antes de mañana, recargar las pilas.

—Tengo más paciencia de la que se imagina —dice con una sonrisita enigmática—. Y si se lo propongo, es porque estoy dispuesto a aguantarla unos minutos más.

Es su turno de cogerme del brazo y tira de mí hacia un sublime Bentley color medianoche de líneas elegantes y cromo inmaculado.

—Vivo en Queens —suelto de repente—. Podrían atracarle si me lleva a casa.

—No quiero ni imaginarme lo que le podría pasar a una mujer sola por estas calles en mitad de la noche. Suba, señorita Pérez. Eso si no le queda ni un dónut en el bolsillo...

—¡Lo prometo, los he sacado todos! ¡Y prometo que tampoco me los he comido! Todavía tengo un poco de orgullo, aunque no lo crea posible.

—Sí, no anda corta de orgullo, para serle honesto. Puedo verlo en sus ojos. Nunca lo olvide, Siana.

Nos miramos fijamente durante unos segundos, mientras la noche nos envuelve y los pequeños copos de nieve que se esparcen entre nosotros bailan voluptuosamente. Con un gesto casi instintivo, subo el cuello de su chaquetón para protegerlo del viento helado, y su mirada parece profundizarse, oscurecerse y magnificarse.

—Entre —me ordena con voz áspera—. Y no vuelva a tocarme.

Me arden las mejillas. Asiento con la cabeza, rodeo el Bentley y subo al asiento del copiloto. Tengo las piernas azules, ¿verdad? ¡Dios, hace demasiado frío!

Como si me hubiera leído el pensamiento o temiera que acabara con la pierna amputada en sus lujosos asientos de cuero, Knox pone la calefacción del coche a tope y yo giro discretamente los pequeños ventiladores hacia mis rodillas.

—Coja mi abrigo —me regaña mientras se desabrocha un botón tras otro.

—No, ni hablar.

Le pongo la mano en el brazo para hacerle parar, e inmediatamente la retiro al recordar su advertencia.

—Ya tengo su bufanda, no quiero abusar de mi suerte.

—Señorita Pérez, si usted muriera congelada en mi coche, no se imagina el lío en el que me metería, así que...

—¡He dicho que no! No insista. Soy colombiana, se lo advierto.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Que soy más terca que una mula. Quédese con su abrigo. Me daría mucho apuro que cogiera una pulmonía.

—Prométame que mañana se pondrá un abrigo decente.

—No es que tenga muchos, pero Lilly dijo que podía buscarme uno —digo con orgullo.

—Pues póngase unos malditos pantalones —me regaña mientras se adentra en el tráfico.

—Ya solo me quedan bien los pantalones de chándal —me río entre dientes—. Sabe,

comer patatas fritas todo el día no es precisamente bueno para mantener la figura. Pero le prometo que iré de compras a final de mes, cuando cobre mi primer sueldo.

Pone los ojos en blanco, pero a lo largo del día me he dado cuenta de que es más porque le divierto que porque le molesto.

Knox me hace introducir mi dirección en el GPS de su móvil y, a medida que nos acercamos a mi casa, casi deseo que se acabe el día.

Hacía semanas que no me sentía tan feliz, como si tuviera una estrella fugaz en el pecho. Una estrella fugaz llena de purpurina y malvaviscos.

—Por cierto, solo me quedan cinco expedientes por leer —balbuceo para romper el silencio incómodo. —¿Sabía que el señor Arnoutt quería comprarnos un dibujo de Rembrandt valorado en trescientos cincuenta mil dólares?

—Claro que lo sé. Conozco todos nuestros archivos al dedillo.

—Entonces, ¿por qué lo ha tenido en espera durante tres meses?

—Porque no trato con todos los compradores que pueden permitírselo, señorita Pérez. Al igual que con mis colaboradores, tengo cuidado con a quién confío las obras que adquiero a lo largo de los años, y Arnoutt es famoso en los círculos de la *jet set*¹ por sus canalladas. Fiestas alcohólicas que acaban en hogueras de muebles, desfase y noches de lujuria entre mujeres que *les regala* a sus amigos... No quiero que el nombre de mi empresa se asocie con este tipo de escoria.

—No le vende una obra de arte porque sabe que no la trataría con respeto, ¿es eso? Dios mío, dígame que me equivoco.

—Claro que es por eso. ¿Por qué lo dice?

—¡Porque en este momento, usted me parece el hombre más sexy que he conocido!

Suspiro, me abanico con las manos y bajo un poco la calefacción. Unos treinta grados. Si abriera la ventanilla, me sentiría mejor, pero entonces mis piernas volverían a ponerse azules.

Knox agarra el volante con las dos manos con una fuerza que me deja aún más embelesada, pero por su mandíbula tensa me doy cuenta de que no le ha hecho mucha gracia mi discursito. Así que dejo de molestarle y cuando se detiene junto a mi edificio, me desabrocho el cinturón, le beso la mejilla y le digo lo más rápido que puedo:

—Gracias por traerme, por la calefacción y por la bufanda. ¡Buenas noches!

Salgo del coche y me dispongo a correr hacia mi edificio, que está un poco más lejos, pero me llega el eco de su voz.

—¡Señorita Pérez!

Me doy la vuelta, de pie en la acera donde ha caído una fina capa de nieve, y me doy cuenta de que ha bajado del coche y se acerca a mí.

Todas las luces a nuestro alrededor están apagadas, pero las ventanas de todos los pisos están iluminadas con magníficas guirnaldas de mil colores. Las puertas de cada edificio están adornadas con una enorme corona, porque en el barrio hay una competición por la más bonita y original de todas. Estoy muy orgullosa de haber decorado la nuestra, con animales del bosque. Es una creación soberbia, de casi sesenta centímetros de diámetro, todo ramas y piñas, con bonitas bolitas blancas nacaradas, nieve falsa, una ardillita blanca y, en el hueco de la corona, un cervatillo tranquilo y dormido. Los toques de rojo los aportan el acebo, los lazos de terciopelo y el pequeño cardenal² con las alas desplegadas.

Lo juro, si no gano este concurso, ¡no respondo de mis actos!

—¿Todavía sigue aquí? Pensé que tendría prisa por dejarme aquí. O por salir pitando de este barrio cutre. He notado que no se siente muy a gusto aquí.

—Vivo en Manhattan, ¡claro que estoy incómodo! Siento que todo el mundo está mirando mi Bentley.

—No hay nadie afuera.

—Desde las ventanas...

—Bueno, sí. Todo el mundo nos espía y nos mira —me río. ¿Quería decirme algo? ¿Un último comentario desagradable antes que me vaya a la cama? Eso estaría muy bien.

Solo para que me olvide de lo mono que es...

Knox sonríe; una sonrisa que se extiende lentamente por sus finos labios e ilumina la oscuridad de la noche y, por ende, mi corazón.

Abre ligeramente la boca. Creo que no sabe qué decir. Quizá le cueste expresarse. Quizá no esté acostumbrado. O tal vez, como a mí, le encante este momento tranquilo y atemporal, este pequeño *tête-à-tête* silencioso, bajo los pocos copos de nieve que nos acarician con su gélido brillo.

Creo que soy yo quien debería darle las buenas noches para liberarle de este tormento.

De repente, un hombre surge de las sombras de un callejón cercano a nosotros y suelta un gruñido ininteligible, mientras me apunta con el cuchillo.

—¡Siana! —grita Knox.

Se precipita hacia mí y me coge en brazos. Dios mío, ¡me está salvando la vida! Me está estrechando contra su cuerpo. Sus brazos son el lugar más hermoso en el que he estado...

¹ *N de la T.* Un término periodístico utilizado para designar a un grupo social de personas ricas que participan en actividades sociales habitualmente inalcanzables para el individuo promedio. El término, que reemplazó a *café society*, proviene del estilo de vida de este grupo exclusivo, que acostumbraba a trasladarse en aviones.

² *N. de la T.* Una especie de ave cuyo plumaje es rojo si es macho y marrón si es hembra, y que habita en América septentrional y central.

Siana

Vale, técnicamente Knox no me está salvando la vida. ¿Es esa una razón para no aprovechar el momento? ¡Ni muchísimo menos! Me aferro a su cuello un momento, y siento cómo sus músculos varoniles se tensan contra mi cuerpo. Su abrigo, que llevaba desabrochado en el coche, me envuelve en el calor que emana su piel, en su hechizante aroma masculino.

Me siento bien, muy bien, tan cerca de él. Pero creo que se está tomando la situación demasiado a pecho, y cuando sus bíceps se tensan, cuando sus ojos se vuelven aún más fríos que una noche invernal, intuyo que tengo que actuar.

Knox se deja llevar, profiere unas cuantas amenazas de muerte a nuestro intruso y sé que no le faltará mucho para pasar a la acción. Para dejar salir toda la violencia que le cuesta contener durante todo el día.

Le dedico una gran sonrisa que le sorprende por un segundo, luego empieza a darse cuenta de que la situación es menos grave de lo que pensaba. Me doy la vuelta en sus brazos. Me rodea la cintura con los brazos por si acaso, para protegerme.

Este hombre...

Se me escapa un suspiro del gusto, pero enseguida vuelvo a ponerme seria.

—Charly, ¿cuántas veces tengo que decirte que no salgas con un cuchillo en la mano en mitad de la noche? ¿Quieres que te detengan o algo así?

El hombre sale de las sombras, mostrando su grueso y mugriento abrigo de Papá Noel, su peludo gorro de elfo y su sonrisa desdentada.

—¿Cómo voy a hacer una tostada sin cuchillo?

—¿De verdad necesitas una navaja de treinta centímetros para eso? —protesto y acto seguido, fijo los puños en las caderas.

—No. Bueno, la mantequilla no es tan fácil de untar... —refunfuña.

—Vuelve a la cama, o Jada volverá a robarte el cartón para chincharte. Mañana por la mañana te prometo que te bajaré un bocadillo.

—Gracias, Siana.

Se toca el pecho con las manos, lo que me asusta un poco.

—Guarda ese cuchillo antes de que te cortes —le digo.

Él asiente, lo que hace bailar el pompón sobre su cabeza, y vuelve al callejón unos segundos después.

Knox, que aún no me ha soltado, parece a punto de desmoronarse. Su aliento me calienta la mejilla y tiene los puños tan apretados que debe de dolerle. Le paso los dedos por ellos, intentando ayudarle a relajar la tensión, pero no lo consigo. Sigue tenso, atento al más mínimo movimiento y creo que tiene miedo. Tiene miedo por mí. Cuando me vuelvo hacia él, por un momento siento la tentación de acariciarle la mejilla, pero me detengo al recordar la dureza con la que me rechazó antes.

Entonces me agarra de la muñeca y, con un gesto un poco brusco y torpe, se deja hacer. Me anima a tocarle. A acariciar la dureza angulosa de su mandíbula apretada. Mi mano está helada, pero su rostro está caliente.

—Espero que no se haya asustado —sonríó con picardía.

—Claro que sí, Siana —me regaña, serio—. Ese hombre armado que estaba a su lado...

—He pasado por cosas peores. Llevo ocho años viviendo aquí. No es un mal barrio. En general.

Me río, lo que ayuda a aligerar el ambiente, aunque parece estar a punto de meterme de nuevo en el Bentley y llevarme... adonde quiera. No estoy para elegir.

—¿Dónde vive?

Señalo el edificio grande, a unos cien metros.

—Muy bien, la acompañaré a casa. Vamos.

Su mano se desliza entre las mías, lo que me vuelve casi ajena al frío, a la belleza de la luna, a los miles de adornos que titilan por todas partes. No: yo solo tengo ojos para él.

Introduzco el código en la entrada del vestíbulo y Knox entra a mi lado. Dios mío, la tensión y el silencio que reina entre nosotros son abrumadores.

En el ascensor, en el que suena una música festiva, me mira fijamente sin hablar. En el largo pasillo que lleva a mi piso, sigue sin dirigirme la palabra.

Y cuando me vuelvo hacia él, con el corazón acelerado, siento que podría pasarme la vida escuchando sus silencios y que ellos me hablarían.

Sé que está enfadado, ansioso, preocupado. Sé que no pegará ojo hasta que esté a salvo en mi propia casa. Así que abro la puerta, entro y le dejo que decida si entrar. Él duda unos segundos en el rellano y luego pasa.

—¿Por qué no me sorprende? —refunfuña, mientras recorre el salón como Papá Noel en modo inspección.

Los adornos que hay por todas partes brillan por todo el salón, y una agradable música recorre mi casa. Lani ha debido de encenderlo todo al llegar del trabajo. Un pequeño trineo empujado por renos circula por una pista nevada en medio de la mesa del salón, mientras unos mini cañones de nieve lanzan purpurina a su paso. En el centro de la pista, he creado un pueblecito de casitas de jengibre, algunas de las cuales se iluminan por dentro. Y, por supuesto, algunos de los ciervos y sus cervatillos asienten con la cabeza como si realmente pudieran oír la música o el silbido de los pajaritos de las bolas de nieve.

—Sí, digamos que con el paro he tenido bastante tiempo para encargarme de la decoración navideña. Y en vez de elegir la caja con las cosas nuevas, he cogido todas las cajas de cachivaches que he acumulado durante los últimos ocho años.

—Tengo ganas de salir corriendo. ¿Es normal?

—¡No! ¿Cómo puede alguien querer huir de la magia de la Navidad? ¡Es inhumano! Sobre todo viniendo de usted, señor. Podría tomar nota de lo que le rodea. Un poco de decoración en su empresa no estaría mal, la verdad. O en su triste despacho, todo vacío.

—No está vacío, solo... decorado con gusto y elegancia.

—Si no hay decoración, no se puede decir que esté decorado.

Suelta una pequeña carcajada, antes de fruncir el ceño.

—Siana, por si aún no le ha quedado claro, odio la Navidad. Por eso mis oficinas están vacías, y van a seguir estándolo.

Mierda... ¿No podía habérmelo dicho antes de encargar un puto árbol de seis metros y haberme gastado miles de dólares en adornos? Creo que me va a matar por la mañana. No, no lo hará. Le va a encantar. Le encantará. Pondría la mano en el fuego. Tengo que repetírmelo, así me lo acabaré creyendo.

—Cuando dices que «la odias», ¿podría ser un poco más específico?

—No quiero oír hablar de ello, ni siquiera quiero ver el más mínimo resplandor en mi edificio. ¿Le parece esa una explicación suficiente?

—Sí, me parece bien.

Joder...

Knox da un paso hacia mí y de repente sus cejas se fruncen.

—¿A qué huele? ¿Ha matado a un mapache o algo así? —suelta por fin, con un gesto de repulsión que desfigura su rostro escultural.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Leilani! —grito—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que abras todas las ventanas cuando prepares tu té de col y frambuesa?

Doy un paso adelante y lanzo una mirada malévola a mi compañera de piso, que está en la cocina.

Knox también se acerca, así que mi amiga deja caer la cucharilla sobre la mesa que tiene delante y se queda helada. Sí, ese es el efecto que el buenorro de mi jefe tiene en la gente. Es... ¿Existe una palabra que describa lo intimidante, sexy, perfecto, excitante y aterrador que es a la vez? Bueno, así es él, en todo caso.

—Lani, te presento a mi nuevo jefe, el Sr. Sullivan. Knox, esta es la mujer responsable de la muerte prematura de tu sentido del olfato.

—¡Oye, no huele tan mal!

—Sí. Apesta, de hecho.

Contestamos al mismo tiempo, lo que tiene sentido porque realmente huele a rata muerta aquí.

—¡No iba a abrir las ventanas a diez grados bajo cero!

—¿Preferirías que todo el edificio creyera que hay un cadáver en nuestro piso? Te lo advierto, si aparece la policía, te denunciaré.

—El amor de nuestra amistad no tiene límites... —dice mi compañera de piso en tono molesto.

Knox ha dejado de refunfuñar a pesar de las omnipresentes luces y lentejuelas, así que me preocupo de inmediato.

Me vuelvo hacia él y lo veo observando a mi ejército de gnomos.

—¿Por qué tengo la sensación de que nos siguen con la mirada?

—No es una sensación —me estremezo. Creo que me he pasado un poco, ¡pero no se preocupe! Antes he tenido una epifanía, ¡y sé cómo solucionar el problema!

Orgullosa, me acerco al mueble del televisor donde, sobre una sábana blanca, he dispuesto unas cuantas guirnalda eléctrica y árboles de Navidad de todos los tamaños. Abro el cajón, saco mi colección de gafas de sol *kitsch* y se las pongo en la nariz a los gnomos más grandes.

—Ya está, así da menos miedo, ¿no? —digo sonriendo al hombre que tiene flamencos de lentejuelas frente a él.

—Cuando ha dicho que lo arreglaría, pensé... Mejor dicho, esperaba que los tirase todos a la papelera antes de prenderles fuego.

—¡Es usted un monstruo! —exclamo mientras cojo al gnomo más mono y lo acuno en mis brazos—. ¡Mírelo, mírele a los ojos y atévase a decirle que quiere quemarlo vivo!

Levanto la mano hacia su cara, sujetando a un pequeño gnomo vestido de blanco con lunares dorados y una larga barba inmaculada que espera su veredicto.

—Quiero que queme todo este piso, señorita Pérez. Todo. Odio el desorden, las luces cegadoras y esa música insoportable que no para de sonar.

—¿Cómo se atreve a ofender de ese modo a la maestra Mariah Carey? —exclama Lani—. ¡O a decir que nuestra casa es un desastre! ¡Todo está perfectamente en su sitio!

Knox suelta una carcajada antes de bajar los ojos, como si se avergonzara de estar contento.

—Bueno, las dejo con su mala baba, señoras. Que pasen una buena velada y no se olviden de ventilar la casa antes de que los vecinos pidan auxilio.

Suelto una risita, lo veo retroceder hacia la entrada del piso y le hago un pequeño gesto con la mano, que él me devuelve. Siento que me ruborizo, así que me dirijo a la cocina para perderlo de vista, donde Lani se acerca a mí, dando saltito y grita:

—Dios mío, ¡está buenísimo! ¡Cuéntamelo todo!

—Al menos dame tiempo para relajarme un poco.

Ella me sirve una copa de vino. Yo tenía otra cosa en la cabeza, pero ya que estamos...

Me quito los zapatos de tacón, que vuelan por la habitación hasta chocar con el sofá, y luego me quito el gorro y el abrigo. Y ya que estamos, también la falda.

Leilani abre mucho la boca, con las mejillas sonrojadas.

—¿Llevas una camisa de hombre, cariño? ¿Su camisa? —chilla.

—¡No es lo que piensas!

—¡Claro que es lo que pienso! Lo inmovilizaste sobre su escritorio antes de sentarte a horcajadas encima de él como una diosa, ¡admítelo! ¿Cómo es él? Apuesto a que es fogoso, y te ató las muñecas con su corbata. ¿Se le da bien? Dime que te has corrido, porque es la primera vez que pasa en años. Seguro que tenías motas de polvo ahí dentro —dice mientras me señala la entrepierna.

—¡Vete a la mierda, so cerda! No me he tirado a mi jefe en su despacho.

Molesta, me desabrocho el maldito sujetador antes de masajearme los pechos doloridos. Y cuando vuelvo al salón, me doy cuenta... Knox sigue allí, con las mejillas coloradas y los ojos muy abiertos.

—Mentirosa —se ríe Lani—. Entonces, ¿por qué llevas su camisa? Seguro que porque te arrancó la tuya como un animal antes de devorarte...

Cuando llega al salón, ella también se queda paralizada. Se aclara la garganta con los ojos clavados en el hombre más sexy del mundo, que acaba de oírnos hablar de su lado salvaje en la cama. Bueno, de su hipotético lado salvaje en la cama.

—Solo estaba ajustando mi GPS —murmura, mostrándonos su teléfono. Pero entonces la conversación dio un giro...

—Guarrete, sí. Venga, dígame qué le ha hecho Siana. No le vendría mal un poco de... tal, ¿sabe?

—¡Lani! ¡Que es mi jefe! —grito, indignada, escandalizada y ligeramente excitada.

—Sí, y te estás acariciando los pechos delante de él, debo añadir.

Avergonzada, cruzo los brazos sobre el pecho.

—Llevo el sujetador desde las siete de la mañana, aunque he de decir que no me lo había puesto desde la primavera. ¡Me duele!

Knox suspira exasperado.

—Quizá debería irse, señor. Su bonito Bentley se está jugando la vida a cada segundo que pasa —dice mi amiga entre risas.

—¿Cómo sabe...? Bueno, déjelo estar.

Abre la puerta y desaparece por el oscuro pasillo.

—Por cierto, si le falta una rueda, no dude en volver a subir. Tengo una debajo de la cama, por si acaso —le digo.

—¿Tiene coche?

—No, no tengo.

—De ahí lo de «por si acaso», —puntualiza Lani.

Creo que este hombre se está preguntando si ha caído en otra dimensión.

—Aunque me pagase, no volvería aquí —suspira.

—¡Oh, venga ya! ¡Mi té de hierbas no huele tan mal!

No me molesto en contestar a Lani. Ver huir al señor Sullivan es una respuesta elocuente.

Cuando cierro la puerta, Leilani empieza a dar saltitos de nuevo y luego me abraza con fuerza.

—En primer lugar, ¡enhorabuena, cariño! Estoy muy orgullosa de ti. Estoy segura de que tendrás una larga carrera en esta empresa. Y en segundo lugar... Dios mío, si no os habéis acostado ya, creedme, vuestro celibato no durará mucho más.

—No seas tonta. El Sr. Sullivan no quiere relaciones entre sus empleados. O entre nosotros. Fue muy claro al respecto.

—Bueno, me da que no va a poder cumplir su promesa.

—¿Y eso por qué?

—Cariño, ¿has visto mi camisón?

—Lani, se puede ver cualquier cosa excepto tu camisón. ¿No tenías algo más transparente?

—¿Sinceramente? No. Pero ahora estoy casi desnuda y él ni siquiera me ha mirado. ¡No lo ha hecho! Me habría ofendido si no te hubiera devorado con una mirada... ardiente. Y sensual. Y hambrienta. Y eso que pareces Casper, con esa camisa holgada.

—No digas tonterías. Pero venga, ¡te lo voy a contar todo!

Tiro de ella hacia el sofá y, aunque se lleva su bomba fétida, estoy demasiado concentrada en mi historia. Empiezo por la llamada de papá, como distraer un poco del tema principal.

Lani está pendiente de cada una de mis palabras. Su sonrisa es enorme.

No sé si es porque la alegría de haber encontrado trabajo es contagiosa, o porque no puede evitar estar contenta por su amiga, pero todo es tan perfecto esta noche que casi me pregunto si no debería añadir un poco de decoración al piso.

—¡No, no y no! No, no y no! —chilla mi compañera de piso, que me ve escudriñar la habitación con ojos de halcón.

—¿Ni siquiera un pequeño...?

—Como se te ocurra decir «abeto», juro que derramaré mi riquísimo té encima de tu cama.

—Eres una mujer cruel y peligrosa —murmuro.

Ella sacude la cabeza, orgullosa de mi insulto, y después la dejo sola para llamar a mis padres, antes de darme una larga ducha. Tengo que prepararme para mañana. No pienso llegar tarde. Acabo de encontrar el trabajo perfecto, el trabajo de mis sueños, ¡y uno de mis clientes va a tasar *Los nenúfares* de Monet! Mi serie de pinturas favorita. Dios, ¡me muero de ganas por tenerlos en mis manos!

Poco después de medianoche, me duermo al fin, algo que no me ocurría desde hacía demasiado tiempo, y cuando suena el despertador a las cinco, estoy tan lechuga como una fresca, pero motivada. Y la motivación es la clave. Bueno, eso y el corrector antiojeras, digamos.

Nada más levantarme, me pongo mis zapatillas de árbol de Navidad. Puede que sean feas, puntiagudas, verdes y lo de que estén decoradas con miniguirnaldas sea demasiado, pero me encantan. Y puede que el espumillón parpadee cuando camino, pero no me fijo mucho en ese detalle.

Inmediatamente busco en mi armario mi sublime maletín de cuero marrón claro, un regalo de mis padres para celebrar el fin de carrera. Es *vintage*, con un lazo dorado en el asa. Me emociono al guardar en él mis queridos archivadores, y aún más al colgar un pequeño adorno cerca del lazo. Un bonito árbol de Navidad de madera, con pequeñas perlas pintadas de dorado en forma de bolas. Simplemente... perfecto.

Voy al baño a lavarme y a maquillarme para borrar el aspecto *Beetlejuice*¹ derivado de mi paso por el desempleo, y luego deslizo un bonito pasador adornado con flores de Pascua en mis largos mechones caoba.

Más tarde me pongo una blusa fluida color burdeos y con volantes, una faldita negra con una abertura hasta el muslo y, por último, unos calcetines de lana, que me llegan hasta las rodillas. Finalmente, me calzo unos vertiginosos zapatos de tacón negros, con una correa en la parte delantera, y me dirijo a la cocina después de rociarme con un perfume caro. No quiero oler a té de col todo el día.

Por suerte, Lani abrió las ventanas anoche. Hace diez grados en el piso, pero ya no huele a rata muerta.

Mi amiga, que ya nos ha preparado su café de vainilla, canela y calabaza, silba cuando me ve entrar.

—Querida, si el señor Sullivan no te exprimió el jugo ayer, hoy te van a dejar seca...

—Lo único que me excita ahora mismo es ir a trabajar, así que te aseguro que no hay ninguna posibilidad de que levante la vista del ordenador.

—Eres la mujer más obsesionada con el trabajo que conozco. Dime, al menos habrás notado que tu jefe es sexy, ¿no?

—¿Que si lo he notado? ¡Lani, casi fui víctima de combustión espontánea en cuanto lo vi! Pero...

—¿Pero qué?

—No quiero hacer nada estúpido, ¿sabes? No quiero que me despidan, no quiero tener que preocuparme por mi futuro, no quiero comer patatas fritas todo el día nunca más.

Se ríe y nos tomamos el café tranquilamente antes de irnos cada una por nuestro lado. Como hoy soy puntual, cojo el transporte público con una gran sonrisa en la cara. En los altavoces del metro suenan villancicos. Algunos músicos callejeros incluso suben a los vagones para ofrecer un espectáculo. Es mágico.

Cuando llego a Manhattan, el cielo está despejado y soleado. Hoy los abetos están cubiertos de escarcha azulada y los adornos brillan por todas partes. Ni siquiera recordaba lo que se sentía al ser feliz.

Me gustaría desayunar un donut, pero tengo que hacer un recado más urgente. Por suerte, Lani me presta unos dólares. Y cuando por fin llego frente a Sullivan Inc, suelto un grito estridente. ¡El gigantesco árbol que encargué ya se ve a través del gran ventanal del edificio! Dios mío, es mucho más bonito de lo que podía haberme imaginado.

¡Y es tan, pero tan grande...! Quiero entrar corriendo y admirarlo de cerca, como la multitud de empleados de la empresa. Pero entonces veo llegar el coche de Knox y salgo a su

encuentro con una gran sonrisa.

—Hola —le digo alegremente cuando sale de su Bentley.

Se pone de pie, con su imponente estatura y frialdad, justo delante de mí, y me saluda con un «hola» que tiene más de oso devorahombres que de oso amoroso, pero lo acepto de todos modos.

Apenas me mira, sus ojos se dirigen de inmediato hacia su majestuoso imperio. Es entonces cuando su mandíbula se tensa. Noto que se le crispan los nervios. Y me doy cuenta de que he cometido un error garrafal.

De hecho, cuando dijo que odiaba la Navidad, creo que quería decir que despreciaba, odiaba y aborrecía todo lo que tuviera que ver con ella.

—¿Qué coño es esto? —grita, apretando los puños con violencia.

—¿Un precioso arbolito? —digo con miedo.

Pero debería haberme callado, porque ahora es a mí a quien mira con sus ojos oscuros. Como si supiera que tengo algo que ver. ¿Le he hablado alguna vez de mi obsesión por los abetos? Porque si no es así, aún puedo negarlo todo.

¹ *N. de la T.* Personaje de la película del mismo nombre, dirigida por Tim Burton y estrenada en 1988. El protagonista es un muerto (y por tanto está un tanto desaliñado) que vive en una recreación del mundo real según la visión de otros difuntos. En español, la película fue traducida por *Bitelchús*.

Siana

Ser asesinada de buena mañana por un jefe alérgico a los árboles de Navidad no es la muerte que había imaginado para mí. No. Si hubiera tenido que apostar por mi muerte, habría dicho: asfixia por ingesta de papas mientras veía *Friends*.

Pero esto también me parece bien. Digamos que es una forma más honorable de morir. Más conmovedora, incluso.

Knox me empuja suavemente fuera de su camino y entra en Sullivan Inc. con su paso pesado y amenazante, de modo que en cuanto pone un pie en el vestíbulo, todas las personas que estaban disociando con mi magnífico árbol palidecen, agachan la cabeza y se dispersan para escapar de su ira. Porque puedo sentirla. La siento. Es como una descarga eléctrica en el aire de la mañana y casi siento cómo arde mi piel.

—¿Quién es el responsable de este despropósito? —brama Knox.

El sonido de su voz es grave y sórdido, pero todo el mundo le ha escuchado, tanto en un extremo de la sala como en otro. Por un momento siento la tentación de salir corriendo, pero ¡maldita sea, mi árbol es tan hermoso que no puedo!

Me planto junto a él, junto a mi obra de arte más hermosa —¡no lo digo de coña! —y mientras mira fijamente a sus empleados, levanto la barbilla y digo:

—He sido yo, señor.

Sus facciones se tensan aún más, como si acabara de clavarle un puñal por la espalda, así que siento la necesidad casi enfermiza de justificarme. Pero tengo la garganta demasiado cargada como para hablar. De repente, me entran ganas de esconderme detrás del mostrador de recepción, debajo de la mesa de Lilly o entre las máquinas de café donde están reunidos los empleados. Quiero hacerme muy pequeñita.

—¿Cómo se atreve a desobedecer mis órdenes?

¿Órdenes? ¿Qué órdenes? Joder...

Echo un vistazo a Tricia, que se regocija de la situación, y me doy cuenta de que si el presupuesto de Navidad no se ha utilizado en los últimos años, puede ser porque Knox se ha negado siempre rotundamente a considerarlo.

—Yo... no tenía ni idea de que hubiera órdenes al respecto, señor.

Yo también miro hacia abajo, porque es demasiado intenso cuando está enfadado. Y sé que mi trabajo está en juego aquí. Lo estoy pasando mal.

—Entiendo que hay un presupuesto para esto, así que no lo dudé. Me precipité sin pensar, como siempre.

—¿De verdad? ¿Creyó que sería lo normal? Es curioso, porque no recuerdo que se mencionara en ninguna parte de su contrato. Así que mi pregunta puede parecer impertinente, pero ¿quién le habló de este presupuesto, señorita Pérez? Porque estoy seguro de que no está escrito en la puerta del retrete en el que pasó más de quince minutos ayer por la mañana.

Su ira me intimida aún más. Casi me dan ganas de recordarle que anoche casi me salva la vida y que sería una pena despedirme al día siguiente. O despedazarme.

Vuelvo a mirar a Tricia, furiosa porque me la ha jugado. La diferencia es que al menos no

soy una venenosa con mala baba. De ninguna manera voy a culparla por algo que he hecho mal.

—Lo leí en alguna parte —termino murmurando, pero no recuerdo dónde.

Knox cede de repente, como si comprendiera que miento para proteger a alguien y que lo agradece. Más o menos.

—En cualquier caso, ¡le prohíbo que odie este árbol!

Exacto, ¡ahora los dos estamos enfadados!

—¿Ha visto cómo lo admiraba todo el mundo, antes de que arruinara el ambiente con sus miraditas de asesino en serie? Y si todos lo adoran, es porque es precioso.

Con un movimiento rápido, le agarro la mandíbula prieta, le giro la cabeza y su suspiro pesado me deja perpleja. ¿Lo ama o lo odia? Lo digo porque el dorado y el crema de las decenas de guirnaldas combina a la perfección con el majestuoso vestíbulo de Sullivan Inc. y, caramba, ¡he elegido los adornos más bonitos del planeta! Una pequeña *Gioconda*, adornos en forma de caballetes, paletas brillantes y reproducciones de cuadros famosos. Vale, también he caído en las bolas de dónuts y perritos calientes, pero creo que tiene clase. Bueno, estoy totalmente avergonzada, ¡pero nunca lo admitiré porque me encanta de todas formas!

—Lo siento, no tenía ni idea de que estuviera en contra de la magia de la Navidad, señor, pero se lo advierto, si hace quitar ese árbol, mañana pondré diez más, ¿está claro?

Eso si sigo trabajando aquí. Y después de haber pedido un préstamo al consumo para los próximos treinta años.

Baja los ojos para mirarme con superioridad —lo cual no es complicado porque soy bastante bajita—y sacude la cabeza con enfado.

—La única razón por la que acepto esta tontería es porque no sabía que odio la cursilería y el mal gusto. Y usted —declara, mientras fulmina con la mirada a Tricia—, no vuelva a tomarme por tonto.

Camina hacia ella y a cada paso Tricia se pone un poco más nerviosa, un poco más pálida. Su mirada depredadora y sus puños, apretados en gesto de rabia, hacen que parezca peligroso. ¿Quién sabe lo que podría hacer si se dejara llevar? Destrozaría todo a su alrededor, estoy segura.

—Sé que es la responsable de este embrollo, como también sé que intentó engañar a Siana. Permítame ser claro con usted, señorita. La próxima falta grave que cometa mi compañera se le atribuirá directamente a usted, y la despediré. No a ella. A usted. ¿Le parece justo?

No, no lo parece, ¡maldita sea!

—Sí, señor —murmura ella, mientras baja la mirada.

—Bien, entonces. Todos de vuelta al trabajo. Inmediatamente.

Aunque no haya gritado, todo el mundo se dispersa, se dirige a sus despachos y el vestíbulo se vacía en menos de tres segundos.

Furioso, Knox se dirige a los ascensores y yo corro detrás de él para no tener que esperar. Su respiración es agitada. Sus ojos están tan negros como siempre.

Pero en cuanto las puertas se cierran y nos dejan solos a él y a mí, se relaja.

—Tricia ha intentado que la despida —dice. ¿Por qué no me lo ha dicho? Sé que demuestra integridad, pero creía que quería este trabajo con todas sus fuerzas.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Es una mentirosa terrible, Srta. Pérez. ¿Conoce a esos jugadores de póquer que tienen un tic cuando van de farol? Digamos que mirar al culpable mientras despotrica es más que un tic, la verdad.

—Mierda... Digamos que no quiero tener a la gente en mi contra. Ya tengo bastantes

problemas con...

La ira me sube por las mejillas. Andrew, su recuerdo, su forma de hacerme entender que iba a destrozarme la vida... Todo se me pasa por la cabeza.

—¿Con quién?

—Con... Leilani. ¡Me ha prohibido redecorar nuestro piso! Seguro que todavía tenía una caja de chucherías en alguna parte. ¡Menuda tirana! Por cierto, ¿qué le parece mi árbol de Navidad? Sí, ya sé que es usted el *Grinch*¹, pero debe admitir que es bonito. ¡Casi puedo verle sonreír tras la máscara!

—Ese árbol tiene por lo menos seis metros de altura, señorita Pérez. Y odio cada centímetro de él.

—Eso no es verdad —me río. ¿Ha visto a la pequeña *Gioconda*? Hay que reconocer que en el catálogo no parecía tan tetuda, lo cual es bastante inquietante, pero es bastante mona, ¿verdad? ¿Y qué opina de los donuts?

—Los donuts son mucho mejores que las salchichas brillantes que cuelgan. Siana, si tildan a mi negocio de depravado por sus horrendos perritos calientes, me va a oír quejarme hasta la saciedad.

—¿Otra vez? —suspiro.

—¿Cómo que «otra vez»?

Por fin se abren las puertas y entro en mi despacho, satisfecha al ver las cuatro cajas enormes de adornos que me han dejado junto a la puerta.

—Será mejor que no lo intente, señorita Pérez —suspira Knox.

¿Quiere que lo deje estar por hoy? Bueno, dejaré que se calme. Pero es imposible que vaya a trabajar en diciembre sin mis adornos.

Le devuelvo la mirada, pero rápidamente me doy la vuelta y suelto un chillido lleno de agradecimiento cuando veo mi escritorio reluciente. Jamison lo ha limpiado de arriba abajo y las viejas cajas vacías que contenían archivos han desaparecido.

Coloco mi caja de cartón azul —la pequeña compra que hice antes de venir aquí— sobre un aparador y me inclino hacia delante para dejar mi maletín sobre la mullida alfombra, después de haberme quitado la chaqueta y la bufanda de Knox. No le he oído, pero me ha seguido y de repente me mira con una intensidad que me provoca un nudo en la garganta y me acelera el corazón.

—¿Qué le pasa?

—¿A mí?... Nada. ¿No tiene frío hoy?

Sonríó mientras me subo un poco los calcetines por los muslos y me levanto un poco la falda.

—Mi piel no está azul. Misión cumplida.

—Muy bien, entonces.

—Me parece que hoy tenía una sorpresa para mí. Y necesitaba saber si había hecho un buen trabajo ayer. Por cierto, he leído todos los documentos restantes. Estoy al día.

—En cuanto a la sorpresa, ya veremos más adelante, porque no es que se la haya ganado. De todas formas soy yo el que tiene que ponerse al día. Respecto a lo que ha hecho aquí, es perfecto, señorita Pérez. Estoy asombrado. Por mucho que me extrañe.

—¡Gracias!

Encantada, le abrazo durante un instante, pero luego me aparta. Me doy cuenta de que me

he pasado de la raya. Una vez más.

—Que nadie me moleste durante diez minutos —refunfuña.

Luego se encierra en su despacho.

Yo me instalo en el mío y me pongo a trabajar. Organizo las próximas citas de nuestros clientes en una agenda y, tras una hora de estudiar a los maestros y las obras de arte para nuestros próximos encargos, Knox sale de su guarida y se dirige al pasillo.

¡Es hora de actuar!

Saco un pequeño cactus de mi caja azul de regalo y corro a su despacho para colocarlo junto a su ordenador. Salgo, con un sentimiento extremo de culpa, justo cuando él vuelve hacia mí.

—¿Qué hace ahí?

—¿Yo? ¡Nada! Quería hablar con usted, pero no estaba.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi sorpresa. ¿Qué lleva ahí? —pregunto con una enorme sonrisa.

—Ya lo descubriré... Si algún día deja de molestarme.

—Ah, bueno, no será hoy, créame... —digo con retintín.

Me apoyo en su puerta, y cuando se acerca por el pasillo y se coloca a mi lado, su mirada se posa inmediatamente en el cactus. Una bolita llena de púas, con una flor y una maceta rosa. Una monada.

—¿Qué demonios es eso?

Con los puños apretados, entra corriendo en la habitación, mira su regalo y luego se vuelve hacia mí.

—¿Qué he hecho yo para merecer tanto odio? —murmura Knox decepcionado.

—Vamos, es solo un regalito. ¿Nunca le hacen regalos?

Cuando sus mejillas enrojecen un poco, trago saliva y me acerco para ponerle la mano en el brazo, antes de recuperar la compostura.

—Es para darle las gracias. No, es mentira. Es para que piense en mí durante el día, cuando todo esté demasiado tranquilo en su despacho.

—Créame, es imposible olvidarla, Siana. Es usted como uno de esos cactus, metido ya sabe dónde.

—Uf, no es el peor insulto que me han dicho, porque una vez me llamaron súbdita de Satanás. Pero tampoco es el más bonito. Aún está a tiempo de compensarme.

—No, me temo que no.

—Que sí, que lo sé yo... Dígame lo bonito que es mi árbol de obras de arte.

—Como no vuelva al trabajo ahora mismo...

El timbre de su teléfono nos interrumpe antes de sus amenazas de muerte, y responde poniendo el altavoz para poder levantar mi maceta rosa y el bonito cactus que hay dentro.

Una pequeña sonrisa adorna sus facciones, antes de desaparecer.

—Ah, ¡por fin contestas! Ya era hora.

—Hola, abuela. ¿Cómo estás hoy? —pregunta secamente.

—Knox, ¿dónde estás? Llevo toda la mañana intentando localizarte.

—Estoy en mi guarida, con mi mano derecha.

La señora parece ahogarse, lo que me preocupa ligeramente, pero Sullivan no reacciona.

—¿Cómo que con tu mano derecha? ¡Serás guarro! ¡Búscate a una mujer! —grita.

—Mi mano derecha es una mujer, Marguerite, y cuando digo en mi guarida, quiero decir

en la oficina.

—¡Y además, que se lo monte con quien quiera! —añado yo.

Knox se ríe, pero amortigua el sonido con una tos fingida.

—¡Todo esto es muy inapropiado, muchacho! ¿Desde cuándo contratáis mujeres para puestos tan altos? Las mujeres solo sirven para tener hijos y tomarse días libres para arreglarse el pelo.

—Abuela, tus ideas de retrógrada consumada son tan encantadoras como siempre. ¿Te he dicho que la señorita Pérez coge el metro para ir a trabajar?

Ahora no puede ocultar su gran sonrisa. Marguerite empieza a despotricar sobre lo horrible que es el transporte público, con toda esa pobre gente pululando como alimañas por las alcantarillas todos los días, y aunque quiero matarla, también me alegro mucho de que se deje llevar tanto. Y espero que le dé un ataque por tanta rabia contenida.

Cuando por fin corta la conversación, harto de sus prejuicios, me siento en la silla frente a su escritorio y le miro con ojos muy abiertos y sorprendidos.

—¿Qué clase de chiflada es?

—¿Ella? Esto no es nada. Suele ser peor. Pero debía estar floja.

—Creo que realmente necesita un poco de dulzura en su vida. ¿Sabía que alguien fantástico ha hecho poner un hermoso árbol de Navidad en el vestíbulo? Estoy segura de que admirarlo durante unos minutos le haría sentirse mejor.

—O puede que me entren ganas de quemarlo —murmura.

Entrecierro los ojos. Este hombre tiene un problema con el fuego.

—Va en serio. Como le toque una hojita, me vengaré. La venganza será dulce... Porque pienso atacarle con donuts.

—Casi consigue asustarme, Srta. Pérez.

—Justo lo que a una mujer le gusta oír.

Levanto la barbilla y vuelvo al trabajo, hasta casi el mediodía.

Knox y yo salimos de nuestro despacho al mismo tiempo, y me apoyo en el marco de la puerta, mientras veo cómo se acerca a paso de tortuga.

—¿Va a salir a comer? —le pregunto, mientras contemplo su elegante chaquetón.

—Sí. Reunión de negocios. ¿Qué va a hacer usted?

—Voy a pedir que me traigan comida, así podré trabajar en mi querido surrealismo. Dentro de unos días nos llegará un cuadro.

—De hecho, estoy esperando una llamada hoy para concertar una reunión.

Como no tengo intención de poner un pie fuera, cojo mi bufanda del perchero que tengo al lado y la coloco delicadamente alrededor del cuello de Knox.

—Cuidela y no la pierda —le ordeno. Es un regalo que me han hecho.

—Lo cuidaré bien, créame.

—Oh, ¡antes de que se me olvide!

Me doy la vuelta y saco su camisa de mi maletín, que había doblado cuidadosamente.

—Le he traído esto —digo solemnemente—. Por supuesto, no he tenido tiempo de lavarla. O se la lleva ahora mismo y se ocupa usted mismo de ella, o me encargo yo de llevarla a la tintorería, pero no podré devolvérsela hasta la semana que viene.

—Me la quedo yo. Gracias.

Coge su camisa, y entonces nuestros dedos se rozan. No hay emoción en sus facciones, mientras en mi interior estalla un carnaval de diminutas burbujas de placer que desfila por los

recovecos de mi cuerpo.

Knox deja la ropa en su guarida y ambos cogemos el ascensor. Entonces me fijo en un botoncito que indica la planta 31.

—¿Qué hay ahí arriba?

—Nada interesante —dice misteriosamente.

—Por la sonrisa de su cara, estoy seguro de que no es cierto.

Con astucia, pulso el botón, pero no se enciende y el ascensor empieza a descender.

—Soy el único que puede activar esta planta con una tarjeta magnética. Pero tiene mérito que lo haya intentado —ríe Knox.

—¿Me está diciendo que hay un piso secreto que nunca veré? Pero ¿qué tortura es esta?

En serio, mi curiosidad fuera de lugar me está haciendo preguntar todo tipo de cosas. Como, por ejemplo:

—¿Podría llegar al trigésimo primer piso con un garfio, trepando por la fachada desde mi despacho?

—Sí, lo que nos faltaba... —refunfuña Knox.

—¿Cómo dice? —pregunto, con cara de completa inocencia

—Que ni se le ocurra intentarlo. Un día, si se porta bien, se lo enseñaré. Es una promesa.

—Le advierto que no lo olvidaré. Y se lo recordaré todos los días.

—Sí, ya me lo imaginaba...

—En cuanto a mi sorpresa... ¿Me va a decir ya de qué se trata?

—No se lo voy a decir, pero le garantizo que es algo relacionado con ese mismo piso.

—¡Será perverso!

—¿Le gusta?

—Lo odio.

—Yo creo que lo está disfrutando.

Me guiña el ojo, y se me acelera el corazón. Acto seguido, salimos de la cabina metálica al pasillo. Pronto nos separamos.

Él se dirige directamente hacia Lilly y Jamison, mientras yo troto hacia mi árbol para admirarlo. A la luz del sol, todo el oropel, todo el oro y el brillo que recubre el árbol resplandecen. La gente que pasa por delante de Sullivan Inc. se detiene en la acera para admirarlo y se echa a reír al ver las manzanas de Magritte, las hermosas olas de Hokusai y las latas de sopa de tomate de Warhol.

He hecho todo lo que he podido para que este árbol fuera la mejor representación posible de esta empresa, y estoy orgullosa del resultado.

Pero entonces se oye un grito al otro lado del pasillo.

Con el corazón palpitante, me doy la vuelta y veo que Knox ha agarrado a Jamison, el hombre de mantenimiento, por su muñeca rota. Y lo aprieta con todas sus fuerzas hasta que se desploma a sus pies.

Estoy... conmocionada. No hay otra palabra para describirlo.

Y el orgullo que había sentido un momento antes por trabajar para esta reputada empresa se convierte en algo feo, repulsivo, desgarrador y nauseabundo.

¹ Personaje ficticio de una película con el mismo nombre que intenta robar la Navidad.

Siana

Knox mira fijamente a Jamison, arrodillado frente a él, como si fuera un puto rey y el otro, restos de basura que se cruzan en su camino.

La rabia que llevo dentro me está volviendo loca.

—Aléjese de mis empleadas —dice, enfadado—. Usted es escoria, y no me gusta que no deje de mirarlas. Acecha como un buitre, ¿no? Es casi como si pretendiera buscarme para que le haga daño.

La voz de Sullivan resuena en el pasillo y humilla al pobre hombre, que luego rompe a llorar.

—¡Knox! —grito mientras me acerco a ellos—. ¡Suéltelo inmediatamente!

Le pongo la mano en el hombro para atraerlo hacia mí y alejarlo de Jamison, y este cede, con una mirada ardiente de odio.

¿Cómo he podido pensar que era adorable, francamente? ¿Cómo he podido pasar por alto la repulsión que siente por cualquiera que no sea como él? De repente me doy cuenta de que no es tan diferente de esa mujer, su abuela, que le llamó antes.

—No me toque —protesta, volviéndose hacia mí y agarrándose de la muñeca—. Y métase en sus asuntos, señorita Pérez. Esto no le incumbe.

—¡Claro que me incumbe! ¡Está atacando a un hombre más débil que usted delante de mis ojos! Me da asco. Nunca pensé que pudiera ser tan... tan patético —suelto—. Realmente me da pena su estrechez de miras. Me da lástima.

Sorprendido y dolido, Knox retrocede mientras me abalanzo sobre Jamison y le ayudo a levantarse. Me da las gracias una y otra vez y me dedica una sonrisa grande y franca, mientras le lanza a Knox una mirada llena de furia.

Con el brazo tembloroso, deja atrás el carrito y corre al baño. Knox nos mira a los tres, a Lilly, a Jamison y a mí por turnos.

—Todo va bien, señor —dice tímidamente la joven—. Tiene una reunión. El cliente le está esperando.

Asiente y desaparece, así que me vuelvo hacia mi compañero, que tiene el rostro pálido.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Qué demonios ha pasado?

—No... no es lo que piensa, Siana. El señor Sullivan es...

—¡Un cabrón pretencioso! —exclamo mientras pasa por el control de seguridad.

Knox se vuelve hacia mí, con una mirada oscura. ¡El muy gilipollas! Me ha hecho sentir culpable por haberle insultado, con esa hermosa mirada de arrepentimiento suya.

Lilly abre la boca para decirme algo, pero Jamison vuelve, coge su escoba y se queda cerca de nosotros, como si intentara escuchar nuestra conversación. Se sonroja y baja la mirada, sin atreverse a hablarme, pero me doy cuenta de que acerca el teléfono a su escritorio.

Acabo pidiendo algo de comer en recepción y vuelvo a la planta treinta a trabajar mientras me atiborro de sushi para olvidar mi enfado. Cosa que no ocurre.

Cuando Knox vuelve de su pausa para comer, deja caer su bufanda en mi perchero. Ni siquiera me molesto en mirarle. Le odio.

Se le escapa un suspiro frustrado y, sin hablar tampoco, se va al otro lado del pasillo, se acomoda y comienza entre nosotros un concurso de miradas asesinas.

Después de una hora de este jueguito, estoy tan irritada que apenas puedo concentrarme.

Cojo el móvil, pongo una lista de reproducción de canciones navideñas y por fin consigo trabajar como es debido. Me paso el rato cantando *Jingle Bells* o *Feliz Navidad*, mi canción favorita de fin de año y, por cierto, mi tono de llamada once meses al año. Sí, siempre pongo *Hot Stuff* de Donna Summer en agosto, durante mis vacaciones. No me preguntéis por qué...

Mientras me balanceo en mi silla, una sombra gigantesca se cierne sobre mí.

El Sr. Sullivan está de pie frente a mi escritorio, tan frío y guapo como siempre. Aunque le sigo odiando igual.

—Su música me molesta. Está demasiado alta.

Indignada, me levanto y, como si temiera que me acercara demasiado, retrocede hasta el pasillo. Le doy con la puerta en las narices.

Luego me acerco a la ventana, soplo hasta que se empaña y, con la yema del dedo índice, trazo un «Y ahora :)?», y veo que mi mensajito le saca de quicio.

—Todavía puedo oírlo —dice mientras gruñe con todas sus fuerzas.

—¡Pues entonces cierre su puerta! —grito—. Al menos así no tendré que verle la cara de *grinch* que me lleva...

De acuerdo, puede que haya dicho esa última frase en voz baja, pero chilló de pánico cuando él arruga los párpados como si me hubiera oído.

Pero me da la espalda, se va y cierra de un portazo, y yo bajo un poco la música, aunque no estaba tan alta. Porque, bueno, no quiero echar más alcohol del noventa por ciento al fuego que es Knox Sullivan.

Me paso los dos días siguientes haciéndole el vacío y respondiendo a sus preguntas solo cuando es absolutamente necesario. El último día de la semana, el viernes, estoy tan harta del ambiente sombrío del trabajo que decido venir una hora antes y decorar nuestra planta.

Ya, lo sé, no es la mejor idea que he tenido en mi vida...

Primero, porque he tenido que amenazar a Sullivan con tirarle varios donuts a lo largo de la semana cuando le he visto mirando mi arbolito en el pasillo. Luego, porque como está enfadado conmigo, tiró el minicactus que le regalé a la papelería, lo que me rompió un poco el corazón. Lo dejó hecho pedacitos, de hecho. Y finalmente, porque sé que odiará todo lo que he creado en tan solo una hora en este lugar. Aunque sea simplemente perfecto. Magnífico, me atrevería a decir. Y aunque me haga feliz, mientras pasan los días, llenos de tristeza y decepción.

En la parte superior de la puerta de mi despacho, he colgado una larga guirnalda de un verde precioso, que he decorado con pequeños lazos rojos brillantes. Puede que le haya puesto un bonito lazo rojo a la puerta de Knox, pero no he llegado a entrar en su despacho. Que de todas formas está cerrado. Sí, lo sé porque quería entrar, la verdad.

En las dos paredes que delimitan el interior de mi espacio de trabajo, he colocado grandes marcos de madera con cuadros de temporada. Una bonita furgoneta roja con árboles de Navidad en el contenedor y Papá Noel bebiendo chocolate caliente.

En los grandes ventanales que dividen mi espacio personal del pasillo, me he vuelto... completamente loca y he puesto cientos de pegatinas. Copos de nieve, renos, magníficas bolas como de encaje blanco que cuelgan de lo alto del panel... Todo organizado con estilo y elegancia. Me di una vuelta por los pisos inferiores antes de venir aquí, para ver lo que habían hecho, y la gente se ha dejado llevar; es una locura. Solo en los lugares donde Knox pone el pie todo debe

estar empapado de tristeza, ¡qué miseria!

Al pie de mi pared, acabo pegando un montículo de nieve sobre el que se alzan abetos y ciervos sublimes con el mismo estampado que las chucherías, y una vez satisfecha, vuelvo a mi fortaleza.

Pongo muchos miniabetos en mi escritorio. Dorados, rosas, verdes cubiertos de nieve falsa y brillantes. ¡Son sublimes! Y en mi gran aparador, coloco dos grandes tarros llenos de guirnalda con luces, y una magnífica casita blanca en la que pongo una vela encendida. Y está perfumada con donut de caramelo. Una auténtica delicia.

Por fin me siento a gusto en mi nuevo despacho, pero entonces suena el ascensor y me pregunto si me he pasado un poco.

El lamento malhumorado de Knox me llega justo cuando sale del ascensor. Finjo que no le he oído, me limito a darle la espalda y a acariciar el brillantito de mis pegatinas con el dedo.

—Sinceramente, pensaba que perdería la chaveta antes —suspira mientras se acerca a mí—. Hice una apuesta con Lilly el miércoles. Bien hecho, gracias a usted he perdido mil dólares.

—¡Oiga!

—Ahora llévaselo todo o quemaré todo el edificio.

—Tiene un serio problema con la alegría ajena. No me voy a llevar nada.

Y para demostrar que no bromeo, señalo la pequeña cajita que me han traído, cubierta de munición. Bueno, de donuts.

Luego, como no soy de las que se dejan mangonear, meto la mano en la caja que tengo a un lado y saco dos pegatinas de copos de nieve, que coloco aleatoriamente detrás de mí.

Se le tensa un músculo de la mandíbula.

Vuelvo a meter la mano y esta vez saco un lacito rojo con un clip. Lo anudo a su corbata y le miro directamente a los ojos.

—Se me permite decorar, que lo sepa. He estado investigando y juro que buscaré un abogado si hace falta, pero no voy a pasarme diciembre triste y desesperada.

—¿No tener siete, mejor dicho, doce árboles de Navidad en su mesa le entristece? ¿En serio? —murmura como si no quisiera creerme.

—La Navidad es sagrada para mí, señor —confieso, con las mejillas sonrosadas—. Representa la familia, la felicidad y la generosidad. Es solo un mes al año —o dos, siendo generosos—, así que sí, me gusta tener mis árboles. Quiero que se queden ahí. Y si no quiere verlos, mala suerte. Pondré una gran cortina entre los dos, para que no le ciegue mi brillo.

—Algún día cambiaré los contratos de mis empleados para decirles que traer un árbol de Navidad es una falta grave —protesta.

Se vuelve a poner su lacito rojo recto y orgulloso, y gruñe de frustración.

—No me moleste durante los próximos diez minutos, ¿está claro?

—¿Por qué? ¿Qué va a hacer? ¿Devorar gatitos? ¿Llamar a todos los niños pequeños que conozca y decirles que Papá Noel no existe? ¿O tal vez iniciar una petición en línea para prohibir la purpurina?

Sin mediar palabra, se encierra en su guarida. Y se pasa ahí toda la mañana...

A la hora de comer, un poco antes que él, bajo a pedir mi comida a recepción y a intentar arreglar las cosas con Tricia, que ni siquiera me ha dirigido una mirada desde las amenazas de Knox.

O me ignora o me odia. ¿Quizá las dos cosas?

Quizá es demasiado pronto para pedir buen ambiente en el trabajo.

Miro mi árbol, algo deprimida, y entonces Jamison se planta a mi lado.

—Es precioso —me susurra al oído.

Doy un respingo y me alejo un paso de él.

—Oh, gracias. Lo elegí yo.

—Ya lo sé.

Me mira con sus ojos brillantes y yo me vuelvo hacia Tricia, que sonrío perversamente. Y a Lilly, que está arrepentida y tiene miedo de moverse.

—Vuelvo al trabajo —digo.

Me alejo del vestíbulo y, un poco agobiada por la tristeza, me dirijo a los aseos del fondo de la sala para aclararme la garganta con un poco de agua. Es entonces cuando la puerta se abre a mi lado y Jamison entra en el baño.

—Oiga, ¡podría haber estado meando!

Mi tono no es de indignación y enfado, como en el caso de Knox. Parece algo indispuesto y temeroso.

—Siempre eres amable conmigo. ¿Le gusto? —sonríe con una mirada de depredador.

No quiero decirle que no, porque temo que se enfade. Tampoco quiero decirle que sí porque temo que se imagine algo que no es.

En realidad, ni siquiera sé la respuesta a su pregunta. Es solo un hombre. ¿Debo tener una opinión sobre todos los que conozco en mi vida? ¡Claro que no!

Abro los labios.

—¿Le gusto? —repito.

Pero esta vez me alcanza en apenas tres pasos, me inmoviliza contra la pared más cercana y me rodea el cuello con los dedos.

No puedo gritar, no puedo pedir ayuda porque... no puedo respirar.

Knox

Presentarme en Sullivan Inc. se ha convertido en una verdadera tortura estos últimos días. La forma en que Siana me mira y me juzga es como una herida abierta en la que ella vierte el ácido de sus pensamientos. Me está matando.

Si tan solo pudiera explicárselo, decirle la verdad...

Pero me ignora con la frialdad más gélida y hermosa, que me hace querer destruirlo todo a mi alrededor.

Lo peor es que, incluso cuando calla, está tan llena de emociones y sentimientos que su hermoso rostro no deja nada a la imaginación. Es... casi peor que cuando me dijo que era un cabrón pretencioso.

¡Dios, me enfada tanto que piense eso de mí!

Por eso he tenido que cambiar su cactus de sitio. Tenía demasiado miedo de romperlo y lanzarlo a tomar viento en un ataque de rabia. No quería que se estrellara contra la pared más cercana.

Pensando solo en ella, solo en esa pequeña petarda que ha puesto un lazo rojo alrededor de mi puerta, me reclino en la silla y sonrío un poco mientras miro su regalo.

Puse su cactus ahí, en el cajón superior de mi escritorio. Ese cajón es de cristal, así que capta la luz cuando el sol da en mi lado del edificio. Me hace feliz mirarlo, ese pequeño detalle espinoso y, ¡vaya, lo que daría por volver a enfadarme! Al menos me sería más fácil despreciarla. Pero no puedo. Es imposible odiar a esta mujer, por muy coñazo que sea.

Molesto porque solo puedo pensar en ella, siento la tentación de llamar a Andrew y dedicarle unas palabritas de amenaza. Me juró que había transferido el dinero y enviado una carta de disculpa a Siana el lunes a la hora acordada, pero no he visto nada en ella que me haga juzgar la veracidad de sus palabras. No es como si pudiera presentarme en su despacho y preguntarle si ha recibido dinero...

Diablos, tendría que investigar a escondidas cuál es el estado su cuenta bancaria. Debo tener uno o dos empleados capaces de este tipo de bajezas. En el peor de los casos, también puedo llamar a mi hermano. Creo que tiene los conocimientos informáticos necesarios. Y entonces, en cuanto tenga mi respuesta, podré ponerme en contacto con el abuelo de Andrew, enviarle la confesión de su nieto y decirle que si no despide a ese cabrón, lo arrastraré tanto al fango que se ahogará. Y al igual que Andrew hizo con Siana, me aseguraré de que ese pedazo de mierda nunca consiga un trabajo, con independencia de adónde vaya. Haré que se arrepienta de todo lo que ha hecho: tocarla, asustarla, joderle la vida. Voy a hacer que desee no haber nacido, de hecho.

El teléfono suena un par de veces y contesto inmediatamente.

—¿Diga?

—Señor, soy Lilly. Me dijo que le avisara si Jamison hacía algo sospechoso y... ha estado hablando con Siana. No sonaba muy cómoda.

—De acuerdo. Bueno... ¿Y dónde están ahora? ¿Seguridad lo está vigilando como les pedí?

—No, porque ha ido al baño. El problema es que Siana está allí también...

Cuelgo. Sé que el cabrón está planeando alguna treta, pero como le toque un pelo... No respondo de mis actos.

Bajo inmediatamente, y en cuanto llego al vestíbulo, grito:

—¡Seguridad!

Dos tipos fornidos corren inmediatamente a mi encuentro.

Entro en los aseos de mujeres y rezo por haberme equivocado, pero entonces veo sus manos alrededor del cuello de Siana, y unos ojos asustados que me miran. Corro hacia ellos, aparto a Jamison de la joven y le doy no uno ni dos, sino tres puñetazos en la cara. Con todas mis fuerzas. Hasta que su sangre cubre mis manos.

No puedo sentir mi fuerza, no puedo sentir el dolor, no siento nada.

—¡Knox! —grita Siana.

Se abalanza hacia mí y, por segunda vez, se interpone entre ese cerdo y yo. Pero ahora veo que lo entiende: sabe por qué lo hice.

—Ustedes dos, aléjenlo de mí y llamen a su agente de la condicional. Quiero que el muy puerco ingrese de nuevo en prisión esta misma noche, ¿está claro? —grito a mis guardias de seguridad.

Agarran violentamente a Jamison por los brazos y lo sacan a rastras de los servicios, aunque ahora apenas puede moverse.

En cuanto nos quedamos solos, Siana se abalanza sobre mí y la abrazo con todas mis fuerzas. Con toda mi alma. Hasta que mis puños sangrientos dejan de temblar. Apoyo la barbilla en su bonita cabecita llena de mechones despeinados y gimo cuando una pinza de pelo de reno me pincha la mandíbula. Me encantó que su pelo llameante estuviera adornado con flores de Pascua el otro día, pero este animalillo de plástico le queda aún mejor, aunque sea horrendo.

—¿Está usted bien? —suspiro finalmente—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estaba él aquí? Yo...

Tengo un millón de preguntas que hacerle, pero ya no puedo concentrarme, dado que el corazón me late tan deprisa que me deja sin respiración.

—Ahora estoy bien. Creo... Jamison acaba de seguirme al baño, y ya sabe que eso no me encanta.

Su voz se quiebra un poco. Intenta quitarle importancia a todo, pero siento su terror, su pánico, la presión en cada palabra cuando atraviesa la barrera de sus labios temblorosos e inseguros.

—Él... él quería que le dijera que me gustaba, pero yo no quería responder. Simplemente no podía. Y también quería gritar, pero tampoco podía. Porque me estaba ahogando y yo tenía miedo y estaba sola con él.

Siana se estremece contra mí, así que la abrazo con fuerza para tranquilizarla, para demostrarle que estoy a su lado y que no la soltaré hasta que se sintiera mejor. Totalmente recuperada. No me importa que odie estar cerca de la gente. No me importa que odie a todo el maldito mundo que me rodea, porque a ella la adoro y no hay forma de que la deje ir.

—Sabía que en algún momento estallaría. Ese viejo obsceno ya lleva acosando a Lilly semanas.

El tono de mi voz es casi animal, lo que la hace reír un poco. Debe preguntarse si hay días en los que no estoy enfadado. No los hay.

—¿En serio? Y por eso le ha pegado varias veces, ¿no? ¿Por eso le habla tan mal, y no

porque no pertenezca a las altas esferas?

Asiento, y los dos caemos al suelo, ella en mis brazos; y yo, a su vera.

—No lamento lo que le hice, se lo advierto, señorita Cactus —digo, aún furioso—. Si hubiera podido romperle la muñeca, lo habría hecho. Acosó a Lilly hasta que ella se atrevió a hablar conmigo y confesármelo todo, pero no había pruebas tangibles que justificaran su despido. Y ahora iba a volver a hacerlo con usted. Solo porque le mostró un poco de humanidad.

—Pero... La educación es algo normal, ¿no? No quiero ser cruel con nadie.

—No sé si hay algo que funcione con normalidad en su mundo, ni siquiera en su cabeza —respondo—. Siana, Jamison es un delincuente sexual, y créame, esa es una versión muy, muy aguada de la palabra *violador*.

—¿Ha contratado...?

Se atraganta y pierde el aire, al darse cuenta de lo que podría haber pasado en aquel lugar.

—No tuve elección, por desgracia. Me preocupaba darle una segunda oportunidad, pero al mismo tiempo quería intentarlo. Normalmente no soy de los que niegan una segunda oportunidad, pero las circunstancias no ayudaban...

—¿No tuvo elección? Es usted como yo, en el fondo... Le dio pena, ¿verdad?

Se acurruca contra mi pecho y, maldita sea, casi quiero que se duerma para tenerla en mis brazos durante horas y horas.

—Me temo que es un poco más complicado que eso. A decir verdad, participamos en un programa de rehabilitación para ayudar a exreclusos a rehacer sus vidas. Normalmente, no tengo derecho a elegir a quién puedo o no puedo contratar. Cuando tengo una vacante, hablo con la asociación y me envían a la persona más adecuada. Me parece muy justo. ¿Quién soy yo para juzgarles? Sin embargo, me propuse rechazar a cualquiera que hubiera cometido un delito remotamente relacionado con el robo. Comprenderá que no podía jugar con la reputación de mi empresa.

—Por supuesto que no. Habría sufrido si un antiguo ladrón se hubiera acercado a mi árbol de Navidad de seis metros con todos sus sublimes adornos. O a las obras de arte con las que trabajamos...

—Bueno, para mí, la taquicardia empezó cuando Jamison llegó aquí. Pude ver enseguida que ese hombre se comportaba de forma muy extraña, y tenía una forma muy inquietante de mirar a mi personal femenino. Incluso se encaprichó rápidamente de Lilly, que le tenía miedo. En lugar de llamar a la asociación para pedirles una explicación y ponerles en una mala situación en caso de que Jamison cometiera un desliz, investigué un poco en internet y me di cuenta de que ese hombre era un violador. Fue entonces cuando metí a mis seguras hasta debajo de las piedras. No podía dar un paso sin que mis cámaras o mis hombres le observaran. Pero por desgracia, seguirle al baño está prohibido, así que... Se quedaron en sus puestos, y fue Lilly quien se puso en contacto conmigo a toda prisa cuando la siguió a usted.

—Ah, o sea que técnicamente fue ella la que me salvó, no usted. Siempre supe que era un mal tipo...

Me río, aunque en realidad no quiero. Me río porque ese es el efecto que ella tiene en mí. Un placer que no conoce límites, ni siquiera los que intento imponer en mis propios términos. O en mi propia vida. Quizá por eso sigo abrazándola tan fuerte, aunque haya dejado de temblar y ya no esté asustada.

Cuando por fin volvemos a ponernos de pie, la suelto de mala gana. Tiembla un poco y me dan ganas de estrecharla contra mí, aunque sé que ya no tiene miedo. Pero en el fondo sé que

tiene un poco de frío, ahora que ya no está caliente en mis brazos.

Mis nervios se crispan; mis músculos se tensan.

La necesito. La necesito aquí, ahora, contra mí. Y me mata sentir todo esto sabiendo que odio a la gente. Me mata no odiarla. Quiero que todo en mi vida sea como antes. Me gustaría que todo fuera perfecto, ordenado, con unos empleados que me temen y agachan la vista cuando me ven. Pero ahora está Siana en mi mundo. Y lo está poniendo patas arriba, maldita sea.

Frunzo el ceño y la miro, pero está ensimismada y no se da cuenta de nada.

Parece exhausta, agotada, perdida. Y en lo más profundo de mi pecho, el corazón me late con fuerza, se me acelera; me duele solo de pensar en alejarme de ella.

¡Por el amor de Dios!

Me doy la vuelta, intentando luchar contra el impulso enfermizo de abrazarla, tocarla, besarla y lavarme la sangre de las manos. Cuando la dejo cerca de su árbol, quiero que mire a la calle, a la enorme plaza en la que está mi empresa, al Rockefeller que se ve justo a nuestro lado, para que se calme. Sinceramente, sé que ese maldito árbol gigantesco es lo único que realmente la calmará y la hará feliz.

Permanezco cerca de Siana, sin tocarla, aunque siento la necesidad casi vital de rodearla con mis brazos y estrecharla contra mí.

Su mirada recorre la plaza principal y la gigantesca pista de hielo, antes de posarse en su creación. Luego coge un perrito caliente brillante y ríe como una niña.

Suspiro. A estas alturas de la semana ya no siento rencor, sino resignación. Esta mujer está como una cabra. ¡Y tanto que lo está! ¡Ha puesto unas malditas salchichas de purpurina en un árbol! En mi vestíbulo. Tal vez esté en coma, o tal vez haya muerto y haya despertado en el infierno, en realidad.

—¿Le gustaría salir un momento? Puedo acompañarla.

Mi pregunta provoca una bonita sonrisa en sus labios, como si le pareciera encantadora, altruista o, peor aún, amable. No soy amable, joder. ¡Solo quiero estar a solas con ella!

—No, estaré bien, gracias. Además, a mi jefe no le gustará que no vuelva al trabajo.

—Su jefe sabe perfectamente que esta es su hora para comer —me burlo.

—No tengo mucha hambre. Prefiero volver al trabajo.

Para intentar olvidar lo que acaba de pasar, seguramente.

—Eso haré. Vaya a llamar al ascensor, voy enseguida.

Siana asiente y desaparece por el otro extremo del pasillo. Me dirijo directamente hacia Tricia y Lilly, antes de agarrarme al mostrador con todas mis fuerzas.

—Si Jamison no está en la cárcel esta noche por acoso y agresión sexual, lo encontraré y lo mataré con mis propias manos, ¿está claro? Encárguense de que corra la voz a la gente adecuada.

Lilly asiente y sale corriendo hacia su despacho para coger el teléfono y ponerse en contacto con los agentes de policía que han venido a por el muy cabrón.

Me acerco a Siana y me muero por tranquilizarla. Por calmarla. Pero no sé cómo.

Está los brazos apretados alrededor del cuerpo y la mirada gacha. Solo la he visto así una vez. Fue cuando me habló sin entusiasmo de Andrew y de lo que le había hecho.

Con un gesto ligeramente nervioso, pellizca la tela de su camisa gris perla y alisa el tejido de su faldita negra. Hoy ha cambiado esos calcetines altos tan sexys por unas medias aún más sensuales. Es preciosa. Cada vez que da un paso, cada vez que las aberturas de su falda ofrecen sus piernas, dejan ver el encaje de la liga que lleva puesta. Me vuelve loco. El deseo que siento cuando estoy cerca de ella se desvanece lentamente a medida que avanza el día, pero irradia de

nuevo cuando ambos salimos de Sullivan Inc. por la noche. He hecho todo lo posible por evitar salir a la misma hora que ella, todo lo posible por resistirme, pero en cuanto la veo levantarse y estirarse por la tarde, cojo mi abrigo y la espero junto al ascensor.

Es mi ritual, mi... obsesión.

Y hoy, esta mujer con la que estoy obsesionado no se siente nada cómoda. Así que me derrumbo por completo y la rodeo con mis brazos, dejando que me abrace tan fuerte como quiera y luego, antes de que lleguemos a nuestra planta, saco mi tarjeta magnética y desbloqueo la planta 31.

—Oh, ¡parece que me he ganado mi sorpresa! —chilla.

—Técnicamente, sigue siendo una espina clavada en la planta del pie, señorita Cactus. Pero también es hora de ir al grano. He pospuesto el asunto cuanto he podido. No debería haberlo hecho.

La verdad es que no quería estar ahí arriba a solas con ella. Era demasiado peligroso para mi deseo ardiente, demasiado doloroso para mis pensamientos, porque ella derriba todas mis barreras. Pero ella necesita este pequeño regalo. Y técnicamente, todo lo que nos espera en el piso de arriba es trabajo.

Cuando las puertas se abren ante un inmenso espacio, iluminado por todas partes por las cristalerías del edificio, Siana estalla de alegría. No por la espectacular vista, ni por los rayos de sol que se cuelan y nos hacen entrar en calor. Solo tiene ojos para las estanterías en las que aparecen nombres que seguramente reconocerá. Matisse, Monet, Renoir, Rembrandt...

Coloco el dispositivo especial que he diseñado a la entrada de la habitación y las contraventanas caen lentamente por todas las ventanas. A continuación, saco una caja de madera gruesa, la coloco sobre la mesa en el centro de la sala y, en cuanto la luz es lo bastante tenue como para no dañar la obra, abro su estuche.

—Póngase unos guantes, señorita Pérez. Es usted quien va a examinar esta obra.

Sonríó al verla congelada frente a uno de los ejemplares de *Los nenúfares* de Monet.

—¿Es esta la sorpresa que me tenía preparada a principios de semana?

—Sí, era esta. Uno de mis clientes me lo confió y, tras estudiar detenidamente su currículum, supe que este trabajo sería para usted.

—Es una de mis series de cuadros favoritas —suspira—. Es magnífica.

Siana no espera más para prepararse. Le abro un pesado cajón bajo la mesa, del que saca unos guantes blancos de algodón, una mascarilla y una enorme lupa. Luego enciende la lámpara que hay justo encima de nosotros y desaparezo por completo de su vista mientras estudia el lienzo y hace cientos de anotaciones en un cuaderno. Su caligrafía es hermosa, toda llena de curvas. Como ella.

La dejo para que continúe con su trabajo y, cuando cae lentamente la noche, voy a buscarla, todavía agachada sobre sus nenúfares.

—Siana, ya es hora de que se vaya a casa.

—¿Ah, sí? ¿Qué hora es?

—Casi las nueve.

—¿Ya? ¡Dios mío, he perdido la noción del tiempo!

Vuelve a meter el cuadro en su caja.

—Déjelo sobre la mesa. Puede retomar su trabajo el lunes. ¿Tiene un presupuesto inicial para mí?

—¡Ya le gustaría! Todavía tengo mucho trabajo que hacer en él. Pero estamos por encima

de los quince millones, señor. ¡Estamos muy por encima! ¡Este cuadro es espectacular y está en unas condiciones increíbles!

Veo que ha sacado toda una serie de herramientas para limpiar el lienzo. Conociéndola un poco, estoy seguro de que es más que concienzuda en lo que hace.

Se quita la mascarilla y los guantes y los deja lejos del cuadro, como si pudieran contaminarlo. Me hace sonreír.

—¿Por qué no contempla a las vistas, ahora que ha terminado aquí? Estoy seguro de que le gustará.

Me sorprende que aún no lo haya hecho, ¡pero ha estado tan ocupada con el trabajo!

Impaciente, camina hacia las ventanas, mientras las persianas se levantan lentamente.

—¡Vaaaya...! —grita tan fuerte que se forma una nube de vaho delante de ella.

Entonces se mueve de un lado a otro y recorre poco a poco toda la planta. Contempla las luces, como si fueran estrellas cayendo a sus pies, y me parece más hermosa que nunca. Justo ahí conmigo, tan emocionada y abstraída.

—¿Se enfadaría si le dijera que quiero colocar pegatinas de copos de nieve en todas las ventanas?

—Sí, ¿y sabe qué? Las despegaría una a una y las pondría donde creo que deben estar...

—¡Será bruto!

Suelto una carcajada y deslizo mi mano entre las suyas, y entonces me quedo helado. No la aparto. Por mucho que odie que me toquen o se acerquen a mí, por mucho que odie a la gente y sus mezquindades y mentiras, esta mujer me atrae tanto que no puedo controlarme a su lado. Y me cabrea, maldita sea. Me pone de los nervios rozarla, desearla y querer más, siempre más. Tanto que creo que podría morir si ella me faltase, empezando por esta noche, en la que tendré que alejarme de ella, de su sonrisa y de sus horribles adornos navideños.

¿Por qué demonios me hace esto? ¿Por qué es tan hermosa, cruel y atractiva? Ojalá pudiera desconectarme de mis emociones, de mis sentimientos, y tratarla como trato a todos los demás en esta empresa. Como si no significaran nada para mí. Pero sí que me importa. Y tanto que me importa. No hay nada que pueda hacer.

—Vamos, se ha ganado el fin de semana —le digo mientras la guío hacia el ascensor.

Cierro el acceso al último piso con mi tarjeta magnética y luego bajamos a nuestra fortaleza, donde ella se acomoda en su escritorio para apagar el ordenador.

Es entonces cuando sus mejillas se enrojecen y sus ojos empiezan a brillar.

—¿Se encuentra bien?

—¡Sí! ¡Sí! Acabo de recibir una buena noticia, eso es todo. Tendré que revisar mis correos más a menudo.

—¿Me está diciendo que ha mirado su correo personal en el trabajo?

Me hago el estricto, pero solo por mantener mi imagen de malo malísimo.

—Oiga, me acaba de decir que ya estaba de fin de semana, ¡así que tengo derecho a ello!

Lo deja todo listo, se levanta de un salto y coge su teléfono para enviar un mensaje. Luego lo deja a mi lado y se aleja para ponerse la bufanda y el abrigo. Después apaga la vela de la casita blanca con las ventanas iluminadas y apaga el espumillón y todas las luces de Navidad esparcidas por su despacho. Tengo la extraña impresión de que cada día hay más.

Cuando zumba su móvil, me inclino ligeramente para leer lo que pone en pantalla.

** ¡Estoy forradaaaa!*

Le ha escrito a Leilani. Eso me hace sonreír. Así que Andrew le ha hecho la transferencia. No sé por qué, pero siento que se me quita un peso del pecho, como si temiera que no le importara nada. Especialmente ella. Lo habría reventado si la hubiera tomado por idiota.

Entonces su amiga le responde:

** ¡Entonces esta noche se sale! ¡Pagas tú la bebida!*

Contengo un gruñido. Solo de pensar en Siana con un vestidito, contoneándose con otros hombres, me cabreo.

Cuando recoge su maletín y su teléfono, me pongo el abrigo y salimos los dos. No hay tiempo que perder.

—¿La llevo a casa?

El cielo esta noche está despejado. La escarcha ya brilla en las fachadas de los edificios.

A lo lejos, la pista de hielo está repleta de vida, lo que llama su atención por un momento. Me da la impresión de que se muere de ganas de ir, pero está demasiado cansada y acaba bostezando.

—Lo siento —suelta una risita—. Sí, me gustaría, gracias. No está muy preocupado por su coche, ¿verdad?

—Ahora que sé que hay una vieja rueda de repuesto debajo de su cama, no, no tengo miedo de nada.

Su risa brillante me alegra la noche.

La llevo a casa y miro a mi alrededor, por si acaso. Aparte de los llamativos y horribles a la par que ostentosos adornos de todas las ventanas, el barrio está desierto. Entre los edificios, las guirnaldas de estrellas brillantes bailan al viento, y serpentinas de ramas y lazos rojos cuelgan sobre la calzada. Seguro que ella tiene algo que ver. Seguro que es la reina suprema del barrio y es la voz cantante en los asuntos navideños.

—No se preocupe, es viernes, nadie anda por las calles.

—¿Por qué?

—¡Porque es fin de semana, hombre! Todo el mundo va a *Vinnie's* a tomar una copa. Y lo que es más, da igual que entres con un bolso o con un cuchillo de cocina. A Vinnie no le importa mientras pagues tu bebida.

—Pero ¿y usted?

—¿Si soy así de permisiva?

—Si va a salir usted...

—Oh no, me voy a la cama. A menos que Lani consiga liarme y acabemos saliendo los dos.

—¿Con qué frecuencia sucede eso?

—Casi siempre que quiere salir —ríe Siana. En general, no soy muy difícil de convencer, porque me amenaza con hacer repollo y dejar la puerta de mi habitación abierta durante las tres horas que tarde en cocinarse.

Me arrastra a su paso, perfumada con la hermosa fragancia que utiliza, y subimos a su casa, donde Lani la espera impaciente.

—Cariño, ¡somos ricos! —exclama su amiga cuando abre la puerta—. Ups, no me había dado cuenta de que tenías compañía.

—Hola, Leilani —le digo con calma.

—¡Pero bueno! ¿Por qué yo soy la *señorita Pérez* y ella es solo *Leilani*?

—Porque usted es mi empleada y sería inapropiado que nos tuteásemos.

—Pero conmigo puede ser todo lo inapropiado que quiera... —responde Lani con un tono travieso.

Siana la fulmina con la mirada. La joven está tumbada en el sofá, vestida con un traje pantalón color crema que realza su piel morena. Puede que sea preciosa y me haga ojitos, pero mi corazón permanece duro y frío ante el brillo de sus ojos. En cambio, cuando miro a Siana, se desata una tormenta en mi interior. Me hierve la sangre. Es como si toda mi alma se prendiera fuego...

—Venga y siéntese, Sr. Sullivan. ¿Le gustaría tomar una copa con nosotras? Tengo un cóctel especial que preparo yo misma.

—¿Qué lleva?

—Menta, granadina, ginebra, limón, apio y vodka.

—Paso, pero gracias por la oferta.

—¿Qué pasa? ¿Es el apio o la granadina lo que le asusta?

—Probablemente las dos cosas —ríe Siana.

—Me siento tan incomprendida...

—Bueno, las dejo con sus asuntos. Leilani, ha sido un placer volver a verte. No pareces tan malvada ahora que no te rodea una nube de vapor con olor a col. Srta. Pérez, la veré el lunes.

—Le acompaño abajo.

—¡A ver qué hacemos en el ascensor...! —se burla su compañera de piso.

No todo el mundo es el Sr. Grey...

—Siento decepcionarte, Lani, pero a una mujer le hace falta mucho más que unos segundos en un ascensor, y siempre me aseguro de que mis amantes disfruten.

Le guiño el ojo y la dejo flipando, y bajamos al pequeño portal del edificio, en el que no hay ni un alma. Salvo, bueno, los adornos. Creo que hay flashes por todas partes.

Pero yo solo tengo ojos para ella. Solo para Siana.

—Creo que ha impresionado a mi compañera de piso —murmura.

—¿Qué la he impresionado? ¿Acaso ella no es así con todo el mundo?

—Sí, lo es. Pero usted es especial, Sr. Sullivan.

Se apoya en la puerta y me mira con una bonita sonrisa.

—¿Cómo que «especial»?

—Es su mirada. Es tan enigmática que nadie sabe nunca lo que está pensando. Es intrigante.

—Tal vez no estoy pensando en nada interesante. O tal vez estoy pensando en...

Se me acelera el pulso. Noto las llamas en mis venas.

Miro sus labios, sus piernas perfectas, sus llamativos tacones de aguja rojos.

—Besarla —digo. Quizá sea en lo único que pienso día y noche.

—No lo creo —sonríe. Soy su empleada, eso sería casi un pecado.

Avanzo hacia ella, un paso tras otro, hasta que tiene que apoyarse en la puerta, entonces agarro su bella mandíbula y la obligo a mirarme a los ojos.

Ella vuelve a sonreír.

—No me tiene miedo. Esto es nuevo para mí.

—¿Por qué iba a tenerlo?

—Tengo fama de ser...

—No me importa lo que la gente piense de usted, Knox.

—Señor Sullivan —la corrijo con voz áspera, aunque me pase el tiempo averiguando cómo derribar las barreras que se erigen entre nosotros.

—No me importa lo que la gente piense de usted, señor Sullivan. No soporto los rumores. Para mí, lo que importan son los hechos, y usted ya ha demostrado su valía muchas veces. Así que no intente asustarme. Sé que nunca le haría daño a nadie que usted...

—¿Que yo qué?

—Apreciara, de algún modo.

—No aprecio a nadie más que a mí mismo, señorita Pérez —susurro, y me acerco tanto a ella que mi boca roza la suya.

Aprieto el puño contra la puerta. Mi otra mano acaricia suavemente su barbilla.

—Mienta todo lo que quiera, pero...

—Cállese.

Mi orden surte efecto y hace que frunza el ceño. No le gustan las órdenes, pero a mí me encanta darlas.

—Cállese, señorita Pérez. Ya no es hora de hablar, siéndole sincero.

—¿Y qué hora es, entonces?

—La hora de besarla.

Sus mejillas se colorean y sus labios se entreabren. Pero solo cuando me rodea el cuello con los brazos para acercarme a ella, dirijo violentamente mi boca sobre la suya y la beso, la saboreo, lo exijo todo de ella hasta que se queda sin aliento. Entonces ella se aparta un poco, solo un segundo, y yo vuelvo a invadir su aura. La devoro con los labios.

Sus curvas abrazan mis músculos tensos y, deseoso de sentirla contra mí, suelto su rostro y abro los botones de mi chaquetón, para que su calor se mezcle con el mío.

Ya no reconozco nada a mi alrededor. No soy nadie cuando estoy con Siana.

Con un gesto repentino, meto la mano bajo su falda y le levanto la pierna. Le agarro las nalgas. Recorro el contorno de encaje de su ligero.

Todo su cuerpo se contonea y se restriega contra el mío, de modo que la inmovilizo contra la puerta para que no se mueva. Así no gemiré de placer como un loco, aún en sus labios.

Pero mi sexo duro y tenso sigue encajado entre sus muslos carnosos, y me aprieto más contra ella. Más fuerte. Hasta que ella se humedece y cede entre gemidos.

Y me encanta. Me gustan los pequeños gemidos que hacen vibrar mi lengua en su boca, me gustan sus garras arañándome la nuca y agarrándome del pelo. Pero lo que no le digo es que la razón por la que estoy tan cerca de hacer que moje su ropa interior es para que piense en mí, solo en mí, si esta noche sale de fiesta.

Cuando por fin la suelto, pongo las manos a ambos lados de su bonita cabecita, para no volver a tocarla. Para no hacerla mía. Y la miro a los ojos, oscuros y estrellados.

—Que tenga un buen fin de semana, señorita Pérez, y pórtese bien. La quiero en plena forma el lunes por la mañana.

—¿Yo? ¿En forma? Mi ciclo de sueño roza el de un jerbo hiperactivo en este momento.

—Pues entonces vuelva arriba y descanse un poco, le sentará bien.

—Deje de insinuar que parezco un zombi.

—Si pareciera un zombi, no tendría ganas de seguir besándola, señorita Cactus.

Le sonrío, y ella se gira antes de abrirme la puerta, con una gran sonrisa en los labios. Una

enorme corona cuelga de ella, repleta de pequeñas luces doradas que dan a su tez, a sus pómulos sonrosados, matices angelicales.

—Veo que lo desea, señor. Pero le advierto que no volveré a ceder a sus insinuaciones hasta que me diga que mi árbol de Navidad que he comprado para la empresa es sublime.

—Eso nunca ocurrirá...

—Entonces, ¡adiós! —dice encogiendo la barbilla con orgullo—. Bueno, nos vemos el lunes, que quede claro que no acabo de dimitir.

Me echo a reír, vuelvo al coche y me dirijo a mi apartamento. Y entonces Marguerite vuelve a llamarme.

—¡Abuela! —digo al coger el teléfono.

—Knox, se me olvidó preguntarte por tu visita navideña. Te quedarás con nosotros diez días, como siempre, ¿no? Necesito una respuesta enseguida para poder organizarme.

—Por supuesto.

Me gustaría decir que no, pero entonces me lo reprocharía el resto de mis días. Diez días de sacrificio no es tan malo comparado con una eternidad de reproches.

—De acuerdo, entonces. Aquí nos vemos en dos semanas. Tu padre y esa zorra a la que llama novia estarán allí. Tú vendrás con tu prometida, ¿verdad?

—Sí, ella también vendrá.

—¡Es guapísima! Estamos deseando conocerla desde hace mucho.

—Seis meses, abuela, no es tanto tiempo...

—Venga ya, claro que es mucho. En cualquier caso, espero que no sea otra zorra. ¿Quién os creéis que soy, la dueña de un gallinero?

Cuelga, con lo que apenas me da tiempo a contestar.

¡Maldita sea!

Me quedan quince días antes del fatídico momento. El momento en el que tengo que presentar a mi prometida a mi familia de locos. ¿Qué demonios voy a hacer? Creo que fingir mi muerte y desaparecer para siempre sería lo más sencillo.

Siana

—No pienso salir, aunque me amenaces con una muerte lenta y una intoxicación por té de col —digo mientras me desperezco en el sofá.

Mi árbol de Navidad centellea alegremente, como todos los demás adornos de la casa. Además, ya me he puesto mi pijama *overall*¹ de duendecillo navideño. Pienso quedarme aquí toda la noche.

—¡Serás coñazo! ¿Quién gastará los dólares que acaban de llegar a tu cuenta?

Le tuve que explicar, toda conmovida, que Andrew había intentado saldar su culpa tras darse cuenta de cuánto daño me había hecho. Todavía estoy disgustada por ello. Pero después de todas las emociones de la semana, no estoy lista para bailar toda la noche. Apenas puedo mantenerme en pie y tengo ganas de llorar de alegría, de placer, de alivio y de un montón de emociones más que me cuesta descifrar.

—Además, si vuelves a los brazos de Knox con chupetones por todo el cuello, harás que se muera de celos.

—¿Ahora también le tuteas?

—Oh vamos, sabes que solo le hice ojitos para medir su reacción y... nada. No sintió nada por mí, ni por mis sonrisitas. No tenía estrellas en los ojos excepto cuando...

—¿Cuándo qué? —digo, con un nudo en la garganta.

—Excepto cuando le pediste que bajara. ¡Menuda locura! ¡Yo intentando seducirle y no consigo ni media reacción, y tú hablando de acompañarle al portal de una casucha de Queens y él con cara de haber recibido el mejor regalo de Navidad de la historia! ¡Ese hombre está loco por ti, Siana! Uno de los dos tiene que dar el primer paso.

—¿Te refieres a... déjame pensar... empotrarme contra la helada puerta del edificio y besarme hasta que mi piel arda para luego dejarme con ganas de más?

—Sí, algo así. Qué específico. Espera, espera... Eso es justo lo que ha pasado, ¿verdad? —grita Lani.

—Puede...

—Cariño, será mejor que me digas que todo es producto de tu imaginación, porque como hayas esperado a ponerte el pijama de elfo antes de contarme semejante bombazo, te juro que te mato.

Suelto una carcajada y le lanzo una almohada. Luego termino contándole todo lo sucedido, antes de atreverme a mencionar a Jamison. El corazón se me cae a pedazos, pero esos cachitos parecen recomponerse dado el cariño y atención de Knox.

No puedo poner el dedo en la llaga, no puedo decir si le quiero o le odio —probablemente las dos cosas, según el día—, pero una cosa es segura, no me deja indiferente.

Me acuesto temprano y duermo bien. Tranquilamente. Siento que he recuperado un poco de la vida despreocupada y perfecta que tenía antes de que me despidieran, y eso es bueno para mí.

El sábado por la mañana hago tortitas de Navidad para desayunar. Leilani se une a mí a las ocho, bosteza y arrastra los pies, luego se sienta frente a su plato.

—¿Qué es esa cosa? Parece un perro chafado por una apisonadora.

—Es una tortita con forma de reno. Con orejas de *bacon* y *Smarties*² colocados sobre nata montada para que formen su naricita roja. Es adorable, ¿a que sí?

—Para un reno zombi, tal vez...

—¡No me mereces!

Antes de que pueda quitarle el plato, lo agarra y devora el plato que he preparado con cariño.

—Mañana serás tú quien cocine, para compensar —la amenazo. En serio, ¿eh?...

—Está bien, está bien. Estoy preparando una receta estupenda de brownies de puerro y...

—No. Serán tortitas, ¿está claro? No quiero ser tu conejillo de indias para tu cocina de los horrores.

—Eres una muy, muy mala amiga, Siana. Afortunadamente, ¡hoy pasamos el día fuera!

—¿Adónde me llevas? —pregunto, escéptica.

—Donde nos lleve el viento. No, es broma, vamos de compras a Manhattan a gastar un poco de dinero. Tienes que comprarte un abrigo, un camisón sexy porque estoy harta de verte deambular por casa con tus pantalones de chándal de luchadora de sumo, y he pensado que podríamos ir a patinar sobre hielo al Rockefeller.

La miro con ojos muy abiertos y divertidos.

Ella dibuja una amplia sonrisa.

—¿Y un conjunto de fiesta?

—¡Obvio, amiga!

Terminamos de desayunar a toda prisa y, para cuando estamos listas, nos reunimos en el salón vestidas con nuestras mejores galas. Leilani llevaba un pequeño jersey de rayas blancas y verdes con un Rudolph de lentejuelas en la parte delantera, una falda esmeralda, medias blancas gruesas y unos zapatitos rojos con cordón de seda. Por mi parte, opto por uno de mis *leggings* favoritos de mi colección de invierno: rojo chillón, lleno de energía, con mis botines de piel color crema y un jersey crudo adornado con pequeños abetos carmín bordados con bonitas perlas para imitar los adornos de temporada.

—Bueno, bueno... ¡Has sacado los *leggings* sexys! —dice Leilani.

—Créeme, si me hubiera puesto los *leggings* sexys, lo habrías notado. Esos son los básicos —digo entre risas.

Los otros los guardo para mis juegucitos en la cama. Es decir, lo hacía cuando aún tenía una vida sexual activa, porque ahora mismo estoy en sequía. Me siento como en el desierto, y no me refiero al de Gobi, no, sino al de Marte, lo que equivale a todo un planeta.

Lani se pone su grueso abrigo marrón con capucha de forro polar, y yo me pongo mi chaquetita con la larga bufanda de Knox. Aspiro lentamente su lujoso y excitante perfume, y entonces me doy cuenta de que mi amiga me mira con sorpresa.

—¿Qué? Se me permite respirar, ¿no?

—¿Respiras o más bien aspiras las últimas moléculas del perfume de tu jefe? Lo digo porque te falta poco para parecer una yonqui.

—Sí, claro...

La arrastro fuera del piso, y a las diez llegamos a Manhattan bajo un sol extraordinario, pero con temperaturas que me hielan las piernas. Sabía que tenía que haberme puesto medias debajo de los *leggings*.

A Lani y a mí no nos da tiempo a quejarnos del frío: apenas salimos del metro, un coro empieza a cantar villancicos en plena calle. Los seis cantantes van disfrazados de Papá Noel y, mientras inclinan la cabeza con entusiasmo de derecha a izquierda, los cascabeles de sus gorros se suman a la melodía. Los escuchamos durante más de un cuarto de hora, apretujados los unos contra los otros, con los ojos brillantes y las cuerdas vocales doloridas de tanto cantar. Y de cantar mal. ¿Quién iba a pensar que serían capaces de masacrar a *Santa Baby* hasta el punto de que una multitud los abucheara? ¿Dónde ha quedado la alegría de vivir durante las fiestas?

—Venga, vámonos de aquí antes de que nos arrojen un donut a la cara —murmuro.

Leilani empieza a entrar en algunas tiendas, y elige las que tienen los adornos más bonitos en la fachada. La sigo, le doy mi opinión y me burlo de sus peores compras. Por mi parte, tengo una pequeña lista de tiendas específicas en las que fijarme, dado que las *boutiques* de lujo y de diseño no tienen necesariamente mi talla en las estanterías.

Al final, encuentro lo que busco en una pequeña pero preciosa tienda en la que he entrado porque había dos grandes y magníficos árboles de Navidad a ambos lados de la puerta, decorados con mil luces y adornos dorados. Mis favoritos.

—¡Dios mío! ¡Qué bien te queda ese abrigo! Realmente resalta tu tez dorada —exclama Lani.

Tengo que admitir que es precioso. Es de una suntuosa tela de felpa rojo frambuesa, con bolsillos dorados y una capucha ligeramente puntiaguda con pequeños pompones blancos y unas campanillas cosidas. Es una preciosidad.

Lo compro, ansiosa por meterlo en la lavadora para poder ponérmelo a partir del lunes, y entonces Lani me arrastra a su tienda de lencería favorita.

Entro a regañadientes. Me he acostumbrado a mi querido chándal...

Lani me consigue un camisón de satén burdeos y encaje negro, y otro de blanco virginal, con un magnífico corpiño bordado y velos completamente transparentes.

Dudo si llevármelos.

—Ve y pruébatelos, amorcín. Estos últimos seis meses han sido tan difíciles para ti, que me duele, te lo juro, verte llorar todos los días. Has estado deprimida, enfadada, asqueada y has acabado odiándote un poquito. Necesitas e insisto, *necesitas* recuperar la confianza en ti misma.

—¿Con lencería?

—Sí. Verás lo sexy que eres, incluso aunque hayas engordado un poquillo en tu descenso a los infiernos.

—Han sido cinco kilos, pero bueno...

—Pues que sepas que lo has ganado todo en las tetas, amiga.

Me echo a reír, luego sigo sus recomendaciones y reconozco que sentirse guapa hace mucho bien. Ya había recuperado un poco de vida trabajando todos los días, vistiéndome de verdad y no con ropa llena de patatas fritas. Pero ahora me doy cuenta de que Lani tiene razón. Necesito recuperar la confianza en mí misma.

Me compro los dos conjuntos que ha elegido para mí, y a la hora de comer vamos a por perritos calientes antes de ir a Rockefeller. Allí admiramos el enorme árbol de Navidad, alquilamos unos patines y nos dirigimos a la pista con las bolsas en la mano.

Me río como hacía mucho tiempo que no lo hacía. De la mano de Lani, patinamos hasta que poco a poco oscurece y empiezan a caer sobre nosotros algunos copos de nieve.

Hay tantas luces y guirnalda eléctrica a nuestro alrededor que todo brilla por todas partes, ¡es mágico! Lo peor es que mis *leggings* rojos de lentejuelas reflejan cada rayo de luz. Me

siento como si mi trasero fuera una bola de discoteca gigante.

Y entonces veo unas luces en Sullivan Inc.

Me pregunto si es el personal de mantenimiento que cuida de las instalaciones o si Knox está trabajando. Probablemente ambas cosas. Ese hombre...

Me doy la vuelta, choco con Leilani, que gruñe y cacarea como un gallina, y entonces lo veo.

Knox.

Tiene una sonrisa en los labios.

Apoyado en la barandilla de la pista de hielo, justo delante de la estatua dorada de Prometeo y, por tanto, justo en frente del magnífico árbol de Navidad de Rockefeller. Como si supiera que no puedo pasar más de cinco minutos sin girar la cabeza en esa dirección.

—Oh... Dios... mío —me susurra Lani—, ¿estoy soñando o tienes un admirador?

—Creo que ni siquiera me ha visto —refunfuño.

—Ya, claro, porque apenas te está mirando directamente. Y parece que te está esperando.

De repente, la muy traidora me pone la mano en el culo, lo que hace que suelte un gritito, y luego me empuja con todas sus fuerzas, hasta que me deslizo hacia mi jefe.

—Hola —le digo demasiado alegre al acercarme a él.

Toso, le observo y fantaseo un poco. Su impecable abrigo le da un aspecto feroz, y sé que bajo esa gruesa tela hay una camisa blanca ajustada y una corbata que quiero agarrar para atraerlo hacia mí. ¿Debería hablarle de nuestro beso de anoche? No lo sé. Dios, ¿qué le digo ahora?

Separo los labios, pero no consigo articular un «bésame otra vez», aunque me queme en los labios con violencia. Deseo exigiérselo, porque estoy tan caliente...

—Señorita Pérez —murmura.

Casi tengo la impresión de que se alegra de verme. Y de que sabe lo que estoy pensando.

—Creía que estaría descansando después de una noche de desenfreno...

Me río entre dientes, con una gran sonrisa en la cara. Estamos separados por una pequeña barrera y, sin embargo, parece que no haya nada ni nadie a nuestro alrededor.

—Me dormí antes de las once de la noche. Se podría decir que soy una abuelita.

Me regala una amplia sonrisa, más relajado.

—Temía que estuviera demasiado cansada el lunes, ¿verdad?

—Sí, eso es. Temía que su trabajo se resintiera.

Parece que intenta soltarme una reprimenda; tengo la impresión de que me oculta algo y que tiene algo más que curiosidad, pero ¿quién sabe con este hombre? Es imposible descifrar lo que se le pasa por la cabeza.

—¿Qué hace usted aquí? No me diga que quiere divertirse un poco, no me lo creería —digo, burlona.

—Yo... la vi desde el vestíbulo. Solo quería... darle esto.

Levanta una mano y coloca una pequeña bolsa marrón en el borde de la barandilla. La abro y grito de alegría al ver los sublimes donuts aún calientes en su interior.

—Digamos que lleva horas aquí, sin guantes ni gorro. Pensé que podría necesitarlos.

—¡Vaaaaya! —chillo.

Me inclino hacia delante para abrazarlo, pero mis patines resbalan, y en un abrir y cerrar de ojos, aparezco en el suelo sobre el hielo helado —sí, habéis leído bien—y me duele todo el cuerpo.

—¡Siana! —grita Knox.
Salta por encima de la barandilla, me ayuda a levantarme y me abraza.
—Lo de aparecer en el suelo es una costumbre ya, ¿eh? —gruñe enfadado.
—¿Cómo que es una costumbre?
—Déjelo estar.
Leilani, se precipita hacia nosotros y se choca sin ninguna delicadeza.
—¡Ay! ¡Mis moratones!
—¡Lo siento mucho! ¡Lo siento! ¿Te has hecho daño?
—¡Claro que sí!
—¿Qué demonios ha pasado? Venimos aquí todos los años y nunca te he visto caerte ni una sola vez.
—Pues hoy ha sido la excepción.
—¿Por qué hoy es la excepción? ¿Porque el buenorro de tu jefe te ha dedicado una bonita sonrisa?
—El jefe en cuestión sigue aquí —suspira Knox—. Y no está sonriendo.
—¡Qué va! No es por eso. ¡Es porque me ha comprado dónuts recién hechos!
—Aaaanda... Eso es incluso mejor que los guiños sexys.
—Ah, ¿resulta que ahora voy por ahí guiñando el ojo? —se queja Knox.
—Bueno, quizá cuando piense en usted esta noche, la cosa no se quedará en guiñitos, ¿verdad, Siana? —se burla Lani.
—¡Será posible! ¡Venga, piérdete un rato! ¡Nunca fantaseo con nadie!
—Claro que no. Bueno, os dejo que habléis un rato y vuelvo a patinar. Dame tus bolsas, cariño, tendrás las manos libres para tocar lo que tú quieras...
Le entrego mis compras, presintiendo que se avecina una escenita pero sin saber exactamente de qué se trata. Entonces Lani deja caer mi bolsita negra y rosa, y las prendas se desparraman sobre el hielo.
—¡Joder! ¡Seré torpe...! —exclama mientras sacude la cabeza y sostiene mis dos prendas de lencería delante de ella para comprobar que siguen intactas.
—Siana, no te enfadarás conmigo porque se me haya caído accidentalmente tu nuevo camisón transparente, ¿verdad?
—Te voy a matar —susurro, mientras se lo arrebato de las manos lo meto todo en la bolsa.
Ella se ríe y me chincha, y cuando me doy la vuelta en brazos de Knox, me doy cuenta de que tiene las mejillas sonrojadas y respira, algo agitado.
—Yo... no he visto nada. Se lo prometo —afirma con una sonrisa que no puede contener.
—¿Tengo que morirme de vergüenza o puedo comerme los dónuts?
—Un momento, un momento. Los he elegido todos especialmente para usted. Sería una pena desperdiciarlos en un arrebato, ¿no?
—Es verdad.
—Vaya a cambiarse los patines, yo esperaré aquí.
Hago lo que me dice y acabo corriendo alrededor de la pista para reunirme con él.
Knox ha dejado su bolsita de papel en un banco cerca de la fuente de Prometeo. Inmediatamente me siento, la abro y miro los magníficos dónuts que me ha comprado. El primero está relleno de chocolate fundido, el segundo de canela y el último... ¡Dios, qué maravilla! Está cubierto de glaseado blanco y encima hay mini árboles de azúcar, rodeados de pequeñas perlas rojas. ¿Cómo podría comerme semejante belleza?

Knox se sienta a mi lado, probablemente preguntándose por qué tengo lágrimas en los ojos. Es el mejor regalo que me han hecho en mucho tiempo.

—¿Cuál quiere? —le pregunto mientras coloco el paquete entre los dos.

—Son todos suyos, señorita Cactus.

—Venga, el mayor placer de la repostería es compartirla con gente a la que...

A la que queremos. Aunque a veces también la odiamos un poco.

—A la que soportamos. O a veces con los jefes, a los que debemos respeto, ya sabe.

Knox pone los ojos en blanco y coge el donut de chocolate. Debe de parecer que estoy a punto de sufrir un infarto, porque lo deja para coger el blanco... Antes de optar por el de canela.

¡Uf, qué alivio!

Saboreo mi tentempié con un placer casi malsano, antes de levantar la cabeza para mirar el abeto que se alza sobre nosotros. Todavía caen algunos copos de nieve. Alrededor de la pista de hielo, los altavoces emiten villancicos de los años cincuenta, y es perfecto. Simplemente perfecto.

—¿Así que trabaja los sábados? ¿Por qué no me sorprende? —le digo a mi jefe.

Comparto entre los dos el donut de coco, que él devora para no tener que contestarme. Pero mientras le miro fijamente, tose y se sonroja.

—No tengo otra cosa que hacer en mi vida que trabajar, señorita.

—¿No tiene amigos? Puedo prestarte a Leilani, si quieres.

—No, gracias, mi piso huele bien y me gustaría que siguiera así.

Se me escapa una risita.

—Sabe, también es bueno divertirse de vez en cuando.

—Ya lo veo. Estoy de acuerdo.

Me quita un azucarillo de la manga, arruga el papel del donut y se acerca un poco más a mí.

—No me he tomado un descanso de mi trabajo desde que fundé Sullivan Inc. y, sin embargo, cuando la he visto patinar, me ha sacado del despacho. Me está convirtiendo en un vago, señorita Cactus.

—Tomarse un descanso después de una semana de seis días no es de vagos. ¡Y ahora váyase a casa, Sullivan! O estará cansado el lunes y si le veo dormido encima del teclado, créame, ¡se lo recordaré el resto de tu vida!

Knox se levanta. Le imito, porque normalmente me siento muy bajita a su lado, y si a eso le sumamos que se me está congelando el culo en el banco...

—Gracias por los donuts. Ha sido muy amable.

Me sonrojo y se me humedecen un poco los ojos. ¡Caray, voy a acabar como un mapache! Y eso no es muy sexy. ¿Y si le digo que se me ha metido un copo de nieve en el ojo?

—No hay de qué. Me alegra que le haya gustado. Hasta pronto, Srta. Pérez. Y procure no reventarse la cara contra el suelo una vez más de camino a casa.

—¡Oiga! Solo me he caído una vez. Hoy...

Se echa a reír y desaparece entre la multitud, lo que me produce una extraña tristeza.

¹ N. de la T. Una especie de mono de estar por casa, similar a un pelele de bebé.

² N. de la T. Caramelos similares a los lacasitos.

Siana

Nada más llegar a casa, meto el abrigo en la lavadora y luego en la secadora. Cuando vuelvo de la lavandería¹ del edificio en mitad de la noche, Leilani, desplomada en el sofá, me mira molesta. Sus grandes calcetines rojos están decorados con pequeños pompones blancos y bordados con una frase delicada y muy sensible: «Cállate, estoy viendo una peli navideña».

—¿Sigues con tus viejos pantalones de chándal?

Su reproche me enfada.

—¿Qué pasa? No pretenderás que me ponga un camisón de encaje para hacer la colada.

Además, aún no lo he lavado. Temo que me obligue a ponérmela si lo hago.

—Pues estás de suerte. Pero a partir de mañana no quiero ver más ese horror, ¿está claro?

—Ya veremos —refunfuño.

Me desplomo en el sofá, le saco la lengua y, antes de que nos demos cuenta, el fin de semana ha terminado y estoy fuera de Sullivan Inc. con mi abrigo nuevo.

Knox acaba de aparcar, así que camino en su dirección y le saludo con un sonoro y alegre «hola» que le hace sonreír un poco mientras sale de su Bentley.

—Buenos días a usted también, señorita Pérez. ¿Puedo preguntarle por qué va vestida como un pelusón?

Abro los labios con asombro y furia. ¡Tengo un abrigo de piel muy bonito!

—¡Qué maldad! Que sepa que lo compré gracias a usted, y lo ha pagado la empresa. Es el presupuesto destinado a mi vestimenta.

—¿Y qué vestimenta es esa? ¿Un disfraz de fresa peluda?

—No siga por ahí o le pego, se lo advierto —murmuro.

Me meto las manos en los bolsillos dorados. Para ocultar la peineta que le hago.

Los dos entramos en el gran vestíbulo de mármol, él con la misma frialdad de siempre y yo con cara de enfado.

—Buenos días, señor —dicen las chicas de recepción.

Con la cabeza bien alta, Knox pasa junto a ellas sin dirigirles la más mínima mirada.

—¡Oiga, que le han saludado! —exclamo mientras corro detrás de él.

Los ojos de Lilly y Tricia se abren de par en par cuando Knox se detiene en mitad del pasillo y se vuelve para mirarme.

—¿Ha dicho algo, señorita Pérez?

—Yo... Sí...

—Pues repítalo, porque no la he oído.

Aprieta tanto los puños que se los mete en los bolsillos del abrigo. Con la cabeza alta, me acerco a él y le señalo con mi dedo acusador, mientras le fulmino con la mirada.

—Lilly y Tricia le han saludado, al igual que los vigilantes de seguridad.

—¿Y qué?

—Y usted no ha contestado... ¡Eso es de mala educación!

—Una vez más: ¿y qué?

—¡Que no sea grosero! ¿Cómo no puede mostrar el más mínimo respeto a sus empleados?

—Les pago para que trabajen para mí, para que sean competentes y para que valoren todo lo que he creado. No estoy aquí para hacer amigos —me regaña y se acerca a mí para pellizcarme en el brazo y recordarme que no debo tocarle.

—Nadie le pide que se haga amigo de esta gente, Sullivan. Pero respetarlos, darles las gracias o saludarlos, es lo mínimo que debe hacer. ¡Debería darle vergüenza ser tan maleducado! Usted paga a esta gente, sí. Y ellos le respetan. Pero también se dejan la piel toda la semana para darle continuidad a lo que usted creó, como bien dice. Lo que significa que si ellos no estuvieran ahí para hacer todo ese trabajo, usted tampoco lo estaría. No olvide nunca que es el director de una empresa, señor. Y un jefe es un trabajador más. Otro ser humano, que como los demás, tiene emociones. Una vez me hizo jurar que nunca le traicionara, pero traiciona a cada una de las personas que trabajan aquí tratándolas como lo hace. ¿Quiere empleados que le respeten y le apoyen? Empiece por hacer lo mismo por su parte, porque ahora mismo no inspira nada más que miedo, que no es la mejor forma de conseguir apoyo.

—Voy a despedirla si sigue así —me amenaza.

De repente siento que me ahogo.

—De acuerdo ¡adelante! Despídame por decirle la verdad. Pero le advierto que ahora soy rica, así que si me despide, volveré para comprar este edificio y le juro que le obligaré a saludar a todo el mundo, todos los días, cuando sea su jefa.

Knox suelta una carcajada dura y fría que me produce escalofríos.

—¿Ah, sí? ¿Es usted rica de la noche a la mañana? ¿Qué ha ganado? ¿Mil dólares en la lotería?

—No, no he ganado mil dólares. He ganado cien mil dólares.

Mi expresión de orgullo le arranca una sonrisa de alivio, aunque no entiendo muy bien por qué.

—Enhorabuena, señorita Cactus. ¿Y con eso qué pretende comprar? ¿Un tercio de la vigésimo séptima planta? ¿Los aseos de la planta baja? Tan solo le harán falta unos miles de décimos de la lotería para conquistar Sullivan Inc.

—Esa no era mi intención original —le reprocho—. No me gusta que trate a la gente de ese modo.

—Trato a la gente como quiero que me traten, porque soy rico y soy yo quien firma sus nóminas. Debería recordarlo. ¿Ha terminado ya?

—La verdad es que sí.

Me arden las mejillas, así que decido que no es el momento adecuado para encerrarme con él en el ascensor. Le dejo que suba solo y me reúno con Lilly en recepción.

—No ha sido muy amable, ¿verdad? —murmura, mientras se acerca a mí.

—¡Es un borde del quince! Te trata como si no fueras nadie. Dijo que mi abrigo era como una pelusa gigante. Y tiró el cactus que le regalé.

—No... no lo hace a malas. El Sr. Sullivan tiene circunstancias atenuantes.

—Sí, ¿que es un idiota, por ejemplo?

—Bueno... Sí. Para empezar, su abuela siempre le llama los domingos por la noche, lo que no le pone de muy buen humor los lunes por la mañana. Y si actúa así, es sobre todo para protegerse. Poner una barrera entre él y la gente le ayuda a aislarse de los demás. Pero para ser honesta, Siana, no es tan malo. Me pone muy triste que nadie sea capaz de verlo.

—Sobre todo porque no lo demuestra, ya lo sé... —refunfuño.

Ella suelta una risita y mira a Tricia, un poco más lejos, que está haciendo papeleo. Como

está concentrada y no nos escucha, Lilly continúa en voz baja:

—El señor Sullivan lo sabe todo sobre nosotros, sus empleados. Los examina antes de contratarlos y hace lo que tiene que hacer sin que nadie se entere de nada. A Tricia la contrató porque tenía problemas para pagar la matrícula y estaba a punto de dejar la universidad. Le ofreció un contrato que, al principio, le dejaba suficiente tiempo libre para estudiar. ¿Los dos guardias de la entrada? Iban a hipotecar su casa. Luego estás tú, Siana. A ti te contrató pese a que llegaste tarde, toda mojada y fuiste impertinente con él. Te ha hecho creer que no le importaba tu regalo, pero he visto ese pequeño cactus en el cajón de cristal de su escritorio y me pide todos los días que le eche un vistazo porque teme que si lo riega demasiado se muera. Solo se tranquiliza cuando le digo que parece sano.

Se ríe y yo... creo que tengo estrellas en los ojos.

—¿Y tú? —susurro en voz baja, como si todos estos secretos debieran quedar entre nosotras, pero ahora quiero gritarle al mundo entero que Knox es perfecto.

—Él me permitió ganas un buen sueldo y dejar atrás a un hombre violento. Me salvó la vida —responde con una mano en el corazón—. Pero el Sr. Sullivan es un hombre complicado, y prefiere que todo el mundo le odie, porque le resulta más fácil no encariñarse con nadie. La gente le ha decepcionado mucho en el pasado. También le han traicionado y humillado.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

Antes de que pudiera contestar, su teléfono empieza a sonar y ella lo coge de inmediato. Como la llamada se alarga, la dejo de mala gana y subo las escaleras, y entonces me doy cuenta de algo.

Me empiezan a arder las mejillas. Me quito la bufanda y el abrigo, los tiro sobre el escritorio y entro furiosa en el despacho de Knox. Está junto a la ventana, mirando la ciudad como si la dominara, como si fuera su dueño.

Camino rápidamente hacia él, le rodeo el cuello con las manos y le beso. Con fuerza. Como un animal salvaje. Y luego me aparto porque temo haberme pasado de la raya, aunque durante unos segundos él me devuelve el beso como si dependiera de ello para sobrevivir.

—Creí que nunca volvería a recibir un beso suyo. Al menos, no hasta que le dijera que su árbol era precioso, señorita Pérez.

Su tono distante hace que se me seque la boca y siento una puñalada en el corazón. Entonces... ¿no se ha inmutado a pesar de que me haya abalanzado sobre él? De repente me siento avergonzada y estúpida por sentir tanto por él cuando se está riendo de mí.

—Tiene derecho a opinar, señor. Pero le prohíbo que me diga lo que piensa. Me pondré violenta si denigra a mi más bella creación.

Una pequeña sonrisa aparece en sus labios, antes de desvanecerse lentamente. Cuando su expresión se torna seria, cuando su mirada se vuelve más oscura que nunca, sus ojos se clavan en los míos y su arrogancia parece devorar hasta el último soplo de oxígeno de la habitación.

—Su árbol es sublime —dice con voz grave.

Me quedo boquiabierta.

Entonces... ¿Quiere que le...?

Su expresión se vuelve más seria, su mirada más oscura.

—Es sublime, ¿me ha oído? ¡Sublime! —grita con la violencia de un huracán y un deseo incendiario en el fondo de sus pupilas dilatadas.

Así que sin perder ni un segundo, para que no cambie de opinión, le agarro por los hombros y vuelvo a besarle, hasta que su aliento me quema los labios. Hasta que sus dedos me

aprietan con tanta fuerza que el dolor me abruma.

Gimo, y cuando entiende que me hace un poco de daño, me suelta suavemente. Pero sigo aferrada a él, fascinada por las mil emociones de sus cálidos ojos marrones. Por la ferocidad de esa expresión, construida día tras día para alejar a todo el mundo. Excepto a mí. Porque nunca he rehuido la adversidad, y no voy a empezar ahora.

—En realidad no odia a los demás —digo con mi voz más dulce.

—Claro que sí —dice, molesto.

—No, se preocupa por ellos en secreto, y a eso no lo llamo yo «odiar».

—Se equivoca, señorita Pérez. Por favor, vuelva al trabajo. No aguanto más estas payasadas. Se está pasando.

Su mirada es amenazante, pero no me asusta.

—Primero tengo una pregunta, señor. ¿Le ha pedido a Andrew que me pague y me escriba una carta de disculpa por sus... *payasadas*?

Se le tensan los músculos de la mandíbula y noto cómo la aprieta.

—No, no lo he hecho.

Sonrío.

—Es usted tan mal mentiroso como yo. Si fuera inocente en realidad, probablemente me habría preguntado quién era Andrew.

¡Jaque mate!

Su expresión se vuelve infinitamente más peligrosa. Trago saliva y se me hace un nudo en la garganta.

—Lo que le hizo, Siana, no fueron *payasadas*. Fue una maldita agresión.

Asiento con la cabeza, con lágrimas en los ojos y el corazón latiéndome desbocado. Es casi liberador que alguien ponga en palabras reales lo que pasó, porque ser tratada como la culpable casi me había hecho pensar eso.

Cuando está a punto de darse la vuelta y marcharse, le cojo la mano y la aprieto contra la mía.

—Le estoy muy agradecida.

—¿Disculpe?

—Le estoy dando las gracias, Knox.

—¿No está enfadada conmigo? —murmura con un deje de miedo en la voz.

—¿Enfadada, dice? Dios, me perseguía y me asustaba todos los días cuando iba a trabajar. Incluso hizo que me despidieran por acoso sexual después de que me tocara. Fue él quien lo hizo, él era el culpable. El hecho de que reconociera por escrito lo que me había hecho y se disculpara, aunque fuera forzado, me hizo mucho bien. Me quitó un peso de encima que ni se imagina. Siento haberle juzgado mal, señor.

Sus dedos se entrelazan con los míos y da un paso hacia mí. Un paso que nos deja el uno contra el otro.

—Pero de todos modos, un «hola» y un «gracias» de vez en cuando no harán que...

No me da tiempo a terminar de quejarme, porque su boca vuelve a chocar con la mía, así que lo rodeo con los brazos. Con fuerza. Y dejo que meta su lengua dentro de mí, sin piedad, hasta que me falta el aire. Hasta que su perfume, su presencia, el rastro de sus dedos dejan huella en mi alma.

¹ N. de la T. En EE. UU. es bastante frecuente que los edificios tengan una zona de lavandería en la que

hacer la colada.

Knox

Por mucho que odie el hecho de que Siana nunca deje de puntualizar todos y cada uno de mis defectos y flaquezas, estoy completamente loco por ella. Hasta las trancas.

Verla entrar en mi despacho con sus hermosos ojos inundados de emoción y sus labios carnosos temblando me sobrecogió.

Y que me dé las gracias cuando no he hecho más que ayudarla un poco es incomprensible. Cualquiera habría hecho lo mismo en mi lugar. Es eso o no tener corazón.

Un poco como lo que muestro a los demás cada día, pero me refiero a no tenerlo de verdad. Por mucho que odie, en este momento, que ese órgano en mi pecho lata tan rápido por una mujer que ha puesto toda mi vida patas arriba. Todo un calvario.

Casi me ahogo cuando la he visto llegar esta mañana con su abrigo de piel sintética color frambuesa, pero ¡vaya si le queda bien! Resalta su tez dorada y su pelo caoba. ¿Y qué decir del verde de sus suntuosos ojos? Ese carmín los hace tan profundos, tan intensos, que sentí que tenía que criticarla para no perder el control.

Y ahora aparece en mi despacho, llena de bondad y dulzura. Toda seductora y sensual con su conjunto... Demonios, puede que me causara una impresión —totalmente distinta— con sus *leggings* de lentejuelas el sábado, pero ahora... me voy a derrumbar. Puedo sentirlo. Soy como un puto animal, un depredador, que se empresa a la presa más exquisita que jamás he visto.

Siana lleva un jersey negro ajustado y escotado que deja ver sus preciosos pechos. Ha vuelto a sacar una faldita de su armario, y si la falda plisada gris de la semana pasada me pareció excitante, no es nada comparada con esta de tartán negro y rojo. Sus botas de tacón de aguja de terciopelo negro muestran la generosa carne de sus muslos y... joder. No puedo contenerme más.

La beso. La beso hasta dejarla sin aliento. Pierdo el sentido de la orientación. Olvido todas mis putas reglas.

Su lengua se entrelaza con la mía y, como si fuera a morir en los próximos segundos, la ansío, la poseo y la saboreo como una maldita dosis limitada de felicidad cuya cuenta atrás ha empezado demasiado pronto.

Tan hambriento de ella como de nuestro primer beso hace unos días, cometo el error de volver a abrazarla. De tocarla. Deslizar mi mano bajo su falda para agarrar sus generosas nalgas y me arrepiento, joder, porque después no puedo parar.

Gimo. Ella gime.

Mis dedos se clavan en su exquisita carne y, de repente, la levanto en brazos sobre mi escritorio y la tumbo allí antes de acercarme a ella. Me coloco encima de ella, hasta que a los dos nos cuesta respirar. Pero me importa una mierda respirar. Todo lo que quiero es probar su piel. Me muero por ella.

Meto mi lengua en su boca una última vez y luego coloco violentamente mis manos a ambos lados de su cabeza.

Quiero tocarla, pero no debo.

Así que me levanto despacio, y cuando veo sus muslos abiertos, su falda levantada, sus bonitas bragas transparentes ya mojadas... todas mis barreras se derrumban y, con un gesto

repentino, coloco mis manos por encima de su sexo húmedo, aunque aún lleva las bragas puestas. Masajeo a través de la tela, mientras la miro directamente a los ojos. Subo un poco. Sigo mirándola. Frunce el ceño de placer y me mira, embelesada. La llama que enciende en mí hace que mi polla se ponga aún más dura, ¡como si eso fuera posible!

Con la boca entreabierta, deja escapar excitantes gemiditos que se hacen cada vez más fuertes a medida que mis manos exploran el límite de su ropa interior, pero tengo demasiado miedo de volverme loco si introduzco los dedos dentro, así que la agarro por la cintura, la ato contra el escritorio y empiezo a besarla de nuevo hasta que tengo su sabor incrustado en la boca.

Mis manos, entregadas a la pasión, exploran su jersey, y se meten por su escote. Sus pechos amenazan con salirse del sujetador, pero no me contengo y hundo la cara antes de mordisquear su generosa carne. Luego vuelvo a mirarla a los ojos, con ese aire depredador que la hace estremecerse.

—Los tengo bien protegidos —murmura, como si le diera vergüenza reconocerlo—. Me dice indirectamente lo que le gustaría que hiciera. Le sonrío.

—¿Qué le ha dicho su amiga Leilani? ¿Que necesitaba un orgasmo?

—¡Sí! —gime mientras arquea la espalda sobre mi escritorio, y me ofrece su sublime cuerpo de diosa.

—¿Cómo? ¿Así?

Vuelvo a enderezarme y, con una mano, acaricio suavemente, sin presionar, su encaje empapado.

—¡Sí!

—¿Sí, qué?

—Sí, señor... —gime Siana.

Su sexo oscila y se frota con mis dedos, y yo la miro hacerlo, fascinado por su belleza, por la forma en que está tan a gusto conmigo, como nadie lo ha estado en tanto tiempo. Lo que ella no ha entendido de mí es que no necesito la humanidad de mis empleados, porque la tengo a ella. Porque es ella la que me devuelve a la vida desde hace días.

—¿Cuánto tiempo hace que desea un orgasmo? —sonrío.

Se aleja de nuevo y, para calmarla, deslizo un dedo por dentro de sus bragas. Ella cierra los ojos y clava sus bonitos dientes blancos en su labio inferior.

—Contésteme o paro —le digo con intensidad.

Y entonces dejo de acariciarla.

—Más de dos años.

Asombrado, la acaricio una vez más y paso mis dedos por su sexo. Luego, me los meto en la boca. Joder... ¡Nunca había probado nada tan dulce!

—¿Por qué tanto tiempo?

—Porque no me gusta sentir placer sola, y no hago nada desde mi última relación.

—¿No le gusta tocarse, señorita Pérez? Es algo que estoy disfrutando mucho. Su piel es sedosa y sabe tan dulce...

—Creo que prefiero reservarme a mi hombre.

De repente, su voz es algo más seca, como si me reprochara haberla descuidado. De todos modos, su mirada ardiente hace que me derrumbe de nuevo. Vuelvo a introducir mis dedos en ella, esta vez con más suavidad, y luego me inclino hacia delante para lamer la miel que cubre su intimidad.

Me enloquece su olor, sus gemidos, esta explosión de sabores en mi lengua, así que,

mientras meto y saco los dedos, empiezo a lamer su sexo, y lo recorro con la lengua, mientras la agarro del muslo con la mano que tengo libre para impedir que se mueva

Sus dedos se clavan en mi pelo y me dan escalofríos.

Me desea. Me deja hacerle lo que quiera.

Aunque hace más de dos años que no permite que ningún hombre se le acerque.

El orgasmo va a tener que ser impresionante. Debo asegurarme de que nunca olvide ese el placer que causó mi lengua en cada músculo de su cuerpo.

Ralentizo el ritmo, solo para que me suplique, y cuando soy yo el que no puede esperar más, se lo como como nunca se lo he comido a ninguna mujer, y ella grita de repente, entregada a los espasmos de un orgasmo perfecto.

Su cuerpo se tensa maravillosamente.

Su pelo, esparcido por mi escritorio, está tan revuelto que parece que he estirado de él. Me muero por hacerlo.

Tan voraz como siempre, me subo encima de ella, hundo las manos en sus rizos oscuros e inclino su cabeza hacia atrás antes de exigirle otro beso que la deja jadeando, sin aliento entre mis brazos. Y justo cuando pensaba que se avergonzaría de lo que acababa de ocurrir, me sonrío, me mordisquea el labio inferior, me agarra por la corbata y, esta vez sí, hunde su lengua en mi boca. Me desea. Me desea. Me desea a mí. Al gilipollas al que odia. ¿O no? Soy incapaz de saberlo. Creo que depende del día y de lo que le muestre de mí.

El beso de Siana me tranquiliza de repente.

Dulce como la miel, cálido como la brisa de verano, está muy lejos del tormento que siento y que le he infligido. Es tan perfecto como ella. Generoso, sensual, hechizante. Igual que ella.

Ese beso calma mi corazón. Calma la tormenta que lleva años dentro de mí y, sobre todo, me hace darme cuenta de lo estúpido que he sido al apartar a todo el mundo tantas veces. Porque la humanidad de Siana es lo único que siempre ha faltado en mi vida. Esa maldita pieza del rompecabezas sin la que me sentía incompleto.

Y darme cuenta de ello me asusta muchísimo.

La suelto brutalmente, hago que se incorpore sin ninguna delicadeza y la miro de repente con dureza, frialdad y descaro.

—¡Vístase ya, joder! Le dije que nunca me tocara. Y usted... Me ha desobedecido.

Siana palidece, tanto que se me hace un nudo en la garganta de tratarla así, pero no puedo evitarlo. Cuanto más me haga sucumbir, más difícil me resultará apartarla. Y ahora mismo no puedo arriesgarme a tener a nadie en mi vida.

Con los labios temblorosos, completamente perdida, se baja de mi escritorio y se aleja antes de volver a ponerse bien la falda y subirse el corpiño del jersey. Entonces levanta una tímida ceja y me mira. Es la mirada de una cierva asustada.

Ella, que nunca ha tenido miedo de decirme la verdad, de repente parece a punto de quebrarse.

Abre la boca para hablar.

—¡Fuera! —grito con todas mis fuerzas y apretando los puños. Le he dicho que se estaba pasando, señorita Pérez. Pues enhorabuena, lo ha conseguido.

El grito ahogado de dolor que suelta me rompe por dentro. Me quema la carne y me desgarran el corazón. Pero es mejor así. Es mejor que me odie.

Siana se estremece al oír mi voz y se da la vuelta.

Espero que vuelva a su despacho. Espero que me insulte, tal vez. Espero que se ponga a

trabajar.

Pero entonces oigo el chasquido de sus tacones mientras corre hacia el servicio y me doy cuenta de que la he hecho llorar.

Y, sobre todo, de que la he tratado como Andrew. Como si ella fuera basura y yo, un puto gilipollas.

Knox

No puedo dejar a Siana así, hecha polvo, angustiada. No puedo dejar que piense que va a acabar en la calle por culpa de otro cabrón que no la respeta. Intento alejarla de mí, por su propio bien. Por el bien de los dos. Pero no soy un monstruo, aunque me guste que la gente piense que lo soy.

Sin esperar ni un segundo más, corro al baño de señoras y entro sin llamar siquiera.

—Oiga, ¿podría haber estado meando! —exclama, mientras se seca las lágrimas frente al espejo.

—Sí, podría haberlo hecho. Y su vejiga se habría sugestionado y habría estado ahí sentada al menos media hora.

—Exacto —refunfuña ella—. Váyase, Sullivan. No tiene nada que hacer aquí.

—En realidad, sí. Quería disculparme por lo que acaba de pasar, Siana.

—Señorita Pérez —responde enfadada, mientras cruza los brazos.

Veo que le tiemblan las manos y me siento mal, me siento despreciable por haberle hecho daño.

—Si ha pensado por un segundo que voy a echarla, se equivoca. Lo que acaba de pasar en mi despacho ha sido... consentido. Por ambas partes. Eso espero —digo mientras respiro algo más agitado.

—¡Claro que lo ha sido! —exclama sonrojada—. Aunque me dé la impresión de que se ha aprovechado de la situación.

—Créame, si no hubiera querido tener sus labios pegados a los míos, nunca habría podido acercarse a mí. No sé si se ha dado cuenta, pero soy más alto que usted.

Se ríe suavemente y alza los ojos al cielo. Si no me hubiera agachado para saborearla, nunca habría podido alcanzarme, esa pequeña petarda.

—Ahora que las cosas están claras, no tenemos nada más que decirnos —declara finalmente.

Coge dos pañuelos de la caja dorada del lavabo, se limpia los ojos y me saca a toda prisa de los aseos sin mirarme siquiera. La sigo de cerca y, cuando llega a su mesa, baja la mirada.

—Voy a esperar a que se me sequen las lágrimas, porque me daría un infarto si estropeará un cuadro, pero cuando esté lista me gustaría que me abriera la planta superior. Pasaré el día allí para terminar la evaluación de mi cuadro. Esta tarde debería darle mi veredicto.

—Muy bien, como quiera —digo.

Veo lo que quiere hacer, mejor dicho, lo que intenta hacer: alejarse de mí. No quiere estar obligada a mirarme, a estar cerca de mí y aunque lo deseara en el fondo, me duele, maldita sea. Me siento aún peor... ¡Joder!

Desaparezco entre las cuatro paredes de mi despacho sin decir una palabra, y cuando llama a la puerta para decirme que está lista, es con la barbilla levantada y los ojos enrojecidos.

Se ha puesto el abrigo, por supuesto, y se aferra a él como si tuviera frío.

El último piso de mi torre está especialmente diseñado para guardar cuadros únicos y de valor incalculable en las mejores condiciones posibles. Allí arriba tengo los medios para

controlar la luminosidad, la humedad y, sobre todo, la temperatura, que es de diecinueve grados. Bien podría estar en el Polo Norte, comparado con el calor que hace en el piso de la joven.

La miro marcharse antes de suspirar con desgana, y lamento todo lo que ha pasado entre nosotros. Nuestros besos, nuestra discusión y, sobre todo, que nuestro momento íntimo nos haya distanciado.

A medida que pasa el tiempo, los días parecen todos iguales y yo me siento infeliz.

Siana no me habla, otra vez. La he presionado demasiado y ahora me hace el vacío y no quiere saber nada de mí.

Lo que me cabrea, porque joder, me he dado cuenta de que me encantaba oír la piar como un pollito, desvariar y gritarme. Sí. Porque me hacía reír, básicamente. Esa pequeña petarda que me señalaba con el dedo y me acusaba de ser un maleducado.

En fin, empiezo a estar de los nervios, cada vez más. Y todas las mañanas, cuando llegamos a nuestra planta, veo cómo se quita el abrigo, luego doy un portazo y le digo que no me moleste durante cinco, diez, quince minutos, según mi estado de ánimo. El tiempo que necesite para relajarme.

Después, viene a llamar a mi puerta para que le dé acceso a la planta superior y allí desaparece. Todo el día, sin siquiera tomarse un descanso para comer.

Y la echo tanto de menos...

El jueves estoy tan cabreado que grito a todo el que se cruza en mi camino para desahogarme. Puede que esté en la oficina a las nueve, pero mi jornada empieza a las seis, con las primeras llamadas a clientes europeos y asiáticos y, sobre todo, con las llamadas de mis proveedores que se encargan de hacérmelo pasar mal.

Llego a mi empresa completamente tenso, incapaz de abrir la boca en el ascensor por miedo a decirle algo imperdonable a Siana, quien ni siquiera me mira.

Está ocupada mandándole un mensaje tras otro a Leilani.

De pie, justo detrás de ella en el ascensor, miro hacia abajo y sonrío un poco al ver su conversación:

** ¡Tienes que dejar de estar tan de morros!*

Luego, Siana responde:

** ¿Por qué? ¡Es lo que mejor se me da!*

A lo que Lani contesta:

** Sí, pero odio verte así. Escucha, si tu jefe, el señor Sexy, es un gilipollas, peor para él. No tiene sentido sentirse como una mierda solo porque sea un rancio. Deja de ser tan terca, o me pasaré los días cocinándote repollo hasta San Valentín. Después de eso, el olor estará tan arraigado en nosotras que nunca podrás quitártelo. Ni siquiera encendiendo dieciocho velas perfumadas a la vez. ¿Vale?*

Siana responde entonces:

** ¡Dios! ¡Eres un coñazo!*

Creo que ha llegado el momento de hacer una pequeña tregua, ya que Lani acaba de allanarme el camino. Pero entonces Siana se quita el abrigo y me enseña su blusa, y me vuelvo loco. Se me cierra tanto la garganta que soy incapaz de mediar palabra. Solo soy capaz de gruñir.

Las mangas abullonadas son blancas y el amplio escote en pico está bordado con encaje. Con sus pantalones grises ajustados y sus zapatos verdes adornados con arbolitos plateados, está tan guapa como siempre. Y sigue mirándome mal.

—¡Cinco minutos! —grito antes de dar un portazo.

Aunque no la mire, sé que está sentada en su escritorio, revisando los correos electrónicos y respondiendo a nuestros clientes. También sé que luego abrirá su cuaderno, releerá sus notas y decidirá qué va a examinar del cuadro con el que está trabajando en este momento.

Sé todo lo que hace, a cada milésima de segundo, porque es concienzuda y trabajadora.

Pero yo... ¡Mierda! Como cada mañana cuando la veo, no consigo ponerme a trabajar. Como cada mañana, me paro frente al ventanal de mi despacho, me apoyo en él y el vaho de mi respiración es tan potente que cubre el cristal con un velo opaco. Entonces acaricio lentamente mi sexo tenso, pensando en ella. En sus bragas de encaje. En mis dedos sobre su carne húmeda. En mi lengua dentro de su boca. Y en sus hermosos ojos que brillan y brillan en mi oscura vida.

Cuando estoy a punto de gemir, detengo todo movimiento y contengo mi miembro tan fuerte como puedo, hasta que una oleada de dolor me destroza la columna y me hace olvidarme por completo de la mujer tan sexy al otro lado del pasillo.

Pero... Dios, es imposible olvidarla.

Cuando llama a mi puerta después de los cinco minutos que le he pedido, ni siquiera se molesta en abrir o hablar. Ambos sabemos lo que quiere de mí.

Desbloqueo el piso de arriba, la dejo marchar y espero a que llegue la pausa para comer. Sé que después de unas horas sobre un lienzo, estará de mejor humor que por la mañana. Así que bajo a recepción y me planto delante de Tricia.

—Me gustaría pedir algo de comer para la señorita Pérez.

—¿No puede hacerlo ella misma? —pregunta la joven.

Me incorporo y la miro fijamente, con los puños apretados en los bolsillos. Cuando Siana me habla así, lo dejo pasar. ¿Por qué? No tengo ni puta idea. Pero no voy a dejar que nadie más me lo haga.

—Disculpe, no la he entendido bien, ¿le importaría repetirlo?

—Perdone, señor. ¿Qué le gustaría pedir?

—¿Qué suele elegir Siana?

—Depende del día y de su estado de ánimo —ríe Lilly, que se acerca a nosotros con una gran sonrisa en la cara—. Sushi cuando está de buen humor. O perritos calientes. O pizza. Cuando está enfadada, le gusta algo picante. Y siempre le añade un extra de picante por encima.

—¿Por qué no me sorprende? —murmuro.

Lilly me sonríe y saca de uno de los cajones de la recepción un montón de folletos de los establecimientos que reparten en la oficina.

Hojeo las páginas y enseguida encuentro algo que me gusta.

Dejo a un lado los folletos, enseño a las chicas todo lo que deben subir a nuestra planta y, cuando al fin llegan los repartidores, voy a buscar a Siana.

La veo recostada sobre un magnífico lienzo de casi dos metros por dos metros, y lo

examina con una lupa mientras toma notas en su cuaderno, con una sola mano, sin mirar siquiera lo que escribe.

—¿Quiere morirse de hambre? —le pregunto con calma, mientras camino hacia ella.

Con las manos en los bolsillos, noto cómo se relajan los puños mientras me acerco a ella, mientras me tranquiliza, y su maravilloso perfume, tan ligero, me acelera el pulso.

—No importa, tengo un par de kilos de más.

Levanto las cejas. A mí me parece que está perfecta.

—No diga tonterías y venga a comer. Seré un gilipollas, pero no me gusta que mis empleados se maten a trabajar. Además, le he pedido comida caliente. Está esperándola

De repente se endereza en el taburete y me mira, mientras parpadea varias veces.

—¿Qué tiene? No me apetece sushi, pero no diría que no a un curry *cuatro llamas*.

—¿Y eso qué es?

—Ah, se lo explico —ríe, antes de recordar su enfado y fruncir el ceño—. Cuando compras especias, están las que son suaves, que tienen solo una llamita en el envase. Esas pican un poquito. Luego están las segundas y terceras llamas, en las que tienes que agarrarte a la silla.

—Y usted quiere llegar al cuarto nivel.

—Me gusta cómo se siente en la boca —dice muy seria.

Me sonrojo un poco y arqueo las cejas, y cuando se da cuenta de lo que acaba de decir, suelta una carcajada.

—Bueno, supongo que recuperar un poquito de calor corporal no me vendrá mal —suspira finalmente.

La acompaño hasta su despacho, donde hay dos cajas de cartón sobre una pequeña bandeja. Siana se sienta en su sillón de cuero después de quitarse el abrigo, pasa el dedo por el pequeño logotipo de la primera caja y me mira con ojos grandes y emocionados.

—¿Ha pedido en Nariño? ¿Solo para mí?

Es un restaurante colombiano que está a unas manzanas de aquí.

—Sí, así es. Pensé que le gustaría.

Inmediatamente abre la tapa y chilla de placer.

—¡Empanadas! ¡Por dios, sí! Me encantan las empanadas. Mi abuelita las hace casi todas las semanas. Son deliciosas. ¡Siéntese, tiene que probarlas!

—Yo... tengo que trabajar, señorita Pérez.

—La cocina colombiana es para compartir. Negarse a probarla es como si ofendiera a mi abuelita y a toda Colombia —le señalo.

Me mira con insistencia, así que me veo obligado a tomar asiento frente a ella y agarro una empanada con la punta de los dedos.

—¿Dónde están los platos y los cubiertos?

Ella suelta una risita y me tiende una servilleta.

—En serio, mi traje es muy caro...

—Cálmese, reina Isabel. Cómaselo con las manos y no haga un paripé.

Para burlarse de mí, mordisquea su empanadita rellena de carne y verduras, y levanta el dedo meñique. Para hacer honor a mi reputación de tipo duro, me la meto entera en la boca y la devoro.

—¿A qué sabe?

—Bueno, está bueno. ¿Es normal sentir que tengo lava fundida en la boca?

—Eso es media llama, Sr. Sullivan.

Y pensar que quería un curry cuatro llamas... Esta mujer debe haber sido forjada en las profundidades del infierno para soportar semejante ardor.

Le dejo el resto de las empanadas y la veo chuparse los dedos cuando termina. En serio, ¿es posible ser más sensual? Porque, joder, un día me va a poner en un aprieto y... Entonces no tendré cerca el despacho para despejarme durante unos quince minutos.

—¿Qué es esto? —pregunta mientras coge la segunda caja.

—Ábrala y mire.

Lo hace y se le ilumina la cara al ver lo que hay dentro. Le he traído unas preciosas magdalenas en forma de árbol de Navidad, con glaseado verde y bonitos adornos de azúcar.

Me levanto e intento no sonreír al verla tan feliz. Tengo que controlarme, controlar estas emociones que me hacen perder la cabeza cuando estoy con ella. Pero siento que me ha perdonado, al menos un poco, y eso me basta.

—Buen provecho, Srta. Cactus. Y no olvide lavarse las manos antes de volver al trabajo.

—¡Como si fuera a tocar mis cuadros con las manos sucias! —exclama, indignada.

Sonrío, pero una vez le he dado la espalda.

Vuelvo al trabajo y me siento más tranquilo ahora que ya no me odia. O que me odia un poquito menos.

Pero cuando llegue el viernes, volveré a meter la pata y ¡me cago en todo! Estoy tan harto de no poder controlarme... De no poder recobrar la compostura ni protegerla de mis errores.

Knox

Como cada vez que recibo una llamada de mi familia, mis nervios están a flor de piel y me siento al límite. No estoy preparado para otra discusión sobre mis defectos, taras, flaquezas y todo lo que ello conlleva.

Son las once.

Siana está sentada al otro lado del pasillo, así que he dejado la puerta abierta para verla trabajar y relajarme.

Pero justo antes de darle las instrucciones para que contacte con dos clientes, suena mi teléfono. El ruido la sobresalta, pero al instante vuelve al trabajo, tras dirigirme una mirada impasible. Al menos desde ayer ya no me mira con furia. Pero tampoco tengo derecho a que me mire de forma sensual, a que me eche la bronca o a que se ría a carcajadas. Joder, lo he echado todo a perder...

Y todo pese a que yo también la deseaba...

Entonces, ¿por qué es tan complicado? ¿Tan doloroso? ¿Tan molesto reconocerlo? No sé qué hacer.

Le hago un gesto a Siana para que venga a que le dé instrucciones necesarias para tratar con nuestros clientes, y descuelgo el teléfono, algo distraído.

—¡Marguerite!

—Hola, Knox. Te llamo por la fiesta de Navidad.

¡Por el amor de Dios, otra vez no!

Incapaz de meter con una sola mano los documentos en la funda de plástico, dejo el auricular sobre el escritorio, pongo el altavoz y preparo todo el papeleo antes de cuñar y firmar al pie de cada hoja.

—Sabes que la comida será el día veinticinco. Todo un festín. Los demás días tendremos la comida clásica de siempre, que no requiere tanto trabajo.

—Tienes cocineros, abuela.

—Sí, y así lleva siéndolo toda la vida. Pero necesito saber más sobre los hábitos alimenticios de tu prometida.

Siana suelta un grito ahogado.

Me quedo inmóvil mientras le lanzo una mirada llena de pavor, pero sus ojos, de repente tan duros y fieros, me hacen sentir como si me arrojara ácido a la cara. Me quema. Me desgarran la piel. Me convierte en un monstruo.

—No es el momento de hablar de esto, Marguerite, te llamaré en...

—¡No! Faltan tres días para que vengas, y no me has cogido el teléfono pese a que te he llamado una y otra vez. Te lo advierto, Knox, si no me das una respuesta enseguida, iré yo misma a que me la des.

—No tiene alergias ni preferencias particulares.

—Mmm... Tu señorita es un poco sosa. Sigues sin saber elegir a las mujeres, muchacho. Eres peor que tu hermano.

—Él está soltero.

—Exacto. Bueno, al menos tú no has dejado embarazada a nadie. A diferencia de él, que no tardó más que un par de meses. Principiante... —murmura.

—Adoro conversar contigo, pero ahora necesito trabajar.

—Claro que lo necesitas. Porque siempre pones trabajo antes que la familia. Ni siquiera sé por qué te he invitado a pasar las vacaciones con nosotros.

—Para reprocharme todo lo que se te pase por la cabeza y poder deleitarte, sin duda.

—Te lo mereces, Knox Sullivan. Y no seas insolente conmigo, o lo lamentarás. Aún puedo quitarte del testamento, ¡te lo advierto!

—Tus amenazas me rompen el corazón...

—¡Y cógeme el teléfono cuando te llame! Eres una vergüenza para esta familia.

Marguerite me cuelga, y no sé si me siento más humillado por la forma en que me trata o por el odio que veo en los ojos de Siana.

Recojo mis expedientes, me pongo en pie, pero ella no se mueve ni un milímetro, como para demostrarme que también puede plantarme cara, pero estoy harto, joder. Harto de que me juzguen por todo lo que hago. Por lo que soy.

Le pongo las carpetas en las manos y la desafío con una mirada sombría. Una palabra, tan solo una palabra fuera de lugar, y juro que no responderé de mis actos.

Siana parece entenderlo, porque no separa sus preciosos labios.

—Tiene que tasar dos cuadros más en los próximos días. Quiero saber su opinión lo antes posible, y que la valoración sea lo más exacta posible. Estos cuadros son únicos y extraordinarios, señorita Pérez. Trátelos como es debido.

Asiente y se aleja a toda prisa por el pasillo para no tener que estar cerca de mí. Sin embargo, antes de entrar en su despacho, la retengo en mitad del pasillo.

—Pero antes de nada, tendrá que ponerse en contacto con la señorita Li para decirle que nos negamos a comprar su cuadro, y tendrá que llamar al señor Livestone para confirmarle que haremos negocios juntos, solo por el cuadro titulado *Amanecer naciente*, y por ochocientos mil dólares, no negociables.

Vuelve a asentir, con una expresión tensa, y regresa a su guarida llamar a nuestros clientes.

Cojo mi abrigo. Necesito aire fresco. Necesito alejarme de Siana y de su mirada. Cada vez que segura hacia mí, me apuñala el corazón con una decepción que no logra disimular.

Puedo ver que quiere gritarme, decirme que soy un puto cabrón por besarla, tocarla, desearla sin haber mencionado a mi prometida, pero ahora mismo no podría soportar sus acusaciones.

Al salir del edificio, el viento helado me cala hasta los huesos y siento que puedo volver a respirar. Camino unos minutos por la plaza y me quedo mirando la pista de hielo, con la mirada perdida en un borrón. Ojalá volver a hace una semana. Me gustaría estar con Siana, allí en aquel banco bajo el árbol Rockefeller, comiendo donuts y riéndonos de todo. Fue perfecto, mágico. Pero el pasado es el pasado.

Ella jamás volverá a mirarme como lo hizo ese día.

Los copos de nieve que empiezan a revolotear en el aire me hacen estremecer. Cuando estoy a punto de dar media vuelta, mi teléfono empieza a vibrar en el bolsillo.

—Aquí Sullivan —digo desganado mientras descuelgo el teléfono.

—Aquí Mei Li —responde uno de mis clientes, con voz tranquila pero llena de furia—. ¿En qué estaba pensando, señor Sullivan? Esto es imperdonable.

Me pregunto por qué está tan enfadada. Siana debe de haberse puesto en contacto con ella

para acordar la compra de su cuadro, lo cual es una buena noticia.

—Señorita Li, no sé de qué está hablando.

—¿Está bromeando? Acabo de recibir una llamada de su mano derecha y me ha dicho que no está interesada en mi Degas, a pesar de que me garantizó una venta, Sullivan. Sé que no firmamos nada, pero en nuestro mundo las promesas verbales son tan importantes como los contratos, y usted ha traicionado mi confianza.

¿Qué demonios ha hecho Siana?

¡Esto... esto no puede ser!

Si ha rechazado la pintura de Mei Li, eso significa que podría haber enviado un contrato a Livestone. ¡Por una maldita pintura robada! Lo que pondría a toda mi compañía en peligro.

—Mire, señorita Li, lo siento mucho. Todo esto ha sido un simple error, y mi compañera simplemente se ha equivocado con los expedientes. Le aseguro que quiero comprarle su Degas, si todavía quiere hacer negocios conmigo, por supuesto.

—Tendré que pensarlo, Sr. Sullivan. ¡Nunca me habían tratado así! No sé qué decirle...

Todavía furiosa, me cuelga y me voy corriendo a mi despacho, sin aliento por el fuerte viento que sopla fuera.

Una vez en el vestíbulo, Lilly se levanta de su silla, asustada por la furiosa expresión de mi rostro.

—Señorita Young —digo con tono autoritario mientras me acerco a ella—, necesito que le entregue hoy mismo a Mei Li en su habitación de hotel el ramo de flores más bonito que encuentre, junto con una nota de disculpa. Añada a la entrega todo lo que se le ocurra. Perfume francés, zapatos de lujo de su talla, pañuelos de seda salvaje. Tiene que firmar este contrato con nosotros.

—Sí, señor. ¿Va todo bien? ¿Hay algún problema?

—Oh, sí, un problema llamado Pérez, ya que insiste.

Más furioso que nunca, subo a mi planta y entro en el despacho de Siana como un huracán. Siana da un respingo cuando me planto delante de ella, con el ceño fruncido y los puños apretados.

—Se ha equivocado —digo en un tono apagado.

—¿Cómo dice?

—¡Ha confundido los expedientes! —grito mientras me paso las manos por el pelo.

Me tiemblan las manos. Me siento mal.

No quiero desquitarme con ella, pero acaba de cometer el peor error de su carrera, ¡y me ha puesto en una situación demasiado peligrosa como para mantener la calma! Siento que tengo mil agujas clavadas en el pecho, siento que... ¡estoy a punto de perderlo todo otra vez, y no voy a dejar que eso ocurra!

—Señorita Pérez, usted se negó a trabajar con Mei Li, que nos ofrecía un magnífico Degas que yo había conseguido negociar a la mitad de su precio real, y sobre todo, sobre todo, usted aceptó, joder, la obra de Livestone, que es un cuadro robado que lleva décadas fuera de circulación y que nos causará cientos de problemas si alguien se entera. ¡Está despedida!

Pálida, conmocionada, Siana se levanta para acercarse a mí y yo doy un paso atrás. No quiero que me toque. No puede tocarme o... ¡puede que cambie de opinión! Y vuelva a contratarla. ¡A pesar de la monumental cagada que acaba de hacer!

—No —susurra.

—¡Por supuesto que sí! ¡Ha cometido un error demasiado grave! Demasiado grave.

—No. Me refiero a que no me he equivocado, señor. Le aseguro que seguí sus instrucciones al pie de la letra.

Traga saliva, y aunque normalmente está segura de sí misma y suele ser impertinente, veo por la expresión de su cara que se está haciendo tantas preguntas como yo en este momento.

—¿Está insinuando que fui yo quien cometió un error?

—N-no... Estoy insinuando que yo no me he equivocado.

Chilla un poco, incómoda. Nunca la había visto tan perdida y de alguna manera me mata. Me mata tener que echarla, me mata destrozarse todo lo que está intentando reconstruir. Me está destrozando.

—¿Y si intento arreglarlo? ¿Y si llamo...?

—La señorita Li no quiere tener nada más que ver con nosotros por el momento, pero sinceramente espero que no le haya enviado a Livestone un contrato todavía, de lo contrario toda mi compañía podría quebrar, Siana. El FBI movilizará a todos sus efectivos del cuerpo de delitos relacionados con el arte. Mi reputación... bueno, simplemente la destruirán. Estoy acabado.

—Voy a arreglar todo esto, señor, se lo prometo. ¡Aún no he enviado nada! Solo le hice una llamada rápida, porque él estaba en una reunión. Le devolveré la llamada. Inmediatamente. Pero le juro...

La interrumpo y hago que se calle.

—Voy a llamar a seguridad y pedirles el vídeo de nuestra conversación, así tendremos pruebas. También me dará ciertas garantías si Livestone me demanda.

Todavía molesto, cierro de un portazo la puerta de mi despacho y llamo inmediatamente a la sala técnica, antes de pedirles que repitan palabra por palabra lo que le pregunté antes a Siana cuando estábamos en el pasillo, que está equipado con cámaras.

Y entonces me doy cuenta de que fue error mío.

Maldita sea, le di las instrucciones equivocadas.

Me siento patético, porque encima acabo de despedirla. Así que o admito mi culpa y quedo como un gilipollas una vez más. O no digo nada y entonces tendré que despedirme de ella.

¿Qué hago?

Con el pulso acelerado, abro lentamente la puerta de mi despacho y me doy cuenta de que está llorando, desplomada sobre su mesa, y el altavoz del teléfono emite el flujo discontinuo de insultos de Livestone. La amenaza. Arremete contra ella. La insulta. Palabras duras, crueles, venenosas salen de su boca. Aunque fuera culpa de Siana, nunca habría permitido que nadie le hablara así.

Camino hacia ella con un paso pesado, quito el altavoz y cojo el auricular.

—Acaba de amenazar a mi empleada, Gerald —le reprocho en tono suave, pero sin disimular una clara amenaza.

—Yo... pero Sullivan, ¡ella me dijo que usted y yo teníamos un acuerdo!

—Se ha equivocado. No trabajo con escoria, y menos con los cabrones que aterrorizan a mis empleados, así que discúlpese con la señorita, Gerald, y hágalo como es debido. No tendrá otra oportunidad.

Le paso el auricular a Siana, que lo coge temblorosa, con la mirada hacia el suelo.

—Lo siento —murmura Gerald.

—Intente ser más convincente, por favor —susurro.

—Lo siento mucho, señorita Pérez, por haberle dicho que iba a...

Cuelgo, consciente de que si oigo sus amenazas una vez más, iré a buscarlo y le daré una

paliza hasta que nadie lo reconozca.

—Venga a mi despacho —le ordeno finalmente a Siana.

Me siento en la silla.

¿Qué demonios voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

Ella también se sienta, con las manos entrelazadas como si rezara a todos los dioses del universo para que vinieran a rescatarla. Aún tiene los ojos húmedos y un par de lágrimas caen por sus mejillas.

—Gerald no le hará daño, Siana. Me encargaré personalmente de ello.

Ella asiente y aprieta los labios.

—¿Ha llamado a seguridad, señor?

—Sí, he llamado.

Las palabras salen de mi boca con mayor fuerza de lo que pretendía.

Me masajeo las sienes un momento, suspiro con fuerza y... vuelvo a ser el monstruo que me pidió que fuera cuando empezó a trabajar aquí.

—Ha cometido un grave error que puede costarme muy caro, señorita Pérez. Pero ha tenido suerte.

Levanta la cabeza, sus ojos brillan de repente con una magnífica esperanza.

—Le juro que trabajaré día y noche, siete días a la semana, con media paga si hace falta, si...

—No, eso no es lo que le pido, joder. ¡Déjame terminar!

Se calla, aunque veo por su mirada de fastidio que quería jurarme lealtad para el resto de su vida, y prometerme su descendencia como mano de obra después.

Pero se me acaba de ocurrir una idea. Una idea loca y que nos salvaría el pellejo a los dos.

—Estoy en apuros.

—Puedo prestarle cien mil dólares —dice inmediatamente.

¿Podría ser menos jodidamente adorable, para que no tenga que sentirme tan mal por jugar así con ella?

—No se preocupe por eso, señorita Pérez. Tengo problemas con mi familia y ... con mi prometida.

—Se lo advierto, si sugiere algo retorcido, dimito.

—¿Puede dejar de hablar durante cinco minutos, joder?

—Lo siento —murmura.

Bueno, quizá sea hora de que me sincere, aunque me haga parecer... no sé ni qué.

—No tengo prometida, señorita Pérez.

Sus ojos se abren de golpe y se me queda mirando sin hablar. Ya está, ¡por fin he conseguido callarla un rato!

—Me inventé esta historia hace unos meses para librarme de mi familia. Pero Marguerite, mi abuela, me ha obligado a traerla para las fiestas. A partir del domingo, tengo que ir a su chalé de la costa para pasar tiempo con ellos. Con una mujer que no existe, y una familia que se pasa el tiempo criticándome.

—¿Qué insinúa?

—O se hace pasar por mi prometida durante estos diez días con ellos y hago borrón y cuenta nueva, o está usted despedida.

Sus facciones se tensan y sus mejillas se enrojecen.

—¿Me está chantajeando?

—No, le ofrezco una solución. Yo tengo problemas, usted tiene problemas... Todos saldríamos ganando, Siana.

—Señorita Pérez —me corrige.

—¿Qué le parece?

—Pienso que...

Que le odio.

Está claramente escrito en su cara, en sus ojos, en la forma en que aprieta los puños.

—Que acepto. Fingiré ser su prometida.

—E interpretará su papel a la perfección. Debe ser creíble. Todo el mundo tiene que creer que soy feliz.

Ella resopla con desdén.

—¿Y lo es? Feliz, digo.

—¿Yo? Yo no soy importante en esta historia, señorita.

—Algún día, cuando las miradas de los demás dejen de molestarle, tal vez descubra lo que es ser feliz. Mientras tanto, le deseo la mejor de las suertes, porque es una posibilidad remota. Envíeme las instrucciones por correo electrónico.

Se levanta y vuelve al trabajo, con la barbilla alta.

No sé qué es peor, francamente. Que le haya hecho pensar que ha hecho un mal trabajo o que se haya sentido obligada a fingir que le gusto durante diez días.

Estoy completamente... destrozado.

Me pongo rápidamente en contacto con Lilly para que reúna mi dossier y le pido que se lo lleve a Siana.

Luego, ella me manda por el chat de empresa:

** ¿Qué es esto?*

Ahora ni siquiera quiere hacer el esfuerzo de hablar conmigo cara a cara...

Pongo los ojos en blanco y la llamo. Será más fácil que chatear. O que tenerla delante, con esa mirada diabólica: mitad furiosa y mitad sublime.

¡Qué cruz!

—Esto no le va a gustar —le digo, con un suspiro molesto, en cuanto descuelga el teléfono.

—¿Por qué?

—Porque es una lista de todo lo que amo y odio en el mundo, y va a tener que aprendérsela de memoria.

—¿La lista de cosas que desprecia incluye a toda la humanidad?

—Es muy posible. Le dije que iba a tener que ser convincente, señorita, así que no me decepcione. Se supone que llevamos saliendo seis meses. Así que llevo seis meses pidiéndole a Lilly que cree este archivo sobre mí.

—Es usted un lunático.

—Viene de familia, querida.

—Tal vez, pero la estupidez debe manifestarse especialmente en sus genes, entonces, porque se ha olvidado de algo muy importante.

—¿De qué habla?

Mi voz es grave y rezuma dejadez. ¿Qué error he cometido? Llevo mucho tiempo

trabajando como un desquiciado para toda esta trama de una falsa prometida. Nada, y quiero decir nada, va a frustrar mis planes.

—¿Y si alguien le pregunta algo sobre mí? —replica de inmediato.

Me quedo blanco. Se me corta la respiración.

Mierda, no lo había pensado.

Separo los labios, incapaz de decir nada, y como si comprendiera mi angustia, Siana se ablanda.

—Señor Sullivan... —suspira—, ¿su familia es tan terrible como dice?

—Se han pasado la vida echándome en cara mis flaquezas, y este año he decidido que eso no va a ocurrir. Yo... había planeado contratar a alguien, a decir verdad. Una actriz, una... mujer. Cualquier mujer. Por eso le he dado ese guion que ahora tiene en sus manos. Están los detalles sobre cómo nos conocimos, nuestras peores discusiones, no he dejado nada al azar. Nadie debe saber que en realidad no existe, ¿está claro?

—Sí, está claro.

De repente parece triste, lo que me irrita enormemente.

—Será mejor que no sienta lástima por mí, ¿está claro?

—¿Por qué debería sentir lástima por usted? —pregunta enfadada, y se gira para mirarme—. Es un gilipollas.

—Y usted una empleada incompetente.

—Eso ha sido un golpe bajo —murmura antes de colgar.

Me saca la lengua y, si supiera lo que quiero hacer con su boca traviesa, dejaría de tentarme de inmediato.

El resto del día transcurre con una parsimonia tediosa, y cuando Siana termina su jornada, a eso de las seis, salgo de la oficina al mismo tiempo que ella. Normalmente, me quedaría aquí sentado hasta casi medianoche, pero ahora que ella ha entrado en mi vida, abandono mi puesto. Seguiré trabajando en el piso, no importa. Tan solo... Tan solo necesito este momento con ella.

En el ascensor, sin embargo, la tensión del aire puede cortarse con un cuchillo. Y cuando salimos a la oscuridad neoyorquina y al frío polar, necesito hablar con ella. Tengo que decir lo que sea, cualquier cosa, para mantenerla cerca de mí uno o dos o tres segundos más. Tres segundos que embellecerán mi vida, tanto si me ama como si me odia.

—La recogeré el domingo a la una.

Ella resopla, molesta. Los dos nos quedamos paralizados frente a la entrada de Sullivan Inc. Ella mira fijamente hacia delante y yo le devuelvo la mirada, fascinado por todas las emociones que brotan de su interior.

—Vamos a pasar diez días con mi familia...

Sus párpados se agitan rápidamente. Aprieta los labios.

—¿Hay algún problema?

—¿Algún problema, dice? ¡No, hay miles, señor! El trabajo...

—Oficialmente estará de vacaciones —la interrumpo.

—Pues entonces pienso llegar tarde.

Pero al menos descansará. Seguro le cuesta dormir, a juzgar por su cara.

—¿Qué más puede decirme? Tengo argumentos para todo lo que pueda reprocharme.

Le dirijo una sonrisa arrogante, que ella responde con una mirada furibunda. Sin embargo, me siento mal, muy mal, cuando sus ojos se humedecen.

—Nunca he pasado las Navidades sin mis padres —admite con la voz quebrada.

Abro los labios para hablar, pero esta vez no tengo nada relevante que decir. Nada que pueda suturar la herida que acabo de infligirle. Y ahora estoy destruyendo una tradición familiar que parece estar arraigada en su corazón. Ni siquiera sé si puedo hacerlo peor. Me siento como un monstruo. Soy un monstruo.

—Lo siento mucho.

—No lo sienta —se queja—. Me he metido en este lío porque soy una «incompetente».

—Veo que estamos en la misma onda, así que todo saldrá bien. Meta en su equipaje ropa elegante y sofisticada, señorita. Mi familia no tolera la falta de formalidad.

La fulmino con la mirada, pero ella levanta la barbilla en señal de rebeldía. Mi pequeña petarda.

—Está de broma, ¿verdad? Son las vacaciones de Navidad. Es imposible que me ponga otra cosa que no sean *leggings*. Y los rojos de lentejuelas del sábado pasado son los mejores que tengo.

Sonríe, satisfecha, pero de ninguna manera voy a permitirlo. No conoce a mi abuela, no sabe que si aparece vestida así le hará la vida imposible. Marguerite tiene el don de encontrar nuestros puntos débiles y hurgar en la herida.

—No se haga la listilla conmigo, querida, porque le juro que va a perder. Y va a perder a lo grande. Lleve pantalones de vestir. Esa es mi última advertencia, ¿lo ha entendido?

—No tengo ninguno.

—Encuentre alguno, entonces.

—¿Y si no quiero?

—Entonces se lo conseguiré yo mismo —gruño.

La agarro de la muñeca y la arrastro conmigo por el bulevar.

—¿Qué hace? —chilla mientras intenta seguirme el paso.

—Hago lo que le he prometido. Voy a buscarle algo que ponerse.

—Esto es... Esto es una muy mala idea —dice casi sin aliento mientras la arrastro hacia una tienda de *prêt-à-porter*—. ¡Por favor, señor, déjeme ir!

Hay algo en el sonido de su voz que me da escalofríos, pero no puedo dejar que lo haga, no puedo dejar que haga el ridículo delante de mi abuela. Se la comerán viva.

Entro en la tienda.

Una ola de calor nos golpea de lleno.

—Ya basta. No me hace ninguna gracia —dice Siana, asustada mientras intenta escapar de mi férreo control.

Pero no la suelto. Al contrario, la empujo suavemente delante de mí, mientras dos dependientas se colocan frente a nosotras, con las cejas arqueadas y miradas impasibles.

—Knox... —suplica Siana, mientras me mira con una expresión vulnerable.

No entiendo qué le pasa. No entiendo qué la tiene tan asustada. Hasta que les pido a estas dos mujeres trajes de diseño para mi prometida.

—Señor... —dice la mujer más alta después de aclararse la garganta.

Se acerca a nosotras y mira a Siana de pies a cabeza.

—No tenemos ropa de su talla.

Le suelto un poco la muñeca y ella aprovecha para liberarse. Luego me lanza una mirada llena de humillación y dolor que lo estropea todo, y sale de la tienda sin decir ni una palabra más.

Knox

Siana me ha dejado solo. Aquí, bajo las luces de neón de una tienda que dice estar a la moda pero por más que miro a mi alrededor, solo veo mierda. Y ha hecho bien en largarse.

Conmocionado, miro a las dependientas y, con los puños apretados, entro en la tienda. Meto la mano en los percheros y saco algunas prendas, que acabo tirando al suelo.

—Tenemos de la treinta y cuatro a la cuarenta.

—¿Y qué pretenden? ¿No quieren vender ropa?

—Es que... creemos que...

—Me importa una mierda lo que crean, la verdad. Si sus valores de marca van por ese camino tan rancio, no se molesten en intentar arreglarlo conmigo.

—Es solo que... —intenta intervenir de nuevo.

Ni siquiera espero su respuesta. Salgo de la tienda y corro avenida arriba en busca de Siana, pero no la encuentro por ninguna parte. Convencido de que no querrá volver a hablarme, vuelvo a mi piso y paso allí la noche en vela, angustiado ante la idea de ver a esa mujer a la que tantas veces he hecho daño. Pero cuando llega el sábado, no puedo evitarlo. Tengo que verla, tengo que disculparme, tengo que decirle que no necesita una talla treinta y cuatro para merecer ser bella, magnífica, una preciosa guerrera.

Conduzco hasta su casa, aprovecho que uno de los residentes sale para colarme en el portal y subo a su piso.

Cuando llamo a la puerta, es Leilani quien me abre, para mi decepción.

—¿Qué haces aquí, cabrón? —exclama mientras me salta al cuello.

¿Qué pretende? ¿Quiere pegarme o tocarme los músculos? Me cuesta un poco averiguar sus intenciones.

—Sí, ahora te tuteo. Has hecho llorar a Siana. ¿Cómo te atreves, después de todo lo que ha pasado? Ella no me ha contado nada en absoluto, pero te advierto que eso no impedirá que te mate y te lleve a cuestras hasta el río para tirarte. ¡Pedazo de imbécil!

Antes de que me cierre la puerta en las narices, pongo el pie y entro en el piso.

—Necesito verla.

—No está aquí.

—Esperaré a que vuelva a casa.

—Está bien, está aquí... —murmura Lani. Pero no quiere verte.

—Me temo que estoy acostumbrado a eso —digo riendo.

Leilani respira hondo y coge un rodillo de la cocina, donde parece que está haciendo una tarta de chocolate.

—Esto —dice señalando el pastel— es para sanar el corazoncito que has roto, monstruo. Y esto...

Se golpea la mano con el rodillo.

—Esto es lo que te espera como oiga el más mínimo sollozo, grito o chillido de mi mejor amiga, ¿entendido?

—Está muy claro.

—La habitación del fondo, a la izquierda —refunfuña.

Camino por el piso, asombrado de que pueda contener tanto puñetero espumillón y árbol de Navidad, y luego llamo a la puerta.

—Vete, no quiero ver a nadie, Lani.

—Por suerte, no soy Lani... —digo al entrar en la habitación.

Sonríó cuando la veo acurrucada en una cama de matrimonio, con envuelta en el edredón y cubierta por una manta de felpa rosa.

Habría esperado adornos navideños por todas partes, pero es peor que en mis pesadillas. Incluso la alfombra de pelo crema a los pies de la cama parpadea.

—¿Qué hace aquí? —dice Siana mientras se incorpora.

Las mantas se deslizan por su cuerpo.

Cierro la puerta del dormitorio, me apoyo en ella y observo la camiseta minimalista que lleva puesta y que deja ver su precioso escote. Se me hace la boca agua.

Debe de llevar bragas. Unas bragas finitas, pero espero que las lleve, porque, por Dios, tengo la sensación de que bajo esa manta que le llega hasta debajo del ombligo, no lleva nada y no creo que pueda sobrevivir ni un segundo más con esta mujer semidesnuda a mi lado.

—Vine aquí para hablar con usted. Porque yo...

—No tenía que venir, señor. No quiero volver a verle. Honestamente, prefiero ser una sin techo que pasar la Navidad con usted. Adelante, despídame. Es lo único que quiero.

Se le escapa un pequeño sollozo. Intenta ser una mujer fuerte y segura de sí misma, pero la perspectiva de perder un trabajo que aprecia mucho le duele.

—No diga tonterías, señorita Pérez. Sé que le encanta este trabajo. Me atrevería a decir que lo adora. En realidad soy el mayor problema de su trabajo. Soy como una espina clavada en el culo.

—Se dice una «espina clavada en el pie», no en el culo.

—De todos modos, tiene demasiadas agallas para dimitir por mi culpa.

—No, no las tengo. No volveré a ver un cuadro en mi vida si eso me permite alejarme de usted —me regaña mientras se encoge de hombros.

Divertido, me siento en el borde de su cama y la miro con dulzura.

—Le pido disculpas por lo de ayer por la tarde. Mi comportamiento fue intolerable y repugnante. Me entró un pánico que ni se imagina. Solo quería protegerla del veneno de Marguerite, pero francamente, vístase como le venga en gana. Usted siempre está preciosa, lleve lo que lleve. Pero venga, por favor. ¿Qué son diez días con un idiota comparados con toda una vida estudiando obras de arte que solo usted puede tocar, desempolvar y tasar con tanta pasión? Está claro que no merezco estar con usted. Pero usted sí se merece un trabajo con el que disfrute, y sé que lo hace.

Levanta sus hermosos ojos al cielo y se incorpora para apoyarse en sus cojines.

Puedo ver... puedo ver cómo su pecho se agita con intensidad mientras respira profundamente. Veo... los adorables pingüinitos con gorros de Navidad y bufandas rojas que se contonean con cada una de sus respiraciones.

Aparto la mirada. No quiero volverme loco de deseo.

—Entonces, ¿qué va a elegir? ¿Aguantarme o salir corriendo?

—Aguantarle... —rechista.

—Me alegro. No me habría gustado echarla, señorita Cactus.

—¿Por qué?

—Porque su trabajo es extraordinario, a pesar de algunos pequeños fallos —sonrío.
Eso hace que se ruborice.

—Estoy muy confundida. Estaba segura...

—No hablemos más de eso. Tengo algo mejor para usted.

—¿Lo tiene?

—Sí. Háblame de usted. Quiero saberlo todo, de la A a la Z.

—¿Me lo pregunta como mi prometido o como mi jefe?

—Ambas cosas, señorita Pérez, así que no me decepcione. Y si se porta muy bien, arriesgaré mi vida y le pediré a Lani que le traiga un trozo de tarta de chocolate.

—¡Ah, pero me tendría que haber dicho eso antes!

Me pongo cómodo, en la misma posición que ella. Tumbado, apoyado en las almohadas con las manos cruzadas delante de mí. Y contemplo los adornos de la estancia, chorreantes de luz: pompones, lentejuelas y gnomos, para no ver su camiseta demasiado corta, que deja al descubierto su vientre carnoso, su ombligo, y lo que hay debajo. Esa piel deliciosa y... joder... tal vez desnuda...

Entonces espero impaciente, tan impaciente que ella empieza a contarme más cosas sobre sí misma. Quiero saberlo todo de esta mujer, es una locura.

—Bueno, pues... nací en Colombia, y me encantan los artistas franceses, y el *pop art*.

—Cuénteme cosas que no estén en su currículum, Siana. Cosas que aún no conozco, cosas que son personales.

Giro la cabeza hacia ella, y miro cómo se sonroja.

—Soy... soy muy sensible.

Ya lo sabía también, pero verla sonreír tímidamente es demasiado adorable como para confesárselo.

—Y además, siempre expreso mis emociones. Es cosa de latinas. Si las guardamos todas dentro, acaba siendo peligroso —ríe Siana—. Tenemos un carácter digno de un volcán, y es mejor no provocar una erupción, ¿no es cierto, señor *Grinch* que detesta los abetos?

—No odio los abetos. Solo creo que no tiene sentido tener uno de seis metros de altura en mi vestíbulo.

Abre la boca sorprendida.

—*Grinch*... —murmura.

—Hábleme más de usted. Dígame cómo puedo conocerla mejor, señorita Cactus.

—No. ¡Odio eso! ¡No me gusta hablar de mí misma!

—Bueno, entonces deje que le haga yo las preguntas. ¿Cuál es su color favorito?

—Verde... abeto.

Me río.

—¿Cuál es su comida favorita?

—Me gusta todo lo que se pueda comer que no lleve brócoli.

—¿Cuál es su película favorita? ¿Estilo de música favorito? ¿Qué marca de chocolate compra más a menudo?

—¿*Kung Fu Panda* cuenta como película?

—Sí —me río—. Claro que cuenta.

—Pues *Kung Fu Panda*. Cuando se trata de chocolate, no tengo favoritismos. En cuanto a la música, de momento diré que los villancicos. Siempre que sea posible.

—E incluso en la oficina, me he dado cuenta.

—Lo siento. Le juro que no pensé... Que se escuchase desde el otro extremo del pasillo.

—Oh, no pasa nada. No estaba tan mal tener un poco de ambiente en el trabajo. Se le iluminan los ojos y la alegría que siente se le dibuja en la cara.

—¿Y ahora qué? ¿Perro o gato?

—Prefiero los renos.

—¿Y cuando no es Navidad?

—Pues los ponis.

—¿Cuál es su ciudad favorita?

—Nueva York, ¡por supuesto!

—¿Su obra maestra favorita?

—Toda la serie de *Los nenúfares*. Lloré un poco cuando tuve que devolverla a su embalaje para su cliente.

—¿Qué va a hacer con todo su dinero, ahora que es rica? ¿Ha pensado en alguna locura?

—¡Oh, no! Simplemente seré feliz sabiendo que podré pagar el alquiler sin un día de retraso.

—Bien pensado.

—A veces no soy impulsiva. Solo a veces.

—Lástima, me gusta cuando me grita. Es usted la única que tiene el valor de hacerlo.

—¡Eso es porque soy un poco mema! Porque gritarle a tu jefe cuando te acaba de contratar es de memos, ¿no?

—No cuando se lo merece. Es normal que quiera decir lo que piensa, sobre todo cuando tiene razón.

—¿En qué?

—Prácticamente en todo —digo, muy a mi pesar—. Venga, tengo una última pregunta para usted. ¿Por qué le gusta tanto la Navidad?

—¿Me toma el pelo? Porque la Navidad es mágica. ¿Alguna vez ha visto Nueva York brillar tanto? Todo es sublime, todo brilla. Y cuando nieva... ¡Es tan puro, tan espléndido...! No me canso de verlo. Y también es una oportunidad para volver a pasar tiempo con la familia. En Navidad, olvidamos todas las pequeñas y tontas discusiones y empezamos de nuevo después de un gran abrazo. Así son las cosas. En Navidad lo perdonamos todo.

—Es una forma preciosa de verlo.

Y sinceramente desearía poder hacer lo mismo.

—Sabe, nunca he estado en una tienda de Navidad, pero estando aquí, me siento como si lo estuviera. No tendrá usted un toc¹, ¿verdad? Algún síndrome. ¿Una obsesión, quizá?

Se ríe, lo que calma los latidos erráticos de mi corazón.

—Me he pasado un poco, ¿no? Lo siento. Mi habitación volvió a estar vacía la semana pasada. No quería decorarla. Sentí que no lo merecía, por no poder encontrar trabajo. Así que cuando firmé el contrato, lo primero que hice fue recoger los adornos que no cabían en el salón, y por fin decoré mi habitación. ¿Le gusta mi cuadro de Papá Noel?

Habla del horror que cuelga de la pared, justo enfrente de la cama.

—Es... grande. Muy grande. Y también parece que está a punto de morir, el pobre.

—¡Oiga! ¡Lo pinté con amor!

—Por suerte, se le da mejor admirar cuadros que pintarlos.

—Eso es muy mezquino —se enfurruña.

—Lo siento. Su Papá Noel zombi es magnífico, solo me da envidia su talento —me burlo.
Satisfecha, mueve los párpados antes de contemplar su lienzo, con un atisbo de orgullo en los ojos.

—Bueno, creo que se ha ganado un poco de tarta. Vuelvo enseguida.

Me levanto, voy a la cocina y abro todos los armarios en busca de un plato y cubiertos. Corto un enorme trozo de tarta bajo la atenta mirada de Leilani, que se ha acercado a mí y me mira fijamente, por si acaso quiero coger una cucharilla.

—Solo veo un plato... —dice, alzando las cejas—. Y dos tenedores.

—Sí, eso se llama *compartir*, señorita.

—¿Compartir? ¡Eso se llama *robar*, más bien! Siana te ofreció la rueda bajo su cama para ayudarte, ¿y ahora tú le robas su trozo de tarta cuando lleva toda la semana llorando por tu culpa? Eres un monstruo.

Me quedo helado, un poco avergonzado.

—¿Ha estado llorando toda la semana?

—¡Claro que sí! ¿Qué te esperabas? Llevaba dos años sin acostarse con un hombre, porque a esta mujer lo que le gusta es la ternura y la pasión, no los básicos que quieren tener rollos de una noche. Su contador ha vuelto a seis días sin un gilipollas en su vida, por tu culpa.

Por el amor de Dios...

—Sabes, muy poca gente puede insultarme sin hacerme reaccionar, Leilani. Te concedo ese honor, pero no te pases de la raya. Me lo he ganado. Pero te lo compensaré.

Sus mejillas se ponen de color rojo chillón y se acerca a mí. Me arrebató el tenedor y me apunta con él al pecho.

—Como vuelvas a meterle mano a mi amiga y la mandes a la mierda, te despellejo con este mismo tenedor, ¿está claro?

—Oído, alto y claro.

Desafiante, aparta el tenedor y me priva del postre. Pero en realidad no importa, porque lo único que quiero ahora mismo es volver con Siana.

Cojo el plato de tarta, el tenedor con corazoncitos dibujados, y vuelvo a la habitación de Siana. La encuentro tumbada, con los brazos levantados por encima de la cabeza y la camiseta demasiado corta, dejando ver su vientre plano y carnoso. El edredón, que aún le llega por debajo del ombligo, me hace sentir cada vez más que está desnuda ahí debajo, y eso me provoca sofocos que me cuesta controlar.

—Ha vuelto —ríe—. Habría jurado que Lani estaría dispuesta a echarlo, la verdad.

—Acaba de amenazarme con una muerte lenta por clavarme un tenedor. Podría ser peor...

Ella suelta una carcajada mientras se incorpora, y yo me siento en el borde del colchón antes de entregarle mi ofrenda.

—Sé que no será suficiente para compensar todo lo que le he hecho, sobre todo porque no lo he preparado yo, pero se lo compensaré, se lo prometo. Llegaré un día en que no me odie.

—Eso habrá que verlo...

Empieza a comerse la tarta, acariciando con la cuchara la suave crema de chocolate. La observo. Dios, nunca había deseado tanto un postre como este. Saborearlo directamente de su tierna piel con la punta de la lengua.

Se me acelera el pulso. Mi mirada se centra en sus labios. En su pecho suavemente agitado. En sus manos delicadas y el fruto prohibido que se esconden bajo su edredón. Me duele el corazón. Mi cabeza está... a punto de estallar. Solo puedo pensar en sus besos.

—Lani me dijo que había estado llorando toda la semana —le digo por fin.

Ella rechista y se sonroja sin atreverse a levantar la vista.

—Voy a matarla. Los secretos de tu mejor amiga no se cuentan así como así, por el amor de Dios.

—No quería darle la impresión de que me estaba aprovechando de usted, Siana. Señorita Pérez. Lo que pasó en mi despacho...

—No hablemos más de ello —me interrumpe con una mirada severa.

—Deja que aclare las cosas y luego no volveremos a hablar de ello, si eso es lo que quiere.

Tendré que contentarme con pensar en ella. Tengo la impresión de que me ha oído, porque frunce aún más el ceño.

—Me niego a tener relaciones con mis empleados. Es una cuestión de principios; en primer lugar, porque estoy en una posición de privilegio y cuando le dije que se fuera de mi despacho, enseguida pensó que iba a despedirla. ¿Ve el problema que eso supone?

Asiente con la cabeza y mordisquea un trocito de tarta, como si de repente le hubiera quitado el apetito. Sé que está pensando en Andrew. Sé que sigue igual de asustada de que esto vuelva a ocurrir y de que la trate como lo hizo ese cabrón. Pero no lo haré.

—Por eso perdí los estribos. Con usted, enloquecí. Cedí. Pero en el buen sentido. Siana, no había besado o tocado a una mujer en años y entonces aparece usted, toda mojada y deseosa de mí, y aquí estamos, una semana después de conocernos. ¡Me tumbé encima de usted en mi escritorio y se lo comí hasta hacer que gimiera de placer! Reaccioné mal. Debería haber sido más amable, haberle explicado las cosas con calma, pero la amabilidad y yo no somos compatibles. No sé cómo hacerlo. Hacerle daño es una de las peores cosas que he hecho en mi vida, ya fuera ese día, ayer o cualquier otro. Siento que siempre chocamos. Me siento fatal. De verdad.

—No pasa nada —dice en voz baja con un gesto triste—. No lo ha hecho a propósito. Quiero decir, eso creo.

—No, tiene razón. Me he pasado toda la vida sin preocuparme por los demás ni por cómo se sienten. Se ha convertido en un hábito, me guste o no, ser un gilipollas. Pero si hubiera sabido que le haría sentir así, lo habría hecho mejor.

—Eso es lo importante.

Con una gran sonrisa, me pasa su plato en el que solo queda la mitad de su tarta.

—¿Lo compartimos?

—Solo si no se lo dice a Lani. No me dejaría que le robe el chocolate.

—Le prometo que no se lo diré. Odiaría tener que limpiar el baño después de que lo mate.

—Eso me tranquiliza.

Me como mi trozo de tarta, ¡y vaya si está deliciosa!

—Estaba un poco preocupado de que esta cosa pudiera tener un trozo de col escondido dentro, ¡pero está bien buena!

—Lani es una pastelera genial. Pero una muy, muy mala cocinera. ¿Ve qué regalo le he hecho al ofrecerle un trozo de tarta?

—Sí, me conmueve. ¡Es el mejor regalo que me han hecho nunca!

Y lo digo en serio, conociendo su amor por la comida.

—Bueno, ahora me voy. No olvide que la recojo mañana a la una, para pasar diez días de vacaciones con mi familia.

—¿Por qué tengo la sensación de que no va a ser nada relajante?

—No quiero asustarla, así que no le contestaré —me río.

Ya es bastante malo que la aleje de sus seres más queridos cuando parecía estar deseando pasar las Navidades con su familia. No hace falta que le diga que pasaremos diez días de discusiones continuas y reproches que contendrán a duras penas en esa villa.

—Hasta pronto, señorita Cactus. Lee atentamente el documento que le dio Lilly.

—¿Se refiere al dossier de ciento dos páginas sobre todo lo que ama y odia en el mundo?

—Sí.

Le dirijo una gran sonrisa divertida.

—Espero que disfrute leyéndolo. Deduzco que, de todos modos, leerse un ladrillo no es algo que le resulte difícil.

Echo un vistazo a una pila de gruesos y viejos libros clásicos con lomos dorados.

—En general, lo que me atraen son las historias, no los secretitos de un niño rico.

—No son secretos.

—¿No lo son? ¿Ni siquiera el hecho de que solo lleve calzoncillos de Armani?

—Bueno...

Me sonrojo y desvío la mirada.

—Sí, bueno, en realidad no es el tipo de cosas que le cuento a todo el mundo. Lo puse en el archivo por si acaso. Ni siquiera sé por qué, la verdad. ¿Pero ya lo ha leído?

—Le eché un vistazo porque estaba aburrida y quería odiarle un poco más. Sabe, podría torturarlo con toda la valiosa información que me ha dado.

—¿Podría?

—Por ejemplo, dice que solo le gusta el café negro extrafuerte y caliente por las mañanas. Si me cabrea en casa de sus padres y le preparo una taza, podría añadirle mucho azúcar, leche de soja, vainilla y rodajas de pepinillo y le diría, delante de todo el mundo, que le traigo su bebida favorita. Tendría que beberse todo.

—Un plan sin fisuras, y tengo la impresión de que ha pensado mucho en ello, ¿verdad?

—Así es. Estoy planeando mi venganza y no puedo esperar a leer sobre sus alergias en el dossier. Un paso en falso, señor Sullivan, y se arrepentirá de haberme elegido como prometida.

Suelto una carcajada, pero el sonido se ahoga dolorosamente en mi garganta cuando por fin sale de la cama. Espero verla semidesnuda, echar otro vistazo a sus preciosas nalgas o a su sexo, que sueño con probar una y otra vez hasta que la oiga correrse.

Pero me alivia —¿o no?— darme cuenta de que lleva un pantalón corto viejo y holgado que le llega hasta las caderas y deja ver el sensual encaje de unas bragas amarillas.

—Le acompaño abajo.

—Gracias. ¿Es para protegerme en caso de alguien me ataque con un cuchillo de cocina?

—O en caso de que alguien le robe las ruedas y el tapacubos. Tengo fama de tipa dura en el barrio. Una vez hice llorar a un notas porque quería robarme el bolso. Tenía un donut de chocolate dentro. Era el último que quedaba en la pastelería. ¡Tenía que salvarlo!

—No puedo creer que le haya preguntado cuál era su color favorito en vez de pedirle que me contara una anécdota como esta... —me río.

Siana sonríe, abre la puerta e inmediatamente Lani se arrodilla en el sofá para volverse hacia nosotros. Mira a su compañera de piso, contenta de no verla llorar, y luego me fulmina con la mirada. Luego vuelve a mirar a Siana y arquea las cejas antes de bajar la mirada hacia su pantalón de chándal. Mi prometida se sonroja de inmediato y se pone una larga bata roja de felpa, con cuello y puños blancos.

La miro de pies a cabeza. No he visto una Mamá Noel más sexy en toda mi vida.

—No se le ocurra llevar eso casa de Marguerite —suspiro de todos modos.

—¿Qué tiene de malo? Mi bata tiene mucha clase. Y me la regaló Lani.

—Sí, ¡y es muy calentito! Es para el invierno —refunfuña su compañera de piso—. Si crees que va a contonearse en pijama de verano para deleitarte, ¡estás soñando! Siana, ¡operación felpa en marcha!

Leilani abandona el sofá para caminar hacia nosotros, empujarnos y entrar en la habitación de su amiga. Siana suelta una risita y, en lugar de acompañarla, me arrastra hacia la puerta del piso. Luego salimos al pasillo. Ese lugar oscuro, frío y excesivamente decorado donde la besé por primera vez hasta que cada milímetro de mi piel ardió con ella.

—Hasta mañana, señor Sullivan —sonríe con cariño, como si no recordara ese momento, que se ha quedado grabado en mi memoria—. Y no se preocupe, mi pijama de felpa no es tan malo. Excepto el del pelo a lo *Grinch*. O el de los hombrecitos de jengibre que parecen un poco perversos. O el de...

—Lo he entendido —suspiro—. Hasta mañana. No llegue tarde.

—No llegaré tarde.

Levanta el brazo y deja ver la muñeca con su reloj de Bob Esponja.

—Creía que ya no funcionaba.

—¡Claro que funciona! Lo metí en arroz para quitarle la humedad. Está como nuevo, pero Bob está arrugado y parece un sapo.

—Qué triste noticia —me río.

Luego me voy, aunque no es lo que más me apetece.

Me voy porque necesito besarla. Me voy, porque es lo mejor para ella.

¹ N. de la T. Trastorno obsesivo-compulsivo.

Siana

Me paso el resto del sábado haciendo la maleta, metiendo mis mejores *leggings*, mis jerséis más calentitos y mis calcetines más brillantes.

De ninguna manera voy a pasar mis vacaciones de Navidad vestida como una vieja estirada, mientras las temperaturas siguen bajando.

Lani, que está tumbada en mi cama, sigue riéndose de mí por mis estúpidos pantalones de chándal, cuyos bolsillos siguen llenos de migas crujientes. Qué vergüenza...

Mientras hojear el dossier de Knox, me lee la información más importante; o mejor dicho, la menos aburrida, para que sepa un poco más sobre él.

—Vaya, el señorito es un todo aficionado a los coches lujosos. Tiene un Ferrari, un Maserati y su Bentley es una auténtica pieza de coleccionista.

—¿Lo es? Pero ¿por qué insiste en venir aquí con él? ¡Está pirado!

—No lo sé, le gustará el riesgo. Por la ventana antes vi a Charly merodeando. Creo que vigila el coche de Knox porque sabe que es tu amigo.

—Es tan buena gente... Le llevaré un trozo de tarta y chocolate caliente más tarde.

—Buena idea.

Leilani vuelve a hojear el enorme dossier y se ríe como una idiota.

—Es alérgico a los arándanos. Imagínate no volver a comer tortitas con arándanos en toda tu vida. Debe de ser muy triste.

—Si es su vida la que está en juego, no puede estar triste por no comerlos, supongo.

—Sí, es verdad. También dice que odia los pepinillos, así que es bueno saberlo por si algún día tienes que prepararle un bocadillo cuando te ponga de los nervios.

—O un café —digo riendo entre dientes—. Dame otro dato que pueda usar en su contra.

—Ese hombre odia muchas cosas. La mostaza, el yogur natural, la calabaza...

—Me imagino el sándwich de la muerte que podría hacerle.

—Se arrepentirá si te hace llorar de nuevo.

—Eso seguro. Mi venganza será terrible.

Lani suelta una carcajada diabólica y se levanta antes de coger mis camisones y meterlos en la maleta. Ha decidido que, después de todo, el pijama de felpa no es necesario.

—Por si acaso —me dice guiñándome un ojo.

—¿Por si acaso?

—No lo sé, señorita Cactus. Por si las cosas cambian entre vosotros. O por si su hermano está bueno.

—¡Lani!

No quiero decírselo, pero sinceramente, nadie podría estar tan bueno como Knox. Hace que me recorran escalofríos por todo el cuerpo. Tan solo una mirada suya me hace soñar. Aunque todavía le odie un poco.

—Mira a ver si hay un capítulo sobre su familia. Quizá debería ponerme al día antes de conocerlos. Estaría bien.

—Oh sí, tienes razón. Has leído directamente la parte sobre sus pantalones, pero no la de

sus parientes. ¡Eso dice mucho de ti, chica!

—¡Oye!

Se ríe de nuevo y vuelve a la cama para pasar página tras página, y al fin descubre lo que tanto nos interesa.

—¡Dios mío, Siana! ¡La villa familiar está en Old Greenwich!¹

—¿Qué?

Es una zona muy rica, ¡pero ni con todo el dinero de mi cuenta bancaria podría comprarme una choza allí!

—La casa de la abuela de Sullivan es una suntuosa villa de tres plantas donde vive con uno de sus nietos, el hermano de Knox. Se llama Graham, y al parecer no tiene trabajo. Pero tiene un hijo. El padre de Knox está divorciado, pero tiene una nueva pareja, y la abuela es viuda.

—¿Eso es todo lo que hay sobre ellos?

Pasa una página para encontrar el capítulo de sus libros favoritos. Que es bastante grueso.

—Sí, lo es. Apparently, no tiene mucho que decir sobre su familia.

—Deduzco que no se llevan muy bien. Eso me asusta un poco. ¡No quiero encontrarme en medio de una guerra de clanes en plena Navidad!

—No te pasará nada. En el peor de los casos, me llamas, cariño, e iré a buscarte con toda mi familia. Ya sabes el miedo que dan mis hermanos.

¡Oh, es verdad! No son de los dan el brazo a torcer. Incluso Knox parecería un niño indefenso a su lado.

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor, sí. Gracias, Lani.

La abrazo tan fuerte como puedo, y por la noche vuelvo a la cama y me pongo con la lista de libros favoritos de Knox, los porqués y, sobre todo, sus pequeñas notas personales sobre los protagonistas y sus ideales.

Me descubro sonriendo, acariciando las palabras que ha añadido a bolígrafo entre cada párrafo, y me emociona comprobar que tenemos ciertas obras en común: *Oliver Twist*, *La pequeña cerillera*, *Sentido y sensibilidad*...

Dios mío, me estalla el corazón ante este extraño vínculo que acaba de crearse entre él y yo, mientras rebusco entre toda la información que nadie sabe de él y que yo voy memorizando como un preciado tesoro.

Cuando llega el domingo, devoro un desayuno de campeonato con Lani. Es nuestra comida prenavideña, que solemos hacer el veintitrés de diciembre, antes de partir para reunirme con mis padres en su casa de las afueras. A mediodía, tengo el estómago demasiado revuelto para comer nada, y cuando por fin Knox llama a la puerta, entro en pánico.

—No estoy preparada, ¡no estoy preparada para esto! —le digo a Lani a gritos mientras recorro el salón de un lado a otro. Voy a echar de menos la decoración. Si esta gente es como Knox, su casa será muy sencilla. ¡Muy sencilla, Lani! No habrá... ni un solo adorno... navideño. ¡No puedo aguantar diez días así!

—Mi sobrino apenas tiene ocho años, Srta. Cactus. Mi abuela habrá hecho todo lo posible para complacerlo. De todos modos, es demasiado joven para decepcionarla de momento, así que digamos que le tiene bastante aprecio —me dice Knox a través de la puerta.

Me sonrojo y Lani suelta una risita negando con la cabeza.

—No estoy preparada —repito en voz baja, esta vez solo para ella.

—Claro que lo estás, cariño. Vas a ser la falsa prometida más perfecta del mundo y, después de este juego de rol, volverás a la oficina y no volverás a cometer un error. En el peor de los casos, si vuelves a hacerlo, probablemente te propondrá una boda falsa, y se acabó.

—Podría pasar, sí —murmura Knox.

Me da la risa y, mientras me quedo helada en el salón, Lani le abre la puerta a mi jefe.

Knox entra, con aspecto severo y un poco ansioso también. Pero en cuanto me mira, sus ojos se iluminan y su mandíbula se tensa. Me recorre de los pies a cabeza, y se detiene aquí y allá en mis medias y mi escotada blusa negra. Luego hace lo mismo en mis zapatos de tacón y mi minifalda color frambuesa, por lo que me sonrojo aún más.

—Yo... no he encontrado un traje, lo siento. Es mi ropa de trabajo y espero que no le importe, porque no tengo nada más en mi armario que tenga la clase suficiente para satisfacer sus exigencias, que seguro que son mucho más altas, pero...

—Señorita Pérez —me interrumpe.

—¿Qué?

—Es usted perfecta. Quiero decir, su ropa. Su ropa es perfecta.

Lani tose a nuestro lado.

—Eso no es lo primero que ha dicho... —susurra ella mientras pasa por mi lado.

Me da un abrazo y luego va a por mi maleta, mientras yo me pongo mi abrigo rojo de piel.

Aunque fuera hace casi diez grados bajo cero y ha empezado a nevar, Lani me acompaña hasta el Bentley y se despide de mí hasta que el coche abandona nuestra calle. Tengo ganas de llorar.

—Lo siento —murmura Knox con extrañeza.

—No, es culpa mía. Si no me hubiera equivocado al llamar a nuestros clientes, nada de esto habría ocurrido.

—Por cierto, le tranquilizará saber que Mei por fin ha aceptado nuestro contrato. Me ha llamado esta mañana.

—Ajá... —murmuro, extrañamente celosa de que esa mujer pueda llamarle tan pronto un domingo por la mañana.

—Bueno, ¿ha hecho sus deberes, señorita?

—Ah, sí, conozco sus gustos y pasiones al dedillo —suspiro, y pongo los ojos en blanco—. Pero ya sabe, no se conoce a la gente de verdad con solo saber su color favorito, señor. Conocer de verdad a alguien es saber cuándo está mal, aunque diga que está bien.

Como él en este momento, tan tenso que agarra el volante con todas sus fuerzas mientras salimos de Nueva York bajo una nieve espesa y sublime. Estar tan cerca de su familia le pone más que nervioso. Odio verle así, como si este viaje fuera un verdadero calvario para él.

—Conocer a alguien significa poder decirle que todo va a ir bien, aunque no sea así.

—Eso es estúpido.

—¿Lo es?

Sonríó mientras apoyo la mano en su muslo musculoso, que se estremece un poco al contacto. Knox pone entonces una mano sobre la mía y la acaricia durante un segundo.

—Todo va a salir bien, ya lo verá. Y si paramos de camino a comprar donuts, puedo arrojárselos a sus seres queridos para protegerle.

—¿No estaba en contra de desperdiciar comida?

—Por usted, estoy dispuesta a decirle adiós a un bollito o dos. Pero no más, ¡se lo advierto! ¡Tengo mis límites!

—Gracias, señorita Pérez —ríe—. Gracias por todo.

Le doy una palmadita en el muslo y me concentro en la carretera mientras el paisaje cambia rápidamente. Los edificios desaparecen y, con el paso de las horas, pasan pequeños pueblos elegantes cubiertos de nieve.

—Hábleme de su mejor recuerdo de la infancia —le pregunto—. Sé que su color favorito es el negro, pero no sé nada de lo que realmente le gusta. Además, el negro no es un color. Se lo digo porque...

—¡Pues claro que es un color! Y mi mejor recuerdo de la infancia es sin duda la tarta de manzana y caramelo. Cuando era pequeño, y mi madre me llevaba a casa de mi abuela materna, siempre iba a jugar al huerto y le traía fruta en mi camiseta, que usaba como cesta, para pedirle que me preparara una. Mi abuela...

—¿Marguerite?

—Oh, no, Marguerite nunca se ensucia las manos —ríe—. Me refiero a mi abuela Janny. Ella hacía la masa, y mi madre y yo cortábamos las manzanas en trozos pequeños antes de guisarlas. Cuando la tarta salía del horno, Janny le añadía un caramelo cremoso por encima y nos servía porciones enormes. Luego no podía comer en un par de horas. Era...

—¿La felicidad de una época lejana?

—Sí, justo eso. ¿Y cuál es su mejor recuerdo?

—Bueno, voy a descartar todas las Navidades de mi vida, porque están todas en el escalón más alto del podio —sonríe—. En ese caso, el segundo mejor recuerdo tendría que ser el día que me dijo que había conseguido trabajar para Sullivan Inc.

—No. No puede ser ese. Seguro que tiene miles de recuerdos maravillosos con su familia e incluso con Lani. De todos los museos en los que ha trabajado y todos los donuts que ha comido. O de los perritos calientes. O de ambas cosas.

—Claro que tengo recuerdos maravillosos de todo eso. Pero no se puede imaginar el arrebató de felicidad que sentí cuando me di cuenta de que Andrew no me lo había quitado todo. De que todavía había un pequeño lugar en este mundo para mí. Podía volver a trabajar, ser feliz de nuevo, pagar el alquiler y quedarme con Lani. Todo gracias a usted. Me conmovió, hizo que me doliera el pecho. Me costó creerlo, pero quería hacerlo al mismo tiempo. Temía que fuera un sueño, pero era real. Acabo de salir de... esta pesadilla, este infierno que he vivido durante los primeros meses después de perder mi trabajo, y usted fue el único rayo de luz en mi oscuridad. El único. Después de la depresión, después de la tristeza, después de la desesperación, he vivido con rabia durante tanto tiempo que tenía miedo de en quién me estaba convirtiendo. Sin usted, ni siquiera sé dónde estaría hoy. Habría tenido que mudarme a saber dónde, habría tenido que dejarlo. Todo lo que tenía. Y terminar hecha polvo, tal y como Andrew quería.

—Estoy seguro de que nunca habría llegado a ese punto, señorita Cactus. Tiene usted la suficiente insolencia como para no dejarse machacar.

—Sí. Tal vez al final habría robado el cuchillo de Charly y matado a Andrew, para acabar en prisión durante el resto de mi vida. Al menos me habría quedado en Nueva York. Eso es algo, ¿no?

—Sí, supongo... Y entonces se habría convertido en la líder de una banda, conociéndola. Habría sido la reina de la ciudad.

—Su confianza en mí me asombra —exclamo antes de soltar una carcajada.

Mientras la nieve empieza a caer cada vez con más fuerza, Knox se concentra en la carretera, pero cuando al fin anochece, llegamos a Old Greenwich.

Y entonces tengo la sensación de que mis mayores sueños se cumplen. ¡No había visto un pueblecito tan mono, tan bonito, tan perfecto y, sobre todo, tan decorado en toda mi vida! Es como mi piso, ¡pero como una fiebre que se esparce por todas partes! Suelto un gritito que hace suspirar a Knox.

Las viejas y oscuras farolas están rodeadas de ramas de abeto que brillan con la escarcha. Las fachadas de las tiendas están iluminadas y parecen luchar por el primer puesto en un concurso de perfección. Las luces de oropel que parpadean bajo el cielo azul y negro son como estrellas que se pueden tocar con las yemas de los dedos. Me apoyo en la ventana, pero protesto cuando mi aliento la empaña y me tapa las vistas. Si Nueva York es sublime en Navidad, Old Greenwich es sencillamente maravilloso.

—Si quiere, puedo llevarla mañana a la ciudad.

—¡Oh, sí, me encantaría! ¡Me encantaría! Además, no sé si se lo he dicho, pero ahora soy rica. Podría comprarme un imán de diez dólares.

Knox vuelve a reír, atraviesa el pueblo y vuelve a pasar por en medio de un magnífico bosque de abetos, con sus gruesas ramas cubiertas de nieve.

—¿Le gusta?

—Estoy... soñando, ¿verdad? Creía que nunca vería nada más hermoso que los edificios de Nueva York, ¡pero aquí estoy, en un bosque cubierto de nieve!

Estoy abrumada.

Nos alejamos unos minutos más del pueblo antes de llegar a las afueras de una propiedad, cuyo letrero dorado en la entrada está salpicado de nieve. En él se lee «Villa Sullivan» y nada, realmente nada, podría haberme preparado para la belleza de esta casa, toda llena de listones blancos de madera, unas ventanas rodeadas de ramas y luces, y abetos que se elevan sobre ella, como si formaran una enramada verde alrededor.

—Es impresionante... —suspiro—. Quiero vivir aquí.

—Creo que es hora de que ponga fin a su pequeña fantasía, señorita Cactus. Olvidé decirle algo muy importante. Muy, muy importante. Esencial, diría yo...

—Suelte por esa boquita —digo con una mirada acusadora.

—Mi abuela es racista. La va a odiar.

—¿Qué?

—Mi abuela es racista —repite.

—Ya, le he oído la primera vez.

—La va a odiar.

—¡Sí, eso también lo he pillado!

—Entonces, ¿por qué me ha pedido que se lo repita?

—¡Porque quería asegurarme de que había oído bien! ¿Me ha obligado a pasar mis vacaciones de Navidad en una choza con una vieja racista? ¡Va a pagar por esto, Sullivan! Espero que al menos piense pagarme las horas extras de estos diez días, porque si no, me pienso vengar.

—Me lo pensaré... —murmura.

Furiosa, me pongo el abrigo antes de salir del coche y plantarme en el enorme porche de la entrada de la casa. Knox ha tenido cuidado de aparcar lo más cerca posible de este pequeño refugio improvisado, así que solo me hace falta dar un paso en la nieve para refugiarme bajo el porche.

Cuando me alcanza, después de haber corrido bajo los ahora gigantescos copos de nieve, la

expresión apenada de su cara me da ganas de darle un puñetazo. Me coge por la cintura y le aparto la mano.

—Le recuerdo que estamos prometidos...

—Ah, sí, ya lo había olvidado... —suspiro.

Se acerca a la gran puerta blanca y llama al timbre dos veces, más tenso que nunca.

Pero antes de que se abra la puerta, se inclina y me sonrío.

—Por cierto, llámeme Knox —me susurra al oído—. Y dadas las circunstancias, le doy un permiso excepcional para tocarme y tutearme.

¿Por qué demonios tengo la piel de gallina?

Me sonrojo, parpadeo y me pregunto por qué tengo tantas ganas de besarlo, aunque lo odie.

Mierda, este viaje a solas va a ser complicado...

—Será mejor que nos haya conseguido habitaciones separadas —murmuro de vuelta.

—Me temo que la respuesta la decepcionará, pero no se preocupe, la cama es enorme.

—¿Lo suficiente para que no me dé una patada?

—Probablemente no, pero no se preocupe, dormiré en calzoncillos en vez de desnudo.

—Pienso meterle arándanos en la boca mientras duerme, Knox —digo.

—Ah, veo que ha leído el capítulo de mis alergias.

—Ah, sí, lo he estado estudiando toda la noche —respondo, molesta—. Sé cómo matarle sin levantar sospechas, de doce formas distintas.

—¿Alguna de ellas incluye besarme? Porque casi estoy tentado.

Furiosa, gruño, pero ni siquiera tengo la oportunidad de lanzarle uno de mis peores insultos, porque por fin se abre la puerta y voy a tener que hacer el papel de amante enamorada, cuando lo único que quiero es cometer un homicidio.

*¡Me cago en la p***, pedazo de m***** insoportable y rastrero!*

¹ N. de la T. Una zona adinerada en Connecticut.

Siana

Cuando la puerta se abre y aparece una mujer mayor con el pelo rubio platino y una clara permanente, me digo que no puede ser tan malo como parece. A pesar de su expresión ligeramente hostil y sus ojillos brillantes que se entrecierran mientras nos mira de manera intermitente a ambos.

Al fin y al cabo, incluso desde aquí, desde esta puerta de madera, puedo ver un salón decorado a la perfección, rebosantes de clase y elegancia. ¡Una locura! Los muebles son de tonos crema, pero la magia navideña está en el carmesí y el dorado, que resalta todo a su alrededor. Alguien con tan buen gusto para la decoración no puede ser malvado. Y eso es un hecho.

Marguerite le dirige a su nieto un insulso «buenas noches» y luego me mira con hostilidad.

—¿Has traído a tu criada? Pero ¡qué descaro! Sabes muy bien que tengo mis propios criados, Knox. María, ve a buscar las maletas y date prisa —dice agitando la mano delante de mi cara.

—Abuela... —suspira Knox—, para empezar se llama Siana y es mi prometida, así que, por favor, muéstrale un poco de respeto.

Menos mal que él toma la iniciativa y habla por mí, porque aún estoy flipando y tengo la boca bien abierta.

—¿Te has prometido a una mexicana? —grita la abuela.

—Soy colombiana —digo al fin, en un tono molesto.

—Bueno, lo mismo es.

—No, no necesitamos cruzar el muro para para invadir su país. Aún podemos colarnos en avión.

Unas risas resuenan de fondo, pero no les presto atención. Solo quiero romperle los dientes a esa vieja.

—¿Podemos entrar ya o piensas hacernos dormir fuera? —refunfuña Knox.

Marguerite se aparta y entramos en el sublime salón, donde una enorme chimenea atempera el ambiente. Enseguida diviso un abeto de tres metros de altura junto a los ventanales que dan a un jardín cubierto de nieve, del que no se intuye prácticamente nada, porque ya es de noche.

Dos criados se apresuran a recoger nuestro equipaje, lo que me incomoda por completo, pero no digo nada porque ahora estoy frente a cinco desconocidos que me miran, me juzgan y probablemente se pregunten qué salsa van a echarme por encima cuando se me coman viva.

—Hola a todos —dice Knox con voz tranquila pero dura, la que utiliza cuando está con sus empleados y está a punto de cometer un error—. ¡Os presento a Siana!

—¡Hola a todos! —digo con una sonrisa tensa.

—Al menos se la entiende cuando habla —murmura la abuela.

—Sí, y también sé pronunciar los insultos a la perfección —farfullo, mientras parpadeo con una gran sonrisa en la cara.

—Siana, esta es Marguerite.

—Mi nueva enemiga acérrima... —susurro.

—No vamos a estar aquí toda la noche —suspira la abuela—. Este es Graham, el hermano de Knox, y su hijo Ángel.

Graham es uno de esos hombres que intimidan a primera vista. Un poco más bajo pero más musculoso que Knox. Lleva una camisa blanca, un jersey de marca y pantalones elegantes que caen sobre unos zapatos de lujo. Sus ojos marrones son claros; su sonrisa, ambiciosa y un aire desafiante ilumina su mirada mientras nos observa.

El chico, en cambio, es mucho más delgado. Me dedica una gran sonrisa y me saluda con la mano. Se me encoge el corazón al ver la alegría en sus ojos. Es tan mono... Con su pelo castaño claro bien peinado hacia un lado y su silla de ruedas en la que parece aún más pequeño.

—Y ahí tiene a mi hijo Marcus, el pederasta, y a su novia Nora.

Vuelvo a abrir los ojos como platos. Nora es superguapa: rubia, con largos mechones ondulados y una figura esbelta que luce en un traje de chaqueta y pantalón de Gaultier.

Es mucho más joven que Marcus, y de repente me pregunto si debería llamar a la policía.

—Tengo veintiocho años —dice—. Por si te lo estabas preguntando. Digamos que a Marguerite no aprueba la diferencia de edad en una pareja.

—O la diferencia de nacionalidad. ¿Sabe al menos que soy pobre? —suelto, seguido de un «uy» nada creíble.

La abuela palidece y se aleja del salón, farfullando comentarios blasfemos, entre los que destacan «pederasta» y «ahora somos mexicanos», lo que me hace reír.

—Bueno, empezamos bien, ya que aún no ha habido gritos ni cristales rotos. ¿Por qué no subimos las maletas, cariño? —sugiere Knox, divertido.

Le fulmino con la mirada. ¿Quiere jugar? Le enseñaré a ponerme motes estúpidos.

—Por supuesto, mi osito amoroso. Voy detrás de ti.

Mi prometido me mira de repente como diciendo «no sigas por ahí o te mato». Le devuelvo la mirada asesina como queriendo decir «¡no si yo te mato primero!»

—Osito amoroso... —dice Ángel entre risas.

Se tapa la boca con la mano para ocultar su sonrisa y yo le guiño un ojo. Debe de tener unos ocho años y su sonrisa de pillín es demasiado mona. La ropa que lleva es mucho más elegante y lujosa que la mía, y de repente me gustaría haber tenido también un traje en mi armario. Pero no importa. Solo espero que a nadie le dé un infarto cuando saque mis *leggings* de diez dólares, llenos de lentejuelas y con un forro para no quedarme helada.

Me vuelvo hacia Knox, que ya ha cogido mis maletas, mientras una de las criadas coge las suyas y desaparece escaleras arriba.

—¡Comemos dentro de una hora! —exclama la abuela, que se ha acomodado en el sillón junto a la chimenea para tejer un feo jersey de temporada.

Espero que sea para Knox.

—No lleguéis tarde.

—Eso me recuerda a alguien —murmuro.

—¿Qué has dicho, intrusa? No hablo mexicano —añade Knox.

—Yo tampoco.

Nora, la rubia guapa, se echa a reír, pero cuando la abuela la fulmina con la mirada, se encoge y agacha la cabeza. Si la abuela se cree que yo haré lo mismo, más le vale estar sentada. No pienso ceder ante esa vieja carga ¡Eso jamás!

Knox, que también está conteniendo la risa, me pide que le siga mientras subimos una enorme escalera de mármol blanco. Toda la barandilla está rodeada de relucientes ramas de abeto

y bonitos lazos color crema con lunares dorados. Tengo que reconocerle a Marguerite una cosa: Es un ser humano de mierda, pero una gran decoradora.

La criada que ha recogido parte del equipaje abre la tercera puerta del pasillo y nos hace pasar a una suntuosa *suite* con suelos de mármol claro y una cama *king size* con sábanas beis y montones de mullidas almohadas blancas. Las colchas son de piel sintética rosa y la araña de cristal del centro del techo proyecta pequeños rayos de luz por todas partes.

Junto a una de las ventanas hay un arbolito de un metro de alto decorado en rosa y beis.

—¡Tenemos nuestro propio árbol! ¡Es el día más feliz de mi vida!

La joven, también latina, se despide de nosotros y Knox nos cierra la puerta.

—Siento lo de Marguerite —dice mientras se quita el abrigo y me ayuda con el mío.

—No pasa nada. Mientras usted no piense como ella...

Suelta una carcajada que llena toda la habitación.

—Por favor, tutéame. Creo que te lo has ganado. Respecto a mi abuela... Nada más lejos de la realidad.

—Menos mal. No me gustaría odiarte aún más.

Me sonríe, como si supiera que no es así, pero tiene razón, así que no le contesto.

Una vez me he quitado las zapatillas, me abalanzo sobre la cama y suelto un gritito, porque es muy suave.

—¡Esto es el paraíso! —grito.

Luego tiro un cojín y la colcha al suelo y fulmino a Knox con la mirada.

—Y esa será tu cama del infierno, trol —murmuro.

—Me lo merezco.

Coloca nuestro equipaje en un pequeño mueble y luego se acomoda en un sublime sillón frente a la cama, antes de cruzar las piernas y mirarme con una intensidad que me enciende las mejillas. Por no hablar del resto de mi cuerpo.

—Por favor, no te tomes a mal nada de lo que te diga mi abuela, Siana. Es una de esas personas que se cree mejor que los demás y le gusta hacer sufrir a la gente. No quiero que te haga daño.

—Créeme, jamás encontrará mi punto débil.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—Porque solo la gente a la que quiero puede herir mi corazón, Knox, y como puedes imaginar, ella no encaja en ese perfil.

—Bueno, eso está bien. Pero si alguna vez llega a ser demasiado para ti, te juro que te llevo de vuelta a Nueva York en un abrir y cerrar de ojos. Sinceramente, no creía que fuera capaz de decirte esas cosas, y eso que acabamos de llegar. No me quiero ni imaginar lo que hará en los próximos días.

—No tengas miedo.

—Vas a decirme que todo irá bien, ¿no?

—No... No sé si todo irá bien, pero si me busca, me va a encontrar, y te aseguro que se cansará de su jueguecito de rancia mucho antes que yo.

—Ahora tengo miedo...

Levanta la vista al cielo y luego suspira, así que entiendo que le divierte la situación.

—Has traído muchos donuts para tirarle, admítelo. ¿Tienes la maleta llena? —pregunta con picardía.

—Si lo estuviera, me los estaría comiendo ahora mismo, solo para evitar la cena. Seguro

que habrá echado pezuña de buey y lengua de sapo en su caldero.

—Mi abuela no es una bruja. Bueno, un poco sí —ríe Knox—. Pero, sobre todo, no es ella quien cocina. No hay riesgo de que te envenene, te lo prometo.

—Ah, ¿acaso me estoy jugando la vida?

—Sí, porque eres mexicana.

—¡Soy colombiana! —grito—. ¡Y solo de nacimiento!

Se echa a reír, así que me doy cuenta de que se estaba burlando de mí, lo cual me molesta un poco, porque odio que me conozca lo suficiente como para hacerme reaccionar de mala gana. Con un gesto de desdén, me levanto y saco mis productos de higiene personal y los pongo en el cuarto de baño contiguo al dormitorio.

—¡Dios mío! —grito cuando enciendo la luz.

Knox se abalanza sobre mí, me rodea la cintura con los brazos y echa un vistazo a la habitación, con el pulso acelerado mientras se apoya en mi espalda.

—¿Qué pasa?

—¿Has visto esta habitación? Es más grande que todo mi piso. Y más luminosa. Y más limpia. Y más lujosa, también. ¡Tiene ducha y bañera, Knox! ¡Las dos! ¡Y un lavabo doble con bonitas lámparas encima y una suave alfombra en el suelo!

—Lo sé, quizá te sorprenda saber que esta no es la primera vez que estoy aquí.

—Es verdad —me sonrojo.

Dejo mis cosas en el pequeño espacio que hay junto a uno de los lavabos y miro alrededor de la habitación, que brilla con mil luces.

—Estoy decepcionada...

—¿Por qué?

—Porque no hay árbol en el baño.

—Si lo necesitas para ser feliz, Siana, te compraré uno.

—¿Lo harás? Pensaba que odiabas los adornos navideños.

—Lo hago, porque son inútiles, grotescos y feos.

—¡Quiero el divorcio!

—Ni de coña. Pero si te hace feliz durante los próximos diez días, iremos a la ciudad mañana y elegiremos uno. Pero te lo advierto, tendrá que medir menos de un metro.

—De acuerdo, tendremos seguir siendo pareja un poco más... ¿Seguro que no querías decir entre dos y tres metros? Tenemos mucho espacio libre.

Cierro la boca para contener mi felicidad, pero mis estúpidos ojos me delatan.

—Que no...

—¡Esto es una tortura!

—¡Para mí también, debo añadir!

Suelto una risita, sacudiendo la cabeza, y le doy las gracias con un susurro tímido.

—De nada —sonríe Knox, que se ha dado cuenta de que tengo mil emociones en el corazoncito—. Descansa un poco, va a ser una cena dura. Seguramente Marguerite te pregunte por nosotros. Estoy seguro de que sabía que había mentido sobre mi prometida. Nunca le dije cómo se llamaba ni entré en detalles.

—Puedes decir que no querías hablar de mí porque no sabías si nos llevaríamos bien.

—Es una buena idea.

Sin embargo, frunce el ceño y me observa con aire confuso. Así que me siento en el bonito sillón de terciopelo rosa pálido, justo delante del magnífico abeto, y lo enchufo. Me deleito con

las suaves luces que empiezan a parpadear.

—¿Por qué me ayudas, Siana? Sinceramente, no he hecho nada para merecer que te involucres de verdad en esto.

—Cometí un gran error, Knox, y casi te meto en un lío monumental. La principal razón por la que estoy aquí es para enmendar mi error, porque tú te arriesgaste al no despedirme, y yo voy a demostrarte que soy digna de confianza.

Una pequeña y triste sonrisa adorna su rostro.

—Gracias, señorita Cactus. Muchísimas gracias.

—Bueno... Soy yo quien debería darte las gracias, pero no lo haré, porque aguantar a tu abuela casi me merece la pena si quiero evitar otros seis meses de paro.

Knox se echa a reír y toma asiento en el sillón frente al mío.

—Te compadezco, sinceramente. La conozco desde hace treinta años.

—Cada día comprendo un poco mejor tu mal humor. ¿Los demás miembros de su familia son iguales? Por favor, dime que no lo son.

—No, por suerte, no. Mi padre y Nora son bastante ajenos a todo. Ya no se molestan en indignarse por los comentarios de Marguerite. Ángel es su favorito, pero creo que es porque es adorable y nosotros somos demasiado mayores para serlo. En cuanto a mi hermano, Graham, es un poco complicado. No nos llevamos muy bien, aunque a veces las cosas parecen relajarse. Realmente no sé qué decirte. No consigo entenderle.

—Ahora mismo no estoy tranquila. Creo me siento aún más estresada. Me sentaré junto a tu padre y su novia en la mesa. Allí me sentiré más segura.

Knox tose suavemente.

—¿Qué pasa?

—Marguerite se encarga de la distribución de los asientos. Estoy bastante seguro de que te habrá sentado a su lado.

—Dime que estás de coña.

—¿Te parece que lo esté?

Suelto un gruñido, me quito las medias y estiro las piernas hacia delante para relajarme. Se me pone la piel de gallina, cosa que él parece notar. Entonces acerca su asiento al mío, coge mis pies y los pone sobre su regazo, y suspira pesadamente.

—Estás helada.

Cuando se quita la chaqueta y me la pone sobre las piernas, el corazón me late con fuerza. Y cuando le miro, allí a mi lado, con su sencilla camisa blanca y la corbata medio desabrochada, el frío deja de existir para mí. Oscuro, misterioso, atractivo, este hombre es como un huracán que arrasa todo a su paso, sin dejar nada atrás. Ni la voluntad ni el orgullo podrán detenerme. Quiero que me devore, y quiero que lo haga ahora mismo.

Mi pie se desliza lentamente por su pierna, pero antes de que pueda acercarlo adonde me gustaría, se oye el tintineo de una campanilla.

—¿Qué demonios es eso?

—La cena está servida. Tenemos que bajar, señorita Pérez —dice con un tono juguetón—. Pero si quieres seguir donde lo hemos dejado hace un segundo, ya sabes dónde encontrarme.

—Sí, a los pies de mi cama —digo con una sonrisa burlona.

Knox niega con la cabeza, pero me tiende el brazo para ayudarme a ponerme las zapatillas. Lo miro y me ruborizo, sorprendida de que sea tan caballeroso cuando en Sullivan Inc. solo se deja ver como un capullo. ¿Qué le habrá pasado para que desprecie tanto a la gente que le rodea?

¿Habrá destruido su familia su autoestima hasta tal punto que se comporta así con los demás?
¿Querrá poner a todo el mundo a su mismo nivel? ¿O hay algo más que le atormenta?

¿Y por qué yo tengo derecho a tanta ternura si no se la muestra a nadie más? Estas preguntas me dan vueltas en la cabeza.

—Espero que estés preparada para la pelea que se avecina, podría ser violenta —me advierte.

—Estupendo. ¿Eres consciente de que las comidas familiares son momentos en los que se disfruta? ¡Hay que venerarlos!

—Lo único que venera mi familia es el dinero. El resto ya es secundario.

Empiezo a pensar que ahora mismo preferiría que me despidiera...

Siana

Knox me coge de la cintura mientras salimos del dormitorio y bajamos al salón. Se me escapa un pequeño grito de sorpresa cuando un adorable conejito cruza la habitación para ir a esconderse, pero enseguida olvido esa sobredosis de afecto. Estoy fascinada por la decoración, de verdad. Incluso me hace preguntarme si seguimos en la guarida del diablo, o si todo esto no ha sido más que una mera pesadilla.

En el salón, el abeto natural tiene un aspecto sublime, y gracias a los troncos de la chimenea crepitando suavemente, la gran sala está perfumada con el aroma de la naturaleza, aunque poco a poco se mezcla con el olor de la verdura asada.

¡Qué acogedor!

En la repisa de la chimenea hay decenas de velas y pequeños recipientes de cristal con luces, y en la pared, justo encima, una magnífica guirnalda de grandes calcetines tejidos a mano, sin duda rellenos de regalitos para toda la familia.

En la mesa de centro del salón, junto a dos sofás de color marrón claro, hay una bonita mesita de madera blanca con un jarrón de flores frescas y un pequeño cuenco de cristal lleno de adornos dorados y rosas. En cuanto a la barra de la cortina sobre el ventanal acristalado, está decorada con una guirnalda de acebo con bayas de color blanco puro, a la que han añadido unas cuantas luces parpadeantes y bonitas flores rosas y beis.

—Quiero vivir aquí —le repito a Knox, con los ojos centelleantes.

—Vas a cambiar de opinión en cinco, cuatro, tres...

—¡Por fin estáis aquí! —exclama Marguerite con desdén.

Ya está sentada al final de la mesa del comedor con todos los demás. Solo hay dos asientos vacíos uno al lado del otro. Y justo a su izquierda. Estupendo.

—Cogeré la silla más alejada —refunfuño en voz baja.

—Os estábamos esperando. La puntualidad no es una de las virtudes de su pueblo, María.

—Es Siana —dice Knox con cordialidad.

—Da igual.

—Tiene razón, Marjorie. Lo mismo da —respondo con una gran sonrisa.

—¡Es Marguerite!

Su tono indignado me dice que va a acordarse de mi nombre durante un rato. Bueno, ni siquiera estoy segura de ello. Es capaz de cualquier cosa, a juzgar por sus ojillos mezquinos.

Knox me lleva a nuestros asientos y me doy cuenta de que hay un pequeño cartel con mi nombre junto a las copas de cristal, y de que mi asiento está... justo al lado de la vieja zorra. ¡Estupendo!

El idiota de mi prometido esconde una risita y me lanza una mirada de «te lo dije». Yo le respondo con una fría mirada de «sigue por ahí y te mato».

Cuando por fin estamos sentados, Marguerite da una palmada y todo el mundo empieza a servirse los numerosos platos deliciosamente aderezados que hay alrededor de la mesa. Las verduras de temporada a la parrilla huelen especialmente bien. Cojo el plato de porcelana caliente y sonrío a Knox.

—¿Verduras, mi osito amoroso? —le ofrezco.

La expresión de su cara me da la impresión de que el osito amoroso quiere devorarme, pero no en el buen sentido.

Ángel, sentado frente a mí, se echa a reír. Lo único que sobresale de la mesa es su cabecita.

—¡Pero bebecín! Así no vas a poder comer...

Se ríe aún más y disfruta de su nuevo apodo.

—¿Nadie se ha preocupado por Ángel? —protesta Knox.

Mi prometido fulmina con la mirada a su hermano, al que parece que solo le intereso yo. Tengo la sensación de que conoce todos nuestros secretos y está esperando el momento oportuno para obligarnos a revelarlos. Me pone de los nervios.

Knox se pone en pie, coge a su ahijado en brazos y lo levanta de la silla de ruedas mientras Graham le pone dos grandes cojines encima. Cuando Knox vuelve a acomodarlo —cosa que hace que me enamore perdidamente de él en el proceso—, por fin está a la altura adecuada.

—¿Mejor? —le sonrío.

—Sí. Ahora al menos puedo ver mi plato —ríe entre dientes.

—Pásamelo, yo te sirvo.

Me lo pasa al otro lado de la mesa y me levanto para poner en él todo lo que señala con el tenedor.

—Asado, y zanahorias, pero sin nabos, y sin puerros, pero con puré de patatas, y salsa, pero sin champiñones, y sin *bacon* —dice.

—¿Qué? ¿Sin *bacon*? ¿Cómo que sin *bacon*? ¡Pero si está buenísimo!

—Bueno, solo uno para probar.

—Oh, mi valeroso caballero. No puedo alabar lo suficiente su osadía...

Ángel vuelve a reír, y su padre me mira de repente con una gran sonrisa encantadora. Le devuelvo la sonrisa, lo que produce un efecto agradable en Knox. Por el rabillo del ojo le veo apretar los puños, que esconde bajo la mesa, y sé que ahora mismo está furioso. Pero no entiendo por qué. Al fin y al cabo, solo está aquí conmigo para fingir, ¿no?

Me doy cuenta de que Marguerite también me observa con interés, y de pronto me pregunto si no me estará leyendo el pensamiento.

Vieja bruja apestosa... —le grito en mi interior, con rabia.

Bueno, ella no reacciona. Eso es bueno.

Cuando termino de servir a Ángel, le toca a Knox, que nos ha servido un poco de vino, y vuelvo a sentarme. Antes de que pueda morder una zanahoria de las que se deshacen en la boca, Marguerite me dice:

—¿Es usted meretriz?

Me atraganto tanto con el bocado que me vuelvo hacia ella por si Knox me hace la Heimlich. Así tendré una buena excusa para escupirle la verdura masticada en su cara de vieja bruja arrugada.

—¡Marguerite! —contesta Knox enfadado.

—¡Madre! —dice el señor Sullivan, indignado.

—¿Qué es una meretriz? —se ríe Ángel.

—Es una estríper o una prostituta, según quién pregunte —le explico.

Pues sí, tiene derecho a saberlo. Al fin y al cabo, es la abuelita quien ha sacado el tema.

—Y no, no soy meretriz. Knox me paga lo suficiente para que no necesite vender mis

encantos. Aun así, puedo decirle que estoy segura de que apreciaría un pequeño baile erótico esta noche, solo para relajarse. Estás demasiado estresado, cariño —le digo mientras le pongo la mano en el puño, que tiene aún apretado bajo la mesa.

Miro fijamente a su abuela. Es hora de que cuente la estúpida historia que ha urdido para nosotros.

—Conocí a Knox en una cena de gala, a la que me invitaron como experta, por cierto. Soy licenciada en Historia del Arte.

—¿Usted? ¿Ahora qué hay, museos en México? ¿Y cómo va a encontrarlos, con esos sombreros en la cabeza que le tapan la vista?

—Voy a matarla —digo mientras suspiro.

Knox apoya el brazo en el respaldo de mi silla y me acaricia la nuca para tranquilizarme, lo que funciona agradablemente.

Sigo mirando a Belcebú.

—También hay crematorios. Solo por si le interesa...

La vieja suelta un grito ahogado lleno de asombro y vuelve a comer, sin dejar de mirarme.

—Así que os conocisteis en esa famosa gala, ¿dónde fue?

—En Nueva York, por supuesto. Aunque no quería ceder a sus insinuaciones, acabé enamorándome de él. Es muy guapo, ¿no cree?

Sonrío y él se inclina a regañadientes para darme un beso en la mejilla. Me dice al oído:

—Se suponía que tú eras la seductora, cariño...

Admito que me he tomado algunas libertades con su historia.

A Graham parece gustarle mucho y ahora me mira como una serpiente dispuesta a morder.

—¿Guapo? —se burla—. Mi hermano de todo menos guapo. Es egoísta, arrogante y frío.

—Contigo, quizá.

Levanto las cejas y siento el puño de Knox apretarse en mi nuca. Que su hermano le insulte tan abiertamente debe de ser difícil. Sin embargo, se relaja para no hacerme daño en el cuello y bebe un sorbo de vino antes de mirar a Graham con odio.

—Está lejos de ser frío o egoísta conmigo —sonrío.

—¿Incluso cuando te azota? Todo el mundo sabe que ese es el placer oculto de Knox.

Me sonrojo y me atraganto un poco más.

—Bueno... Sí. De hecho, me encanta cuando me azota.

—¡Será zorra...! —dice la abuela indignada.

—¡Disculpe pero acabo de responder a la pregunta! Es él quien debería sentirse como un imbécil por atreverse a revelar nuestra intimidad delante de todo el mundo. Al fin y al cabo, si le preguntara cuándo fue la última vez que probaron su pepitilla, la perversa sería yo, ¿no?

—¡Yo no hago esas diabluras! —exclama Marguerite.

—Al menos ahora sabemos por qué está siempre de mal humor.

Veo que se hace la ofendida y está a punto de replicar, pero Ángel nos hace callar a todos.

—¿Qué significa «probar la pepitilla»? —dice como un pollito desorientado.

Dios mío... Qué liada.

—Es... Es lo mismo que comerse un conejo, bebecín. —digo, esperando que no pille el doble sentido.

—¡Puaj! ¿Un conejo? ¡Qué asco! —chilla.

—A algunas personas les gusta. ¿Y sabes qué? Estoy seguro de que un día a ti también te encantará. A menos que prefieras las berenjenas. O las dos cosas, en realidad.

—Siana —murmura Knox—, creo que será mejor que lo dejemos aquí.

—No, no creas. Lo entenderás cuando seas mayor, Ángel.

Asiente, pero creo que en el fondo está horrorizado. Es normal. Mira a esa bolita de pelo que acaba de sentarse cerca de la mesa y se horroriza. A mí tampoco me gustaría comérmelo.

—¿Cómo se llama? —le pregunto al pequeñín mientras se reanuda la conversación.

—Conejo.

—Muy original. ¿Quién eligió el nombre?

—Yo —dice orgulloso.

—Quizá deberías usar un poco la imaginación.

La abuelita casi se atraganta, pero se contiene.

Pero ¿qué he dicho ahora?

—Pero le queda bien «Conejo», ¿no?

—Sí, lo admito. Pero si tuvieras otro más, ¿qué harías?

—Entonces sería Conejo número dos.

—Mmm, eres muy listo tú...

Sonríe como un pícaro, y me enseña sus dientecitos de leche.

—Pero aun así, te falta imaginación. Tienes que leer un poco más, cariño.

Esta vez, la abuela no puede morderse más la lengua.

—¡No le hable así a Ángel!

—¿Por qué no?

—Porque él es...

Baja un poco la voz, ladea la cabeza y me mira enfadada.

—Dis-ca-pa-ci-ta-do —murmura.

—Tengo que decirle algo que quizá no le guste, pero eso lo ve todo el mundo.

—Entonces tenga cuidado con lo que le dice, María.

—Mire, Marjorie, el niño tiene diversidad funcional, eso es un hecho, pero ¿por qué lo trata así, con tanta sorna? Le aseguro que él es como el resto de nosotros. ¿No es así, cariño?

Orgulloso y rebosante de una satisfacción evidente, me dirige una amplia sonrisa y asiente.

—Tratarle como si fuera diferente es lo que le hace sentirse diferente. Y, sin embargo, es como los demás, salvo que tiene una silla para él solo.

Sin saber qué decir aparte de «puta asquerosa», cosa que extrañamente se abstiene de hacer, Marguerite hace sonar su campanita y llegan dos criados para recoger la mesa antes de servir el postre: pequeñas tartaletas de arándanos, que me parecen totalmente ofensivas. Sobre todo cuando nadie pone una delante de Knox.

Furiosa, aparto el postre.

—¿No vas a comer, Siana? —pregunta el señor Sullivan.

—Si Knox no come postre, yo tampoco.

—Ya, es que es un poco *difícil*ito.

—No es difícilito, es alérgico. Y no es que le resulte difícil cambiar el postre. Solo tenía que darles la orden a sus criados, Belcebú.

—¿Cómo se atreve a llamarme así? —grita.

—¡Cuando alguien quiere envenenar a mi prometido, reacciono muy mal!

—No te preocupes, cariño, estoy acostumbrado —dice con calma mientras me besa en la mejilla.

Lo peor es que noto el cansancio en su voz y sé que es la verdad.

—Venga, vamos a ver si hay algo más en la nevera.

Me coge de la mano y nos levantamos para ir a un pequeño pasillo que conduce a la cocina, que está apartada del salón-comedor. Dos criados, que estaban allí, se apresuran a dejarnos solos para darnos intimidad.

Una vez aislados de esa panda de desgraciados, respiro aliviada.

—Duro, ¿eh? —me pregunta mientras saca dos *mousses* de chocolate de la nevera y me entrega una de ellas.

—Bueno, ahora ya estoy mejor.

Me como el postre, apoyada en la encimera de mármol beis, con Knox a mi lado. Cuando he terminado y tira los restos a la basura, le miro molesta.

—Te lo advierto —le digo de pronto en voz baja—, más vale que no seas un perverso como Christian Grey. Si algún día se te ocurre azotarme el culo, te romperé los testículos a martillazos, ¿está claro?

Se echa a reír y de repente me echa el pelo hacia atrás.

—Tu culo está a salvo conmigo, Siana. No soy esa clase de hombre.

—Pero tu hermano dijo...

—Graham lo sabe.

—¿Saber qué?

—Que tú y yo no estamos prometidos. Se lo cuento todo. Es mi único confidente en el mundo, y solo quería avergonzarme.

—¿Pero por qué hablas con él si sabes que te dejará en evidencia? No es muy agradable que te acribille de esa manera. A tu abuela casi le da un infarto con el tema de conversación.

—No tengo a nadie más, ¿no lo entiendes? Él es mi único vínculo intacto con el mundo exterior.

—¿Estás seguro de que está intacto, Knox? —le pregunto mientras le abrazo—. Porque a mí me da la impresión de que se siente mal, y por eso te está haciendo daño.

—Estoy acostumbrado —dice por segunda vez esta noche.

Y entonces noto cómo empieza a dolerme el corazón por él.

Siana

Acaricio suavemente el pelo de Knox, y lo peino con las yemas de los dedos sin hablar. Parece que le gusta, que lo aprecia, que lo adora, porque sus ojos se cierran un instante y cuando vuelve a abrirlos tienen tal profundidad que podría caer rendida a sus pies.

Separo los labios. Quiero decirle mil cosas, mil cosas sin sentido que le distraigan de sus pensamientos; mil cosas inútiles que nunca podrían compensar toda una vida de abusos.

Así que me callo.

—No me gusta verte triste, señorita. ¿Qué tal una sonrisita para mí, por favor?

—No hago ese tipo de cosas por encargo. Necesitaría otra *mousse* de chocolate para eso.

—Entonces iré a por otra.

Pero él no se mueve, se queda contra la encimera mientras yo me cuelgo de su cuello. Sus manos se posan suavemente en mi cintura y me pregunto si va a levantarme para apartarme de su camino, pero... no. Se queda ahí, como si fuera el mejor momento de su día. Y quizá también sea el mío.

Este momento de calma absoluta, sin tensión, sin presión entre nosotros, es precioso. Por primera vez le veo tal y como es. Ni el jefe arrogante ni el hombre exigente. Es simplemente él mismo. Cansado de ser constantemente el blanco de su familia, de estar a la defensiva con todo el mundo. Sabe que conmigo puede ser él mismo sin limitaciones, sin miedo, porque yo solo interpreto un papel. Un papel que él controla.

De repente se oyen voces y reconozco a Graham y a una de las criadas que se acercan a nosotros paso a paso.

Con el repentino impulso de hacer que ese imbécil se arrepienta de lo que le ha hecho a su hermano, me vuelvo hacia Knox y empiezo a acariciarle el pecho con los dedos, y sonrío como si me entregara a él.

—Siana, ¿qué haces? —murmura, tenso y con una mirada ardiente.

Le hago una mueca mientras los dos intrusos entran en la cocina.

—Espero que no estés muy enfadada conmigo por hablarle tan mal a tu abuela, osito.

—No me molesta en absoluto. Creo que se lo merecía.

—¿Se lo merecía? ¿Estás seguro? Porque si alguna vez quisieras castigarme, creo que aceptaría mi destino. Y tus grandes manos podrían... digamos... darme unos azotes como tanto te gusta hacer.

Ronroneo y le beso suavemente, muy despacio, en la boca.

La forma en que me sujeta, brusca y firme, me hace gemir y, de golpe, su lengua me devora, voraz, sin dejarme espacio para respirar. Sus dedos salvajes agarran la tela de mi top y yo gimo contra su boca, y me pregunto si va a arrancármelo y a sentarme en la encimera central para hacerme todas esas cosas indecentes en las que pienso con demasiada frecuencia.

Pero Knox, que todavía mantiene el control, se limita a decirme con dulzura después de lamerme los labios:

—Vamos arriba.

Esas palabras están cargadas de deseo, un deseo tan feroz que es incapaz de contenerlo.

Luego me besa de nuevo y yo tampoco puedo resistirme. Me aferro a su nuca, a su camisa y arañeo su torso perfecto mientras avanzo.

Me empuja hacia la puerta. Yo camino hacia atrás. Él me guía, su boca sigue en la mía. Suelto una risita y acabo dándome la vuelta y tirando de él hacia las escaleras después de deslizar mi mano entre las suyas.

Por el rabillo del ojo veo a Graham, furioso, mirándonos como si quisiera vengarse. ¿Por qué? ¿Por el hecho de que su hermano nos haya hecho creer una estúpida mentira destinada a darle un poco de felicidad en esta inestable familia? Creo que odio a ese hombre con todo mi corazón.

Cuando llegamos al salón, me ruborizo un poco, pero me divierte ver a toda esa gente mirándonos atónita. Creo que Knox nunca se había comportado así delante de nadie. Creo que nunca había mostrado el más mínimo sentimiento o emoción a nadie, y ver sus hermosos ojos oscuros ardiendo de deseo y placer debe asombrarles. Y yo los comprendo, francamente, porque ser el blanco de esa mirada oscura, ser por quien se generan esos sentimientos, me hace sentir como una reina. Es como si él fuera un incendio abrasador y yo la esencia que se extiende lentamente a su alrededor.

Mis labios se separan. Él nota ese gesto minúsculo.

Mis pupilas se dilatan y mi respiración se acelera.

Y entonces entiende que me gusta, que me atrae, que me fascina.

—Buenas noches a todos —dice Knox, sin mirar a nadie más en la mesa—. Nos vamos a la cama. Hasta mañana.

Empezamos a subir, pero a mitad de la escalera de mármol, cuando ya hemos perdido de vista la mesa, pierde el control, me arrima a la barandilla mientras me sujeta y vuelve a besarme con tanta pasión y deseo que casi estoy dispuesta a entregarme a él ahora mismo. Nuestras respiraciones se intensifican. Nuestros ojos se clavan el uno en el otro con más deseo que nunca.

Entre mis piernas, noto su sexo ya duro y lo deseo como nunca he deseado a ningún hombre en mi vida. Me cuesta recordar que es mi jefe, mi superior, el hombre que puede despedirme si hay algún problema y, sobre todo... que solo soy una mentira para él, una mentira que cuenta a sus amigos y a su familia. No soy nada, aparte de la mujer que va a pasar con él diez días. Diez días en los que sufriré, se enfadará... Diez días que ya odia, y odiará hasta el último de ellos. Sé que todos estos besos y caricias son una mala idea. Pero no puedo parar.

Subimos corriendo los últimos escalones.

Suelto una risita cuando mis tacones chasquean en el mármol, luego en el suelo del piso de arriba, y cuando Knox me empuja a nuestro dormitorio antes de empotrarme contra la puerta, porque sé que me va a costar recuperar el control.

Me empuja hacia la puerta y se aprieta contra mí. Le beso hasta olvidarme de quién soy, y siento cómo tiembla todo mi ser cuando se inclina un poco para acariciarme los muslos y luego me agarra las nalgas con sus manos impetuosas, feroces y excitantes.

Mi nombre se escapa de sus labios, con un tono tan suave como poderosas son sus caricias.

Y es entonces cuando tengo que actuar. Antes de cometer una estupidez. Antes de poner en peligro todo lo que estoy tratando de construir. Una carrera, un futuro tan profesional ideal, para no tener que volver a llorar por culpa de un hombre.

—Knox, para —jadeo mientras sus labios devoran mi cuello.

—¿Que pare qué?

—Para —repito, riéndome.

Se endereza y apoya los puños en la puerta, a ambos lados de mi cabeza.

—No quería que las cosas llegaran tan lejos entre nosotros. Solo era un juego, ¿sabes? Solo quería castigar a tu hermano por ser malo contigo.

—Tú también me estás castigando —refunfuña.

—Siento no haber tenido tiempo de advertirte, pero podrías haberte dado cuenta por ti mismo de que no era... verdad.

Su mirada se endurece y se fija en mí, aún presa de su deseo. Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro, como si me desafiara a decirle otra vez que mi forma de besarlo, de tocarlo, de desearlo, no era *real*.

—Cielo, cuando sacas el tema del sexo, créeme, ya no hay nada que entender. Mi cerebro se desconecta y ¿quién crees que toma el mando?

Miro hacia abajo y veo su sexo duro y tenso que dibuja una silueta muy sugerente en sus pantalones de traje.

Dios, si tuviera un poco menos de fuerza de voluntad...

—¿Se te ha ido la olla? Y no he dicho nada de sexo, solo unos azotes.

Se inclina hacia mí, su nariz roza la mía y su intensa mirada se clava en mis grandes ojos. Su aliento recorre mi boca. Está caliente. Casi ardiendo.

—¿Y qué crees que habría pasado si te hubieras subido la falda y te hubieras bajado las bragas?

—Nunca dije nada de que fuera a sacar mis nalgas para que me castigaras.

—A menos que sea mi decisión, señorita.

Entonces me dedica su gran sonrisa depredadora y lo empujo hacia el cuarto de baño y lo pierdo de vista. Si lo tengo cerca, no podré dejar de besarle.

Excitada, me tiro en la cama y aprovecho la oscuridad para cerrar un poco los ojos. Solo la luz del cuarto de baño ilumina un poco la habitación, y eso basta para tranquilizarme. Le oigo abrir la ducha e incluso cantar un poco. Nunca habría imaginado que este hombre pudiera tararear. Y muy bien. Su voz profunda, grave y sensual tiene un efecto en mí.

Respiro hondo y, cuando por fin se abre la puerta del baño, se me corta la respiración. Knox irrumpe, caminando hacia mí como si dominara el mundo.

Su pelo oscuro está húmedo.

Lleva pantalones de algodón gris claro y... eso es todo.

Su torso perfecto y musculoso no tiene la más mínima imperfección, ni el más mínimo defecto, aparte de esas pocas gotas que caen en picado entre sus abdominales y que me dan ganas de lamer hasta la saciedad.

—¿Disfrutando del espectáculo?

—¿De verdad? ¿Qué tendría que ver? Es una pena que esté todo oscuro —balbuceo.

Knox olisquea, divertido, y luego se tumba en la alfombra de cuadros que él mismo ha colocado ahí. Le ofrezco dos cojines como gesto de generosidad. Los he contado y aún quedan doce.

—No me robes los cojines en mi ausencia, ¡o me enfadaré!

—Como quieras —suspira, levantando los ojos al cielo.

Entonces pone los brazos detrás de la cabeza, y muestra sus magistrales bíceps.

Me encierro en la habitación de al lado para no perder la cabeza y lanzarme sobre él como una loca, y una vez en la ducha, me preocupo de poner el agua a la temperatura más fría que mi cuerpo pueda soportar. Cuando salgo treinta minutos después, estoy tiritando, pero al menos no

pienso en mi sexy jefe semidesnudo tumbado a los pies de mi cama. Vale, sigo pensando en él. Pero no tanto.

Me seco el pelo rápidamente, me lo recojo en un moño sobre la cabeza, molesta por todos los mechones ondulados que caen sobre mis hombros desnudos, y luego me pongo mi camisón de seda burdeos y encaje negro. Es... magnífico. Y sensual. Me miro en el gran espejo independiente del fondo de la habitación, encantada de verme tan guapa.

Antes me sentía bien. Tanto con mi vida como con mi cuerpo.

Pero mi descenso a los infiernos me hizo sufrir de un modo horrible, y me obligó a cuestionarme todo lo que era. Quién era yo. Cuanto más desesperada estaba por volver a encontrar trabajo, más horrible e insignificante me sentía. Me dolía en el alma.

Poco a poco me he ido recuperando gracias a Lani y ahora trabajar para Knox me está devolviendo la confianza. Bueno, en cierto modo.

Cuando estoy lista para irme a la cama, apago la luz y veo que el dormitorio está en la penumbra más absoluta. Vaya, ¿dónde está la cama?

Tanteo un poco en la oscuridad, doy unos pasos hacia delante, y entonces mi pequeño dedo del pie choca con un mueble de m***** que estaba en medio de la p***** habitación de m***** de su p*** madre.

Knox enciende de repente la lámpara de la mesilla y yo me quedo paralizada frente a él. Antes de llevarme las manos al pecho.

—Eh, ¿qué haces? —chillo.

—Te estoy ahorrando la molestia de reventarte la cara con un abeto. O de que te dé un patatús y te caigas encima de mí —sonríe.

—¡Apaga esa luz!

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¡Porque estoy prácticamente en bolas!

—Siana, llevas un camisón.

Que el muy cabrón está recorriendo con la mirada.

—Exacto.

Me giro, con las mejillas completamente rojas, mientras me pregunto si podré liberar una mano para tirar de la parte inferior de mi camisón.

Knox comprende mi calvario y suspira pesadamente.

—Vete a la cama, por el amor de Dios. Te prometo que no miraré.

Cierra los ojos, molesto, pero su sonrisita me da ganas de darle una patada al pasar. Lástima que me duela tanto el dedo pequeño del pie que probablemente acabe con un hematoma del tamaño de su edificio.

Finalmente me meto en la cama con un gruñido, antes de acurrucarme en las suaves sábanas de algodón satinado.

—¿Te has hecho mucho daño? —pregunta Knox mientras se incorpora.

Me observa atentamente, pero soy una mujer fuerte.

No, no lo soy, estoy acurrucada y agonizo.

—Estoy bien.

—¿Lo estás?

—Sí, ¿por qué?

—Parece que quieres matar a alguien. O destruir algo, como un tocador de roble.

—Me duele, pero he sufrido más en otras ocasiones. ¿Alguna vez has dormido sobre migas

crujientes? Es un infierno, de verdad. Como arena, pero espinosa. Y se esparce por todas partes, por cierto. Por todas partes.

Se echa a reír y vuelve a tumbarse, con una sola sábana sobre la parte inferior del cuerpo.

Me inclino hacia él y le sonrío.

—¿No vas a tener frío? Podríamos compartirla, ya que mide al menos cuatro metros.

—Estaré bien. Buenas noches, señorita Cactus. Me ha alegrado mucho pasar el día contigo. Me he sentido en paz. Quizá me haya encantado que me defendiera.

—Y lo haré tantas veces como haga falta.

—¿De verdad?

—Claro que lo haré. Todos merecen tener a alguien en su vida que luche por ellos. Seré tu caballero de brillante armadura, como tú fuiste el mío cuando decapitaste a mi dragón. Mataste a Andrew después de que me hiciera rica, ¿verdad?

—Ojalá —se ríe—. Quizá sea lo que más lamento en mis treinta años de vida. No haber sido capaz de arrancarle el corazón.

—No puedo creer que Graham dijera que no eras guapo. No sé qué más necesita —digo riendo entre dientes.

Como si mi cumplido le hubiera llegado al alma, su rostro se suaviza y una pequeña sonrisa ilumina sus facciones.

Apago la lámpara de la mesilla, no vaya que se lo crea demasiado, y me duermo profundamente con una sonrisa en la cara también.

Pero, claro, algún idiota me despierta a las tres de la madrugada.

Un pequeño ruido me sobresalta y me siento en la cama, mirando a mi alrededor. La luz se filtra por debajo de la puerta del baño.

Knox.

¿Se puede saber qué hace a estas horas?

Furiosa —porque, bueno, no soy una Cenicienta que se despierta feliz con pajaritos en el pelo y ratones pervertidos que la desnudan—, me levanto y me dirijo a la habitación de al lado.

Inclinado hacia delante, con los puños apretados sobre la piedra helada del lavabo, tiene la cabeza gacha y la respiración agitada.

—¿Qué demonios haces? —murmuro mientras cojo un vaso de cristal.

Lo lleno de agua y bebo un sorbo.

—Vuelve a la cama, Siana —gruñe Knox.

—Me gustaría, si alguien no hubiera decidido que la oscuridad está sobrevalorada. ¿Qué te pasa?

—Nada, no podía dormir, eso es todo.

Por fin se incorpora. Parece agotado.

Entristecida, le pongo la mano en el hombro musculoso, pero se estremece y me aparta. Su mirada se vuelve hacia mí, y baja ligeramente hasta mi pecho, así que le fulmino con la mirada.

—Mis ojos están aquí arriba, y son bien bonitos...

Suelta una pequeña carcajada.

—Todo en ti es precioso, Siana. Ese es mi problema.

Cuando por fin se vuelve hacia mí, me doy cuenta de que tiene un problema. Un problema muy, muy grande.

Se apoya en la pared, con las manos a la espalda, como si quisiera apartarlas de mí. Se me corta la respiración cuando lo miro de arriba abajo, y él hace lo mismo.

Aún me molesta que se haya atrevido a despertarme. Sobre todo por algo tan insignificante.

Me muerdo el labio inferior, me acerco a él y deslizo el dedo índice por su bíceps. Luego por su pecho. Y por sus abdominales duros y tan bien esculpidos.

—¿Y si te dijera que conozco la forma perfecta de hacer que... te recuperes?

—Entonces te pediré que no tardes mucho, preciosa, porque estoy empezando a sufrir.

Divertida, sonrío y deslizo el dedo bajo el elástico de sus pantalones antes de darles un pequeño tirón. Me quedo mirándole a los ojos, y admiro su boca sensual que se abre con el placer que está por llegar. Luego arrojo mi vaso de agua sobre su miembro.

—¡Joder! —grita Knox.

—¿Así está mejor? ¿Puedo dormir ya?

—Sinceramente, será mejor que te vayas ahora mismo, so petarda, porque estoy a punto de dejarte inconsciente para que dejes de sonreírme como un demonio.

Le beso la mejilla, aunque me gruña, antes de obedecer.

Cuando Knox sale del baño, me siento mucho menos tranquila.

—¡Estás desnudo! —exclamo.

Inmediatamente después me tapo los ojos, pero abro los dedos.

—¡Pervertido! ¡Exhibicionista!

—Es culpa tuya, no deberías haberme mojado los pantalones del pijama.

—Si lo hubiera sabido...

—Si lo hubieras sabido, ¿qué, Siana? ¿Qué habrías hecho?

—Nada —murmuro.

—Eso pensaba yo.

—Te has olvidado de apagar la luz del baño, que lo sepas. Parece que no piensas en nada cuando se te pone dura.

—Por favor, deja de hablar de mi miembro como si no estuviera aquí.

Se aleja. Dios mío, su culo es una obra de arte.

Cuando las luces finalmente se apagan, me siento aliviada de no tener más a ese hombre tan sexy, hipnotizante... y perfecto frente a mis ojos. Entonces me quedo profundamente dormida, pero esta vez no tengo una sonrisa en la cara, sino la mente llena de pensamientos obscenos. Mierda, Knox debería tirarme un vaso de agua fría a la cara ahora mismo.

Knox

Un dulce gritito me despierta a las nueve de la mañana, aunque ya ha amanecido.

Me incorporo con el cuerpo dolorido. Dormir en el suelo no es lo más cómodo, pero por esa petarda estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio. Después de todo, es mi culpa que se esté perdiendo las Navidades con su familia solo para tenerla aquí conmigo, con gente que me odia por alguna razón.

Como la cama está vacía, me levanto, me estiro y veo su precioso culo que asoma en una de las ventanas del dormitorio.

—¿Qué haces? —le digo.

—¡Ha nevado, Knox! ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que hace frío? —suspiro.

Me acerco a ella y me pongo justo detrás. El calor de su cuerpo inunda el mío.

Me asomo un poco por la ventana y, sin querer, la abrazo por la cintura. Quizá haya sido un acto reflejo, o quizá porque me encanta...

—No, ¡significa que podemos hacer un muñeco de nieve después de nuestra pequeña excursión a la ciudad!

Mierda, había olvidado mi promesa.

—Bueno, bueno, primero tengo que hacer unas llamadas.

—¿Pretendes trabajar? Sr. Sullivan, está usted de vacaciones —me regaña, mientras se da la vuelta otra vez. ¡Pero bueno! ¿Estás desnudo otra vez?

—Qué chica tan observadora —me río.

Atrevida, se queda cerca de mí y observa a lo lejos los abetos cubiertos de nieve. La miro. Si supiera el efecto que produce en mí, si supiera lo bien que me sienta su seda en la piel, su calor en mi piel helada... Pero no. Siana solo tiene ojos para el paisaje invernal, cubierto de un manto blanco, y miles de estrellas brillan en sus pupilas.

—Si quieres, te llevaré a dar un paseo por el bosque de camino a casa. Entre los árboles. Podrías poner guirnaldas y adornos en todos ellos.

—Para, me estás excitando —se ríe.

Su impaciencia le tiñe las mejillas de un bonito color rosa. En un segundo, mis manos se deslizan por su camisón para acercarla más a mí y, al siguiente, se escabulle de mis garras, corre hacia su maleta para rebuscar en ella y luego se va al baño.

Dios, necesitaba sentirla en ese momento. Ella, yo, nosotros, el uno contra el otro. Después de los besos apasionados que nos dimos ayer, después de pensar en ella toda la noche, joder, necesitaba mi dosis.

No obstante, aprovecho mi soledad para ponerme un traje elegante y caro, y cuando Siana vuelve a nuestra habitación, se me corta la respiración. Lleva unos *leggings* muy ajustados y sexys que imitan unas medias rojas con rayas blancas, unos tirantes de piel y unos minishorts de terciopelo carmesí. Su jersey blanco, grande y acogedor, está cubierto de renos rojos brillantes. Se ha recogido el pelo en un moño caótico y está sublime.

Sin mirarme lo más mínimo, vuelve a su maleta y saca un par de botines negros con

cordones de seda dorada y, cuando está lista, me sonrío de oreja a oreja.

—Nos iremos cuando estés listo, pero no tengas prisa, puedo esperar. Como dos o tres minutos. Es más, bajaré a desayunar mientras tú haces tus llamadas.

No puedo creer que vaya a pasar todo el día con ella... Parece que le han dado cuerda...

—No, está bien, llamaré más tarde. Vamos a comer algo y luego vamos a dar un paseo. No quisiera que te impacientaras —me río.

Ella aplaude, contenta por primera vez desde que llegamos, pero cuando bajamos ya frunce el ceño. Marguerite y Graham están sentados a la mesa, con una taza de té delante. Y obviamente nos están esperando.

—Knox. María... —dice mi abuela.

—Belcebú... —farfulla mi Siana.

—¡Hola, tío Knox! ¡Hola, tía Siana! —sonríe Ángel mientras empuja su silla hacia nosotros.

—¡Hola, bebecín! ¿Has visto cuánto nevó anoche?

—¿Ah, sí? —exclama mientras se deja llevar por las palabras de Siana.

—Te lo enseño —le digo, mientras lo cojo en brazos y lo llevo hasta el ventanal.

Pulso el botón del mando a distancia de un aparador y las cortinas se abren lentamente hacia el inmenso jardín de la propiedad.

—¡Guau! —dice Ángel entusiasmado—. ¿Crees que la nieve está fría, tío?

—¡Pues claro que lo está! —dice Siana—. ¿Nunca has estado fuera en invierno?

—¡Claro que no! —chilla la abuela. Es... dis-ca-pa-ci-ta-do.

—Sí, bueno, también es un ser humano. La nieve no lo matará.

Graham y Marguerite la miran como si acabara de anunciar el fin del mundo. Ella levanta los ojos al cielo.

—Le protegen demasiado —me río, y entonces me inclino hacia ella y veo al pequeñín contemplar el paisaje con los ojos centelleantes.

—No es eso, yo creo que lo tratan como si fuera diferente. ¿Sabes qué, bebecín? Mañana tú y yo vamos a hacer un muñeco de nieve, pero no se lo digas a nadie, ¿vale?

Él asiente feliz.

—Creía que hoy ibas a hacer uno conmigo.

—Creo que hay nieve suficiente para toda una familia de muñecos de nieve.

Le doy un beso en la mejilla y llevo a Ángel a su silla. Insiste en desayunar junto a Siana, así que lo coloco junto a Marguerite, para que haya una pequeña barrera entre ellas, y cuando estamos todos acomodados, ella toca el timbre y sus criados traen bebidas calientes, pasteles y fruta fresca al momento.

—¿Qué te pongo, bebecín?

—Chocolate caliente y tarta de nata.

—Buena elección. ¿Te han dicho alguna vez que eliges mejor la comida que el nombre de tu conejo?

Mi abuela se atraganta, pero a Ángel le hace tanta gracia que se echa a reír.

—Prometo hacerlo mejor la próxima vez. Abuela Margie, ¿podemos tener otro conejo, por favor? —pregunta Ángel poniendo puchero.

Marguerite suspira pesadamente.

—Esto no es una protectora. Y puede que al conejo no le haga mucha gracia.

—Pero él sí quiere un hermano, ¡me lo ha dicho!

—¿Y qué dijo exactamente, si puede saberse?

—Pues... dijo... ¡Quiero un hermano! ¡Y un par de zanahorias! Y luego movió la naricilla.

—Y pensar que dije que le faltaba imaginación... —ríe Siana.

—Además, si le pego un bocado, le faltará un trozo, así que necesitaremos otro conejo. Casi me ahogo de risa.

—No te vas a comer a Conejo, Ángel —dice Marguerite.

—¿Ni siquiera para probarlo? La tía Siana dijo que estaba bueno.

—Los mexicanos pasan tanto tiempo emborrachándose que no me extraña que digan tantas tonterías. Entre eso y las drogas, es normal que las cosas no vayan demasiado bien por allí abajo —contesta, dándose golpecitos en la sien.

Estoy a punto de enfadarme y cantarle las cuarenta, pero Siana posa su mano suavemente sobre la mía.

—¿Qué quieres, mi osito amoroso?

—Nada, voy a tomarme un café solo.

—¿No desayunas?

—Nunca desayuno. Suelo empezar a trabajar temprano, así que no tengo tiempo.

Me ruborizo de repente y se me acelera el pulso. Espero que nadie cercano a mí se haya dado cuenta de que acabo de darle a mi pseudoprometida información vital sobre mi vida. Toso con fuerza para disimular, pero me relajo al darme cuenta de que nadie me ha prestado atención.

—Nunca tiene tiempo para nada, desde luego. Ni siquiera para su familia —resopla Marguerite. Al menos espero que merezca la pena y que esta vez no se vaya a la quiebra.

Me tensó y cojo la jarra de chocolate caliente para servirle una taza a Siana, que lleva unos segundos mirándola con ganas de pegarle. Sin embargo, de repente se pone tan pálida que me pregunto si será capaz de tragar algo.

Me lanza una mirada discreta, avergonzada y triste, pero finjo ignorarla.

—¿No te lo ha dicho, María?

—Es Siana —rechisto.

—¡Claro que me lo ha dicho! —dice ofendida, ante una mentira que me deja la boca seca.

—Entonces, ¿por qué pareces tan sorprendida? ¿Porque eres una...?

—Como se le ocurra decir la palabra «meretriz», abuela, le juro que le monto el espectáculo en medio del salón, para que vea por usted misma mi falta de talento. De hecho, puede que incluso me caiga en algún momento. Mi sentido del equilibrio no es extraordinario. Lo que me sorprende es que saque un tema así. Un tema que hace daño a Knox, de hecho, cuando obviamente ha sacado tiempo de su vida y de su trabajo para venir aquí y celebrar la Navidad con su familia. Cuando quieres a tu familia, no pasas el tiempo reprochándole o sacando temas difíciles, se lo aseguro. Venga, Knox, nos vamos. Prefiero comer en el pueblo contigo que aquí con esta gente.

Se levanta, con la barbilla en alto, y una cara llena de orgullo.

La sigo con una sonrisa en la cara, y olvido todo lo que acaba de pasar porque estoy tan concentrado en su culo, que se menea delante de mí, y que se intuye de una forma tan indecente debajo de sus *leggings* navideños.

La abuela la mira de arriba abajo, contrariada, pero, francamente, empieza a darme igual lo que piense. Siana tiene razón. Mejor solo que mal acompañado.

Subimos a buscar nuestros abrigos y guantes, y ella se pone su bonito gorrito con pompón.

La mirada que me dirige se suaviza de repente, pero no abre la boca hasta que estamos

encerrados en mi coche, ocupados en las suntuosas carreteras cubiertas de nieve que brillan bajo la tenue luz del sol.

—No es para tanto haber metido la pata. Le pasa a todo el mundo.

—No, en mi familia, no. —murmuro.

—Tu abuela es un monstruo y tu hermano un idiota. Si tengo que elegir, prefiero arruinarme.

—Yo no me arruiné, Siana —suspiro.

—Pero Marguerite ha dicho...

—Dice lo que le conviene, o lo que me hace parecer un fracasado, en realidad. Lo que realmente ocurrió fue que mis socios, cuando monté mi primera empresa, me traicionaron, me lo robaron todo y me echaron. Perdí todo lo que tenía. Todo. Mi casa, mi reputación, mis clientes... Me quedé en la calle. Sin nada.

—Dios, lo siento mucho. ¿Y por eso ahora te encargas de tu negocio completamente solo? No confías en nadie, ¿verdad?

—Sí, bueno, entre otras cosas.

—No debes hacerlo. No todo el mundo a tu alrededor es un aprovechado. Te estás haciendo daño para nada, Knox.

—No, es para no cometer los mismos errores una y otra vez. No es lo mismo.

Se le escapa un pequeño suspiro, así que pongo mi mano sobre la suya. O mejor dicho, sobre su fea manopla rosa decorada con pequeños copos dorados.

—¿Estoy soñando o te preocupas por mí?

—Puede que un poco. Es Navidad, tienes que ser feliz. Es el momento de perdonar, de empezar de nuevo con buen pie y de sentirte bien con tu vida. Por eso todos los adornos están llenos de purpurina, ¿te das cuenta? Para hacernos un poco felices durante unos días del año en los que el resto de nuestra vida puede haber sido dura, difícil o simplemente una decepción tras otra. La Navidad es la época de renacer de tus cenizas.

—Así es como tú lo ves. Para mí, es el único momento del año que paso con personas que me echan la culpa de mi propia existencia. Es difícil perdonarles.

—¿Y qué tal si te perdonas a ti mismo?

—¿Por qué?

—Por confiar en la gente equivocada, por pasar por momentos difíciles, por no saber que te traicionarían. Sabes, nada de esto es realmente culpa tuya, Knox, así que hacerte daño pensando que lo es no es justo para ti.

—¿Sabes qué? Creo que es hora de saciar nuestro apetito. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que hablas mucho menos con la boca llena?

—¡Eh! ¡No seas borde! Oh, mira, ¡una tienda en la que venden donuts! —exclama de repente.

Aparco delante y dejo que vaya a por sus bollitos mientras envío unos correos importantes. Cuando Siana vuelve al coche, tiene un donut en la boca, dos tazas humeantes en las manos y una bolsa marrón pegada bajo la barbilla. Me echo a reír y salgo del coche para abrirle la puerta y quitárselo. Pongo lo que creo que es su chocolate caliente en el portavasos y, cuando por fin tiene la mano libre, muerde el dulce con ansia.

—Mmm, ¡qué rico!

—¿Qué has pedido?

—Para ti, un café solo grande y unos minidónuts con diferentes rellenos, por si aún quieres

desayunar. Y para mí, lo que he visto que llevaba chocolate.

—Gracias.

¿Por qué coño respondo así de seco? Esto es lo más bonito que alguien ha hecho por mí.

Vuelvo a subir y conduzco hasta el puerto deportivo para aparcar frente al paseo marítimo. Esta mañana la mar está agitada y trae consigo una espuma parecida a la nieve que cae de los árboles a nuestro alrededor.

—¡Dios mío, es tan hermoso, Knox! ¡Es como purpurina cayendo de los árboles con el viento y el sol! ¡Y el agua! ¿Has visto lo azul que es? ¡Es precioso! ¿Podemos ir a la playa más tarde?

—Claro que podemos.

—¡Gracias!

Esa palabra parece llena de emoción. Como todo lo que dice, en general. ¿Cómo es que siempre es tan impulsiva? Si yo tuviera que pensar, reflexionar y actuar con el corazón, maldita sea, ¡solo tomaría malas decisiones!

Aunque... bueno, francamente, la última vez que elegí con el corazón, cuando la contraté, resultó ser una decisión maravillosa.

Comemos envueltos en la calidez del coche, viendo las olas bailar solo para nosotros. La arena es blanca, nacarada, cubierta de una nieve inmaculada que la fascina y la deja absorta en el espectáculo. Yo me vuelvo hacia ella. He visto este océano miles de veces. Pero es la primera vez que veo a Siana con magia en los ojos y una sonrisa tan tranquilizadora.

Saboreo los dónuts que ella ha elegido tan bien y, cuando he terminado, rompo el hechizo que me tiene cautivado, porque creo que podría quedarme todo el día admirándola y, francamente, eso me pone de los nervios.

—Deberíamos hacer marcha. Oscurece temprano en invierno y tengo la sensación de que vas a entrar en todas las tiendas de la maldita ciudad.

—En todas y cada una de las tiendas —señala.

Cuando salgo del coche, me sorprende la pureza del aire del paseo marítimo. Al vivir en Nueva York, casi había olvidado lo agradable que puede ser el aroma de la naturaleza. Aunque no sea tan agradable como el olor a flores y a chocolate de Siana.

—¿Qué pasa?

—Tienes azúcar alrededor de la boca, Srta. Cactus. Parece que te acabas de hacer una raya.

—Pero ¿en qué mundo vives? El azúcar glas es vida —murmura lamiéndose los labios.

Maldita sea. Debería haberme callado la boca y haberlo probado yo mismo.

Una vez se ha limpiado, me tiende la mano y me ruborizo un poco.

—¿Has olvidado que estamos prometidos, cariño?

¿Olvidar? Claro que no. ¿Lamentar que no sea así? Dios, sí. Mil veces sí.

En lugar de cogerla de la mano, le paso el brazo por los hombros, la aprieto contra mí y empiezo a enseñarle Old Greenwich, uno de los pueblecitos costeros más ricos. Las calles cubiertas de nieve maravillan a Siana, y las bonitas tiendecitas, cada una más adornada que la anterior, llaman su atención.

Primero entra en una perfumería que fabrica jabones artesanales. Apuesto a que comprará el rojo con rayas blancas o el verde con forma de abeto. Sí, seguro que será el verde.

Cuando sale, apenas hemos dado tres pasos antes de que me arrastre hasta una tienda *vintage* con colores navideños. Curioseas por las estanterías, habla con todo el mundo, se abstiene de comprar las baratijas que le llaman la atención y que a menudo brillan tanto. Finalmente se

hace con un pequeño árbol de Navidad de madera grabado a mano, y sale para entrar en una cabaña en que la que venden *souvenirs*. Luego entra en una tienda de ropa de casa y, más tarde, en una tienda de artesanía. Acabo esperándola fuera, y le aguanto las bolsas mientras compra más y más.

Cuando mis pobres zapatos de lujo no pueden soportar otro copo de nieve, la espero en la entrada de una tienda que no puedo ver, y hago las pocas llamadas que tengo en espera desde esta mañana. Entonces vuelve, tan sonriente como siempre. Con dos enormes bolsas de la compra en las manos.

—¡Dios mío! ¡Deberías haber venido, Knox! ¡En serio! ¡Este lugar es hermoso! Habían puesto música navideña y pequeños robots que bailaban para los clientes, ha sido...

—Estoy al teléfono —rechisto.

—Lo siento —murmura.

Se sonroja y baja la mirada.

Paso quince minutos hablando con mi cliente antes de colgar y marcar otro número.

—Estás de vacaciones —dice Siana en voz baja, poniendo su mano sobre la mía.

—No, *tú* estás de vacaciones. Yo tengo que ocuparme de mi empresa.

—Creía que estar lejos de tu familia te haría un poco más feliz, pero no parece que lo estés pasando bien, Knox.

—Eso es porque no me lo estoy pasando bien.

Mi tono es un poco más seco de lo que me habría gustado. Cuando veo su naricita arrugarse, sé que he ido demasiado lejos.

—Lo siento, yo...

—Deberíamos irnos a casa —suspira, cortándome—. Pasarás menos frío cuando llames a tus clientes.

—Siana...

Pero es demasiado tarde, porque ella ya se dirige hacia el puerto deportivo.

Ni siquiera las tiendas más ornamentadas y coloridas, las del otro lado de la calle por las que quería pasar al bajar, le llaman ya la atención.

Una vez en el aparcamiento, abro el maletero donde metemos todas sus compras, guardo el móvil y cierro el Bentley para que no suba.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Su tono abatido, lleno de decepción, me pone nervioso y me hace sentir terriblemente culpable.

—Te prometí un día en la ciudad, así que vamos a pasar el día en la maldita ciudad, Siana.

—¿Aunque no te guste?

—Puede que no me desagrade del todo. Quizá porque estoy aquí contigo, y a ti te gusta, no lo sé.

Su sonrisa perfecta vuelve a sus labios carnosos.

—¿He conseguido que te guste la Navidad? —se ríe.

—Ni de coña. Pero ya no la odio tanto como cuando llegué.

—Algo es algo. Vamos, he visto un vendedor ambulante de perritos calientes. ¡Su camión está decorado con una ristra de luces de salchichas! Estoy deseando enviarle la foto a Lani.

—Yo también estoy deseando verlo —murmuro.

—Nos pasaremos por allí a la hora de comer. Bueno, más bien un poco más tarde, porque los donuts me han llenado bastante. Y también el chocolate caliente. Y todas las muestras que he

mordisqueado en las tiendas de la ciudad. ¡Dios mío, siempre estoy comiendo! Soy un ogro. Soy Shrek —jadea.

—¿Siana?

—¿Sí?

—Por favor, deja de hablar —me río—. Sobre todo si es para decir tonterías.

—Siempre puedes refugiarte en tu berrinche, señor «odio el mundo y me encanta quejarme».

—Está bien. ¡Pero no pienso hablar con desconocidos!

—Todos te conocen desde que eras un niño. Además, me ha dicho un pajarito que una vez te paseaste por aquí de una forma un tanto comprometida. Y puede que haya visto las fotos.

—Será posible... ¿Te lo ha dicho la señora Crample?

—La mismísima. Es una gran admiradora tuya, ¿lo sabías?

—No. ¿En serio?

Me sonrojo un poco mientras nos detenemos frente a unos bonitos arbolitos decorados en blanco nacarado. El escaparate de la joyería que tenemos al lado, todo iluminado, resalta los rasgos dorados de Siana.

—Claro que es verdad. Me contó que una vez viniste solo a la playa porque nadie de la villa quería llevarte. Tenías seis años y te pasaste casi una hora construyendo un castillo de arena antes de ponerte el bañador. Ella te vio desde su casa y temió por ti porque las olas eran muy peligrosas. Cuando intentó venir a decirte que tuvieras cuidado, te asustaste tanto de que te llevara de vuelta a casa de Marguerite que saliste corriendo desnudo por las calles del pueblo.

Me reí. Vaya, había olvidado por completo esa anécdota. Me pregunto por qué...

—Lee los periódicos todos los días desde que era pequeña. En cuanto ve tu nombre en las columnas, recorta los artículos. Me dijo que siempre supo que serías un gran hombre.

—¿Y por qué te ha dicho eso?

—Le he contado que eres el dueño de una gran empresa de tasación de arte.

—¿Le has estado hablando a la gente de mí?

—Sí, pero siempre a buenas. Y fue ella la que me habló primero. Todos en este pueblo ya saben que soy tu prometida, por cierto. Belcebú dijo que yo era tu buena acción del año. Vieja imbécil...

—Viniendo de ella, eso es un cumplido. Podría haber dicho que te pagué para estar conmigo.

—Si se atreve, juro que le parto las piernas —refunfuña.

Relajado, la llevo a dar una vuelta por el resto de la ciudad y finalmente, cerca de las dos, volvemos a su tienda de perritos calientes.

La foto que le envía a Leilani es horrenda. Una guirnalda de salchichas de plástico brillantes, con mi cara de sufrimiento y la suya toda feliz. Bueno, ¡qué le voy a hacer! No he podido decirle no a su *selfie*. La culpa es de sus enormes ojos de súplica. Me sacan de quicio.

Entonces su compañera de piso responde de inmediato:

** No es esa salchicha la que quería ver...*

Toso, muerto de vergüenza. Luego, Siana escribe:

** ¡No sé de qué me hablas, so cerda!*

A lo que su amiga responde:

** No me hagas decirlo, Siana...*

Y ella le contesta:

** ¡Eres insufrible!*

Pero Lani insiste:

** ¡La salchicha del Sr. Sullivan, por supuesto! ¿Qué es esto? ¡Tú eres la que me ha obligado a decirlo!*

Siana responde:

** ¡A mí no me marees, guarra mentirosa! Y el Sr. Sullivan lo está leyendo todo por encima de mi hombro...*

Enseguida llega la respuesta de Lani:

** Oh, mierda...*

Oh mierda, en efecto.

Me enderezo, y finjo que no es nada, pero la risita de Siana me hace sonrojar aún más.

Para más inri, se dirige a la dependienta y me pide un perrito que alimentaría a un regimiento, con tanto relleno que sobresale todo en la bandejita de cartón. Menos mal que está bueno, porque, francamente, comérselo es toda una tortura. De hecho, una servilleta y un par de cubiertos no sería mucho pedir...

—Nunca estará tan bueno como el perrito caliente neoyorquino al que aún tengo que invitarte, pero algo es algo. ¿Te gusta?

—Prefiero los restaurantes de verdad —refunfuño—. Los que tienen el suficiente sentido común para ofrecer servilletas que no sean de papel.

—Pobre niño rico... —se ríe.

—Que sepas que yo he sido más pobre que tú, señorita Pérez.

—Sí, pero sabías que tu familia te ayudaría si la liabas, ¿verdad?

—Confías demasiado en ellos, Siana. Cuando me echaron, mi hermano sonrió y mi abuela me dijo que sospechaba que no llegaría a nada en la vida. Claro que me ofreció donde quedarme, pero... En fin.

—Ese no era tu sitio.

Su suave voz me tranquiliza el corazón y el alma.

—Exacto.

—¿Y qué hiciste para recuperar el ánimo? En mi caso fueron las papas y Leilani.

Siana envía otra *selfie* nuestra a su amiga, en la que salimos sujetando los perritos. Luego su teléfono empieza a zumbiar sin parar. Creo que Lani tiene todo un repertorio de bromas sobre

salchichas, y hacen que Siana se parta de risa.

—¿Yo? Me vengué. Alguien me apuñaló por la espalda, y con ese mismo cuchillo me defendí en un segundo asalto. Con los últimos dólares que me quedaban, pagué a su personal para que les traicionara y recuperé a sus mayores clientes. Les ofrecí contratos que no me generaban ningún beneficio, pero que suponían un gran problema a esos cabrones. Poco a poco, fui recuperándome y luego creé mi propia empresa a partir de las cenizas de la suya.

—¡Knox! ¡Eso está mal!

—¿Qué hay de malo en eso? ¿De verdad crees que podía tener escrúpulos?

—¿Sinceramente? Sí. Seguro que te ha quitado el sueño más de una vez.

—Serás petarda... —gruño mientras paseamos al ritmo de las canciones que suenan por los altavoces.

Siana se contonea. Brinca entre los montoncitos de nieve. Intenta ponerme el gorro en la cabeza, pero es demasiado pequeña, así que se lo empuja hacia abajo, hasta su delicada naricilla, y se echa a reír.

—Dime que me equivoco, Knox.

Su tono se vuelve serio de repente.

—No te equivocas. Lo pensé mucho, estuve a punto de no hacerlo, pero joder, el décimo día consecutivo en que Marguerite me trató como una mierda me convenció para pasar a la acción. Me hicieron daño, Siana. Me lo quitaron todo. ¿Por qué iba a permitirlo? ¿Por qué iba a querer que triunfaran después de que me pisotearan? Actué, y no me arrepentí ni por un segundo.

—¿No te arrepentiste?

—Está bien, uno o dos segundos, pero no más.

—Creo que te arrepientes más de lo que piensas, de lo contrario no te habrías obsesionado tanto con su traición como para tratar a todos a tu alrededor como enemigos potenciales.

—¿No te he pedido ya que dejes de hablar?

—¿Y qué te hace pensar que, primero, me gusta obedecer y, segundo, voy a dejar de decirte lo que pienso?

—Ya, tienes razón. ¿Cómo he podido pensarlo?

—Exacto... Eso está mejor —dice ella, sacudiendo la cabeza.

Dentro de una hora oscurecerá. No quiero volver a la villa, pero tenemos que escoger.

—¿Por qué no te enseño mi lugar favorito de Old Greenwich?

—¡Pero se suponía que íbamos a ir a la playa! ¡Y a comprar galletas! Y a construir un muñeco de nieve.

—Elige lo que prefieras.

Se da golpecitos en la barbilla y observa cómo se ilumina poco a poco la ciudad. A lo lejos, se oye el mar y, si se avanza un poco por la calle principal, se pueden ver las olas turquesas.

—Vamos a tu sitio favorito —decide.

—Pero... ¿y las galletas?

—Volveremos mañana.

—Mañana tengo que trabajar, Siana. Solo estoy posponiendo lo inevitable, ya sabes.

—Pues vendré en taxi. ¿Te he dicho que ahora soy rica?

—No sabes los precios que hay por aquí...

Nos dirigimos de vuelta al coche, y tengo que apañar el maletero después de que ella guarde sus compras. Entramos en el coche y, como Siana tiembla un poco, subo la calefacción.

Salimos de la ciudad y, una vez en las colinas, aparco junto a una pequeña gasolinera tan decorada que a Siana le brillan los ojos.

En el aparcamiento, le ofrezco una bebida caliente, que ella rechaza.

—Si sigo bebiendo chocolate caliente, tendré más cacao en las venas que sangre. No sé si eso es muy saludable...

Me río y la cojo de la mano para llevarla hacia un lateral del edificio. Allí, bajo un toldo de madera, hay un pequeño banco donde solía sentarme mientras esperaba a que mi abuelo terminara de llenar el depósito de su camioneta. Tomo asiento en uno de los laterales y ella se sienta cerca de mí. Mi mano encuentra la suya. Mis ojos se fijan en su sonrisa.

—No me puedo creer que todo esto sea tan bonito... ¿Podemos quedarnos aquí hasta que anochezca? Por favor —gime.

—Lo que tú quieras, Siana.

Nos acurrucamos juntos y, a medida que el día se va apagando, la ciudad bajo nosotros se ilumina poco a poco con miles de luces, y nos regala el más bello de los espectáculos, que solo es comparable al brillo que emana esta mujer.

Knox

—Sé que vas a veinte kilómetros por hora para no volver a la villa — ríe Siana.

—No, tengo cuidado por la nieve y por mi sublime coche de coleccionista.

—Si puedes aparcar en Queens sin miedo, puedes conducir sobre nieve con tus neumáticos de invierno.

—¿Acaso quieres volver a casa?

—No, la verdad es que no. ¡Ha sido un día tan maravilloso...! Ojalá hubiera durado aún más.

Expulso todo el aire de mis pulmones y nos imagino terminando la velada en un pequeño y acogedor restaurante, junto a un fuego crepitante, y me estremezco ante la dulzura de la imagen.

Pero Siana no es mi prometida. Tengo que recordarlo, porque en cuanto volvamos a Nueva York, esta farsa habrá terminado. Yo mismo le pondré fin.

En cuanto la villa está a la vista, un veneno ponzoñoso corre por mis venas, pero lo ignoro.

Nos apresuramos a entrar en la casa para calentarnos, pero no hay nadie en la planta baja.

—Vamos —le digo a Siana cuando nos hemos deshecho de los abrigos y los zapatos.

La conduzco hasta el sofá más cercano a la chimenea, vuelvo a encender el fuego y me siento justo en frente, para darle el asiento más cálido. Siana se recuesta cómodamente, con la cabeza apoyada en mis muslos, y me sonríe.

—Creo que podría acostumbrarme a esto.

—¿A mí?

—No, a esta casa moderna. En mi piso hay que correr las cortinas para abrirlas. Es como la Edad Media.

Me echo a reír. Dios mío, esta mujer es una perla. Ella también se ríe un poco y le paso la mano por el pelo, que está un poco húmedo por la nieve. Es suave, tan largo que fluye entre mis dedos como la seda.

—¿No tienes frío?

—No, ahora estoy bien. Yo también podría acostumbrarme a esto, creo.

—¿A mí?

—Sí, pero solo cuando no te pones terca.

—¿Eso ocurre en algún momento? —dice una voz grave que se oye desde atrás.

—Graham —protesto—. ¿Qué haces aquí?

—Te oí hablar y pensé que por fin habías vuelto a casa. Has estado fuera mucho tiempo. La abuela se preguntaba si no estarías de camino a México para traficar con drogas. O si te habrías escapado.

—Lo he pensado, pero no soy de las que se acobardan —dice Siana.

Mi hermano se ríe, lo que me hace apretar los puños. ¿Qué derecho tiene a mirar así a Siana? La devora con sus ojos castaños, con una sonrisa perversa en la cara, como si fuera una muñeca que codiciara.

Toma asiento en el sofá frente al nuestro y la contempla con expresión interesada, desde sus bonitas piernas moldeadas en los *leggings* hasta sus pechos que suben y bajan lentamente. Si

ella le viera hacerlo, probablemente le lanzaría un comentario mordaz.

Lanzo una mirada asesina a mi hermano, que acaba mirándome con aire de superioridad.

—¿Qué has estado haciendo?

—Nos conseguimos una habitación en un motel, para que el señor Sullivan pudiera pagarme por mis servicios —ríe Siana, con un semblante tan serio que Graham se sonroja.

—Pero ¿entonces tú...?

—Hemos estado de compras —respondo, temiendo que se esté imaginando cosas. Que se la esté imaginando a ella.

—He comprado regalos para mi amiga Leilani y algunas cosas para mis padres. Y un montón de cosas inútiles para mí, por no hablar de algunos árboles nuevos para mi colección.

—Por cierto, olvidé llevarte al bosque. Te llevaré mañana, después del trabajo.

—¡Es cierto, todavía tenemos mil cosas que hacer! ¡Muñecos de nieve, una excursión a la playa, el bosque...! No sé si te dará tiempo a trabajar mañana, la verdad...

Siana me guiña un ojo.

—¿Intentas apartarme del trabajo?

—Puede que sí. ¿Está funcionando?

—No, no funciona. Voy muy retrasado con mis expedientes y lo odio.

—Bueno, desde luego son más importantes que tu familia —señala Graham.

—¿Qué familia? ¿La que siempre le ataca? —murmura Siana mientras se incorpora—. A lo mejor la única razón por la que trabaja tanto es para no tener que veros más, ¡porque sois unos idiotas!

—¿Disculpe? —chilla Marguerite al entrar en la habitación.

—Maldita sea... —murmuro—. No se haga la sorda, Belcebú. No tuvo problemas de audición cuando le dijo a todo el pueblo que estoy aquí porque Knox se apiadó de mí.

Levanta la barbilla, altiva. Nunca he conocido a nadie que se atreva a enfrentarse a esa mujer y creo que en el fondo me gusta. Que Siana luche por mí como si fuera la única en el mundo que se preocupa por mí. Me hace sentir bien. Realmente bien. Me permite respirar, al fin.

—¿Dónde están los criados? La mesa aún no está lista, ¡es inaceptable! —dice mi abuela para cambiar de tema.

—Han estado ocupados subiendo nuestras compras, abuela. Yo me encargaré de preparar...

—¡No te atrevas, Knox Sullivan! ¡Tú no tienes que pisar la cocina! No eres una mujer ni mucho menos un ama de casa, te lo aseguro.

Madre mía... Siana está al borde del colapso, puedo sentirlo en el aire.

Se sienta en el sofá y le lanza una mirada asesina a Marguerite.

—¿Por qué no se moderniza un poco? Lo de las mujeres en la cocina se remonta a la prehistoria, casi cuando usted nació. Pero ahora estamos en una época maravillosa en la que, aunque se siga tratando a las mujeres como una mierda, ya no lo aceptan. Todo el mundo cocina. Que tengas polla no significa que no sepas hervir agua.

—Puedo confirmarlo. Soy un cocinero excepcional, cuando me lo propongo —sonrío.

Tan solo pretendo decepcionar aún más a esta horripilante mujer.

—Eres perfecto, osito amoroso... —susurra Siana.

—Ya me las pagarás —le susurro al oído mientras Graham estalla en carcajadas.

Mi padre y su novia llegan unos segundos después. Papá nos obsequia con una lujosa botella de tequila que le entrega a Siana.

—Un pequeño regalo. Pensamos estaría bien hacerles un guiño a tus orígenes.

Siana suelta una risita, al darse cuenta de que mi padre intenta tomarle el pelo.

—Muchas gracias, estoy muy emocionada. ¿Sabe lo que le digo? Vamos a hacer un pequeño jueguecito.

Siana espera a que la abuela haya salido de la habitación, para quejarse del personal, antes de levantarse y mirar la botella.

—Knox, vas a tomarte un chupito cada vez que Belcebú te diga algo desagradable. Sr. Sullivan, usted y su compañera beban cada vez que ella diga la palabra «pederasta». Y yo, bueno... tomaré un trago cada vez que ella diga algo racista.

—Vamos a acabar todos borrachos —protesto.

—Sin problema, puedo aguantar el alcohol.

—¿Y yo qué? —pregunta Graham.

—Tú no juegas porque eres como ella.

Mi hermano frunce el ceño. Me encanta verle ofendido.

Pero Siana odia ser mala y se sonroja ante su maldad.

—De acuerdo, tú bebe siempre que ella tenga miedo de ofender a Ángel.

Una vez repartidos los papeles, ocupamos nuestros sitios alrededor de la mesa y Marguerite vuelve empujando la silla de Ángel. Lo acomoda y va a sentarse antes de agitar la campanilla. Los criados traen los platos aún humeantes de ragú, puré de calabaza, patatas y ensalada.

Ángel parece decepcionado.

—¿Nos pones unas patatas fritas, por favor, abuela? —sonríe.

—Bebecín, no vas a obligar a todo el mundo a cocinar cuando la comida de la mesa está buenísima, ¿verdad? —dice Siana.

La abuela le echa una mirada llena de rencor.

—Si quiere patatas fritas...

—Sí, lo sé, es dis-ca-pa-ci-ta-do, así que puede lo que quiera. ¿Pero sabes qué, Ángel? Si quieres patatas fritas, no podrás comer al mismo tiempo que nosotros, así que no podrás tomar postre porque será demasiado tarde. ¿Sigues interesado?

El chico mira atentamente el puré. Mientras Graham toma su chupito de tequila, poniendo los ojos en blanco, Ángel opta por no ir a por las patatas fritas.

—Querer privar a un niño discapacitado de su postre... Solo los inmigrantes podrían ser tan crueles —murmura mi abuela—. Y solo los tontos se atreverían a mezclarse con esta gente, cuando lo único que quieren es nuestro dinero.

Y ahí van, tres chupitos más. En dos frases, la abuela ha conseguido hacer pleno en casi toda la mesa. El alcohol me quema la garganta y me hace sentir mejor, pero ya puedo ver a Graham algo desorientado. Mañana le va a picar.

—Siana tiene razón. Ángel tiene que aprender a apañárselas con lo que le den. Lo mima demasiado, señora Sullivan —dice Nora con suavidad.

—Bueno, muchacha, nadie te ha pedido que le des más vueltas al asunto. Pídele a mi hijo que te corte la carne en trozos pequeños, o te atragantarás. Tampoco sería una gran pérdida...

Siana se atraganta un poco y, aunque el insulto no le incumbe, bebe un trago y alza su copa hacia Nora. Aunque mi padre desaprueba la forma en que mi abuela habla de su pareja, parece que se toma las cosas un poco mejor desde que llegó Siana.

Antes, perdía los estribos cada vez que Marguerite se atrevía a soltarle alguna de las suyas. Parece que mi falsa novia ha conseguido levantar la moral de toda la familia, y le ha restado

importancia a todo. Y, sobre todo, ha conseguido defenderse cuando la atacan. Y tengo que decir que es un espectáculo para la vista.

—María, pásame la ensalada, ¿quiere?

—Siana —murmura mientras bebe su chupito.

Luego le pasa el cuenco de ensalada y Marguerite lo coge con demasiada brusquedad.

—Sabía que los mexicanos bebían demasiado, pero usted, señorita, me lo ha confirmado. Se ha tomado su tercer vaso en menos de cinco minutos.

—¿Ah, sí? ¿Ha contado este? —ríe mi prometida mientras bebe otro trago.

Luego se vuelve hacia mí, con los ojos ya nublados, pero con una gran sonrisa en la cara.

—No, en serio, puedo aguantar el alcohol. Pero creo que Belcebú va a cavar mi tumba como siga así.

—No te preocupes, te llevaré de vuelta al dormitorio cuando no puedas más.

—Eres un encanto —sonríe.

Y creo que el alcohol ya está haciendo efecto, porque me besa suavemente, lo que hace que Graham gruñe y nos mire. Me pregunto si estará celoso, y de qué. ¿Será porque la abuela se cree mis mentiras? ¿Porque Siana interpreta tan bien su papel? ¿O porque es tan guapa y brillante que cree que es demasiado buena para mí, aunque nada de eso sea cierto? No lo sé.

—Entonces, María, ¿tiene familia? Knox no nos ha contado nada de ellos. ¿Los has conocido, por cierto? ¿O todavía están en México?

Mierda... La pregunta del millón. ¿Cómo se responde a eso? Yo...

—Viven en Nueva York. Su mayor sueño en la vida era robarle el trabajo a gente blanca que los acogió. Y no, Knox no los ha conocido todavía. Estábamos esperando a ver si las cosas iban realmente en serio entre nosotros —dice Siana —y digamos que todo se ha confirmado en las últimas semanas. De hecho, habíamos planeado que los conocieras para cuando volviéramos de vacaciones. ¿Verdad, osito amoroso?

Asiento desesperadamente, mientras Ángel se ríe de mí, y hace el gruñido de un oso. Le saco la lengua, lo que le hace reír aún más.

—Mi familia lo es todo para mí. Mis padres son muy pobres y mis hermanos trafican con drogas y esclavos. De hecho, así es como nos hicieron cruzar el muro. Incluso creo que actualmente buscan alguna madurita blanca para sus clientes, que tienen gustos muy dudosos, así que si yo fuera usted, desconfiaría. Quién sabe lo que puede pasar si no se porta bien. Podría decirles que vinieran a buscarla en plena noche...

Siana sonríe lascivamente, mientras Marguerite palidece.

—¡No se atreverá! ¡Llamaré a la policía! —chilla.

—No pasa nada, no se preocupe. Solo estoy bromeando. Mis padres están jubilados y tengo tres hermanos. Tienen una exitosa empresa de construcción. Estoy muy orgullosa de ellos.

—¿Y están orgullosos de usted, que vende su cuerpo a cambio de un puesto en una empresa con buena reputación como la de mi nieto?

Siana abre mucho la boca, sorprendida por primera vez por sus palabras. Pero creo que está demasiado orgullosa de que Marguerite se haya dado cuenta por fin de que mi empresa es famosa como para renegarle.

—Lo de mezclar el sexo con el trabajo nunca me había salido tan bien, abuela. Debería probarlo alguna vez, ese cocinero tan mono que trabaja para usted podría darle alguna que otra alegría.

—¿Cómo que «ese cocinero tan guapo»? —murmuro mientras aprieto el puño de los celos.

—Tengo ojos, ¿sabes? Y ven cosas.

—¿Como a otros hombres? Creo que eso no me gusta demasiado, señorita Pérez.

—¿No me digas que tú nunca te fijas en otras? —me sonrío.

—No —gruño.

Y esa es la verdad.

Graham estalla en carcajadas y lanza a Siana una mirada lujuriosa que me incomoda.

—Todos creíamos que se iba a hacer cura después de lo de Sandra. Parecía que lo suyo con las mujeres se había terminado.

—¿Quién es Sandra?

—Cállate, Graham —digo.

Y lo digo en serio. Como no se calle, me largo.

—Ya basta, hijo —dice papá con una autoridad que obliga a todos a callarse.

Eso me hace mucho bien. Vuelvo a respirar.

—Todo aquel que no tenga nada bueno que decir durante el resto de la velada, que se calle, ¿entendido? —dice él con un tono autoritario.

Todos miran sus platos. Estupendo.

—¡Mañana voy a hacer un muñeco de nieve! —exclama Ángel, que parece ser el único capaz de ser amable—. ¡Siana me lo ha prometido!

Marguerite frunce los labios, y la mira con desprecio.

—Es verdad, bebecín, aunque se suponía que era un secreto. Eso sí consigo levantarme. Estoy notando ya la resaca...

—Si Marguerite no abre la boca en lo que queda de noche, estarás a salvo —le susurro al oído.

Ella suelta una risita y vuelve a besarme. Dios, me encanta esta versión atrevida y sin complejos de ella. Le devuelvo la sonrisa, consciente de que está un poco achispada, pero parece tan feliz y relajada que me pregunto si sabe lo que está haciendo. Si se da cuenta de que me está tocando, besando y haciéndome tan feliz.

—Siana, ¿puede que mañana no te levantes, entonces? —chilla Ángel, con sus grandes ojos repentinamente llenos de tristeza.

—Escucha, bebecín, el tequila no ha sido muy buena idea. Algún día tú también te darás cuenta, sobre todo si vives aquí. ¿Pero sabes una cosa? Si mañana al mediodía no estoy despierta, pídele a Knox que venga y me toque la campana de la abuela al oído. Eso debería ayudar.

—Tío Knox, ¿puedes tocar las campanas de la tía Siana mañana?

—Esa frase es digna de Leilani —ríe.

—Puedes contar conmigo, Ángel. Conozco la forma perfecta de despertar a la señorita Tequila.

Ronroneo un poco mientras la rodeo con los brazos y mis manos se deslizan por sus muslos, amoldándose a sus *leggings*.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo haces, tío?

—Pues...

—Me besa, y como sabe que lo odio, me despierto y le pego —se burla ella.

—¿No te gustan los besos del tío Knox?

Siana me mira con picardía.

—Depende del día, la verdad. Sabes, a veces Knox puede ser muy malo. Dijo que no le

gustaban los árboles de Navidad, ¿te lo puedes creer?

Ángel abre mucho la boca.

—Tienes razón, no le des besos, tía Siana. No se los ha ganado.

Se echa a reír, lo que me hace poner los ojos en blanco.

El resto de la cena transcurre en silencio y, cuando todo el mundo se va al salón a descansar, me niego a acompañarlos. Ayudo a Siana a subir al dormitorio, y alego que estamos agotados después de un día tan ajetreado.

La verdad es que lo único que quiero es estar a solas con ella.

Consigo que se siente en el borde del colchón, donde empieza a saltar y a reírse.

—Y dices que aguantas el alcohol... —me río—. Tengo mis dudas.

Al fondo de la habitación, veo nuestras compras y saco una caja grande para ir al baño.

Me lavo y me cambio, luego abro mi regalito para Siana. Es un bonito árbol, de unos cincuenta centímetros de alto, ya totalmente decorado en beis y dorado. Lo pongo en el mueble, entre los dos lavabos, y vuelvo al dormitorio, en calzoncillos.

Siana sigue saltando en la cama.

—Su turno, señorita Tequila. Y no te metas en la ducha, podrías resbalar.

—¿Yo? ¿Resbalar? Llevo años con estas dos piernas, señor. Sé cómo usarlas —dice, mientras se tropieza.

Por suerte, estoy lo bastante cerca de ella para cogerla.

—No dudes en gritar si necesitas que vaya a ayudarte a lavarte —bromeo.

Cuando oigo su gemido, pienso que quizá no sea tan mala idea. Ella, y yo... Su precioso cuerpo bajo las ásperas palmas de mis manos...

Entonces se tambalea un poco más y suspiro.

Joder, está demasiado borracha para hacer nada. Lo sé porque me acaricia el pecho y me dice guarradas, algo que nunca haría si estuviera lúcida.

—Fuera de aquí, señorita Tequila. Antes de que te meta en la cama por insubordinación.

Enfurrñada, desaparece en la habitación contigua, y yo me quedo de pie en medio de la habitación, ansioso por ver qué le parecía su regalo.

Entonces oigo un chillido de emoción y vuelve corriendo, con la mano en el corazón y los ojos llenos de lágrimas.

—Es...

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Pero ¿y eso..?

Se le escapa otro chillido, tan agudo que me hace reír. La abrazo y le susurro al oído un «de nada».

—¿Cuándo lo has comprado?

—Lo he comprado hoy. Pienso que no he estado todo el rato al teléfono y, mientras tú hablabas con todos los vendedores con los que te cruzabas, yo también estaba de compras.

—Es precioso. ¡Gracias, Knox! ¡Menudo detallazo...!

Me abraza con fuerza, y hace que mi corazón se derrita en mi apretado pecho. Quiero apartarla antes de encariñarme demasiado, pero no puedo. Me encanta tenerla entre mis brazos, tenerla cerca y hacerla feliz. Con ella todo es tan fácil...

Me besa suavemente una última vez antes de desaparecer para siempre.

Con el pulso demasiado acelerado y con la mente absorta en imágenes prohibidas, me tumbo en la cama tras encender la lámpara de la mesilla y froto los ojos con las manos.

Dios, me siento tan desorientado... Se supone que Siana está actuando. Entonces, ¿por qué parece tan real cuando me besa?

¿Y por qué solo tengo un puto deseo, y es que ella lo haga de nuevo? Me está matando.

Finalmente me incorporo, furioso por haberme dejado embrujar por esa petarda, y entonces se abre la puerta del baño. Siana emerge, con su delicada mano en la puerta de madera y una sonrisa sublime, sensual y lujuriosa en los labios.

Trago saliva. Con dificultad. Y miro su excitante camisón blanco, con su corpiño de encaje que muestra sus pechos redondos y generosos. Luego se evapora en ligeros velos, tan transparentes que me permite comprobar que no lleva bragas.

Dios mío. Me va a volver loco. Esta mujer va a acabar conmigo.

Knox

Siana se dirige lentamente hacia mí, como una pantera sublime con los ojos puestos en su presa. Nada más le importa. Ni a mí, por si sirve de algo.

A cada milímetro que se acerca a mí, mi sangre fluye con más fuerza en mis venas. Me arde la piel, mi sexo se endurece y se llena de una pasión enfermiza, incluso dolorosa.

Es preciosa. Es sensual. Es... peligrosa. Para mí, para mis pensamientos, para mi estúpido corazón que solo late por ella.

Cuando se acerca a la cama, se detiene un momento y acaricia sus largos mechones oscuros, aún un poco húmedos.

—Creía que querías ducharte conmigo.

—No saldría nada bueno de eso, señorita Pérez.

—Todo lo contrario. Todo es bueno cuando estamos los dos solos, ¿verdad?

Sí. ¡Sí, joder!

—Nada de esto es real, Siana —protesto.

—¿No lo es?

Pone una cara adorable, se sube con elegancia a la cama y se sienta a horcajadas sobre mí. Sus muslos están calientes. Sus ojos, ardientes. Y sentirla contra mi miembro duro es tan dulce, tan loco, que olvido por un momento que no debo tocarla.

Mis manos se dirigen a sus costados, y aprieto el tul blanco contra su cuerpo. Se me está yendo de las manos...

Consciente de lo que siento por ella, quito las manos de su cintura y me las paso por el pelo. Gimo por mi debilidad, por necesitarla tanto.

Ella me mira como si fuera su rey, su emperador, el único hombre de su vida. Me mira como si me quisiera, y me pregunto cómo demonios es posible cuando me paso todo el tiempo haciéndole daño.

Curiosa, mira hacia abajo y se muerde el labio inferior, mientras frota su pelvis contra mi miembro.

—¿Eso es por mí? —me dice, ruborizada.

—¡Joder, Siana! ¡Pues claro que es por ti! —exclamo, sorprendido por la situación.

La agarro de las muñecas y tiro de ella hacia mí, hasta que su hermoso rostro queda a apenas un centímetro del mío.

—Y voy a contarte un secreto, porque sé que mañana no te acordarás de nada.

—¿Qué secreto?

—La razón por la que me encierro en mi despacho todas las mañanas durante diez minutos, Siana, es porque me la pones dura. Tanto que tengo que digerirlo, liberar tensiones e intentar olvidarme de ti. Te espero todos los días en mi coche, y me bajo cuando te acercas para poder subir al piso treinta a tu lado, luego finjo enviar algún que otro mensaje mientras te quitas el abrigo. Miro cómo te contoneas para quitarte el abrigo, y eso me gusta. Luego te recorro con la mirada, con tus zapatos de tacón y tus minifaldas, ¡y me vuelves loco!

—¡Oye!

—¿Qué? —digo, sonrojado—. ¿Crees que soy desagradable?

—No. ¡Es solo que nunca me contoneo!

—Nena, mueves el culo para quitarte el abrigo ajustado, luego te contoneas para colgarlo en el perchero, antes de inclinarte hacia delante para dejar el bolso en el escritorio y buscar el móvil. Eres una puta fantasía que me vuelve loco cada mañana, y soy adicto a ella. A todo lo que me haces. A ese torrente de sangre que me la pone dura y a esa descarga de adrenalina que hace que mi corazón lata tan rápido que me oprime el pecho. Siana, pierdo todo sentido de la realidad cuando estás cerca de mí, y lo peor es que me importa una mierda. Me gustas. Todo en ti me conmueve, ya sea tu risa, tus pequeños discursos para hacerme ver lo gilipollas que soy o la forma en que se te saltan las lágrimas cuando te emocionas. Todo en ti es perfecto. Pero aun así me alegra poder contarte todo esto sabiendo que mañana por la mañana no te acordarás de nada.

—Claro que lo recordaré. Ha sido tan bonito, Knox... —dice emocionada.

Se inclina sobre mí para rozar sus labios con los míos, pero de pronto la agarro por la cintura y la beso hasta que nuestros labios están tan fundidos que empiezan a doler. Pero no puedo parar. Mi lengua penetra en ella, y exige su pasión, su violencia, su sabor. Y ella me lo da todo, joder, aunque no me merezca nada.

Mis manos se deslizan por encima de su camisón y, de repente, su piel cálida me alivia y me calma. Mis palmas, en la base de su tripa, se congelan para no aprovecharme de ella, y mi beso se vuelve más suave. Tan suave que un pequeño gemido se le escapa apaciblemente. Lo saboreo, divertido de hacerle sentir todo esto cuando ni siquiera hemos hecho el amor...

Y me gustaría tanto, tantísimo, poder tenerlo todo de esta mujer algún día.

Pero no puedo. Yo estoy hecho para estar solo, y ella necesita un compañero. Nunca seré el hombre adecuado para ella, y por mucho que me duela, esa es la realidad.

Siana se incorpora lentamente cuando la suelto.

Mi pulso se afloja cuando creo que se va a la cama y que voy a alejarme de ella para siempre. Sin embargo, Ella empieza a mover las caderas, y frota su intimidad con mi sexo aún duro. Entonces aprieto la mandíbula para no gemir. Dios, ¡qué bien me siento! Mis músculos se tensan. Mi respiración se vuelve agitada.

Me arde la piel y su mirada sensual no ayuda a calmarme. Esta noche, se siente libre y está hambrienta, ¡y quiero que me devore entero!

Me sonrío, rebelde, ¡sabiendo perfectamente lo mucho que me está tentando en este momento! No puede ser... ¿Por qué me hace esto?

Suelto un suspiro pesado, casi doloroso, y cuando se levanta el tul del camisón para mostrarme su humedad de su sexo, no puedo evitar gemir su nombre. Casi lo grito, con violencia, con necesidad.

Aprieto los puños para impedirme hacer una estupidez, tocarla, incitarla a ir más allá cuando está claro que no debemos hacerlo. Pero ver su carne sensible y sublime rozando mis bóxers negros me endurece aún más. Y no puedo apartar la mirada, maldita sea. No puedo.

Es ella la que interrumpe este espectáculo cuando se inclina hacia delante para inmovilizarme contra la cama, y me devuelve el beso sin darme la oportunidad de pensar, de actuar, de apartarla. ¿Es esto lo que quiero? No lo sé. Ya no lo sé. Lo único que sé es que me encanta la suavidad de su boca contra la mía y sus labios implacables saboreándome como si fuera su postre favorito.

—Sr. Sullivan —dice entre gemidos —¿por qué no me deja hacerle el amor?

Sus manos se deslizan por mi torso. Y levanta el suyo para enseñármelo. Luego, con la

sonrisa más hermosa, se baja los tirantes del camisón y empieza a balancearse de nuevo contra mí, con los ojos entrecerrados llenos de deseo y placer.

—Te gusta, ¿verdad? Excitarte conmigo —murmuro con voz tensa.

—Contigo quiero correrme, Knox.

Sus movimientos se vuelven más lascivos, más enérgicos. Está casi a punto de estremecerse entre mis brazos, pero cuando quiere desnudarse, me quedo helado.

—Siana... —suspiro.

La acaricio, presionando la carne de sus caderas entre mis dedos y subiendo por sus brazos, antes de volver a colocarle las tiras del camisón en su sitio. Inmediatamente, su hermoso rostro se llena de duda y tristeza

—Yo... creía que te gustaba —dice, con lágrimas en los ojos—. Y que pensabas que era guapa.

—Siana, creo que eres la mujer más hermosa, radiante y molesta de todo este universo. Estoy seguro de que nadie más conseguirá ponerme como me pones tú. Eres la única que puede hacerme reír, rabiar y perder la cabeza tan fácilmente.

—Entonces, ¿por qué no quieres divertirme conmigo?

—Porque has empuinado el codo pero bien, cielo.

Se endereza, con las manos en las caderas.

—¡Yo sí que te la voy a empinar!

Su sonrisa traviesa tiene un efecto embriagador en mí.

—Por dios, pienso repetirte todas tus ocurrencias mañana.

—Por supuesto que lo harás.

—Te vas a morir de vergüenza y no sabrás dónde meterte.

—¡No lo haré! No me avergüenzo de querer que me hagas tuya y me des unos azotes...

—Ya lo veremos cuando estés sobria...

—¡Sí, lo veremos! Mientras tanto, de vuelta al trabajo, señor. Vamos, solo un rapidito.

—No.

—¡Pero te deseo! ¡Lo vas a disfrutar! —gime, moviendo sus caderas cada vez más fuerte.

Es tan jodidamente guapa, con los lados del camisón aún abiertos, el pelo desatado cayéndole sobre el pecho y su piel dorada que me muero por devorarla...

—Estás borracha, Siana, y de ninguna manera voy a hacer que te corras si vas a olvidarlo todo por la mañana, cariño. Cuando seas mía, cuando te haga correrme, quiero que lo recuerdes el resto de tu vida, ¿está claro?

—Muy claro, señor —luego hace una mueca y me dirige un saludo militar.

Luego se me echa encima y vuelve a besarme como si la poseyera el placer. Y yo la dejo.

Arrasa con todo. Lo pide todo. Se frota contra mí cada vez con más fuerza, hasta que por fin llega a un orgasmo tan violento que me muerde el labio, y crea una oleada de placer y dolor por todo mi cuerpo.

Y cuando está saciada, satisfecha, calmada, me sonrío, con estrellas en los ojos.

—Ahora te toca a ti —susurra.

Su mano se desliza entre nosotros. Pero antes de que pueda alcanzarme, la golpeo contra la cama, lo que la hace reír. Pensé que la haría callar mirándola con desprecio, pero se pasa la punta de la lengua por los labios carnosos, separa los muslos, coge mi mano y la desliza por la piel caliente que humedece su piel.

Señor, ¿qué he hecho para merecer pasar por semejante infierno?

—¿Estás así de mojada por mí? —pregunto, cogiendo de nuevo mi mano para lamer cada uno de mis dedos.

—Sí. No te imaginas cuánto te deseo, Knox. Me es tan difícil estar a solas contigo, sentir que me abrazas, dejar que me beses... Pero no puedo apartarte, ni siquiera cuando me exasperas. Soy adicta.

—Yo también lo soy —confieso—. Eres demasiada tentación para mí, Siana. El más hermoso y cruel de todos los pecados.

—¿Soy una tentación? ¿Prohibida?

—Mi perdición, la peor de mis distracciones, pero también la más dulce. Irresistible. La más perfecta.

—Entonces, ¿por qué no quisiste seguir cuando estábamos en tu despacho?

La forma en que habla de ello, llena de dolor y timidez, me hace darme cuenta de que la he herido más de lo que debería. Más de lo que se atreve a admitir.

—Porque tenía miedo de cómo podrías hacerme sentir, cielo. Tenía miedo de sucumbir, de resquebrajarme, de adorarte.

—¿De adorarme? —sonríe.

—A veces lo hago. A menudo también te odio.

—Eso es cruel.

—Así es como deberías verme. Vamos, ya es hora de que te vayas a dormir, petarda. Estoy harto de contarte todos mis secretos.

Con un movimiento rápido, cojo una manta y se la pongo por encima. Luego la tapo y rodearle la cintura con un brazo para que no se mueva. Ahora parece un maldito burrito. ¿Por qué demonios está tan mona con esa manta rosa y esa cara de enfado?

—No estoy cansada —protesta.

—¿No estás cansada? Bueno, yo sí, pero probablemente sea porque me estás agotando.

—¡Oye!

—Admite que te gusta torturarme.

—Eso no es cierto.

—Duérmete —le ordeno de nuevo, riendo—. Y reza para que sea lo bastante amable como para no recordarte todas las guarradas que me has pedido que te haga cuando estés sobria.

Molesta, me da la espalda, y se acurruca cerca de mí, y cuando por fin se duerme, me tranquilizo. Yo también me duermo y luego me despierta un dolor punzante en la espalda, cuando me despierto en el suelo, en mi cama improvisada a los pies de la suya.

Pero ¿será posible? ¡La muy petarda acaba de echarme de mi propia cama! No me lo puedo creer...

¿Por qué coño no me enfado con ella en absoluto, ni siquiera cuando veo su carita perversa que me mira para hacerme enfurecer?

Dios... estoy realmente loco por esta mujer, ¿qué voy a hacer?

Siana

Cuando me despierto, estoy calentita, envuelta en una manta suave, y un hombre está acostado a mi lado. Me estrecha contra él y me rodea con su brazo viril, fuerte y excitante. ¿Estoy soñando? ¡Knox se ha metido en la cama conmigo!

Furiosa, me doy la vuelta, estiro con fuerza de la manta para que se vuelque y lo siguiente que oigo es cómo cae al suelo. Debemos de habernos dormido con la lámpara de la mesilla encendida, porque aún brilla, e ilumina esta oscura madrugada.

Con el pulso acelerado por tenerlo tan cerca y respirar su dulce aroma, me inclino desde el borde de la cama para dedicarle la mirada más malvada de la que soy capaz. Tirado en el suelo, con el ceño fruncido, de repente me sonrío como si no pudiera evitarlo.

—¿Qué hacías en mi cama, pedazo de depravado?

—Dios, cómo me voy a divertir... Anoche te me tiraste encima.

—¡Eso no es cierto! ¡No soy esa clase de mujer!

—¿No lo eres? ¿Y por eso llevas ese conjuntito? —dice entre risas.

Bajo la mirada y chillo al observar mi escote, que no deja nada a la imaginación. ¡Se me ve todo! Todo lo que la madre naturaleza me ha ofrecido generosamente, digo. Me tapo con la manta y, con las mejillas encendidas, me escondo tras ella.

—Me he puesto el camisón blanco... —digo, apurada.

—Sí.

—El que es...

—Transparente —añade—. Y para tu información, no llevas bragas, y dijiste que me la ibas a empinar. No tenía ni idea de que pudieras ser tan vulgar, señorita Tequila. Creo que estoy en *shock*.

—Dios mío —gimo mientras me escondo tras la manta— Joder... ¿Hemos hecho algo?

—No, Siana, aunque sin duda te apetecía un rodeo rápido.

—No volveré a salir de esta habitación, ni de esta cama. Nunca más podré mirarte a la cara —suspiro—. ¿Y por qué he soñado con truchas? ¿Me dijiste algo de pescar? Ahora en serio, ¿qué pasó después de mi quinto chupito de tequila?

—Pasaron muchas cosas. Quizá te cuente algunas en otro momento, si te portas bien. Pero ya que me has echado de la cama, solo diré que eres una verdadera reina cuando se trata de ponerme caliente, Siana. Y créeme, normalmente hace falta mucho para que se me ponga así de dura.

—Necesito que este día acabe ya.

—Son las seis de la mañana, cielo. Aún te queda un rato por sufrir.

—Genial...

—Pero si quieres que te dé unos azotes para despejarte ahora que estás sobria, ya sabes dónde estoy... —ríe.

—Creo que estás disfrutando demasiado para mi gusto —contesto—. ¿De verdad te dije eso? No, no contestes. Cuando estoy borracha, soy lo peor. Una vez le tiré la caña a Lani y le dije que se parecía a mi compañera de piso. He tomado la decisión de dejar de beber este año.

—Sabes que mañana es Nochebuena, ¿no?

—¡Claro que lo sé! Si fuera Pascua, ¡nunca habría prometido dejar de beber en todo un año!

Le oigo reír, así que le lanzo una almohada antes de intentar volver a dormirme. Pero es inútil. A las siete vuelvo a incorporarme, envuelta en mi manta, y Knox hace lo mismo. Hace un gesto de dolor. Entonces me levanto de la cama, me arrodillo a su lado y paso mis manos alrededor de su cintura con delicadeza.

—¿Te duele algo? ¿Qué te pasa?

Preocupada, miro sus hermosos ojos oscuros, pero él se limita a gruñir.

—Es por tu culpa. Te recuerdo que me has tirado de la cama.

—Lo siento mucho. Estaba algo confundida cuando me he despertado. No pensaba con claridad.

—Todo bien, tranquila. Ya se me pasará. Además, me lo merecía, te he obligado a ser mi prometida, después de todo.

—No, no te merecías que te hicieran daño, Knox. ¿Y sabes qué? Perdona que haya sido tan ridícula. Sube a la cama conmigo. No hay razón para que tengas que tumbarte en el suelo como si fueras una mierda. ¡Menuda estupidez!

—¿Estás segura? —se sonroja—. No parecías muy contenta de despertarte a mi lado esta mañana.

—Sí, pero porque no me lo esperaba. ¡Además, estabas pegado a mí! Llevo años durmiendo sola, así que me resultó un poco extraño —digo mientras me río entre dientes.

—¿Puedo contarte un secreto?

—Claro, adelante.

—Yo también llevo años durmiendo solo, pero me ha encantado quedarme dormido a tu lado.

La seriedad de sus palabras hace que mi corazón lata más deprisa. Suavemente, despacio, lo acerco y nuestros labios se tocan con ternura. Quiero que este momento dure para siempre. Desearía que no acabara nunca, pero un ruido en el pasillo rompe nuestro pequeño momento.

—Probablemente sea Conejo, haciendo su ronda mañanera —sonríe Knox.

Sacudo la cabeza, divertida, y me dirijo al baño para... Bueno, hacer mis cositas. Y entonces se me escapa un pequeño chillido.

—¡Me has comprado un árbol nuevo!

—Ya hablamos de ello anoche. Sabía que no recordarías nada...

—Quizá tenga que irme otra vez de juerga para olvidar todo lo que me has recordado, entonces. Pero ¡gracias, jolín!

Me abalanzo sobre él, le ayudo a levantarse y le doy un fuerte abrazo. Se ríe, me besa la frente y, de repente, me siento avergonzada y vulnerable, porque ese gesto tan íntimo hace que el corazón se me desboque.

Para poner fin a este pequeño y extraño momento, recojo los cojines y la manta, y vuelvo a admirar mi árbol. Es... magnífico. Espero poder llevármelo conmigo cuando me vaya de aquí.

Con algo de pudor, me quito la manta que envuelve mi cuerpo y me miro en el espejo, mientras sacudo la cabeza.

—¿Cómo he podido estar tan lúcida como para ponerme un camisón así, y tan borracha como para pedirle a mi jefe que me pegue un meneo? ¡Qué desastre! —me reprocho a mí misma.

Es más, ¡es muy, muy transparente!

Dios mío, Knox me ha visto todo el conejo... Me muero.

Me lavo rápidamente, me pongo la bata de terciopelo rojo y blanco, digna de Papá Noel, y me acerco a él enfurruñada.

Está sentado en el borde de la cama, con el teléfono en la mano, probablemente enviando muchos correos electrónicos. Lleva un pantalón de pijama y una camiseta negra que deja ver su tez pálida, e incluso así de informal, su aspecto es tan apuesto...

—Vamos a tomarnos una café antes de que se despierte todo el mundo —dice, dejando caer el móvil.

Levanta la cabeza, me dedica una gran sonrisa y me abraza.

—No pongas esa cara. Tienes el conejo más bonito del mundo —bromea.

¿También sabe leer mentes o es que es muy predecible?

Gimo desesperada y dejo que me arrastre escaleras abajo.

—Mierda... —murmuro.

Marguerite y Graham ya están allí, completamente vestidos, mientras que nosotros estamos descalzos y en pijama. Tengo el pelo revuelto, aún estoy algo aturdida por lo que me ha contado Knox y... ¡Joder! Creo que tengo derecho a tener estas pintas de dejada. ¡No todos los días le pides un meneíto a tu jefe después de enseñarle el conejo!

—Abuela, Graham... —les saluda mi prometido mientras me acerca una silla.

Me siento en ella y me alegro de ver que ya hay una cafetera y una tetera con chocolate sobre una tabla en el centro de la mesa. Está decorada con ramas de abeto y algunas flores de invierno. ¿Estaría tan mal llevármelo todo cuando me vaya de aquí?

Sirvo a mi hombre un café solo y me tomo un chocolate caliente en una magnífica taza con forma de adorno navideño.

—Sé que quieres llevártelo todo. Te lo advierto, no merece la pena. Marguerite te castigaría a la antigua. Tortura, asfixia, ese tipo de cosas...

—Valdría la pena. Es la taza más bonita del mundo —respondo.

—Te compraré una. No me gustaría ver cómo te castiga.

—¿En serio? Bueno, no hace mucho pretendías castigarme... ¡Querías ser tú quien me diera los azotes!

—Sí, pero al parecer era solo una emboscada cruel y despiadada que me habías tendido.

Exhala un pequeño suspiro, pero recupera la sonrisa.

Acerco mi silla a la suya, me pongo pegada a él y doy un sorbo a mi chocolate caliente. De pronto, noto la mirada atónita de Marguerite y fría de Graham.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada...

Creo que le sorprende que Knox y yo nos llevemos tan bien.

—Solo constataba que el gusto de mi nieto por las mujeres es tan malo como siempre.

Es extraño, pero me pregunto si solo va a por mí porque le gusta tomarme el pelo, y no porque no le caiga bien. Creo que para ella es una especie de juego. De todos modos, decido no contestar. Estoy demasiado cómoda aquí, acurrucada junto a Knox.

Su brazo me rodea el vientre y la forma en que acaricia mi suave bata me hace feliz. La chimenea crepita. El árbol parpadea. Aún tengo que meter debajo todos los regalos que he comprado en secreto, pero tendré que levantarme en mitad de la noche para hacerlo. No quiero que me pillen. Quiero que sea una sorpresa.

Cuando nos bebemos las tazas, me levanto para dejarlas en el fregadero y suspiro

decepcionada al mirar por el ventanal. Aún está demasiado oscuro para admirar la nieve y el bosque.

Cuando me doy la vuelta, me sobresalto.

Graham está a mi lado y su mirada se posa en mi pecho, justo donde las solapas de mi bata se abren. Me tapo un poco. No dejaré que otro Sullivan me vea el conejo.

—¿Ha sido dura la noche? —pregunta sonriendo.

—¿Qué? ¿A qué te refieres con «dura»?

Por el amor de Dios, ¿sabe que me he estado restregando con Knox como una perrilla en celo?

—Con todo el tequila que estuviste bebiendo anoche, solo espero que no te haya dolido mucho la cabeza.

—¡Ah! No, en absoluto, aguanto muy bien el alcohol.

Aunque aparentemente tiende a convertirme en una ninfómana.

—Bueno, eso está bien. Por si acaso, no dudes en preguntar, tengo un botiquín en mi habitación. Solo tienes que llamar a la puerta indicada.

—Qué amable.... Estoy segura de que me dedicarías todo tu tiempo si te lo pidiera.

—¿Cómo lo sabes? —sonríe.

Puede que Knox sea una fiera apasionada, pero su hermano parece esconder un lado traicionero que me produce escalofríos.

—Es solo una corazonada —digo riendo.

Su mano se apoya en la mía mientras abro el grifo para lavar las tazas.

—Ese no es tu trabajo. Déjalo.

Cierra el grifo, y acerca tanto su cuerpo al mío que me pongo tensa. En ese momento aparece Knox. Se detiene en el umbral de la cocina, con los ojos más oscuros que nunca, y aprieta los puños al vernos tan cerca.

Como para irritarlo aún más, Graham me pone el brazo en el hombro, lo que hace que mi escote se abra ligeramente.

Knox camina hacia nosotros con su paso pesado y dominante, luego me agarra por la cintura y me besa como nunca lo había hecho. Con violencia, furia, necesidad, desesperación, miedo y un vigor que claramente no me deja indiferente.

Dejo que lo haga, y me aferro a su camisa con todas mis fuerzas para no meter las manos por debajo, pero cuando recupera el aliento, Knox no se parece en nada al hombre tranquilo y sereno de esta mañana.

Una rabia oscura y pesada ilumina sus pupilas, y no sé muy bien por qué. Le dedica a su hermano una sonrisa llena de peligro y, con un gesto tierno, me ajusta la bata sobre el pecho.

—Venga, vamos a vestirnos, cariño. Aquí no hay nada más que hacer.

Asiento, y mientras subimos las escaleras oigo discutir a Graham y Marguerite. No entiendo lo que dicen, pero me da igual.

—¿Qué ha sido ese beso de cine?

—Nada. No te preocupes, aquí las cosas funcionan así.

Ya, claro... A mí no me engañas.

Knox desliza entonces su mano entre la mía para acariciarla y, sin más, olvido esa extraña sensación de que ambos me ocultan algo terrible.

Entramos en el dormitorio, y él coge enseguida su teléfono antes de sentarse en el borde de la cama. Se sumerge en el trabajo para olvidar que sigue enfadado, pero no quiero que sea así.

No quiero que sienta pena.

Me siento a su lado, cojo su móvil y lo pongo en la mesilla de noche, y cuando levanta la vista, parece sorprendido de que me preocupe por él. Deslizo una mano por su mejilla, su mandíbula varonil, y por su pelo ligeramente despeinado.

—Dime qué te pasa.

—Nada. Te digo que siempre es así. Graham y yo no somos amigos del alma, precisamente.

—No, sois hermanos. Vuestra relación debería ser aún más bonita y vuestra conexión, más fuerte.

Sus brazos me rodean la cintura y sonrío cuando suspira, mientras él apoya la cara en mi tripa.

—Las cosas no son tan sencillas como en tu familia.

—En mi familia, las discusiones son violentas, cariño. Pero todas acaban con un perrito caliente, haciendo las paces por el bien de las salchichas. Vaya, ha sonado un poco raro...

Knox se echa a reír y, de repente, vuelve a la realidad, con la cara roja. De una forma adorable, me sube la manga de la bata, que se me ha deslizado por el hombro, y es mi turno de sonrojarme.

—Knox —murmuro, aunque no sé muy bien qué decir después.

¿Qué pretendo decirle?

Me acerco un poco más a él, y le obligo a abrir las piernas para acercarme a él. Y con la más dulce de las sonrisas, besos sus labios, que ya buscaban los míos con deseo. Él los acoge y los devora y los posee como si hubiera estado pensando en ellos toda la noche. De repente, le empujo a la cama y desato lentamente el cinturón de la bata.

Esta cae a mis pies de una forma muy sugerente.

Knox la sigue con la mirada, antes de recorrer lentamente mis piernas, los velos transparentes de mi camisón y mis pechos, que ahora están frente a él y se le insinúan de una forma violenta. Un poco avergonzada y algo incómoda, paso los brazos por mi espalda para desabrocharme el corpiño blanco, y de repente me encuentro desnuda delante de este hombre. Desnuda delante de él, a pesar de que hacía mucho tiempo que no me desnudaba delante de nadie.

Se me corta un poco la respiración. Se me acelera el pulso.

Dios mío, ¿qué estoy haciendo? ¿Por qué estoy desnuda otra vez?

Joder...

De repente, cruzo los brazos sobre los pechos y miro hacia otro lado, muy tensa.

—Estabas mucho menos tímida anoche, cariño —sonríe Knox.

—Más bien estaba borracha.

—Eso es lo que he estado intentando decirte —ríe—. Pero sabes, tímida o excitada, creo que eres preciosa tal como eres, Siana. No tienes por qué tener miedo. Cerraré los ojos si quieres vestirte y me lo pides. Te miraré como una puta obra de arte si no. De todos modos, todo lo que haces me fascina.

Me lanza una miradita llena de dulzura y pasión, y Dios, me pregunto cómo ha podido conseguir tan fácilmente que me enamore de él, incluso cuando me siento al borde de un precipicio.

Mi pulso se ralentiza un poco y me arrodillo audazmente en la cama, a su lado. Recorro su cuerpo con una mirada fiera y fascinada. Incluso a través de su camiseta ajustada, se ven sus

músculos, la firmeza de su torso. Pese a que lleva unos pantalones de algodón, puedo ver que su cuerpo reacciona a mí, y eso me gusta.

Ahora más tranquila, dejo de taparme el pecho y uso la punta del índice para acariciar el interior de su muslo firme, que se estremece ante mi tacto.

—Vamos —dice, con la voz repentinamente ronca—. Móntame, si eso es lo que quieres.

Hago lo que me dice, porque en realidad es lo que más deseo en este momento. Me subo a horcajadas sobre su pelvis y noto su sexo ya duro. Mis labios se separan en un ronco gemido al sentir su roce contra mis partes íntimas.

—¿Necesita otro orgasmo, señorita Tequila? —sonríe mientras coloca las manos detrás de la cabeza.

Sus bíceps se hinchán y su pulso se acelera.

—Siempre necesito un orgasmo si eres tú el que me los provoca —confieso.

—Joder, Siana...

Su mirada divertida desaparece, y la sustituye una intensidad que oscurece sus ojos, una mirada depredadora, el hambre que puedo ver más allá de sus pupilas.

Con un movimiento rápido, se quita la camiseta y la tira al suelo. Luego, sus manos me agarran las caderas con una ferocidad que me hace temblar de placer. Le devoro con la mirada fija. Ni siquiera me doy cuenta de que navego sobre él para gozar.

Las manos de Knox se separan un poco de mi generosa carne, suben por mis costados y me acarician los pechos, mientras él gime como un animal.

—¿Te gusta?

—No te imaginas cuántas veces me he imaginado haciendo esto —responde mientras los toca con delicadeza—. Pero hay muchas, muchas otras cosas me he imaginado haciendo contigo, señorita Pérez —dice, jadeante.

De repente, una de sus manos se desliza por mi cuello y, sin delicadeza, me acerca a él hasta que nuestro aliento y nuestros labios se tocan. Entonces nuestros ojos se encuentran y chocan, envueltos de un sinfín de emociones.

—¿En serio? ¿Y qué había imaginado, Sr. Sullivan? —digo, en tono divertido.

—Para empezar...

Se levanta bruscamente, sus brazos me agarran con fuerza antes de que colocar sus manos en la piel de mis nalgas. Me toca, deja la huella de sus dedos en ellas, me acaricia mientras su boca se cierra sobre uno de mis pechos y empieza a lamerlo con todas sus fuerzas. Los gemidos que se me escapan le excitan aún más y le incitan a lamerme, a mordisquearme hasta que tiemblo de placer.

Me arde la piel. Noto mi pulso excesivo. Estoy caliente, tan caliente que en mi espalda se forman cada vez más y más gotas de rocío. Pero nunca he sentido tanto placer en mi vida, y quiero más. Mucho más.

Empiezo a frotarme con más fuerza contra su miembro, lo que le hace sonreír. Entonces deja de provocarme y se limita a clavarme los dedos en las nalgas mientras me arrastra con él hasta la cama. Tumbada sobre él, con el pecho apretado contra el suyo, admiro por un momento el placer de sus ojos, su hermosa sonrisa, y pienso para mis adentros que nunca he visto un hombre más guapo, más fuerte, más intrigante, más complejo que Knox Sullivan. Y sin embargo, me encanta todo de él.

—¿Quieres que te cuente lo que hiciste anoche, cariño? —ronronea.

Ahora que ya no estamos tentándonos, estoy temblando. Agarra la manta y me la acerca a

los lomos, y me roba un beso tranquilizador.

—¿Me voy a avergonzar?

—Es probable.

—¿Querré esconderme?

—Claro que sí.

—Pues entonces no digas nada. Olvídalo todo —le ordeno.

—No me importa callarme, pero de ninguna manera voy a olvidar la forma en la que disfrutaste, Siana.

—Joder... Pero ¿qué hice?

—¿Has cambiado de opinión?

—Sí, dímelo. ¡El suspense me está matando!

—No hay nada de qué preocuparse. No fue mucho más de lo que estás haciendo ahora —sonríe.

Creo que se está divirtiendo demasiado con esta situación...

—Cariño, ayer te frotaste contra mí hasta correrte. Y me hiciste sentir tan bien...

Me sonrojo aún más, antes de incorporarme para contemplar nuestros cuerpos, en ese lugar íntimo donde se tocan. Con una agilidad sorprendente, aparto el ojal de su pantalón y saco su sexo duro y apetitoso, y lo envuelvo dulcemente con los dedos. Ahora le toca a él gemir y sentir placer, mientras me devora con una mirada fugaz.

—¿Quieres continuar donde lo dejamos ayer, Siana? —jadea Knox.

Hago una mueca, no muy decidida. Tal vez prefiera torturarlo.

Sin responder, me contoneo un poco y coloco su sexo entre mis labios relucientes de miel, antes de masturbarlo despacio, muy despacio, y de lubricarlo por todas partes mientras él contempla el espectáculo. Knox gime cada vez más alto. Se pasa una mano por el pelo, apretando el puño con fuerza, antes colocar ambas manos en mis muslos.

—Siana —susurra, decidido—. ¿Quieres correrte encima de mí?

—No, esta vez no —murmuro, deteniendo todo movimiento.

Vuelvo a lamerle y él me tapa con la manta para mantenerme caliente. Ni siquiera se da cuenta, pero me cuida siempre que puede. Estos pequeños gestos me derriten el corazón.

—¿Qué quieres entonces?

Su interés es evidente en cada palabra que sale de su boca, en sus dedos que acarician delicadamente la parte baja de mi espalda, la curva de mis senos apretados contra su pecho.

—Quiero que me toques —le confieso—. Quiero que empujes tus dedos dentro de mí mientras me besas, y que luego devores mis pechos y hagas que me corra. Eso es lo que quiero, señor Sullivan.

—¿Y desde cuándo tienes pensamientos tan impuros conmigo, señorita?

—Desde hace demasiado tiempo, ¡pero chiss! Mi jefe no debe enterarse —me río.

Me rodea con el brazo, me aprieta contra él y me besa como si el mundo girara solo para nosotros. Me pierdo en un momento mágico y maravilloso entre sus brazos, y dejo que me abraze, mientras su otra mano recorre mis largos mechones oscuros, de los que acaba estirando con dulzura.

Nunca me había sentido tan bien en mi vida, pero entonces resuenan voces en el pasillo. Luego escuchamos cómo llaman suavemente a la puerta y lo siguiente que sé es que Graham y Marguerite entran en la habitación.

—¡Fuera! —grita Knox.

—¿Nadie os ha enseñado el concepto de intimidad? —chillo yo.

—¡Graham! —grita Marguerite, mientras se tapa los ojos—. ¡Me has mentido!

—¡Te juro que no! Knox ha dormido en el suelo. ¡No están juntos!

Tengo las mejillas tan rojas que parece que me estoy quemando. ¡Esa sucia rata de alcantarilla ha vuelto a traicionar a su hermano! Pero esta vez me las va a pagar... ¡Lo juro!

—Osito, por favor, diles que se vayan —me enfurruño, girando la cabeza para besar suavemente la mandíbula de Knox, antes de bajar por su cuello y luego por su pecho.

Si alguien aún duda que estemos juntos, seguro que las cosas cambian en tres... dos... uno...

Lamo los abdominales de mi hombre, que tiemblan bajo mi hábil lengua, y su mano vuelve a hundirse en mi pelo para agarrarlo con rudeza.

Oigo los pasos furiosos de Marguerite, que no está muy interesada en lo que pasa aquí. Graham, en cambio, se queda en la puerta. Knox le lanza una mirada maligna, oscura y llena de violencia.

—Sé bueno y cierra la puerta cuando salgas —le dice con sorna—. Y para tu información, se está bastante cómodo aquí dentro. Mmm...

Su gemido me hace estremecer y le hago cosquillas en la parte inferior del abdomen con la punta de la lengua. Graham cierra la puerta justo antes de que baje más y, en cuanto volvemos a estar solos, no pierdo ni un segundo más y saboreo a Knox. Recorro su glándula con mi lengua, ávida, antes de bajar lentamente... y de meter todo su pene en mi boca. Hasta el fondo.

Siento cómo se retuerce en mi boca, cómo una espuma amarga se desliza por mi lengua y me hace la boca agua. Entonces, con deseo, empiezo a saborearlo lentamente, y miro sus ojos brillar, oscurecerse, hasta que finalmente se corre dentro de mí sin poder contenerse.

Saboreo su placer, bebo su jugo, y apenas me da tiempo a tragar antes de que me inmovilice contra la cama y me bese como un loco.

—Recuérdame lo que quieres, preciosa. Dime qué es lo que más deseas ahora mismo. ¿Que te toque? ¿Que te bese? ¿Que te saboree? Recuérdame lo que quieres —gime.

—Que me acaricies mientras me besas —jadeo.

Sin perder ni un solo segundo, hace exactamente eso: su lengua se introduce en mi boca, y me asfixia con su posesividad mientras sus dedos trabajan con avidez y destreza entre mis muslos temblorosos. Es delicioso. Es perfecto. Y apenas tardo unos segundos en correrme solo por él, para él, mientras mi cuerpo se arquea en una sinfonía de un placer vaporoso.

Mientras se lame los dedos y me mira fijamente, me pregunto cómo puedo desearle aún más.

Y cuando me levanta suavemente la barbilla para besarme por última vez, entiendo por qué. Es porque tras esa careta de gilipollas, tras esa apariencia dura e inaccesible que intenta darse, hay todo un mundo escondido en su corazón. Un mundo donde nada es realmente cruel, donde todo es ordenado y perfecto. Y, sobre todo, un mundo en el que la gente le importa, en el que se preocupa por ella y la comprende. Aunque prefiera no demostrárselo nunca a nadie.

El calor que hace unos segundos irradiaba por mis venas acaba por calmarse un poco y, por supuesto, al verme temblar, Knox vuelve a ofrecerme la suave manta que tanto me gusta.

—Creo que ya puedo volver a la cama —digo—. Ya he trabajado bastante por hoy.

—¿Te parece que lo que hemos hecho ha sido trabajar?

—Tal vez lo sea. ¡Después de todo, me has contratado para que sea tu prometida! —me burlo de él.

No se lo toma bien, así que le beso la mejilla y le peino con ternura los mechones despeinados.

—Estoy de broma, Knox. Sabes que no hago... cosas así a la ligera.

Él es especial para mí. Solo desearía que a veces se diera cuenta, que dejara de pensar tanto en sí mismo y viera que hay gente que le quiere de verdad. Su padre, que lo defiende cuando nadie más lo hace. Ángel, que lo adora y lo mira con tanto orgullo. Y yo, que estoy completamente prendida de él. Y creo que tiene muchas agallas, viniendo aquí para complacer a esta familia que lo trata tan mal. Tuvo el valor de reconstruir completamente su empresa cuando se lo robaron todo.

Y él no ve nada de eso, porque todo el mundo sigue diciéndole que es un fracasado. Y eso me duele en el alma.

—¿Vienes hoy a la ciudad conmigo? —le pregunto, solo para sacarlo de este lugar lleno de dudas e infelicidad.

—No, tengo trabajo, pero diviértete, ¿quieres? Quiero que te lo pases bien.

—¿Sin ti? Eso será difícil. Venga, es solo un pequeño paseo. Tan solo una o cuatro horas. ¡Por fa, por fa, por fa!

—¡Deja de ser tan adorable, por favor! De verdad que no puedo, cariño. Tengo llamadas urgentes y muy importantes que hacer, y podrían durar horas. Pero estaré pensando en ti y en tu sexo sediento... Quizá en tu boca en mi polla...

—¡Serás guarro! —me río.

—Tú has empezado todo esto: si no recuerdo mal, has sido la primera en desnudarte. ¡Como para olvidarme...!

Suelto una risita, antes de levantarme de la cama para ir al baño. Cuando salgo, Knox se burla un poco de mí. Me he puesto los *leggings* de muñeco de nieve, unas botas y un gran jersey rojo con muchos copos de nieve plateados.

—Bajo a llamar a un taxi. Y no te olvides de descansar. La vida es algo más que trabajo, Sullivan.

—Lo tendré en cuenta.

—Sí, ya me lo imaginaba...

Sacudo la cabeza antes de bajar a la planta baja para hacer la llamada, luego me precipito por un largo pasillo y llamo a la puerta del fondo, la que tiene colgado el cartel de «el escondite de Ángel».

—¿Sí?

Entro en el amplio dormitorio y lo encuentro en su escritorio jugando con soldaditos de juguete.

—Eh, colega, ¿estás listo para dar una vuelta por la ciudad?

—¿De verdad?

—¡Pues claro! Te lo prometí, ¿verdad?

—Sí, pero... pensé...

Baja la mirada y gira su silla hacia mí.

—Mira, Ángel, sé que tu familia no te escucha y que quizá te miman demasiado, pero yo nunca hago promesas vacías. Así que, ¿por qué no te traemos ropa más abrigada? Porque francamente, la nieve está muy fría. Helada.

—¿Más fría que el hielo?

—Más o menos lo mismo, en realidad.

—Muy bien —sonríe—. No quiero convertirme en un esquimal. Sobre todo si tienen que andar con bastón.

—Sí, eso no sería muy adecuado —me río.

Esta mañana lleva sus elegantes pantaloncitos y su jersey de manga larga tejido por Marguerite. Por muy mono que esté con ese estampado de gorritos de Navidad con pompón blanco, va a pasar mucho frío fuera.

Le busco un jersey un poco más grueso, y otro de lana, que le ayudo a ponerse, y luego encuentro unos pantalones de pana —¿en serio, de pana? —que le ayudo a ponerse sobre el otro par. Le pongo un par de calcetines gruesos en los pies, le ato unos adorables botines y me pregunto si aún podrá respirar cuando le haya puesto el abrigo.

—Veo que tienes una bolsa bien molona detrás de la silla. ¿Crees que hay espacio suficiente para meter una manta ahí, por si acaso?

—¡Claro! Ahí es donde la abuela pone su bolso cuando salimos a pasear en verano. Y es muy grande. Le caben un montón de bollitos que guarda para mí.

—Pequeño bribón... Llevas a la abuela recta como una flecha, ¿verdad?

—Yo no tengo flechas... —sonríe.

—Ya... Sabes exactamente lo que quiero decir.

Se ríe entre dientes mientras lo conduzco al salón.

El taxi ha llegado y hace sonar el claxon, por si no nos habíamos dado cuenta del enorme coche amarillo que hay delante de la villa.

Una criada se acerca corriendo y saca el abrigo, las manoplas y el gorro de Ángel antes de ponérselos con cuidado.

—Menudo principito —le digo, divertida.

Me tapo, pero antes de que pueda salir, Knox baja y me rodea con los brazos para darme un beso.

—Diviértete —dice.

—Ya me lo has dicho, señor.

—Sí, pero no con un beso.

Suelto una risita y me ruborizo. A veces casi me creo esta farsa. Sus sentimientos. Su dulzura. Luego me pregunto si sigue jugando, porque no sé cuánto tiempo más podré aguantar toda esta mierda. Pero no encuentro el valor para hablar con él de ello. Y tampoco estoy preparada para darme cuenta de que, en realidad, sigue interpretando su papel.

Graham llega con Marguerite, y empiezo a preguntarme si no tienen una habitación secreta, los dos, donde planean cómo controlar el mundo en futuro. Algo huele a chamusquina.

—María, espero que cuides bien de mi bisnieto. Es...

—Como me diga otra vez que es dis-ca-pa-ci-ta-do, no responderé de mis actos...

—Es frágil.

—¡No, abuela! ¡Todo irá bien, te lo prometo! ¡Te juro que me muero por jugar en la nieve y salir a pasear!

Él le pone esos ojazos de cordero degollado, a los que ella no puede resistirse. Pero puedo ver la angustia en sus ojos. Realmente se preocupa por él, y eso me parece bonito.

—¿Le gustaría venir con nosotros, Marguerite? —le pregunto, aunque sinceramente cruzo los dedos para que diga que no.

—No. Mis viejos huesos ya no aguantan el frío —refunfuña, Mientras levanta la barbilla.

Se sienta junto a la chimenea, se pone a tejer, y yo me vuelvo hacia Graham, a quien

fulmino con la mirada.

Como la abuela tiene puesta la oreja, sonrío con cara de pilla.

—¿Sabes qué, Graham? Cuando entraste antes en nuestra habitación con tus comentarios difamatorios, solo pensé que estabas celoso de la felicidad de tu hermano. De hecho, creo que no eres más que un sucio pervertido.

Se pone pálido y Marguerite se vuelve hacia nosotros.

—No solo querías mirar, sino que cuando fui antes a tu habitación para ver si podía llevarme a Ángel, me encontré con tus revistas para fetichistas de pies peludos. ¿Qué barbaridad es esa, Graham? ¡Es de lo más turbio! ¡Ese tipo de porno es vergonzoso, y encima las dejas ahí, a la vista! ¡Me das asco!

La abuela le grita a su nieto que es un sucio pervertido, mientras Ángel me mira, desconcertado.

—¿Qué significa «fetiche»? —pregunta.

Uf, se ha quedado con la mejor palabra...

—Es cuando a alguien le gusta mucho algo.

—Se podría decir que la tía Siana tiene un fetiche con los donuts, por ejemplo —ríe Knox, que me mira con los ojos brillantes.

Ya que él nunca ha tenido el valor de reprocharle sus tramas oscuras a su hermano, ¡lo haré yo! No voy a dejar que invada nuestra intimidad, ni que pretenda destruirnos. Aunque probablemente ni nosotros mismos sepamos lo que hay entre nosotros.

—Bien jugado —murmura Graham, avergonzado.

—En mi mundo, cuando intentas traicionar a tus seres queridos, te disculpas —rechisto en voz baja, mirándolo fijamente.

No dice nada. Por el amor de Dios, estos dos hombres no podrían ser más opuestos y, sin embargo, están hechos básicamente de la misma pasta. Tan exasperantes, el uno y el otro, y ambos alérgicos al diálogo. Estupendo.

—Bueno, me voy. ¿Alguna cosa que deba saber antes de irnos?

—No, no tengo nada que añadir. Cuida bien de Siana, hijo.

Sonríe un poco antes de lanzarme una mirada preocupada.

—No le haré daño, lo prometo —murmuro.

—Sé que no lo harás.

—Pues entonces deja de preocuparte. Vamos, bebecín, dejémosles discutir en paz. Tenemos cosas mejores que hacer. Pero espero que no me chafes el pie con la rueda. ¡Soy una floja!

Ángel se echa a reír, y cuando el taxista viene a ayudarme a acomodarlo, me doy cuenta de que todo el mundo está en la puerta, mirándonos como si fuéramos parias. ¡Espero que no estén cruzando los dedos para que vuelva de una pieza! ¡Me sacan de quicio!

Cuando estamos listos, me siento al lado del pequeño y él les saluda con la mano. Solo para asustarles un poco, yo también me despido y les dirijo una mirada de pavor, y le digo al conductor que nos lleve al embarcadero.

—Knox prometió llevarme a la playa ayer, pero no tuvimos tiempo. Así que hoy vamos a aprovechar, ¿qué te parece?

—¡Sí! ¡Me parece genial! —chilla—. Nunca me dejan ir...

—¿Cómo que no? ¿Por qué? ¿Quiénes son esos monstruos que te prohíben hacer cosas tan chulas?

—Todos... Mi silla de ruedas se atasca en la arena.

—Ah... bueno... ¡pero eso es un problema menor! Te juro nos las apañaremos.

—Gracias, Siana. ¿Podremos ver a Nemo?

Sus ojos grandes, inocentes y llenos de ilusión hacen que me sonroje. ¿Cómo puedo decirle...?

—No lo creo, bebecín. No sé dónde está el timbre de su casa.

—Ah, claro... ¿Y si vamos a ver gambas?

—No puedo prometerle nada.

¿Las gambas viven en la playa? Soy neoyorquina, no tengo las respuestas a las preguntas existenciales del pequeñín...

El chófer nos deja en el paseo marítimo unos minutos más tarde, y una vez he sentado a Ángel en su silla, lo conduzco al pequeño muelle de madera mientras sopla una ligera brisa. Hace un sol espléndido pese a estar a cinco malditos grados bajo cero.

—¿Tienes frío, bebecín?

—No, estoy bien.

—Muy bien. Vamos a ver más de cerca el mar. Nunca he estado tan cerca, pero no se lo digas a nadie. Será nuestro secreto, ¿vale?

—Vale, no lo haré. ¿Tengo que contarte yo algún secreto?

—¿Tienes algún secreto?

—Sí, muchos. Me gustan las gambas.

—Eso podría haberlo adivinado yo sola.

—Hablo con Conejo, pero nunca me contesta.

—¡Será malo malísimo...!

—Pero voy a dejar de estudiar el año que viene y me uniré a un circo. Haremos algunos números, él y yo. Le enseñaré a saltar en círculo o a tocar la trompeta. Seremos ricos.

—No sé yo si ese plan se sostiene...

—¡Y tengo novia!

—¿Qué dices? Cuéntamelo todo. ¿Cómo se llama? —exclamo.

—Safya. Dice que parezco un langostino porque tengo la piel rosa pálido. Soy su gamba —ríe mientras me enseña los dientes.

¡Qué monada! ¿Estoy chillando con lágrimas en los ojos? Efectivamente.

—Tiene el pelo largo y negro, muchas trenzas pequeñas y ojos marrones. Y siempre me ofrece una galleta en el recreo, y cuando alguien me molesta, ella me defiende. Safya es la niña más guapa del mundo. Y la más simpática. A veces me gustaría defenderla cuando alguien intenta marearla, pero lo hace muy bien solita. Es una chica fuerte. Y cuando llora, le digo que venga a sentarse en mi regazo y cojo un pañuelo para limpiarle los ojos. No me gusta cuando está triste, pero a la vez me gusta un poco, porque cuando se le secan las lágrimas, me besa la mejilla y sonrío. ¿Te he dicho que Safya es la chica más guapa del mundo?

—Sí, bebecín. ¿Y sabes qué? No tienes que defenderla, porque ya le has dado todo lo que necesita. Un pañuelo y mucho amor cuando está tristonza, eso es suficiente.

—¿Es suficiente?

—Claro que lo es. No todas las chicas necesitan un caballero de brillante armadura. A veces ellas son su propio caballero de brillante armadura. Pero la ternura, el amor, la dulzura... Eso es lo que todo el mundo necesita en la vida, y por la forma en que hablas de Safya, estoy segura de que se lo das.

Ángel asiente, tranquilo.

Caminamos unos metros más por el dique y me detengo.

—¿Crees que alguien podría robarte la silla si la dejamos aquí unos minutos?

—No lo sé... Pero pesa mucho. Tendría que estar muy fuerte, así que podrías correr tras él si alguien se la lleva.

—¿Yo, correr? Prefiero comprarte una nueva, créeme —digo entre risas.

Cojo a Ángel en brazos. Dios, pesa tan poquito que me duele el corazón. Luego, solos en el mundo, caminamos hasta la playa y me emociono. Todo es magnífico. Desde la arena pura cubierta de nieve hasta las olas que brillan como si llevaran miles de diamantes. Desde los abetos nevados en lo alto del acantilado hasta la brisa con olor a mar que nos azota la cara. ¡Es simplemente perfecto!

¡Lamento tanto que Knox no esté aquí!

Ángel, tan asombrado como yo, chilla de alegría.

Nos acercamos al agua y grito cuando el agua me salpica las botas.

—¿Has visto eso? —grito—. ¡Me está atacando! ¡Rápido, corramos!

Zigzaguo con la corriente, troto por la playa y lo acuno en mis brazos. Ángel ríe sin parar y, de repente, me mira con sus ojos grandes y esperanzados. Y, sobre todo, llenos de preguntas existenciales que probablemente no podré responder. Cosas de niños...

—¿Por qué es tan bonita el agua?

—Para que puedas admirarla una y otra vez —le respondo.

—¿Crees que sabe bien?

—Creo que no. Dicen que está salada. ¿Quieres probarla?

Hace una mueca de indecisión, se lo piensa unos segundos y luego asiente.

Nos sentamos los dos en la arena, y me mojo el culo. Dios mío, ¡me voy a resfriar! Y cuando una ola viene hacia nosotros, me inclino hacia delante y metemos los dedos índices.

—A la de tres. Uno, dos... ¡tres! —exclamo entre risas.

Nos lamemos los dedos índices al mismo tiempo, antes de hacer una mueca terrible.

—¡Qué mierdote! ¡Está asquerosa! —digo.

—¡Has dicho una palabrota! La abuela se enfadaría si estuviera aquí.

—Pero si ella siempre está enfadada... Además, no es culpa mía. ¿Te gusta el mar?

—Creo que no.

Hace una pequeña mueca, antes de sobresaltarse, y de abrir los ojos como platos.

—¡Oh, no, Siana! —grita—. ¿Y si los peces se hacen pipí el agua?

Me pongo en pie de un salto, con él aún en brazos, y corro hacia el muelle, gritando como una loca. Él hace lo mismo, por supuesto, lo que nos hace ganarnos algunas miradas de enfado, pero no me importa. Me lo estoy pasando demasiado bien.

—¡Hemos estado bebiendo pis de pez! —exclamo, mientras le coloco de nuevo en su silla—. ¿Qué podemos hacer para enjuagarnos la boca? Estoy pensando en chocolate caliente, por supuesto. ¿Crees que sería una buena idea?

—El chocolate caliente siempre es una buena idea.

—Sabía que nos llevaríamos bien, tú y yo, bebecín. ¿No tienes frío? Dime si quieres tu manta.

Se niega, así que empujo su silla hasta las primeras calles comerciales, bajo un sol deslumbrante que ilumina la nieve y la escarcha que cubren las ventanas y los tejados.

—Siana, ¿puedes bajar la luz?

—Me da a mí que no se puede apagar el sol.

Nos pido un par de chocolates en una crepería, antes de acomodarme en un pequeño banco de madera del porche de la tienda. Pongo a Ángel a mi lado y, como dos ancianos, sorbemos nuestra bebida caliente, con una mantita que nos cubre las piernas. Bueno, es que tenía el culo mojado y frío.

—Siana, ¿por qué la abuela te llama María?

Porque es una vieja arrugada y mohosa.

—Es mi segundo nombre, bebecín. Y el quinto también.

—En mi clase hay dos Johns, tres Janes y tres James también, pero ninguna Siana. A mí me gusta. Es bonito.

—Gracias. Ángel también es un nombre bonito.

—La abuela lo eligió cuando nací. Dijo que era un milagro que estuviera vivo.

Vuelve sus grandes ojos hacia mí, adorables y llenos de esa franqueza infantil que hace latir mi corazón con un dolor agudo.

—¿Por qué, bebecín? ¿Qué pasó?

—Cuando aún era pequeñito, en la barriga de mi madre, ella tuvo un accidente con su coche. La abuela dice que subió al cielo y que aún me tenía en su barriguita, así que gritó a todos los médicos y enfermeras que me ayudaran, y aquí estoy. Aunque tengo la columna rota.

Me río entre dientes, con lágrimas en los ojos.

—Eres excepcional, cariño. La abuela eligió bien cuando te llamó Ángel.

—Siana, ¿crees que es posible que echemos de menos a alguien que no conocemos?

—Claro que es posible. ¿Con qué frecuencia piensas en tu mamá?

—Todos los días. La abuela me dio una foto de ella, pero tengo que esconderla. Dice que papá se pone muy triste cuando la ve.

Asiento, con un nudo en la garganta. Marguerite no parece tan mala. Protege a Ángel con todo su corazón y tiene que vivir con un hombre que, al parecer, ahoga sus penas en frialdad, mezquindad y alcohol. Qué tristeza. Qué infelicidad. Me siento mal por ellos y me pregunto si seguiré siendo capaz de odiarlos después de toda esta historia.

—Sabes, si la echas de menos con todo tu corazón, puedes pedirle a Marguerite que te hable de ella, pero también puedes pedirselo a tu padre. Aunque le duela, aunque esté triste, seguro que le haría bien recordar los momentos tan bonitos, dulces y tiernos que pasaron juntos. Y si no está de acuerdo, dímelo y le daré una patada en el culo.

Ángel se ríe entre dientes y toma un sorbo de chocolate que le deja bigote. Yo hago lo mismo y saco una foto de los dos saludando a Knox, con nuestras tazas rojas y blancas delante de nosotros. Él responde casi de inmediato con una cara sonriente, con los ojos levantados hacia el cielo.

** Eres toda una adicta al chocolate. O, como se dice hoy en día, un fetichista del chocolate.*

Luego le envío un emoji de un dedo señalándole, lo que no parece sentarle muy bien.

** ¿Sabe lo que voy a hacer con este dedo, señorita Pérez? ¿No? Entonces le dejo que se lo imagine...*

Suelto una pequeña carcajada, y luego me doy cuenta de que Ángel está demasiado callado.

—La gente me está mirando —murmura de repente, sonrojándose y bajando la mirada.

—¿Y qué? —digo suavemente, mientras le levanto a barbilla—. No es para tanto. La gente mira a los que considera diferentes todo el tiempo, porque en realidad no encajamos en el patrón que ellos creen tener en la mente, el *molde* que ellos están acostumbrados a aceptar, pero eso no nos impide ser felices, ¿verdad?

—No lo sé.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que no está bueno el chocolate caliente?

—¡Claro que sí! ¡Está buenísimo!

—¿Y qué me dices de nuestra pequeña excursión a la playa?

—Ha estado muy guay, Siana.

—¿Lo ves? Te lo estás pasando muy bien. ¿Por qué estropearlo solo por unas miradas? No deberías sentirte mal por ello, y mucho menos avergonzarte. Verás, a mí también me miran mucho, porque mi *molde* es un poco más grueso que el de la media. Pero eso no importa. No hay que darle mayor importancia. Tienes que aceptar tu propio molde tal y como es, de lo contrario puedes ponerte triste y llorar, ¡y eso no es bueno para ti!

—¿Has llorado alguna vez por ser diferente?

—Claro que he llorado. La semana pasada, además. Knox me llevó a una tienda en la que no querían vender ropa de mi talla. No les gustaba mi figura, mi molde, y eso me puso muy triste. ¿Pero sabes qué? Knox me dijo que era guapa tal como era, y yo le creí. Y yo también lo creía, pero eso era porque mi mejor amiga Lani me obligaba a comprar camisones sexys. En fin, esa es otra historia que no tienes edad para oír.

El peque se ríe. Me pregunto si a veces entiende todo lo que balbuceo.

—Pero eres muy guapa, Siana —suspira—. Mi silla es fea, y siempre lo será.

—En primer lugar, ¡no es fea! No es superbonita, claro, pero *fea* es una palabra... Muy fea, vaya. Y siempre hay formas de mejorarla. ¿Qué tal personalizarla un poco? Para que la encuentres a tu gusto. Mi abuelita también va en silla de ruedas, ¿sabes? Mi madre y yo tenemos la tradición de adornar su silla de ruedas para las fiestas. Ya sea en Pascua, en vacaciones de verano... También lo hacemos el Día de Todos los Santos o incluso Navidad. ¿Te gustaría verlo?

—Me encantaría.

Saco el teléfono del bolsillo y pulso unos botones para desbloquearlo.

—Siana, ¡he visto tu contraseña! —exclama Ángel.

—¿La has visto? Joder, como te acuerdes de ella y me lo deje por ahí, vas a poder desbloquearlo...

—Siempre la recordaré, ¡es muy fácil! ¡Es asterisco, asterisco, asterisco y luego otro asterisco!

—¡Qué memoria! —me río—. ¡Es impresionante!

Le enseño fotos de mi abuela y mías, y de su silla, decorada con gusto y clase. Bueno, no siempre. Mi abuela tiene unos gustos bastante especiales.

—Aquí le he puesto muchas mariposas en los radios de las ruedas, porque le encantan. Aquí he personalizado las empuñaduras de su silla con una tela de estampado de llamas. ¡Mi abuela está que arde! Quería parecer una motera, así que también se compró unos guantes negros con pequeños pinchos metálicos en los dedos y una camiseta de tirantes de cuero, pero no quedaba muy bien con sus vestidos multicolores, así que renunció al *look* de chica mala. Y

ahora, para las fiestas, le he puesto guirnaldas de conchas y redes en la espalda. No quería quitárselas hasta la Navidad siguiente, era demasiado bonito.

—¿Puedo hacer lo mismo? —dice entusiasmado, con los ojos brillantes.

—¿Te gustan las mariposas?

—No mucho.

—¿El marisco?

—Solo las gambas.

—Entonces no. Pero podemos concederte un pequeño tratamiento de belleza especialmente diseñado para ti, ¿no crees?

—¡Eso sería genial!

—¿Qué es lo que más te gusta en el mundo?

—¡Safya!

—¿Y aparte de los seres humanos?

—¡La Navidad!

—Entonces nos quedamos con la Navidad. No debería ser muy difícil encontrar algo que haga tu silla aún más bonita, bebecín.

Sonríe, impaciente y, como ayer, vamos de tienda en tienda. Es más, ahora conozco todas las tiendas donde seguro que encuentro lo que busco. Empezamos encontrando unos adorables cascabelitos que pego a los radios de sus ruedas. Cuando pasamos a la siguiente tienda, Ángel está extasiado. Elijo una guirnalda eléctrica con estrellitas, la enrolló alrededor de una guirnalda roja brillante y la pongo en el respaldo de su silla, alrededor de la bolsa que cuelga de ella. Cuelgo bonitos adornos en las asas delanteras y traseras. Él elige una bola dorada y un gnomo precioso. Yo me decanto por un arbolito de purpurina y un simpático reno de piel falsa.

—¿Qué más, cariño? Dime todo lo que te gusta.

—¡Una corona!

—¿Una corona? ¿En serio? ¡Sabes que yo también soy la reina de las coronas! ¡Te voy a hacer una preciosa!

Al final, decidimos colgar la guirnalda roja y eléctrica entre los dos tiradores traseros, y pasamos casi una hora eligiendo los adornos perfectos para una pequeña corona de ramas, en la que coloco simpáticos animalitos, luces, bonitos lazos y... sí, quizá un minidónut de purpurina. Creo que le estoy cogiendo el tranquillo a estar con este niño.

Cuando cuelgo la guirnalda en la bolsa, le hago una foto y le enseño el resultado.

—¿Qué te parece?

—Es precioso, Siana. Pero...

Se da golpecitos en la barbilla con el índice, pensativo.

—Creo que necesitamos más...

—¿Más de qué?

—De todo.

—Ay, bebecín... Si no estuviera enamorada de tu tío, creo que te declararía mi amor.

Una dependienta a nuestro lado grita de una forma adorable. Es entonces cuando me doy cuenta de lo que acabo de decir. Y para olvidar lo que siento, así como las palabras que he pronunciado, sigo mi ruta con Ángel. Compramos más adornos para su silla hasta que brilla más que un maldito faro en mitad de la noche.

Por supuesto, despierto mi espíritu de compradora compulsiva, y apilo las cajas sobre su regazo, pero oye, ¡él también se lo ha buscado! Cuando las cajas están un poco demasiado altas,

las reordeno para hacerle un agujero en la cara y que pueda ver la carretera. Le hace reír tanto que me contagia su felicidad.

Y me olvido un poco de haber admitido que estoy enamorada de Knox...

¡Sobre todo cuando encuentro unos *leggings* monísimos para Ángel! Y las zapatillas a juego... ¿Es necesario que diga que tienen un estampado de árboles de Navidad?

Cuando llega la hora de volver a casa, después de una buena comida caliente en un acogedor restaurante y una visita a la frutería, Ángel se enfurruña un poco.

—¿Querías quedarte, cariño? —le pregunto mientras un taxi nos lleva de vuelta a la villa.

—Sí, quería. Papá y la abuela nunca quieren sacarme. No les gusta que la gente nos mire.

—Pues puedes decirles que no importa que la gente te mire, y que tienes derecho a tener ser distinto a de los demás. Y si un día las miradas de la gente te afectan de verdad, ¿sabes lo que tienes que hacer?

—No —suspira.

—¡Una mueca horrenda! La cara más fea que puedas poner.

Me pongo delante de él, bajo la cabeza hasta el hueco entre nuestras cajas de la compra y le enseño cómo se hace. Ángel se echa a reír, lo que borra parte de la tristeza de su cara.

—Pero, de todos modos, teníamos que volver.

—¿Por qué?

—¿No te prometí hacer un muñeco de nieve, por casualidad?

—¡Sí! ¡Lo había olvidado! ¿Vamos a hacer uno de verdad?

—Claro que sí. ¿Sigues triste por volver a casa?

—¡No! ¡Eres la mejor persona del mundo, Siana!

Me tiende los brazos y amenaza con hacer caer todas nuestras compras en una avalancha, y yo me inclino para abrazarle. Y para sujetar las cajas. Cuando el taxi nos deja en casa, coloco las bolsas de cartón y las bonitas cajas en el porche para que no se mojen, y cojo la cesta de mimbre de la frutería. Me la pongo en el brazo y llevo a Ángel por el camino de entrada, por donde puede pasear con la silla tranquilamente.

Vuelvo a ponerle la manta en el regazo, cojo un gran brazo lleno de nieve y se lo pongo encima.

—Quiero que me hagas la bola más bonita del mundo, ¿vale? Esa será su cabeza. ¡Yo me ocuparé de su cuerpo!

Me sepulto en los cincuenta centímetros de nieve del césped y empiezo a amontonarla, pero entonces una bola me da justo en la cara.

—Oye, ¡serás malvado! —me río y luego le lanzo una a Ángel.

—Pero ¡si no he sido yo!

Y entonces me la devuelve.

Me giro y veo a Knox acercándose a nosotros, riendo.

—¡Ángel, ataca! —grito.

Los dos empezamos a atacar a Knox, que se ríe mientras se acerca con los brazos extendidos para protegerse. Solo detengo mi ataque cuando me estrecha entre sus brazos y me hace girar con un beso helado.

—Creía que ibas a jugar conmigo en la nieve —dice.

—Nos turnaremos, señor Sullivan. Pero si quiere ayudar, será bienvenido.

—¡Claro que quiero ayudar

Le damos un poco más de nieve a Ángel, que pone una carita muy simpática, y Knox y yo

hacemos la barriguita de muñeco de nieve más mona del mundo.

—Venga, bebecín, coloca la cabecita del muñeco.

Knox lo coge en brazos al niño y le ayuda a colocarla encima de nuestra montaña de nieve y... puede que exagere, pero nunca me ha parecido más sexy que en ese momento.

—Oh, ¿tenéis bicicletas aquí? —pregunto de repente—. ¡Tengo una idea!

—Por supuesto, están en el garaje.

Ángel nos espera pacientemente mientras corremos hacia las grandes puertas blancas del lateral de la casa. Se abren una vez que Knox ha tecleado el código digital, después de quitarse los guantes de cuero, y me deja pasar a ese espacio impoluto que, una vez más, es más grande que todo mi piso.

—Te he echado de menos, señorita Cactus —me susurra al oído mientras se acerca a mí.

—¿De verdad? ¿No estabas tan ocupado en el trabajo? ¿Has tenido tiempo de pensar en tu empleada la que no se calla ni debajo del agua?

—La verdad es que sí, y eso que no me dejas nunca ni un segundo de tregua...

Me envuelve suavemente en sus brazos y me besa de nuevo, mientras ambos disfrutamos de este pequeño momento que no durará mucho.

—¿Qué querías hacer con las bicis?

—¡Ajá! ¡Acabo de encontrar justo lo que quería!

Al fondo del garaje, tres bicicletas cuelgan de la pared, junto con unas cuantas ruedas de repuesto. Cojo dos de ellas y él me sonríe, porque entiende lo que pretendo hacer. Volvemos con Ángel, que está contentísimo, y luego coloco las ruedas a cada lado de nuestro muñeco de nieve para que parezca que tiene una silla de ruedas.

—Y ahora, ¡el momento culminante del espectáculo!

Cojo una zanahoria, unos grandes botones negros, un sombrero y una bufanda de mi cesta de mimbre y se los ofrezco a Ángel. Knox lo coge en brazos y, con una sonrisa enorme en la cara, le da el toque final a su primer muñeco de nieve, que, aunque no es el mejor que hará en toda su vida, sigue siendo perfecto.

Una vez ha terminado, Ángel le da un fuerte abrazo a Knox y, justo cuando todo iba como la seda, Graham sale de casa y se dirige a nosotros.

Entonces veo a mi hombre tensarse, incorporarse, apartar toda la felicidad que había en sus ojos unos segundos antes y forjarse una coraza dura e impasible. Y eso me rompe el corazón.

Siana

Graham está de pie junto a nosotros, y me dedica una gran sonrisa, mientras que a su hermano le dirige una mirada casi envidiosa. Knox vuelve a sentar a Ángel en su silla y, cuando tiene las manos libres, aprovecha para abrazarme, como si yo fuera objeto de lujuria o disputa entre ellos.

No acabo de entender qué está pasando, de qué va todo esto.

—¿Ha ido bien vuestra pequeña excursión?

—¡Sí, papá! ¡Ha sido genial! ¿Has visto mi silla? ¡Está decorada como un árbol de Navidad!

—Eso es genial, hijo. ¡Ve y enséñaselo a la abuela!

Marguerite, que está en el porche, envuelta en capas y capas de ropa, nos mira y no sé si está contenta de que hayamos vuelto o triste de que yo siga viva...

¡En fin!

—Gracias, Siana, por pasar un poco de tiempo con Ángel en la ciudad. Estaba muy emocionado de que se lo hubieras propuesto.

—Todo un placer, la verdad. Pero sabes que tú también puedes hacerlo, si quieres. No está hecho de cristal. Incluso hemos probado el agua del mar, y ninguno de nosotros ha muerto entre terribles sufrimientos. Aunque claramente estaba asquerosa.

—¿Qué has hecho qué? —ríe Knox.

—No he hecho nada. Nada de nada —balbuceo—. En cualquier caso, es injusto privar a Ángel de cosas tan sencillas solo porque temas por él. Lo entiendo, de verdad, quieres protegerlo. Pero si haces lo demasiado, será infeliz, y creo que en el fondo no quieres eso.

Suena el teléfono de Knox y se aparta para contestar. Graham aprovecha para acercarse a mí, lo que le hace apretar los puños. Me pregunto si su enfado tiene algo que ver con su hermano o con el hecho de que esté hablando conmigo.

—¿Le has decorado toda la silla? —ríe Graham, mirando la corona del respaldo, que brilla y centellea.

—Fue idea suya. No soy responsable de los veintisiete adornos *kitsch* que cuelgan por todas partes, ¡lo prometo!

—No es para tanto. No le había visto tan feliz en mucho tiempo. Solo necesitaba un poco de amor...

Se acerca de nuevo, lo cual me hace sentir un poco incómoda. No me gusta cómo me mira, por mucho que sepa que Knox y yo estamos fingiendo.

—Voy a entrar en casa —me sonrojo—. Hasta luego. Aún tengo que planear mi venganza, matarte y enterrarte en el jardín por tu jugarreta de esta mañana.

Se queda paralizado, quizá un poco sorprendido, y luego suelta una sonora carcajada que atrae la atención de Knox. Me acerco a él y este se aparta el teléfono de la oreja y me mira muy serio.

—Voy a entrar a casa —sonrío, apretando su mano contra la mía.

—No me toques —dice mientras se aleja enfadado.

E inmediatamente se da la vuelta, e ignora el daño que acaba de infligirme.

Molesta, es Graham quien me acompaña de vuelta al interior, con una mano en la espalda y visiblemente preocupado.

—¿Todo bien? Sabes, a veces puede ser duro, pero nunca lo hace a propósito.

—Yo también lo creo —murmuro— Pero eso no hace que deje de sentirme...

—¿Un don nadie a sus ojos?

—Sí, justo eso.

Le sonrío, ruborizada. Por eso odia tanto a su hermano. Siente que no significa nada para él, pero si Knox le cuenta sus secretos a Graham es porque se fía de él, y probablemente sea la única persona en el mundo con quien se deje ver tal y como es.

Antes de entrar en el salón, miro a mi jefe, que sigue hablando por teléfono al final del pasillo.

Sin embargo, la expresión de su cara nos incomoda. Es tan frío que ahora mismo preferiría estar lo más lejos posible de él.

—Creo que a algún pobre desgraciado le espera un mal rato si tiene se le ocurre decir alguna tontería —dice Graham.

—Desde luego. No me gustaría estar hablando con él ahora mismo.

Me río, aunque sinceramente me siento mal en el fondo

Me gustaría saber qué pasa por su cabeza para que esté tan enfadado, me gustaría poder tranquilizarlo, quererlo con toda sinceridad y admitirlo ante él. Pero con Knox es tan complicado...

Cuando cierro la puerta tras nosotros, observo que Marguerite ha colocado un ángel radiante frente a la chimenea, y que hay un tarro de chocolate caliente sobre la mesita, así como varias bonitas tazas de porcelana.

—Venga, tenéis que entrar en calor —ordena.

Graham se quita el abrigo y se tumba en el sofá, y desaparece de mi vista.

—Muy amable, pero voy a tener que dejaros.

—Knox está enfadado —añade Graham.

Y no sé por qué...

Me ruborizo ante la mirada inquisitiva de Marguerite. Tengo la impresión de que ella sabe lo que es enfrentarse a la ira de este hombre. Por primera vez desde que llegué, siento un poco de compasión en sus ojos, pero no puedo soportarlo. Es demasiado.

—Hasta luego.

Subo corriendo las escaleras para asegurarme de que no me pregunta nada sobre nuestra *relación*. Sobre todo después de lo que ha oído esta mañana.

Una vez en el dormitorio, suspiro con fuerza y voy directa a darme un baño caliente. Me quito la ropa, la pongo junto al radiador y, cuando me meto en el agua, siento una enorme calma que me relaja... Durante casi cinco largos y sublimes segundos. Antes de que un torbellino entre en la habitación.

Knox irrumpe, con el rostro deformado por un odio que me deja sin habla. Me quedo inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, pero ni siquiera me ha visto.

Sin chaqueta y descalzo, parece menos importante, menos poderoso, pero también mucho más salvaje. Me hace estremecer de placer por mucho que intente contenerme.

Con un gruñido, se quita la corbata y la lanza al otro lado de la habitación. Luego coloca los puños sobre el mármol del lavabo.

—Eh, ¿podría haber estado meando! Realmente tenéis un problema con la intimidad en esta casa.

Knox da un brinco, y todo el odio y la rabia de su atractivo rostro se disuelven de repente en sorpresa. Luego frunce el ceño.

—¿Siana?

—No, soy Mariah Carey —suspiro.

Luego canto *All I Want For Christmas Is You* y suelto semejante gallo que me duele la cabeza.

—Siana, ¿qué haces aquí?

—¿Estás ciego? Te doy una pista. Dame un... Y lo demás lo deduces por el lugar en que estamos.

Pongo los ojos en blanco, lo que no le hace reír precisamente.

—¿Dónde está Graham?

—No tengo ni idea de dónde está. La última vez que lo vi estaba en el salón con tu familia. ¿Cómo voy a saber lo que hizo después?

—Pues pensaba que lo sabrías, porque entraste a casa con él y pensé... pensé que habías ido a su habitación, maldita sea, y eso me ha hecho perder la cabeza.

Entonces corre hacia mí, se arrodilla a mis pies y me coge de la barbilla con ambas manos.

—Dime que no hay nada entre vosotros, Siana. Dímelo.

—¡Serás imbécil! ¿Cómo va a haber algo entre nosotros! —grito, enfadada—. ¡Deja de pensar esas cosas! A mí no me vengas con roll...

Me interrumpe con un beso impetuoso y apasionado, tan perfecto que me corta la respiración. Luego, de repente, se sube al borde de la bañera, me acaricia suavemente la barbilla, me agarra del pelo y se me queda mirando como si yo fuera la única maravilla de su mundo.

Otro beso me deja sin palabras, sin miedo, sin duda. Sobrecogida como nunca.

Entonces su mirada se oscurece peligrosamente y su voz ronca resuena en lo más profundo de mi pecho.

—Eres mía, Siana.

Parpadeo de incredulidad. Una parte de mí quiere gritarle, decirle que aún puedo escapar y que no le pertenezco a nadie, ¡maldita sea! Pero la grieta que veo en sus ojos en ese momento, la fisura que se abre lentamente en él, me disuade. Está siendo sincero conmigo. Quizá por primera vez. Y no quiero ser la mujer que le haga daño a propósito. Sobre todo porque tal vez... Sí, tal vez quiero ser suya.

Mira hacia abajo con pudor, consciente de que ha mostrado sus sentimientos, y cuando descubre mi cuerpo desnudo, húmedo y dorado solo para él, se le escapa un gemido abrumador.

Sus ojos siguen gritando ese «eres mía» que me tanto me excita, y cuando su mano me agarra la cintura con violencia, me toca a mí ceder. Lo agarro por la camisa mojada, lo acerco a mí y exijo su boca con todo el ardor que recorre mi cuerpo.

Knox me devora y me posee. No me da la menor oportunidad de ser tímida. ¿Esta noche, aquí mismo? Ni hablar. De ninguna manera.

Rodeo su cintura con mis piernas y, al sentir mi intimidad contra él, se incorpora. Con una mirada oscura, un aire peligroso y sensual, se desabrocha los pantalones y saca su sexo ya duro. Jadeo, esperando a recibirlo. Mi corazón late a mil por hora y lo único que deseo es sentirlo dentro de mí.

Con una sonrisa hambrienta, me agarra la pelvis y la levanta un poco para deslizar su

grueso glande en el hueco entre mis muslos y luego entre mis labios ya cubiertos de miel.

—¡Hazme tuya, Knox! ¡Te quiero dentro de mí! —grito.

Arqueo la espalda. Me arde la piel. Quiero que me toque, que me bese, que me folle. Cuando por fin me penetra de una embestida, suelto un grito de placer que parece complacerle, a juzgar por la expresión de su cara, y en cuestión de segundos, me penetra con todas fuerzas, sus dedos clavándose en mi piel, su mirada más feroz que nunca.

El agua hirviendo inunda lo que nos rodea.

Mi pecho se sacude cada vez que sus caderas chocan con las mías.

Sus uñas, que me arañan los costados, duelen de un modo que coquetea con el placer, y aunque me encanta todo lo que me hace, todo lo que me ofrece, ahora mismo me gustaría más. Quisiera que su cuerpo estuviera a tan solo unos milímetros del mío y que nuestras bocas chocaran en un *ballet* desenfrenado.

Con gesto lascivo, acaricio sus duros bíceps y rozo su mandíbula con las yemas de los dedos.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a follarme así, sin acercarte a mí?

Él rechista. Se endereza un poco más, y admira cómo su sexo se hunde en mí sin el menor rastro de delicadeza. Luego sus manos se posan en mi carnoso vientre, suben hasta mis pechos, que masajea con destreza, y cuando por fin se deslizan por mi cara, cede, y sin dejar de penetrarme en un vaivén sin fin, me clava en el fondo de la bañera y me besa con una pasión que brota de su alma, y luego se corre con un gesto de paz.

—¡Eres mía, joder! —repite, con la mirada aún perdida.

—Sí, Knox. Soy tuya, toda tuya.

Solo cuando pronuncio esas palabras tengo la impresión de que por fin vuelve en sí.

Knox

No puedo creer la violencia con la que sentí que me aplastaban los huesos, la crueldad con la que me destrozaban el pecho, la tensión que me impedía respirar. Me faltaba el aire.

Cuando vi a Siana volver a casa con Graham, inmediatamente me imaginé lo peor. No podía ser de otro modo, al fin y al cabo. Él es capaz de hacer cualquier cosa. *Cualquier* cosa.

Ya estaba preparado para el dolor, el sufrimiento, la angustia, pero si me robaba a Siana... me moriría por dentro.

Así que cuando llegué a casa y quise derribar la puerta de su habitación como ya hice en el pasado, sabía que no le dejaría salirse con la suya otra vez. Sabía que lo habría matado si hubiera estado en la cama con Siana.

Pero encontrarla sola en el baño, indignada por haber pensado que tuviera algo con mi hermano... Me tranquilizó, me curó por dentro.

—Eres mía, joder —le dije mientras me corría, mirándola a unos ojos aún brillantes de placer.

Porque eso es lo que siento, eso es lo que quiero, así es como ella me hace sentir. Ella es un puto sol que ilumina mi vida, y no quiero dejar que se me escape. Simplemente no puedo.

Me pregunto si ella puede ver lo mucho que me ha costado decir eso, admitir, aunque sea a medias, lo mucho que significa para mí. Es una locura la forma que tiene de empujarme a ir más allá de mis límites, a ser menos egoísta, menos solitario. Es una locura lo bien que me hace sentir.

Sin que se dé cuenta, creo yo, una sonrisa sublime se dibuja en sus labios carnosos. Luego, sus deditos acarician mi mandíbula, y palpan la tensión de mis hombros.

Espero su respuesta.

No puedo esperar. Aunque no lo demuestre.

Y sé que es el tipo de mujer que me mandaría a la mierda, lo que me haría reír a carcajadas, aunque hiriese mis sentimientos.

Sus labios se separan un poco y yo los miro fijamente, esperando esas palabras que me harán daño o me salvarán, no lo sé.

—Sí, Knox...

Duda un segundo, solo un segundo.

—Soy tuya, toda tuya —dice al fin.

Joder, de repente siento que este es el mejor día de mi puta vida.

Me inclino sobre ella para besarla, saborearla sin prisas, y le mordisqueo el labio inferior y enrolló su lengua en la mía. Mientras me sumerjo en su aroma, con la polla aún dentro de ella, Siana me desabrocha uno a uno los botones de la camisa, que acabo tirando al suelo, ya empapado.

Con el pulso a mil por hora, contemplo su cuerpo sublime y sudoroso y acaricio sus pechos. Ella gime de placer. Su cuerpo voluptuoso en mis manos feroces hace que me imagine mil escenarios indecentes, pero ahora mismo estoy muerto de hambre. Tengo un hambre voraz y tengo que dedicarme a ella.

Coloco sus senos entre mis manos, me inclino con un gemido y los lamo como un animal salvaje que lleva días sin tener nada que llevarse a la boca.

Sé que voy a dejarle huella, sé que mis dedos van a magullar su sensible piel dorada, pero no puedo parar, no puedo echarme atrás, no puedo contenerme más. Y menos cuando sus gemidos se vuelven tan fuertes y dulces. Y menos cuando dice mi nombre en un tono tan sexy, tan excitante, que empiezo a ponerme duro otra vez dentro de ella.

Sin embargo, acabo retrocediendo, aunque mi corazón sigue latiendo a un ritmo vertiginoso.

—¿Qué haces? —dice Siana, jadeando y con voz molesta—. Vuelve aquí.

—Si crees que me voy a ir ahora, estás muy equivocada, nena.

Simplemente me quito el resto de la ropa y, una vez desnudo, vuelvo a sentarme en la bañera. Siana se acerca a mí, me rodea con sus sensuales piernas y, con su ternura característica, me abraza y sonríe como una diosa a la que quiero adorar el resto de mi vida.

En la palma de su mano pone un poco de gel de ducha perfumado y, como si fuera lo más natural del mundo, empieza a lavarme.

Me masajea los hombros. Descubre cada músculo de mi torso y yo la dejo, porque sé que en los próximos segundos, ella querrá que le haga lo mismo. Y yo tampoco voy a perderme ni un milímetro de su piel cremosa.

Y pensar que tantas veces le he prohibido que me toque... Me he atrevido a alejarla, ¡cuando su tacto es aún más dulce de lo que jamás habría imaginado!

—Ya basta —protesto—. Es mi turno, señorita Cactus. Y no voy a esperar ni un segundo más.

—Siempre dando órdenes, vaya —suspira Siana, haciendo pucheros.

—Soy tu jefe, te lo recuerdo. Mi trabajo es dar órdenes y el tuyo, obedecer.

—Si crees que es así como yo veo las cosas, estás completamente equivocado, osito.

Ella suelta una risita, pero cede mientras la acaricio, mis manos chorreantes de jabón, deslizándose sin prisa por cada centímetro de su deliciosa carne. El placer que siente es hermoso, sensual, fascinante. Sus párpados se cierran y se abren lentamente y revelan sus brillantes ojos oscuros. Hechizantes. Hacen que pierda la cordura. Su cuerpo se arquea y se estremece en cada rincón sensible que descubro, mientras sus largos mechones bailan con cada sacudida. Es preciosa. No. Es mucho más que eso. Es sublime, ¡y es mía! Y espero con toda mi alma que ella sienta lo mismo por mí.

Cuando su busto se cubre de burbujas blancas, cojo un vaso de agua entre mis manos y la enjuago, y redescubro esas curvas que me ponen a cien.

Siana se da cuenta, por supuesto, así que se acerca un poco más a mí, y mientras me da pequeños besos en los labios, sus dedos envuelven mi sexo erecto y empieza a masturbarme suavemente. Lentamente. Como lo haría alguien que quiere torturarme, que quiere volverme loco.

La miro hacerlo. La veo morderse el labio inferior mientras me tienta y me hace sufrir.

Sus anillos brillan bajo la tenue luz del cuarto de baño. Brillan mientras acarician mi polla, que ella aprieta cada vez más fuerte.

Mi pulso se acelera. Me duele el corazón. Me arde la piel.

Y aunque ella intenta prolongar mi placer, mi tormento, mi calvario, no puedo evitar correrme en sus senos a una velocidad vertiginosa. Cuando veo que mi semen se esparce por sus pechos, me doy cuenta de que ninguna mujer había tenido nunca un efecto semejante en mí.

Ninguna mujer me había hecho fantasear tanto como ella.

Satisfecha, se vuelve a tumbar en la bañera, con la respiración agitada y mi esperma cayendo por su pecho. Me habría gustado inmortalizar este momento para poder verlo todos los días, todas las noches, hasta tener una erección dolorosa e insaciable.

—Parece que te gusta lo que ves —dice Siana, mientras me dedica una mirada sensual.

—No sé si *gustar* es la palabra adecuada, nena. ¿Qué podría ser más fuerte que eso? Necesito una palabra más fuerte para describir la puta fascinación que siento por ti y la forma en que siempre me vuelves loco de deseo. Dios, Siana, incluso la palabra *lujuria* parece demasiado sosa e inexacta contigo.

Me sonrío, sin duda porque piensa que es pura palabrería. Pero si supiera cuánto me duele ahora el haberme corrido y seguir deseándola... Es una tortura. Es cruel. Es un juego que acabará conmigo muerto de dolor.

Sin aliento, recorro su torso con las manos, perdido en su dulzura, y con las yemas de los pulgares acaricio sus pezones endurecidos en los que aún hay restos de mi placer.

Eres mía. ¡Mía! Mi preciosa latina. Mi pequeña obsesa de la Navidad.

En un rápido movimiento, elevo su pelvis, para poder contemplarla con la mirada aún hechizada, y mi pulgar acaricia los restos de mi esperma sobre su pecho. Luego mojo mis dedos en sus labios íntimos y esparzo su miel suavemente antes de masturbarla tan lentamente como ella me lo ha hecho unos minutos antes.

Ella suelta un adorable gemido.

—Señorita Pérez, ¿no le gusta que la cuide tan bien?

—Más rápido —me suplica.

—Según me consta, aquí el que da las órdenes soy yo.

Para demostrarle que está lejos de estar en una posición de superioridad, ralentizo aún más el ritmo y esparzo su nácar a lo largo de su intimidad, entre sus nalgas, antes de reanudar mis movimientos.

Pero pronto queda claro que soy débil, demasiado débil frente a ella. El verla retorcerse de placer, el sonido de sus gemidos de deseo, me enloquecen rápidamente y, sin poder contenerme, empiezo a masturbarla enérgicamente, y sigo el ritmo de sus gemidos para hacer que se corra lo más fuerte posible. Y cuando por fin ocurre, la aplasto con mi peso, la rodeo con mis brazos para mantenerla contra mí y la beso hasta saciarme con el más leve de sus gemidos.

Los saboreo, los adoro, los venero. Ojalá hubiera más, pero creo que mi niña está completamente agotada.

Agotada, con los brazos atados a mi cuello y los ojos cerrados, está más guapa que nunca. Sus mejillas están sonrojadas. Su cuerpo aún se estremece bajo el mío, como si el orgasmo hubiera sido tan fuerte que aún resonara en cada milímetro de su piel. Joder, qué gusto...

Me quedo pegado a ella durante un buen rato, besando su mejilla, sus pecas, su sonrisa dulce y satisfecha. Y cuando está claro que ya no puede mantener el calor, agarro la alcachofa de la ducha, abro el grifo del agua caliente y, uno a uno, acabo con esos pequeños escalofríos que inundan su cuerpo.

Por fin salimos del baño y, una vez vestida, Siana se desploma en nuestra cama.

Me acerco a ella, me siento en el borde y me río al ver sus brillantes *leggings* rojos, los que llevaba el día que la vi en la pista de patinaje. Su bonito jersey va a juego con sus calcetines. Son de color beis, con hojas de acebo de lentejuelas verdes y pequeños pompones rojos que representan bayas. Es increíble lo adorable que puede ser, incluso así vestida.

—La primera vez que te vi con esos pantalones, pensé que me iba a achicharrar a pesar de los diez grados bajo cero de Nueva York.

—¿Crees que soy sexy? —se ríe—. ¿En serio? Creía que odiabas la ropa de la gente corriente, Sullivan.

—No la odio en absoluto. De hecho, me he convertido en un gran defensor de los *leggings* en la oficina, creo. Siana, cuando quise que fueras como nosotros, que vinieras con ropa elegante y distinguida, no fue para borrar a la mujer que eres, porque te adoro así. Lo que quería era que mi familia no tuviera ningún reproche adicional que hacerte, aparte del hecho de que eres mi supuesta prometida. No quería que la tomaran contigo.

—Puedo soportar las críticas de gente que ni siquiera conozco, Knox. No me importa lo que piensen de mí. De hecho, lo único que me duele es que te hagan daño. Todo lo demás no me importa y nunca me importará. Ahora, por favor, dime por qué estabas enfadado antes.

Pone su mano sobre la mía, pero me aparto su brazo y me levanto para caminar hacia las ventanas. Admiro la nieve que cae en abundancia. El bosque crece año tras año, sin detenerse nunca.

—No me pasaba nada. Olvídalo.

—¿Que lo olvide? Tienes que estar de coña. ¡Knox, estabas furioso! ¡Me diste un susto de muerte! Dime qué te pasaba, y por favor, no me mientas. Sé que me ocultas algo.

Se acerca a mí y me abraza. Es difícil no ceder cuando me mira con esos ojos grandes, dulces, cariñosos y tristes.

—Odio que hables con mi hermano, Siana, así de simple. Puedes llamarme gilipollas, puedes llamarme egoísta, puedes llamarme celoso, todo es verdad. No soporto que estés cerca de él.

—Ya, eso he deducido. Pero ¿por qué te sientes así? ¡No estoy haciendo nada malo!

—De momento, no —respondo, y siento que mis músculos se tensan y me duelen.

—¿Qué insinúas?

La herida que acabo de infligirle se refleja en su rostro. Su belleza desaparece poco a poco y abre paso a una mirada indignada. Por mucho que me culpe por haber dicho algo así, parece que no puedo cambiar nada, lo que me duele tanto como a ella.

—Nada. No insinúo nada.

Una vez más escapo de ella, cruzo la habitación para tomar el aire, pero me atrapa, se aferra a mí y esta vez son sus lágrimas las que me hacen derrumbarme.

—¡No te atrevas a huir de mí, Sullivan! ¡Dime ahora mismo por qué crees que soy una cualquiera dispuesta a meterse en la cama con tu hermano! ¡Exijo una respuesta, y la quiero ahora!

—¡Por el amor de Dios, Siana, eso no es en absoluto lo que estoy insinuando! Lo siento. Siento reaccionar así, siento no soportar que te acerques a él, pero nunca pedí sentir algo por ti, ¡joder! ¡Y nunca pedí odiar a mi hermano, despreciarlo, descubrir que se estaba tirando a mi ex...!

Y cuando por fin verbalizo mis sentimientos, siento que tenemos una tregua. Siana cede y me abraza, aunque no me lo merezca en absoluto. Y yo la abrazo a ella, porque es la única persona en el mundo que me hace sentir bien y me tranquiliza.

—Perdóname. Hablas de Sandra, ¿verdad? La mencionaste el otro día y...

—Sí, es ella. Fue mi novia hace unos años. Vine aquí para Navidad y una cosa llevó a la otra y ella se acercó más y más a Graham. Él la hacía reír, la adoraba y, al parecer, se la follaba.

Podría haberle matado ese día, pero decidí no hacerlo, porque no quería volver a ver a esa gente el resto de mi vida. Pero la familia... Es una carga que hay que soportar, ¿no?

—No. Algunas familias se respetan y se quieren, Knox, y tú te mereces todo eso. Sabes, si hubiera sabido que hablar con tu hermano te molestaría, ni siquiera me habría acercado a él.

—Eso es un poco extremo —confieso—. Como mi actitud, supongo, pero como ya he dicho, no pretendía ser tan resentido.

—Claro que no, y es perfectamente normal. Sabes, Graham no me caía muy bien antes de esto, pero ahora no lo soporto. ¡Te hace daño, Knox, y lo hace con una gran sonrisa en la cara! Es inhumano.

—Eso es cosa del pasado. Debería poder olvidarlo, ¿no?

—¡Como si las traiciones pudieran olvidarse tan rápido! —suspira—. Arruinó tu relación. Si yo fuera tú, lo habría matado con un dolor insoportable. Luego me habría comido un perrito caliente en su nombre y sobre su tumba.

Me río porque, maldita sea, solo esta mujer puede aliviar mi dolor y hacerme sentir que no soy un completo monstruo.

—¿Querías a tu novia? —murmura de pronto, mientras me acaricia el pelo.

Sí, pero no tanto como te quiero a ti, petarda.

—Sí, la quería.

—Entonces está claro que no te merecía.

—Nadie merece estar conmigo, Siana, ¿aún no te has dado cuenta? Destruyo todo a mi paso, hago daño a todo el mundo. Si estoy solo, no es por elección, es por deber.

—Calla, ¡para! ¡Por favor, deja de menospreciarte! Vales más de lo que crees, y mucho más de lo que los demás quieren que creas. Y si te abrieras un poco al mundo que te rodea, la gente se daría cuenta muy rápido, Knox.

—Tal vez no quiero que la gente lo note. Tal vez prefiera que todos me desprecien, porque así es más fácil.

—Nada en tu vida es fácil, cariño.

—Sí que lo es. Tú eres fácil. Nada es más fácil, de hecho, que estar cerca de ti. Te alegras a la primera de cambio, sonrías siempre que puedes y, además, eres la mujer más guapa del mundo, lo cual lo hace aún mejor.

Ella suelta una risita sonrojada y aparta la mirada, pero yo la agarro de la barbilla, la obligo a levantar la cabeza y la beso como un loco. Se le corta la respiración, sus dedos me arañan la espalda mientras me aprieta contra ella, y sí, estoy seguro de ello. No hay nada más fácil que amar a esta mujer.

Cuando la suelto, se abanica con ambas manos, apenas capaz de mantenerse en pie por lo agotada que está. La cojo en brazos, la llevo a los sillones de brocado del otro extremo de la habitación y abro las persianas para que pueda contemplar la nieve caer sobre los abetos del bosque.

—Descansa un poco, cariñín. Esta noche me has invitado a tu cama, te lo recuerdo, y pienso hacer que disfrutes de la experiencia.

—No vuelvas a llamarme *cariñín* o no pisarás mi cama—resopla, mirándome fijamente.

Se me escapa una carcajada.

—Casi das miedo, ¿lo sabías?

—Oye, ¡doy mucho miedo! Tengo sangre colombiana, y eso implica que soy caliente y descarada y...

—Molesta, sí, me he dado cuenta.

Me saca la lengua, pero cuando vuelvo hacia la puerta, frunce el ceño.

—¿Ya te vas?

—Tengo que hacer un par de llamadas para terminar el día. Iré a la oficina de la planta baja para no aburrirte. Quédate aquí calentita, ¿vale?

—Deja de mimarme. No soy una niña.

—No, solo eres una mujer a la que aprecio, así que claro que voy a mimarte.

Antes de salir, le llevo una manta gruesa y bajo las escaleras, donde me encuentro con Graham, que está solo en el salón.

Se levanta cuando llego y me sonrío, con un vaso de burbon en la mano.

—Salud, hermano. ¿Cómo está tu prometida? ¿La has calentado o la has tratado con frialdad, como de costumbre? Quizá sea yo quien deba ir a calentarla, ¿no crees?

Sus palabras se me clavan en el pecho. Loco de rabia, me abalanzo sobre él, lo agarro por el cuello y lo acerco tanto a mí que su aliento alcohólico me produce náuseas.

—¿Sabes? Quise hacerte daño cuando te acostaste con Sandra mientras yo vivía bajo tu mismo techo. Cuando iba a pedirle que se casara conmigo y pasara el resto de mis días conmigo. Pero con Siana, joder, es diferente. Todo es diferente. Como te acerques de nuevo a ella, te mato. Tócala de nuevo y te mato. Ella es mía. Mía. Repróchame lo que quieras, Graham. Golpéame, humíllame, me importa una mierda. Pero si me quitas a esa mujer, te juro que esta vez no dudaré a la hora de matarte. Y no me vengas con cuentos de que somos de la misma sangre. Eso me dará mayor motivo.

Lo suelto y lo veo hundirse en el sofá más cercano.

—La aprecias bastante. Más que a cualquier otra, parece. Es bastante extraño ver que sientes algo por ella. ¿Pero sabe ella siquiera lo que le has hecho? ¿Sabe que le mentiste para que viniera aquí contigo?

Trago saliva. Y me doy cuenta de que confiar todos mis secretos a este hombre que me ha traicionado tantas veces es de lo más estúpido que he hecho. Es prácticamente un suicidio.

—No. Y como le cuentes algo, tu muerte será aún más lenta que en tus peores pesadillas. Ten cuidado, Graham. Esta vez no estoy bromeando. Arruinaste parte de mi vida solo por diversión, pero no dejaré que vuelvas a hacerlo.

Salgo y me encierro en el viejo estudio de mi abuelo, donde abundan las estanterías y los libros antiguos. Me siento en su sillón de cuero y recorro la oscura habitación, donde hay montones de libros por todas partes. Debería traer a Siana. Seguro que lo decoraría todo y pondría árboles de Navidad en todos los rincones, para alegrar las cosas.

O tal vez solo la quiero cerca porque soy completamente adicto a ella. El problema es que no sé cómo decírselo. Cómo admitirlo. Ni siquiera sé si ella siente lo mismo por mí...

Siana

Después de treinta minutos viendo caer la nieve, me siento relajada, preparada para enfrentarme a Belcebú con todas mis fuerzas si hace falta.

Bajo a la planta baja, donde Graham está tumbado en un sofá, bebiendo alcohol. Me lanza una mirada desconcertante; me recorre de arriba abajo, y eso me incomoda. Es como si buscara una forma de leerme la mente, de averiguar lo que siento, ¡pero es demasiado personal! No quiero que sepa que quiero zurrarle con una guirnalda de luces, por el tema de que no parezca tan cruel.

A su lado, Ángel acaricia a Conejo y, de repente, ¡le muerde la cola! El animal, molesto, chilla y se escabulle, y deja al chico con la boca llena de pelos. Luego, Ángel tose y escupe, muerto de risa.

—¡Ángel! —grito—. ¿Qué haces?

Graham, preguntándose en qué clase de mundo vive, se limita a arquear las cejas.

—Dijiste que podíamos comer conejo, ¡y que estaba bueno! Pero en realidad, ¡está horrible! O puede que Conejo esté caducado...

—Sí, me da a mí que Conejo está caducado... —suspiro, para que no vuelva a intentar morderlo—. ¿Por qué no vas a lavarte las manos a la cocina y preparamos algo dulce juntos, bebecín?

—¿Puedo cocinar también?

—¡Claro que sí!

—¿Aunque sea un niño?

—Ángel, no vuelvas a escuchar las tonterías que dice Marguerite. Los niños pueden cocinar, vestir de rosa, llevar falda, maquillarse. En fin, cada uno es libre de hacer lo que quiera con su molde, ¿no?

Asiente y guía su silla hacia el pasillo en una sinfonía de campanillas y flashes. Es una monada.

—¿Qué es un molde? —pregunta Graham, mirándome.

Me siento en el sofá frente al suyo.

—La palabra *molde* engloba tantas cosas... Nuestra piel, nuestro cuerpo, el alma que contiene, nuestras inseguridades, nuestra conducta, nuestras carencias y nuestros pluses.

—¿Nuestros qué?

—Nuestros pluses. Una silla de ruedas, un bastón, prótesis mamarias, extensiones de pelo, brazos artificiales, gafas... Todos somos un molde, y Ángel me dijo que se sentía inseguro sobre su silla de ruedas cuando estábamos en la ciudad. Le dije que no debía, y que cada uno tiene un molde diferente. Que teníamos que aceptarnos como éramos, porque nadie más lo haría por nosotros.

—Estar contigo le hace mucho bien, ¿sabes? Podrías quedarte aquí más tiempo, si quisieras.

—No gracias, tengo una vida en Nueva York y una familia que me quiere. Pero si quieres que Ángel se sienta bien consigo mismo, tal vez deberías empezar por enseñarle tú mismo que la

vida no consiste en quedarse en casa cuando llueve, o hacerle ojitos a Marguerite para conseguir todo lo que quiera. Si sigue así, el día que le digamos que no, es probable que reciba una bofetada en la cara, y sinceramente, no estoy segura de que se merezca tanta violencia.

Dejo atrás a Graham para reunirme con Ángel, que está mirando a Conejo, que ahora está subido a la encimera.

—¡Oiga, señor Conejo! Lo va a pasar mal si se queda ahí —me río entre dientes, y lo cojo en brazos para sacarlo de allí—. Bebecín, ¡te prometo que este animalillo está caducado! Y si vuelves a probarlo, se te puede caer la lengua.

Chilla. Por suerte tengo algo para calmarlo.

Cojo la cesta de la compra del almacén del fondo de la cocina, donde los criados la pusieron cuando volvimos de nuestro paseo. Saco unas bonitas manzanas rojas y las coloco en la encimera central, junto con un montón de ingredientes que he comprado antes en la ciudad.

Lavo la fruta, abro un montón de armarios para coger una tabla de cortar y cuchillos, y luego subo a Ángel a un taburete alto a mi lado.

—¿Qué vamos a hacer, Siana?

—Vamos a hacerle a Knox una tarta de manzana con caramelo.

—¡Me encanta el caramelo!

—A mí también me encanta el caramelo. Además, sabe mejor que el conejo...

Se ríe, así que le beso en la mejilla y empiezo a prepararla.

Hago una masa de tarta clásica, que extiendo en el fondo de un precioso plato de cerámica rosa pálido. Luego cojo un tenedor y se lo paso a mi pinche.

—Tu misión, si es que aún te atreves, es hacer bonitos dibujos por todo el borde de la masa con el tenedor.

Se lo muestro cogiendo su mano entre las mías y aplastando suavemente la mezcla con las púas del tenedor.

—¿Estás preparado para el reto?

—Sí, parece fácil.

—Pues ponte a ello, bebecín, porque esta tiene que ser la más bonita de todas las tartas, ¿vale?

—El tío Knox estará orgulloso de nosotros, ¡lo prometo!

Sonrío y me pongo a preparar el caramelo, que ablando con nata fresca para que quede suave y líquido.

Cuando Ángel termina, le pido que pinche la base de la tarta y me hace un bonito corazón. Vierto el caramelo caliente por encima, y le reservo el fondo del molde con una espátula.

—¡Qué bueno!

—Genial, ya hemos hecho los deberes. Pero ahora viene la parte difícil. Cortar la manzana en rodajas perfectas.

Marguerite llega justo en ese momento y nos mira con recelo.

—¡Abueli, estamos haciendo una tarta para el tío Knox! —dice Ángel entusiasmado.

—Una tarta de manzana y caramelo... Es lo que más le gustaba cuando era pequeño —responde ella.

—¿Quiere ayudarnos? Todavía hay que cortar la fruta...

—Sí, podría estar bien —responde con una actitud ligeramente altiva.

Luego toma asiento en un taburete alto junto a Ángel, y yo empiezo a pelar las manzanas antes de dárselas. Marguerite las corta en cuatro trozos, les quita el corazón y se las da a Ángel,

que las corta en pequeños cuadraditos antes de colocarlas con precisión en el plato.

Cuando terminamos, estoy muy orgullosa del resultado.

—¡Es perfecta! —digo.

—¿Podemos probarla ya?

—Primero tiene que cocinarse.

Le añado un poco de canela y vainilla por encima, lo meto en el horno y despejo la superficie de trabajo mientras el pequeñín me mira con atención.

—Creo que me encanta cocinar —declara de repente.

—¡Ángel! —responde Marguerite, casi atragantándose—. Los chicos no...

—Por favor, abuela —dice él, con su gran mirada de pícaro adorable e irresistible—, ¿puedo hacer otra tarta mañana?

—Está bien...—cede ella.

—Llegarás lejos en la vida, cariño. Si manipulas a tu familia a una edad tan temprana, me pregunto cómo serás cuando tengas edad para ligar con chicas o chicos de tu clase.

—¡Es demasiado joven para esas cosas, María! —exclama la abuela.

—Es Siana —protesta Knox al entrar en la habitación, antes de darme un dulce abrazo.

—Tío, ¡Siana, la abuela y yo te hemos preparado una tarta! Está en el horno, pero ya verás qué bonita.

—¿Me habéis preparado algo de comer?

—Sí.

—¿Y qué es?

—Una sorpresa, por supuesto —sonrío.

Molesto, va a abrir el horno y luego se vuelve hacia mí, con los ojos repentinamente cargados de emoción.

—Tarta de manzana con caramelo —confiesa Ángel.

—Mi favorita. La que tanto los momentos de mi infancia en el huerto. ¿Te has acordado?

—Claro que me he acordado. Nunca me olvido de nada, excepto... Bueno, cuando me olvido de alguna cosa. Lo que sucede muy a menudo, en realidad, pero es mejor que mi jefe no se entere.

—No se lo diré, te lo prometo —ríe Knox, mientras se acerca para besarme.

Le estrecho entre mis brazos, y ambos oímos a Marguerite quejarse de que somos unos salvajes y estamos obsesionados. Creo que tiene un poco de razón.

Sale de la cocina con su nieto, y me deja a solas con Knox y mis pensamientos algo indecentes.

—¿Sabes? Puedes decirle que no te llamas María.

—Técnicamente, puede que sea mi segundo nombre. Y mi quinto. Pero sí, admitirlo sería caer en el estereotipo —digo entre risas.

—¿Te llamas María dos veces?

—Sí, así es. Me llamo como mis dos abuelas, María Carlita Valentina y María Consuelo.

—¿Tengo que acordarme de todos esos nombres?

—Sí, porque eres mi prometido y tendrás que decirlos todos en la iglesia cuando nos casemos.

—Estoy deseando llamarte Sra. Sullivan, entonces.

—Sra. Pérez Sullivan, por favor.

—Siana María Carlita Valentina María Consuelo Pérez Sullivan. Dios mío, nunca optas

por el camino fácil, ¿verdad?

—No, no lo hago. ¡Ni te imaginas cómo se llamará nuestra niña cuando tengamos una!

Knox se echa a reír de nuevo y, cuando suena el horno, saco la tarta y corto unos trozos finos.

—Es el postre de esta noche. No voy a permitir que pongan otra tarta de arándanos cerca de ti, ¡o te juro que mataré a alguien!

—Estás defendiendo tu territorio, cariño —ronronea suavemente—. Me encanta que intentes protegerme así.

—¡Solo faltaba...!

—Pero te diré una cosa. ¿Por qué no disfrutamos de ese pastel aquí, solos tú y yo, en paz y tranquilidad? Así aprovecharemos la ocasión, y no tendremos que soportar gritos y comentarios sarcásticos.

—Buena idea.

Knox saca dos platos pequeños y tenedores, y nos sirve un trozo a cada uno, que él cubre con nata montada de la nevera.

—Está delicioso —sonríe tras su primer bocado.

—¿Lo está? Tenía miedo de que no estuviera buena. Quería honrar tus recuerdos, no estropearlos.

—No estropearías nada por mucho que lo intentaras. Los recuerdos no deben ser perfectos, deben estar llenos de emoción y felicidad, Siana. Y este es definitivamente mi favorito.

—¿Porque eras un ladronzuelo de manzanas y te encantaba cometer algún que otro delito en el huerto?

—No, nena. Estoy hablando de ahora. Estoy hablando de ti haciéndome un postre con todo tu cariño, y encima uno de mis favoritos, y que está riquísimo. De ti intentando complacerme porque mi propia familia me sirvió un plato al que soy alérgico. Mi recuerdo favorito es contigo, Siana.

Conmovida, aprieto los labios y trago saliva.

—No te atrevas a llorar por mí otra vez —protesta—. Ven aquí.

Me abre los brazos y me acurruco en él mientras terminamos nuestra tarta. La noche cae justo para nosotros, a través del ventanal, y el tiempo parece detenerse.

No sé qué he hecho para merecer conocer a este hombre, disfrutar de su compañía y ocupar un lugar en su vida. Pero estoy muy contenta de haberlo conocido. Me hace sentir más orgullosa y fuerte que nunca. Con la cantidad de lágrimas que tengo en los ojos, ¡me voy a quedar seca y arrugada como un sapito!

Cuando terminamos de comer, voy al salón a llevarles un trozo a Marguerite y a Ángel.

—¿Y no hay un trozo para mí? —rechista Graham.

—Tienes piernas para andar y manos para cogerlo tú mismo —bromeo.

Knox suelta una pequeña carcajada, antes de rodearme con los brazos y sentarse en el sofá, y de sentarme mí a su lado.

—Eras mucho más amable cuando no estabas aquí y Knox me hablaba de ti.

—¿Que tú hacías... qué? —le digo a Knox.

—Graham —reniega Marguerite— lo que tu hermano te confíe no se tiene que quedar entre vosotros.

—Gracias, Marguerite.

—Espero que no le dijeras nada desagradable —insisto.

—No. Solo que eras una petarda, una espina clavada en el pie, y la mujer más guapa del mundo.

—Mmm... Puedo vivir con eso. Bien hecho, Sr. Sullivan.

—Un placer, Srta. Cactus.

—Pero igualmente, deja de hablar de mí a mis espaldas o te moleré a palos, ¿está claro?

Ángel se ríe, lo que anima el ambiente de la estancia.

—Espero poder estar presente cuando eso suceda —responde su padre una vez en la sala.

—Claro que sí. Y cuento con que todos grabéis la escena, para la posteridad.

—Que sí, entendido... De todos modos, todo lo que digo siempre vuelve, como un *boomerang*, así que tengo que dejar de confiar en la gente.

Suspiro pesadamente, y entonces miro a Graham.

—Ah, por fin estáis aquí —dice Marguerite cuando Nora y Marcus regresan de un pequeño paseo por la ciudad—. ¿Por qué habéis tardado tanto? ¿A Nora le ha costado no salirse de la línea al pintar?

—Tuve que insistir durante mucho tiempo para que Marcus se desnudara para mí. Y el modelo me ha enseñado justo lo que necesitaba ver... —responde la joven.

Belcebú, en un arrebato de ira, casi se atraganta con una manzana.

—Sois unos salvajes, ¡válgame Dios! Quizá sea hora de que reflexionéis sobre vuestra forma de actuar. En mis tiempos, al menos, podías darle en el culo a tus hijos cuando no eran obedientes.

—¿Quiere decir en la Edad Media?

—Usted es, sin duda, la peor de todas, hija. ¡Espere y verá la paliza que le meto!

—¡Marguerite!

—Marguerite, toca a Siana y te prometo que te arrepentirás.

—Al fin y al cabo, todos estamos de acuerdo en que Knox es el único que puede darme unos azotes —bromeo.

Guiño un ojo a Graham, que echa humo. ¡Así aprenderá a no humillar a su hermano!

Knox suelta una carcajada bastante sexy.

—¿Cuándo será la próxima vez que sueltes otra barbaridad, señorita Cactus? Lo estoy deseando —ronronea.

—Depravados... —murmura Belcebú.

—Así es. Vais a tener que fregar la bañera a fondo, de hecho. Se le ha dado muy buen uso.

—¡Siana! —se sonroja Knox.

—¿Ves? Ahí tienes la barbaridad. ¿Estás enfadado, osito?

Me río entre dientes mientras le acaricio la mejilla bien afeitada, pero cuando me mira con tanta tensión y lujuria en los ojos, me cuesta recordar que la noche es larga antes de que podamos estar solos.

La cena llega rápidamente, y a pesar de las conversaciones que se alargan, las discusiones que no parecen nunca acabar, y de que Ángel no deja de mirar a Conejo con cierto interés, nada me saca de mi burbuja. Mi mano, deslizándose por el muslo de Knox, calienta su piel y despierta su deseo. La suya, trazando delicados senderos por mi brazo y mi cuello, hace que mi corazón se acelere como nunca.

Siento calor. Me muero de calor.

—Deja de mirarme así, señorita —me dice de pronto al oído.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras deseando que te azotaran.

—Pero ¿y si te dijera que es lo que quiero...? No sé si lo sabes, pero tienes unas manos muy sexys... No puedo dejar de imaginarnos.

—Admite que solo sueñas con verlas seguir los trazos de un Monet.

—Deja de excitarme así — protesto mientras bebo un sorbo de agua fría.

—Ojo por ojo.

Sus labios se posan en mi mejilla y de repente me doy cuenta de que todo el mundo nos mira.

—¿Qué pasa? No nos vamos a quitar la ropa.

—No, ¡es que sois demasiado monos! —exclama Nora sonriendo—. Nunca habíamos visto a Knox tan feliz.

—Hijo, no dejes que esta se te escape.

—Oye, no soy una vaca, para que me echen el lazo —replico.

—Esa es una idea interesante —susurra Knox.

—Los azotes son mi límite, guapo. Pon una cuerda alrededor de mis delicadas muñequitas y te daré una bofetada. He visto todas las pelis de *Kung Fu Panda*; te lo advierto.

—También es violenta —protesta Belcebú.

—Estoy defendiendo mi libertad.

—¿Su libertad?

—No me haga decirlo, abuela. Puede que no le guste la respuesta.

—Como si alguien pudiera impedirle hablar...

—Es verdad —digo, enfadada—. Pero tengo derecho a no querer que me aten durante el sexo, que lo sepa. ¡Pam! Ahí tiene la explicación que buscaba.

—Siana, ¿por qué el tío Knox quiere atarte?

Madre mía... Este niño siempre hace las preguntas equivocadas.

—Porque es un pequeño bribón, bebecín.

—Y no quiero que se me escape —continúa.

—No te preocupes, tendrías que hacer algo muy estúpido para que yo también me enfadara, osito amoroso...

Él protesta al escuchar su apelativo, pero sus ojos brillan, llenos de pasión.

La cena transcurre lentamente y a las ocho ya no aguanto más. Knox me acaricia ahora los muslos, y la sensación es demasiado placentera, demasiado excitante, para que pueda soportarlo un segundo más.

—Bueno... —toso, avergonzada a más no poder y con las mejillas encendidas.

—¿Bueno, qué? —se ríe la abuela.

—Os dejamos. Buenas noches —dice Knox, estoicamente.

¿Cómo puede parecer tan seguro, tan orgulloso, tan frío?

Es impresionante. Incluso yo, que sé exactamente de lo que es capaz en el dormitorio y de lo que se muere por hacerme, podría creer que no siente absolutamente nada, en este momento.

Sin prestar más atención a los demás, escapo por la gran escalera de mármol y Knox me alcanza rápidamente, y me rodea la cintura con los brazos para estrecharme contra él. Sus labios se pierden en mi cuello, su pelvis se encuentra con la mía. Suelto una risita cuando me mordisqueea la oreja y gimo cuando su sexo, ya duro, me roza las nalgas.

—¡A la habitación! ¡Ya! —gimo.

Su mano se desliza entre las mías y empezamos a correr hacia nuestro pequeño refugio.

Knox cierra con un portazo y yo retrocedo, sin apartar los ojos de él. Su mirada es intensa, penetrante y oscura, tan oscura que prende un infierno en mi bajo vientre.

Solo la luz de la lámpara de la mesilla nos ilumina, y eso es suficiente. No necesito más para sentir su deseo incendiando la habitación.

Empiezo a desnudarme voluptuosamente, y me dejo solo el jersey y las bragas de encaje. Y cuando empieza a caminar hacia mí, lo que hace que mi corazón palpite con fuerza en mi pecho, me pregunto qué me va a echar por encima antes de comerme. Me muero de ganas de saberlo.

Knox

Cuando llego hasta Siana, que me espera en medio de la habitación, levanto la mano para acariciarle la mejilla, pero desisto, como un cobarde, en el intento. En su lugar, fijo en ella una mirada tenaz. Y la observo sin prisas, sin cansarme de sus ojos feroces, excitados, estimulantes, cuya pasión se esparce hasta los dedos de los pies, que se contraen y anticipan lo que vendrá después.

Sé que si la toco ahora, todo habrá terminado antes de empezar.

Voy a desnudarla, rodearla con mis brazos y follármela allí mismo, en medio de la habitación, con todas mis fuerzas.

Pero mi pequeña petarda quiere jugar, y no voy a negarle ese placer.

Mi pulso se acelera al contemplar sus pechos redondos y tersos, sus muslos desnudos que quiero palpar, sus labios carnosos que quiero devorar. Camino a su alrededor. Giro a su alrededor, y levanto con el dedo índice su gran jersey para observar sus generosas nalgas. Entonces, de repente, no puedo contenerme más. La agarro, le aprieto suavemente el culo y me inclino para susurrarle al oído:

—Dígame lo que quiere, señorita Pérez. Pida por esa boquita.

Ella arquea un poco la espalda y restriega su culo contra mi miembro erecto.

—Un pequeño azote. Me he portado mal, señor Sullivan.

—¿Solo uno? Porque ha sido muy traviesa, señorita.

—Usted dirá...

Suspira cuando mis dedos pasan por encima de sus bragas encaje; es un sonido puro, cálido y apagado.

El leve temblor de sus músculos me hace creer que está lista, que está preparada para recibirme, así que me siento en la cama, con las piernas estiradas delante de mí, el corazón ahora pesado y dolorido en cada latido, y la observo girarse hacia mí.

Lentamente, se acerca a mí. Lentamente, se sube a la cama y se arrodilla a mi lado. Tiene los labios algo rojos de mordisqueárselos, así que le cojo suavemente la barbilla con una de mis manos y la beso con dulzura.

—¿Tiene miedo, señorita Pérez?

—¿De usted? —se ríe—. No. ¿De lo que quiero de usted? Quizá un poco.

Y sin más preámbulos, se tumba en mi regazo, apoyada en los codos, con las piernas pateando suavemente el aire mientras espera su castigo.

Ojalá tuviera el valor de darle lo que quiere, ahora mismo, pero soy demasiado débil ante lo que me está mostrando, y soy incapaz de ponerme manos a la obra de inmediato.

Me arremango la camisa por encima del antebrazo y, con calma, levanto el jersey de Siana, lo que me hace descubrir las curvas de su espalda arqueada. Le bajo las bragas de encaje rosa neón lentamente, hasta medio muslo antes de deslizar el dedo índice desde el surco de su columna vertebral hasta su sexo.

La forma en la que se estremece hace que mi miembro, que ya está empalmado, se hinche, y un leve dolor florezca bajo mi piel y me indique que siento una necesidad atroz de correrme.

—Sr. Sullivan... —gime Siana.

—¿Tiene alguna queja, señorita?

—Me prometió un castigo...

—Y aquí viene, preciosa. Pero primero, yo también quiero jugar.

Y las vistas son demasiado buenas para dejarlo pasar.

Mis manos van a sus nalgas, que palpo, separo y aprieto con todas mis fuerzas. Son sublimes. La acaricio, y hago que su intimidad se humedezca poco a poco, y cuando su miel cubre cada uno de mis dedos, hago que se corra fuerte, que me moje la mano entera, antes de chupar ese néctar que me está volviendo loco.

—Ahora, Knox... —me suplica.

—¿Ahora, qué? —pregunto con inocencia.

—Quiero que me azotes.

—¿Estás segura? Déjame decirte que, cuando acabe contigo, desearás no haber empezado.

Divertido, deslizo un dedo dentro de ella y, con la mano libre, le doy un azote. Su gemido es débil, pero sus músculos se contraen de placer alrededor de mi dedo corazón, y eso me pone a mil.

Lo hago otra vez, dos, tres, cuatro veces, le meto y saco el dedo, empapado, sin dejar de golpear su culo delicioso y sublime. Joder, mi corazón está a punto de desbocarse y mi respiración tan caliente que me abrasa los pulmones.

Mi mirada está prendida por la perfección de su carne dorada, por la miel que recorre lentamente mi dedo corazón. Lo saco, lo vuelvo a lamer, lo meto, lo saco. Y suavemente, la acaricio entre las nalgas, observando los pequeños escalofríos que se inician en lo más profundo de mi ser.

—¿Sabes una cosa? Un día, te lo haré por detrás...

—En tus sueños —dice indignada—. Dices que te gustan los coches y sin embargo no puedes intuir que en mi culo haya una gran señal de prohibido el paso, ¡muchas gracias!

—Es una pena... —suspiro.

Mi dedo recorre la curva de sus nalgas, la redondez de sus formas femeninas, y luego vuelve al interior de su intimidad.

—¿Y qué me dices de aquí?

—Ahí no hay límite de velocidad, señor —murmura.

Así que dejo de tentarla y entonces le meto los dedos, y sigo azotándola sin control, y su culo se agita con cada embestida. Estoy fascinado por el espectáculo, hipnotizado por la belleza de ese cuerpo que me está ofreciendo sin ningún pudor, sin ninguna duda.

Mis manos se vuelven cada vez más violentas y exigentes mientras sus gemidos son cada vez más fuertes y liberados.

Entonces me dejo llevar, y le doy todo lo que quiere, y más. Quiero que se entregue a mí.

Cuando se corre en mi mano, una increíble sensación de placer se apodera de mi sexo, y Siana se incorpora un poco.

La veo extasiada, con los ojos entrecerrados y brillantes. También está exhausta, con los labios entreabiertos y la respiración entrecortada.

Sin embargo, se echa un poco hacia atrás, a cuatro patas sobre la cama, y se inclina hacia delante para bajarme los pantalones y llevarse mi polla a la boca. Sus nalgas se levantan para mostrarme las marcas de mis manos en su carne húmeda y enrojecida. Perlada de sudor.

Paso los dedos por su pelo largo y enmarañado, y la agarro con todas mis fuerzas, y con

los ojos clavados en su culo, guío cada movimiento de su boca con una lentitud que oscila entre el placer y el dolor. Es otro tipo de placer. Delicioso. Cada pasada de su lengua me hace soñar, jadear y temblar. Hasta que por fin me corro dentro de ella y la veo incorporarse, con una gran sonrisa en los labios y una pequeña gota en la comisura de los labios.

Se la limpio con la yema del pulgar y, de repente, su húmeda y rosada lengua la lame mientras me mira fijamente con su sensual mirada.

Dios, esta mujer me va a volver loco...

Con ternura, la cojo entre mis brazos hasta que me cubre con su cuerpo y le beso la punta de la nariz.

Parece agotada, pero encantada, lo que me tranquiliza porque tengo la impresión de haberla presionado demasiado, de haberla llevado al límite. Tiene las nalgas rojas y una sonrisa sublime, y le retiro suavemente de la cara los largos mechones húmedos.

—Lo ha hecho muy bien, señor —ronronea—. Pero no sé si mañana podré sentarme en cualquier sitio, excepto quizá en la nieve.

Su risita es tan adorable...

—Ahora vuelvo —murmuro mientras salgo de la cama.

—¿Adónde vas?

No contesto. Voy al baño antes de bajar a la cocina. Meto la crema hidratante en el congelador y me sirvo un vaso de agua, que me bebo de un trago antes de rellenarlo de nuevo para Siana.

A la luz del piloto que hay sobre la encimera, veo entrar a Graham, tan enfadado como siempre.

—Hermano... —sonríó—. Tengo que darte las gracias, ya sabes, por... Bueno, ya te lo imaginas. He pasado una noche estupenda gracias a ti.

—No te lo mereces —suelta, mientras se apoya en uno de los muebles del otro extremo de la cocina.

—Soy muy consciente de ello —créeme.

—Siana se porta de maravilla contigo. Te defiende aunque le mientas, Knox. ¿Y qué haces tú por ella además de follártela como un animal?

—No te atrevas a hablar de ella —gruño.

—¿O si no qué? ¿Serás sincero con ella? No me hagas reír.

—¿Qué intentas decirme? ¿Que estaría mejor aquí contigo? No eres mejor que yo, Graham. Cuando se trata de familias de energúmenos, creo que nos llevamos la palma.

—Tal vez, pero Ángel la adora. Con ella se ríe mucho y...

—Estás buscando una madre para tu hijo, ¿no?

Me río amarga y peligrosamente.

—Empieza por ser un padre de verdad, del resto ya hablaremos otro día. Lo único que necesita tu hijo es amor. Algo que Siana le da, pero que tú no eres capaz de darle, porque te pasas todo el tiempo compadeciéndote de ti mismo y envidiando a los demás. Abre los ojos. Ángel no necesita a Siana. Te necesita a ti. ¿Y dónde estás ahora mismo? Oh sí... En la cocina, diciéndome que quieres que mi novia cuide de tu hijo. Bien por ti. Felicidades: eres el padre del año.

Asqueado, recojo mi crema, mi vaso de agua y vuelvo arriba para reunirme con mi niña.

Está tumbada boca abajo, ahora completamente desnuda, y me mira divertida cuando me acerco.

—Eres un encanto —dice, bebiendo hasta la última gota del precioso líquido que le doy.

—No, no lo soy. Solo quería disfrutar de ti y de tu cuerpo una última vez antes de irme a dormir.

Me subo al colchón, a horcajadas sobre ella, y coloco una generosa cantidad de crema, ahora helada, en su precioso culo. La masajeo durante un buen rato, hasta que se duerme de verdad, y luego me desnudo y me meto con ella en la cama, después de apagar la luz. La acerco a mí y la estrecho entre mis brazos.

Y me pregunto si será la última vez, porque algún día tendré que decirle la verdad, ¿no? Tendré que decirle que no está aquí por un error en el trabajo, sino porque soy un gilipollas. Y sinceramente no creo que me perdone.

Me duermo tras un par de horas intentando conciliar un sueño que se me escapa, y cuando llega la mañana me doy cuenta de que he pasado casi una noche en vela. Estoy agotado y de mal humor.

Pero todo mejora un poco cuando Siana se estira contra mí y maúlla como un gatito hambriento.

—Hola —sonríó, rodeando su cintura con los brazos y apretando su espalda desnuda contra mi pecho.

—Mmm... —murmura.

Se tapa con la manta, enfadada y mi humor se ensombrece aún más.

—¿Pasa algo?

Mi preocupación hace que asome la nariz.

—Hoy es Navidad.

—No, es veinticuatro.

—Pero es prácticamente lo mismo. La Navidad es un paquete, Knox. El veinticuatro y el veinticinco son días inseparables.

—¿Eso te entristece? Pensé que te encantaba...

—Sí, pero estoy lejos de mi familia, y lo estoy pasando mal. Bueno, lo siento. No es justo para ti, porque me encanta estar contigo y soy feliz cuando estamos los dos solos, pero voy a tener que llamarlos, verlos a todos juntos. No creo que vaya a ser capaz de superarlo.

¿Qué demonios he hecho?

—Lo siento. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya, ¡venga! —dice con tristeza—. ¿Y sabes qué? La única razón por la que no estoy llorando es porque sé que merezco pasar la Navidad con Belcebú. Cometí un error estúpido, y lo asumo totalmente. Gracias a tu abuela, nunca cometeré otro error mientras viva, ¿no es precioso?

—Es una forma de verlo.

Me callo, porque tengo un nudo en la garganta por mis mentiras y el corazón roto por su expresión feliz, que hace muy mal trabajo a la hora de intentar ocultar su tristeza.

La abrazo. Beso sus mejillas, sus hombros desnudos, hasta que su piel se vuelve rosada ante mis gestos de cariño.

Son casi las once cuando por fin nos levantamos, y solo porque hoy le he prometido un paseo por el bosque.

Siana se pone sus *leggings* más sexys. ¡Madre mía! ¿Se da cuenta de la tortura que es suponer para mi cuerpo, que la desea a todas horas?

Estos malditos pantalones imitan unos pequeños *shorts* rojos, medias de rejilla negras y

tirantes con un bonito lazo rojo en la parte delantera. Su grueso jersey es blanco, y tiene tan solo un copo de nieve dorado en la parte delantera.

Nunca me ha gustado la Navidad. Es una fiesta que tiene que ver con la familia, y mi familia es disfuncional. Odiosa. Insoportable.

Sin embargo, con esta mujer, quiero comprar malditos árboles para el baño, dar paseos por la ciudad, beber chocolate caliente y averiguar qué ropa va a elegir para ella de un día para otro.

Siana casi me hace humano.

—No irás a ponerte un traje, ¿verdad? —protesta mientras me observa, una vez que me toca vestirme.

—Es todo lo que tengo, Siana.

—En algunos países se considera traición, ¿sabes?

—¿El qué?

—Vestirse de forma inapropiada en Navidad. Los jerseys feos existen por una razón, Knox. Y es que la gente se los ponga en diciembre.

—El día que me veas con un jersey de Navidad, será en mi funeral. Y solo porque habrás sobornado al maquillador fúnebre para que me ponga uno. ¡Y no, no me mires así!

—¿Así, cómo?

Su sonrisita pícaro me hace gracia.

—Como si ya estuvieras pensando en qué jersey comprarme para ese día.

—Eso no es verdad —dice indignada.

—Eres una mentirosa.

—Vale, de acuerdo. Pero te juro que no va a ser nada feo. Va a tener un estampado de *La Mona Lisa* con un gorro de Navidad y una guirnalda de perritos calientes alrededor del cuello.

—Me vas a avergonzar hasta la tumba, lo juro. ¡Menuda petarda!

Suelto una carcajada y la llevo escaleras abajo, donde ya todo el piso estaba impregnado del olor de la buena comida.

Marguerite está en su sillón, Ángel en su regazo, y están leyendo un cuento juntos.

Graham, que está junto a ellos, se levanta cuando llegamos y parece furioso al vernos sonreír a los dos. Me callo de inmediato, y le dirijo esa mirada fría que reservo para el resto del mundo, excepto para Siana.

—Hermano...

—Knox. Siana... Os habéis perdido el desayuno.

—Nos acostamos tarde —contesta mi Siana.

—Porque te lo estabas montando con tu jefe, ¿no?

Atónita, Siana da un paso atrás. No tengo tanto control como ella, así que no soy capaz de alejarme de él y dejar que gane esta batalla. Aprieto el puño y le golpeo con todas mis fuerzas hasta que su cabeza se inclina hacia un lado.

Marguerite grita y dos criados se llevan a Ángel a su habitación.

Lo siento por él. Me entristece que haya tenido que ver eso. ¡Se ha pasado de la raya!

—¡No vuelvas a hablarle así a Siana!

—¿O si no qué? ¡Ni siquiera estáis juntos! Es tu empleada y la trajiste aquí para poder esconder tu ridícula mentira, de la que te avergüenzas. ¡Le pagaste para traerla aquí! No eres lo suficientemente bueno, Knox. Ni lo serás nunca... Para nadie.

—¡Te equivocas! —dice Siana, mientras da un paso para colocarse frente a mí.

Mi hermano se frota la mejilla. Luego ella sigue:

—Nunca me he vendido por dinero, ni siquiera cuando estaba en el fondo del abismo. Siempre he mantenido la cabeza alta, no como tú, que eres un celoso empedernido y un ser mezquino con los de tu propia familia. ¿Envidias el dinero de Knox? Que sepas que ha trabajado como un loco para montar su empresa y hacerla prosperar. Trabaja los fines de semana, las vacaciones, ¿y tú qué haces? Beber todo el día en el sofá. ¿No te das cuenta de la suerte que tienes de tenerlo todo? Un techo, un hermano que confía en ti, dinero... Y nunca has hecho nada para merecerlo. ¡Y lo que es peor! Estás celoso de Knox por su dinero, cuando tú tienes todo el oro del mundo con este niño que te mira como si fueras su héroe, ¡un príncipe, un rey, un caballero! Ángel te quiere con todo su corazón, y creo que eso mucho más importante que cualquier cosa que pienses sobre el dinero. Así que déjate de tonterías, Graham. Deja de sentir lástima por ti mismo como un pobre niño rico que tiene ni más ni menos que una cuenta bancaria rebosante de dinero sin el más mínimo esfuerzo. Tu hijo te quiere con toda el alma y a ti parece que te importa un bledo.

—Mi hijo sí me importa —gruñe.

—Entonces, ¿por qué me insultas delante de él? ¿Por qué te metes con Knox delante de él? ¿Por qué no te lo llevas a la ciudad, cuando es evidente que lo necesita? ¿Acaso el sofá te absorbe? ¿O es porque es más fácil envidiar a los demás que hacer algo al respecto? En realidad, eres un ser patético, Graham. Porque lo tienes todo, pero no ves nada.

—¿Crees que soy patético? —gruñe mientras se acerca a ella.

Rodeo a Siana con los brazos para que dé un paso atrás.

—¿Crees que soy patético? Esa sí que es buena. ¿Acaso sabes que estás aquí porque...?

—¡Cállate, Graham!

—Si estás aquí, no es porque cometiste un error con los clientes de Sullivan Inc., cariño.

—Te juro que si no te callas, te hago pedazos —le amenazo con voz cargada de furia.

Pero es demasiado tarde. Siana me mira ahora como si estuviera desorientada y su rostro está lleno de dudas. Parece a punto de derrumbarse.

—¿Qué? —susurra.

—Fue Knox quien se equivocó cuando te dio los nombres de los clientes. Estás aquí solo para que pueda divertirse contigo. Te mintió, te traicionó y volverá a hacerlo porque él es así. Nadie puede confiar en él porque él no confía en nadie. Piensas que eres diferente, pero eres igual que todos los demás. Solo un nombre, solo una vía de escape de su larga y triste vida y...

Siana le abofetea antes de que pueda terminar la frase.

—Eres patético —repite, con las lágrimas cayendo por sus mejillas.

Entonces se vuelve hacia mí, y mi corazón se rompe en mil pedazos al darme cuenta de que la he perdido. Porque nunca me había mirado con tanta rabia, pena y dolor. Y sé que el daño que le he provocado es irreparable.

—Y tú eres aún peor...

Luego corre escaleras arriba y Marguerite aparece, claramente furiosa.

—Por una vez, estoy de acuerdo con ella. Me dais vergüenza. Si os peleáis entre vosotros, es asunto vuestro. Pero hacer daño a todo el que se cruza en vuestro camino, ¡eso tan irresponsable que me entran arcadas! ¡Id a vuestras habitaciones! Calmaos un poco y, sobre todo, no volváis aquí hasta que hayan tenido la oportunidad de disculparos.

Miro a Graham con una frialdad y un odio que sé que nunca se apagarán, y luego desaparezco para ir a buscar a Siana. La encuentro en el dormitorio, mirando por la ventana con los brazos cruzados.

—Sia... —susurro

Se vuelve hacia mí con los ojos llenos de ira.

—Me has mentido.

—Lo siento —digo.

—¿Que lo sientes? Eso es otra mentira, ¿no? Porque nunca te arrepientes de nada, Knox. Si lo hicieras, ahora estaría con la gente que quiero, no con una familia de putos majaras que no saben respetar a los demás. Igual que tú.

—Lo siento —repito— y aunque no me creas, es la verdad. Soy egoísta, soy un gilipollas, pero es como crecí, porque era la única forma que tenía de salir adelante, de tener a alguien que cuidara de mí. Fui el único que lo hizo, ¡maldita sea! Así que cometo errores. Todo el tiempo. Sobre todo contigo, porque no sé cómo comportarme con un ser humano tan dulce, tan perfecto, tan honesto como tú y eso me mata, te lo juro. Me mata haberte hecho daño y, sin embargo, si tuviera que volver a hacerlo, creo que lo volvería a hacer. Creo que volvería a llevarte conmigo, porque sí, soy egoísta, pero he pasado los mejores cinco días de mi vida contigo, Siana.

Se echa a reír, con los ojos llenos de lágrimas.

—Tienes que estar de broma. ¿Me estás diciendo que volverías a alejarme de mi familia si pudieras? ¿Sabiendo lo mucho que me dolió?

—Yo... No... Sí... Quiero decir, haría las cosas de otra manera, yo...

—¡Cállate! —grita—. ¡Cállate, estás diciendo tonterías, Knox! Y lo haces a sabiendas, porque te gusta. Te gusta herir a la gente, porque hace que tus propias heridas sean menos dolorosas.

Miro hacia abajo, dolido. Tiene toda la puta razón.

—Te gusta herir a la gente porque así no se atreven a herirte más.

Se acerca a mí, paso a paso, así que retrocedo porque odio que coquetee tanto con la verdad. La verdad que soy incapaz de admitir cuando estoy a solas.

—Dime que soy un monstruo. ¡Ahora! —me ordena.

—¿Decirte qué? ¡No!

—Sí. Dilo, porque eso es lo que piensas.

—¡Maldita sea, Siana, nunca pensaría eso de ti!

—¡Estás mintiendo, una vez tras otra! —grita—. Dime que te traicionaré como te traicionaron tus compañeros, Knox. Dime que voy a hacerte daño como hizo tu hermano, y a engañarte como te engañó Sandra.

Ella se acerca de nuevo, yo retrocedo de nuevo.

—Dilo.

—No —me niego.

—Soy una puta. Soy escoria. Dilo, ¡te hará sentir mejor!

—Es imposible que diga eso de ti, ¡así que déjate de tonterías!

Me lleva a mis límites, me saca de mis casillas. Cuando estoy contra la pared, me siento como un animal salvaje que podría devorarla si no tiene cuidado.

—Dí-me-lo... —me exige una última vez mientras se planta delante de mí.

Agarro su mandíbula con todas mis fuerzas y le clavo los dedos en las mejillas.

—Es imposible. Imposible, porque tú no eres ninguna de esas cosas, Siana. No eres ellos, no eres un monstruo, no eres como ellos —repito febrilmente, mientras me doy cuenta de lo que está pasando.

Ella sacude la cabeza, porque sabe que me acabo de comer con patatas todas mis

inseguridades y la injusticia que le he hecho vivir en las últimas semanas.

—Entonces, ¿por qué me tratas así? —gime—. ¿Por qué me tratas como si fuera a traicionarte, a hacerte daño y a engañarte? Sé cuánto te han herido, Knox. Conozco tus defectos y tu dolor, conozco tu odio hacia los demás y hacia ti mismo. Pero esperar siempre lo peor de los demás es vivir con una carga aún más pesada y, sobre todo, faltarles el respeto. Y ya te he dicho lo que hace la gente cuando les haces daño. Acaban traicionándote: no hay otra posibilidad. Ya sea marchándose u olvidándose de ti.

—Siana...

Por el amor de Dios, enfrentarme cara a cara con todo el mal que le he hecho me deja sin aliento, me aplasta los pulmones.

La rodeo con mis brazos para acercarla a mí, pero ella me aparta con una brutalidad que nunca había visto.

—¡Aléjate de mí, Knox! Eres... ¡Eres lo que más odio en el mundo ahora mismo y no quiero volver a verte! ¡Aléjate de mí! ¡Déjame en paz! ¡Déjame respirar! Estoy intentando no llorar, porque me has traicionado, ¡joder! ¡Me has traicionado! ¡Odias a la gente que te traicionó, pero eso es justo lo que me has hecho a mí, sin ningún remordimiento! Así que ahora, recuerda cómo te sentiste cuando te destrozaron, y multiplícalo por mil, ¡porque así es como lo siento yo! Y yo lo sentía todo por ti, ¿sabes? Pero ahora ya no queda nada, ¡y quiero que te vayas!

Furiosa, me lanza un cojín, luego un libro, luego otra cosa. No lo veo porque la obedezco, y salgo al pasillo con lágrimas en los ojos.

He herido, traicionado y humillado a la persona que más quiero en el mundo, y eso es imperdonable.

Incapaz de apartarme, me apoyo en la pared junto al dormitorio y oigo a Siana llorar desconsoladamente. Se me hincha el pecho, me arden las venas, la piel, el corazón.

Al cabo de un largo momento, suena un teléfono y estallan gritos de alegría en la habitación, antes de desvanecerse.

—Siana, princesa, ¿qué pasa, cariño?

—Nada, papá. Hola, mamá, hola a todos. Os llamo para ver cómo estáis.

Hay una sonrisa en su voz, pero probablemente toda la tristeza del mundo en sus ojos. La conozco demasiado bien, me la imagino constantemente.

—¡Querida, dínos qué te pasa! Si alguien te ha hecho daño, puedo estar allí en diez minutos, ¡estés donde estés en este planeta! —dice el señor Pérez.

—Nadie me ha hecho nada, solo estoy triste porque estoy lejos de vosotros y os echo de menos —miente—. Aquí todo es horrible. La gente se odia y se hace daño, ¡es lo peor! Os echo mucho de menos.

—Nosotros también te echamos de menos, Princesa. ¡Les he prohibido a todos abrir sus regalos esta noche! Lo haremos todos juntos cuando vuelvas a casa.

—¡Eres genial, papá!

—En eso no estamos de acuerdo, hermanita —añade una voz grave.

—Seguro que sí, pero te lo compensaré, Rodrigo. ¡Os he comprado muchos regalos sorpresa! ¿Os he dicho que soy rica?

—Por lo menos mil setecientas veces —gruñe su hermano.

Yo sonrío. A mí también me lo ha dicho un montón de veces. Me pregunto de qué estará más orgullosa: de que por fin pueda pagar el alquiler sin retrasos, o de que sea capaz de comprar regalos a sus seres más queridos sin pasarlo mal. Porque así es Siana. Es generosa, desinteresada

y siempre piensa en los demás antes que en sí misma.

No me la merezco. Graham tenía razón.

Y sin embargo... No puedo imaginarme un solo segundo de mi vida en el que ella no hubiera estado a mi lado, en el que se hubiera olvidado de mí.

Ansioso, bajo las escaleras y me encierro en el estudio de mi abuelo. Me hubiera gustado ir a ver a Ángel para disculparme, pero estoy seguro de que no quiere verme ahora. Ni Siana, ni el resto del maldito mundo.

Me siento en el sillón de cuero, después de servirme un brandi y me pongo de lado para ver, al cabo de una hora, cómo empieza a nevar.

Marguerite entra en la habitación y me sorprende verla allí.

—Sabía que te encontraría aquí. Incluso cuando eras niño, esta era la habitación donde siempre te refugiabas cuando te sentías mal.

—Te equivocas, estoy perfectamente.

—Al igual que tu amiga, cuyos sentimientos pueden leerse con una facilidad desconcertante, tú tampoco puedes ocultar nada, Knox. Cuanto más frío eres, peor te sientes.

—¿Y qué si me siento así? ¿Y a ti qué te importa?

Suspira y se sienta en el sillón frente al escritorio.

—La verdad es que lo siento mucho.

Mi expresión de sorpresa la hace reír, y me doy cuenta de que nunca había oído reír a mi abuela. Al menos, no desde que perdió a su marido.

—Soy como me educaron. No puedo evitarlo, es así. Mis padres eran estrictos y no muy afectivos. Tú también, Knox, eres como te criamos y no tienes nada de qué avergonzarte. Sí, puedes ser egoísta, pero ¿quién no lo sería en tu situación? Te hemos empujado a pensar solo en ti y a ir más allá de tus límites sin pensar en los demás ni en las consecuencias. Pero ¿sabes qué? La gente cambia, y cambiar es lo que nos hace mejores. Antes de conocer a Siana no necesitabas a nadie en tu vida, y ahora te das cuenta de que ya no basta con ser arrogante y tener el mundo en tus manos, porque hay una personita que intenta colarse en él, y es mucho más fácil soportar el peso de la vida juntos.

—¿Qué intentas decirme, abuela?

—Oh, tantas cosas, cariño... Pero sobre todo, quiero pegarte una bofetada tras otra. Si no has captado el mensaje, te lo dejaré claro: el momento de cambiar es ahora, Knox. Por la persona que amas. Al menos, si quieres mantenerla en tu vida.

Me sonrojo. Duras palabras.

—Ya sé que Siana nunca fue tu prometida, y también sé que le mentiste desde el principio. ¿Pero sabes una cosa? En el mismo instante en que ambos llegasteis aquí, me di cuenta de que estabais enamorados, aunque ni vosotros mismos lo supierais.

—¿Entonces por qué demonios seguiste insultándola?

—¡Porque una mujer que puede enfrentarse a mí es una mujer digna de un Sullivan! —se ríe.

—Abuela, eres la encarnación del mal.

—Cómo te atreves... —gruñe, divertida.

Se sirve un brandi y observa la nieve caer cada vez con más fuerza. Se acerca una tormenta, y va a ser implacable.

—Siempre supe que Sandra no era la adecuada para ti —admite de repente—. Siempre estaba flirteando con Graham a tus espaldas, la muy zorra. Si hubiera sabido que iba a hacerlo, la

habría destrozado con mis propias manos para que no te hiciera daño, Knox. ¿Pero sabes qué? No hay mal que por bien no venga. Y el bien, en este caso, es mexicano, pero oye, hay cosas peores...

Se ríe de nuevo y se levanta para irse. Antes de que se vaya, me acerco a ella y le doy un abrazo.

—Tu hermano te quiere, aunque sea como tú. Es incapaz de demostrarlo. Los dos sois imbéciles. Cree que le odias porque menosprecias a todo el mundo y por eso quiere hacerte daño, pero, por el amor de Dios, ¡hablad entre vosotros! ¡Arreglad esta estúpida discusión de una vez por todas!

—Bien, bien, hablaré con él...

—Ahora mismo.

—Te lo prometo. Pero primero, tengo que ir a ver a Siana. Está enfadada.

—Y con razón. Espero que no te perdone pronto, hijo. Te mereces ser miserable por unos días.

—Estoy seguro de que me perdonará si la amenazo con comerme una tarta de arándanos entera para sufrir como es debido.

¡Y además tiene el valor de reírse! La persigo fuera del despacho para calmar mis nervios un momento, y cuando vuelvo al dormitorio lo encuentro desierto.

De repente me entra el pánico y registro la habitación de arriba abajo, aliviado al comprobar que sus maletas siguen allí. Joder, si se hubiera escapado, ¡creo que habría sido capaz de poner el mundo patas arriba para encontrarla!

Doy vueltas por el piso y llamo a todas las puertas por si se ha ido, y cuando bajo las escaleras, estoy algo mareado. Tengo un presentimiento muy, muy malo.

—¿Siana? —grito por toda la casa.

Voy a la habitación de Graham, de Ángel, de Marguerite...

Luego entro al salón, a la cocina, a la galería...

¡No está en ninguna parte!

—¿Siana? —vuelvo a gritar.

A mi alrededor, todos los miembros de mi familia se reúnen, ansiosos.

—¿Qué pasa, hijo? —pregunta mi padre, mientras me pone una mano en el hombro.

Estoy perdido. No me encuentro bien.

—He discutido con Siana —confieso.

De repente, corro hacia la entrada de la casa, abro el armario y veo que la percha en la que solía colgar su abrigo está ahora vacía.

—He discutido con Siana, ¡y ahora se ha ido! ¡En plena tormenta de nieve!

Abro la puerta sin pensármelo dos veces y un violento viento sopla hacia nosotros, lo que me obliga a cerrarla de nuevo a toda prisa. Maldita sea, si Siana está fuera con este tiempo, ¡podría estar en peligro! Y todo por mi culpa.

—¿Quién la ha visto por última vez? ¿Quién la ha visto desde nuestra pelea? —grito, con las manos temblorosas.

—Se... se fue al bosque —solloza Ángel mientras acerca su sillón a nosotros, con las campanillas tintineando alegremente.

—¿Cuándo, cariño?

—Hace un rato ya. Pensaba que ya habría vuelto.

Sacudo la cabeza. Le prometí ir a ver esos malditos árboles y ahora ha tenido que ir a

verlos. Me siento fatal. La necesito. Necesito que vuelva.

Me pongo el abrigo a toda prisa y Marguerite viene corriendo hacia mí.

—¿Qué estás haciendo, Knox? ¡Esto es una locura! ¡No salgas con este tiempo! ¡Llamaré a la policía!

—Lo siento, abuela, pero tengo que irme ahora mismo. Si Siana está afuera... ¡Joder, se va a morir congelada, y pronto oscurecerá! Tengo que irme ya. Pide ayuda y llama de todos modos. Volveré pronto. Te prometo que lo haré.

Y no sin ella.

Todos me miran, alarmados.

—Voy contigo —murmura Ángel.

—Nosotros también —dicen Graham, mi padre y Nora.

—No, de eso nada. Quedaos aquí. Si vuelve, llámame inmediatamente. Mientras tanto, Graham, dame las llaves de tu 4x4.

Me las entrega enseguida.

—Aquí tienes, tío, para cuando encuentres a Siana —dice Ángel con una manta en las manos.

—Gracias, peque.

Me lo meto bajo el abrigo y corro al garaje, donde están aparcados el Bentley y el todoterreno de mi hermano. Arranco el motor de inmediato y conduzco hasta la carretera forestal que cruza la propiedad. Está nevando tan fuerte que me es imposible ver nada, así que siento que la ansiedad y el miedo se apoderan de mí. El corazón me late con fuerza y me arde la garganta de tanto gritar su nombre a través de las ventanillas abiertas.

Los copos de nieve son enormes, fríos y vuelan a un ritmo cada vez más frenético por el gélido viento que se ha levantado.

La llamo una y otra vez, sin parar, mientras avanzo por el bosque.

Y joder, siento que me estoy muriendo poco a poco y nadie me responde.

Siana

Una vez me he secado las lágrimas, lo único que quiero es respirar aire fresco. Entre estas paredes inmaculadas y esta familia de resentidos, siento que me asfixio.

Salgo de puntillas del dormitorio, no vaya a ser que me cruce a Knox, y cuando me doy cuenta de que estoy sola, aprovecho para sacar todos los regalos que he comprado y ponerlos a los pies del magnífico árbol cuyas luces parpadean. Parece abandonado, allí, en el salón. Lo admiro. Intento calmarme, pero nada funciona. Sigo furiosa y no quiero volver a ver a Knox en las próximas horas. O décadas.

De hecho, solo quiero estar sola durante el resto de las Navidades más caóticas que he vivido. Lo único que podría hacer que me relaje es ir a ver abetos. Y para eso, sé exactamente lo que tengo que hacer.

Gracias a mis botines forrados de pelo, estoy lista para enfrentarme al frío. Si las temperaturas no son demasiado gélidas, claro...

Veo la puerta de la habitación de Ángel abierta y, antes de salir, siento la necesidad de ir a verle. Lo encuentro en su silla del escritorio, con los hombros caídos y todos sus soldaditos esparcidos por el campo de batalla, como si hubieran sido objeto de su tristeza.

—Hola, colega...

Resopla y vuelve hacia mí sus ojos grandes y tristes.

—¿Por qué se han peleado papá y el tío Knox, Siana? ¿Se odian?

—Han discutido, pero no es tan grave. En las familias a veces somos malos los unos con los otros, pero las cosas se arreglan. Tienen que arreglarse.

Es una mentira terrible, pero Ángel no necesita saberlo. A veces, incluso cuando se trata de la familia, hay cosas que no puedes perdonar.

—Eso no significa que tengas que estar triste o asustado, cariño. Digamos que tu padre se merecía que lo pusieran en su lugar, y Knox también se lo merecía. Joder, ¡yo misma le habría dado un puñetazo en la cara!

El pequeñín se ríe un poco.

—Sé que no es fácil...

—Nunca es fácil cuando el tío está aquí. ¿Por qué todo el mundo es tan malo con él?

Me da un vuelco el corazón. Me duele el pecho.

—No lo sé, bebecín. ¿Pero sabes qué? Para compensárselo, deberías ser más amable con el tío Knox. Le vendría bien un poco de amor.

—Sí, le vendría bien. ¿Crees que le gusta que le abracen?

No, lo odia.

—Le encanta, cariño.

Le sonrío y le beso la mejilla.

—Voy a salir un rato, necesito un poco de aire. Pero cuando vuelva, quiero que desaparezca toda la tristeza que sientes, ¿vale?

—De acuerdo.

Vuelvo al salón y me abrigo bien antes de salir de casa. El cielo está cubierto, pero no cae

ni un copo de nieve. Estoy triste. Un poco de nieve no habría estado de más, solo por disfrutar de algo bello en este día.

Cruzo el camino de entrada de la finca y me adentro rápidamente en el bosque, bajo las anchas ramas de los magníficos abetos que se elevan tan alto que apenas se ven las copas. Aquí puedo respirar. El aire es puro, cálido por el frío, y todo está en calma. Lejos de los gritos y las traiciones de los Sullivan.

Avanzo por un sendero zigzagueante, con cuidado de dejar un rastro en la nieve para poder encontrar el camino de vuelta.

Al cabo de apenas media hora, ¡me encuentro de repente frente a un inmenso lago! Es magnífico, y sus aguas heladas reflejan los abetos que lo rodean. ¡Qué preciosidad!

Fascinada por el espectáculo, me doy la vuelta y encuentro un pequeño refugio lejos de la humedad del ambiente, bajo un enorme árbol de ramas altas. Me acomodo contra el tronco, con el culo helado apoyado en un tapiz hecho de agujitas que no llegan a clavarse, y durante un largo momento observo el paisaje más hermoso que he visto nunca.

Pero pronto se me acelera el corazón y se me llenan los ojos de lágrimas.

Dios mío, ¿cómo he podido ser tan estúpida de confiar en Knox Sullivan? Y sobre todo, ¿de enamorarme de un hombre tan egoísta como para cometer los mismos errores una y otra vez sin cuestionarse a sí mismo? Soy una estúpida. ¡Una imbécil! Y sobre todo... una infeliz.

Echo de menos a mi familia. Echo de menos a Knox.

¡Ese estúpido i***** al que le gusta que le laman todo el cularro de c*****! Lo echo de menos...

Agacho la cabeza y me la cubro con los brazos, luego permanezco allí un largo rato, contando los latidos de mi corazón y esperando que se ralenticen, que el dolor se disipe, pero es imposible. Siento que me oprime y me deja sin aliento. Siento cómo se extiende por mis venas como un veneno que me gangrena.

—¡Joder! —grito—. ¿Qué he hecho?

Tengo que salir de aquí. Tengo que correr. Escapar.

Me pongo en pie, y me sacudo el culo, que tengo cubierto de agujas de abeto, y es entonces cuando me doy cuenta de que todo a mi alrededor ha desaparecido. No veo nada. Está nevando tan fuerte que el lago no se ve por ninguna parte y el camino que seguí para llegar hasta aquí se ha esfumado.

Tengo un miedo atroz. Tengo mucho frío. Estoy aterrorizada. Y estoy atrapada aquí, en medio de la nada, en medio de un bosque que no conozco y donde probablemente moriré. Se me escapa un grito y luego respiro con dificultad, con el corazón acelerado.

—¡Siana! —grita alguien a lo lejos.

Es un espejismo, ¿verdad? Un maldito espejismo. Entonces, ¿me estoy muriendo ya?

—¿Knox? —chillo.

El viento me pega en la cara y me siento estúpida por haberme ilusionado. ¿Qué esperaba? ¿Que se pusiera en peligro por mí? Una mujer a la que solo trajo a su casa para que le sirviera de barrera entre él y su familia de pirados. Menuda idiota...

Dejo de gritar, porque me doy cuenta de que nadie me encontrará aquí. Así que tengo dos opciones: o bien muero congelada bajo este árbol, infeliz y abandonada a mi suerte, o bien muero intentando volver a casa. Al menos la segunda opción me hará sentirme como una maldita guerrera que quería un donut y un chocolate caliente, no un montón de nieve en el culo.

Motivada, me armo de valor para enfrentarme a la tormenta y me pongo en marcha con los

ojos llenos de copos de nieve y el pelo a lo Chewbacca.

A cada paso que doy, el viento y la nieve me abofetean, mientras el agua helada se filtra poco a poco por mi ropa y me hiela la piel. Tiemblo tanto que apenas puedo pensar.

¿Dónde está mi árbol? Tengo que volver bajo él. Nunca volveré a la villa, ¿eso seguro!

—¡Siana!

Bueno, a decir verdad, si es un espejismo, es bastante realista. ¡No pueden ser todas falsas esperanzas!

—¿Knox? ¡Knox! —grito con todas mis fuerzas, temblando como un pajarillo, porque sigo tan asustada como siempre, y le quiero a él, y quiero que me salve, ¡y no soy una guerrera!

Solo quiero donuts.

—¡Siana!

Un poco más adelante, veo dos faros que me deslumbran, ¡pero me da igual! Me precipito hacia ellos y de repente estoy en sus brazos, que me estrechan, y no hay nada más que me importe en este momento.

—¡Siana, nena! Tenemos que salir de aquí —grita Knox, mientras apaga el motor y cierra las puertas y las ventanillas de su 4x4.

—¿No vas a llevarme a casa?

—No puedo llevarte a casa. Nos estrellaremos contra un árbol con esta tormenta. Sígueme, hay una cabaña a pocos metros.

¡Madre mía! ¿He estado tan cerca de morir junto a un refugio en el bosque? Habría sido la mayor de las vergüenzas.

Knox me coge de la mano y me lleva a través de los árboles hasta que por fin llegamos a una pequeña cabaña junto al lago. Saca la llave de debajo de una gran maceta y me abre la puerta. En cuanto la cierra, Knox se apresura a encender la chimenea.

El lugar es acogedor, somero, pero con todo lo necesario para pasar un buen rato.

De espaldas a la puerta, veo cómo se pone manos a la obra y, cuando se acerca a mí, tengo tantas ganas de besarle como de abofetearle. ¡Seré tonta!

—Desnúdate —me ordena de repente.

—No, estoy bien, so guarro... —tartamudeo, con la mandíbula rígida por el frío.

—Siana, tienes la ropa empapada de nieve. Tienes que calentarte antes de que cojas una pulmonía, ¡vamos! Te juro que no miraré, pero desvístete y vete a ponerte delante del fuego. Tu salud es más importante que odiarme.

Gruño, pero finalmente obedezco, y una vez desnuda frente al fuego, me siento vulnerable e intimidada. Me rodeo el cuerpo con los brazos y la cabeza gacha, mientras Knox se acerca paso a paso.

Se quita el abrigo, saca una manta de felpa de debajo de las solapas y luego me rodea suavemente con los brazos para taparme con ella. Lo agradezco, porque tengo tanto frío que no puedo ni moverme.

—Ángel te ha prestado esta manta. Está preocupado por ti. Como todos en la villa. En cuanto amaine la tormenta, te llevaré de vuelta, pero mientras tanto, quedémonos aquí. Esta es la cabaña de pesca de mi abuelo. Aquí estaremos bien.

Me acerca un poco más al fuego y me ayuda a sentarme, y me mantiene cerca de él, con la espalda pegada a su pecho, para que pueda oír cada latido de su corazón.

Me relajo con el paso de los minutos y cierro los ojos hasta quedarme dormida. Pero mi sueño se intercala con pesadillas, y cada vez que me despierto, Knox me estrecha un poco más

contra él. Y eso me hace odiarle un poco más.

Cuando me despierto del todo, sus manos se deslizan hasta las mías y cierra los dedos sobre ellas.

—Tenía mucho miedo —admite, deslizando la cara por el pliegue de mi cuello—. No vuelvas a hacerme eso, Siana. No vuelvas a asustarme así.

—No te preocupes, no volverá a ocurrir. Supongo que después de este desastre tendré que buscarme otro trabajo. Será más fácil para todos.

—No, no lo será.

—¡Claro que sí! Y ya puedes soltarme.

Como no se mueve, empiezo a gritar.

—¡Quítame las manos de encima! ¡No me toques!

Los dos nos levantamos y nos miramos fijamente. Le veo herido. Le veo derrotado. Y eso me gusta y me duele a partes iguales.

Avergonzado, retrocede y empieza a extender mi ropa junto al fuego para que se seque.

—¿Y ahora, qué? Te sientes mal, ¿verdad? Dime que te hace daño, Knox, que te eche en cara estas palabras.

—Es una tortura —admite con una voz suave.

—Entonces recuerda todas esas veces que me lanzaste pullitas y me trataste como a un perro. Recuerda cada una de esas veces. Cuando acabábamos de intimar. Cuando estaba preocupada por ti. Cuando solo quería estar cerca de ti. Imagina cuánto me dolió.

—Nunca quise esto, Siana. No quería hacerte daño, ni tampoco acercarme a ti, pero sucedió, y lo gestioné de una forma horrible, lo sé. Cada vez que he intentado hacer las cosas bien, lo he empeorado todo, y me he pasado la vida solo. Me he pasado la vida cuidando solo de mí, porque era el único que quería hacerlo, pero tú lo has cambiado todo, y por ti quiero arreglar las cosas. Por ti, quiero que todo sea mejor. ¿Sabes qué coño hice con tu cactus?

—Sí. Lo guardaste en tu cajón.

—Pregúntame por qué —me ruega con una voz áspera.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque tenía miedo, Siana. Tenía miedo de arruinarlo. De estar solo, paranoico por la traición. Me he forjado una coraza de acero que me hace inaccesible. Estaba enfadado prácticamente siempre. Solía pasarme la vida destrozando todo lo que me rodeaba en la oficina. Rompía objetos de valor incalculable; arrojaba todo lo que caía en mis manos al otro lado de la habitación, así que con el paso de los años decidí no comprar nada más. No tengo adornos en la oficina para no romper nada más. No quiero dejarme llevar como una gilipollas. Y entonces pusiste este cactus tan mono en mi mesa y me daba tanto miedo romperlo, Siana... Porque sabía que, si lo hacía, te rompería también el corazón. Así que para asegurarme de que estaba a salvo, lo encerré en mi cajón, lejos de mi ira. No quería hacerte daño, nunca haría tal cosa, al contrario, de hecho. Quiero compensarte. Dime lo que quieras, lo que se te pase por la cabeza, y te lo daré. Lo conseguiré. Déjame que te lo compense, por favor.

—Si de verdad quieres compensarme, en cuanto deje de nevar, vete a casa. Vuelve a la villa. Déjame sola aquí, porque prefiero estar aislada en esta cabaña que rodeada de lobos. Pero ¿qué estoy diciendo? Los lobos no se matan entre ellos. Vosotros sí.

—No puedo permitirlo. Me estás pidiendo demasiado, ¡maldita sea! —contesta—. Te lo ruego, dame una oportunidad para demostrarte lo bueno que puedo ser, lo mucho que puedo quererte, Siana, porque esa es la verdad. Te quiero. Y quiero pasar la Navidad contigo. Quiero

que pases unos días preciosos, aunque estés lejos de tu familia. Aunque no se parezca en nada a lo que sueles hacer con ellos. Quiero enmendar mis errores, quiero darte una Navidad perfecta, que te haga sonreír un poco al menos, aunque no te haga feliz.

Me quedo helada, con cara de apatía. Mis párpados aletean suavemente.

—¿Siana? ¿Te encuentras bien?

Knox se acerca a mí y me envuelve en la manta.

—¿Qué has dicho? —susurro.

—He dicho que quería una segunda, o más bien una milésima oportunidad de demostrarte que puedo hacerte feliz. Sé que ya he desperdiciado muchas oportunidades, pero quiero hacer un esfuerzo por ti, porque te lo mereces, y si pudiera hacerte tan feliz como tú me haces a mí, entonces yo también sería un hombre feliz.

—¡Eso no, idiota! —chillo.

—Oh, te refieres a las palabras mágicas...

—¡Sí! ¡Dilo otra vez! Creo que te he oído mal.

—Te he dicho que te quiero, señorita Cactus. Y esa es la verdad, aunque probablemente no me creas.

—¡Knox, has venido a rescatarme en plena ventisca!

—Sí, y no habría vuelto a casa sin ti del brazo, ¿me oyes? —gruñe, poniéndome las manos en la cara—. Me importas más que mi propia vida, que mis estúpidas inseguridades. De hecho, me importas más que nada en el mundo.

Le doy un beso tierno, rodeando su cuello con las manos mientras la manta se desliza por mi cuerpo. Me estremezco e intento agarrarlo, pero sin dejar de besarme, Knox me coge de las muñecas y se las pasa por el cuello.

Me derrito en su abrazo, entregada a él, y olvido que lo odiaba, que lo despreciaba, porque en realidad, si me ha hecho tanto daño, es porque me adoraba con todo su corazón.

—Te quiero —murmuro cuando me suelta un poco.

—¿Seguro que me quieres? Hace un minuto querías matarme con entre terribles sufrimientos. Lo deduje al verte como una furia.

—Sí, bueno, todavía quiero, ¡que quede claro! Pero si tú le has echado agallas y has conseguido enfrentarte a tus emociones, algo que pensabas que nunca podrías hacer, yo puedo hacer lo mismo, jefe.

Se ríe y se agacha para recogerme la manta, y luego me ayuda a envolverme en ella como si de un vestido de felpa se tratase.

Knox me arrastra hasta el sofá, que ha colocado frente a la chimenea, y nos tumbamos el uno contra el otro mientras la nieve frena suavemente su caída.

—¿Me perdonas? —dice, ansioso.

—Puede que sí. Depende del postre de esta noche.

—Prometo cocinarte el que se te antoje, si nada es de tu agrado.

—¡Y pensar que he estado a punto de dejarte antes de Navidad!

—¡Imagina lo que te habrías perdido!

—Todo un espectáculo, ¿verdad?

Le beso en los labios y le acaricio la mejilla, y le miro a esos ojos torturados con los que me recorre.

—Gracias por venir a salvarme, Knox. No puedes imaginarte lo aterrorizada que estaba.

—Claro que puedo. Te conozco, Siana. Y tenía que venir. Probablemente no habría

sobrevivido si me hubieras dejado. Sin ti, habría perdido una parte de mí. La parte que está llena de humanidad y que trata de sobrevivir. Y todo gracias a ese culazo. Me ha enseñado a amar de nuevo.

—¡Sabía que no eras más que un guarro!

—¿Yo? Fuiste tú quien me enseñó el culo cuando nos conocimos, debo añadir.

—¡Sí, bueno...! Deja de fliparte. Eso sería en tus sueños...

—¿Ah, sí? Puedo describirte con detalle las braguitas rojas de encaje que llevabas.

—¿Cómo...?

—Nena, cuando resbalaste en un charco el día de la entrevista, fue conmigo con quien te cruzaste.

—¡Oh, por el amor de Dios! Por eso querías contratarme, ¿no? Viste la mercancía y te gustó demasiado. Guarro. Me lo imaginaba...

—No, de hecho, justo por eso no quería contratarte —suspira—. Me hiciste desearte, no te imaginas cuánto. Hacía años que no me sentía así, y después te presentaste en la entrevista después de enseñarme el culo e hiciste que me diera un vuelco el corazón. ¿Cómo iba a reaccionar? Quería echarte de mi vida para no tener que volver a confiar en nadie, pero no sé. Me conmoviste. Eras fuerte y vulnerable al mismo tiempo. Llena de vida y picante. Me enamoré de ti. Ha sido todo por ti. Desde el primer día, Siana.

—Para o volveré a llorar —murmuro.

Me sonrío, me abraza con más fuerza y sigue besándome hasta que la nieve deja de caer.

Nos dirigimos al coche un poco más tarde y, cuando volvemos a la villa, tengo la impresión de que todos están aliviados.

Marguerite pone una jarra de chocolate caliente sobre la mesa, Ángel acerca su silla para abrazarme las piernas y Graham se disculpa. No solo conmigo, sino también con su hermano, lo que me deja sin palabras.

—¡Avisaré a los paramédicos de que has vuelto! —grita Nora.

—¿He dicho que había chocolate caliente?

—Gracias, abuela —sonríe Knox—. Pero vamos a subir a cambiarnos. No nos esperéis levantados.

—La cena estará servida a las seis, Knox. No llegues tarde o te juro que tendrás que vértelas conmigo. La Navidad de este año fluirá sin problemas, ¿de acuerdo? Cualquiera que diga algo fuera de lugar, recibirá un castigo.

—¿Cómo? —ríe Siana.

—Tengo mis secretos, querida, y no creo que le guste conocerlos.

—Bueno, ¡supongo que tendremos que pasar las Navidades en completo silencio!

Riendo, subo al dormitorio y me tumbo en la cama.

—Dios, no sé si estoy preparada para lo que se viene...

—Todo irá bien. Cuando Marguerite está así de cabreada, nadie se atreve a llevarle la contraria. Todo irá bien.

—Lo has dicho dos veces. Es como si quisieras convencerte de que va a ser el caso.

—¡Es mi deseo! Forma parte de la magia de la Navidad, ¿no?

—Magia sería comer donuts sin engordar...

—Hay cosas estupendas que puedes comerte sin engordar, cariño. ¿Te hago una lista?

—¿Ya estás dispuesto a decirme guarradas?

—No puedo evitarlo, estás ahí, toda sexy frente a mí. Soy un hombre débil, Siana. Y tengo

ojos...

—Estoy tirada en la cama como una foca en la orilla, con el pelo revuelto y la ropa arrugada.

—A eso me refiero. Toda sexy...

Gruñe y hunde la cara en mi cuello para besarme. Dios, ¡me encanta! Su piel contra la mía y su cuerpo calentando el mío...

—¡Estás loco! —exclamo sonriendo.

—Loco por ti, y pretendo seguirlo toda la vida...

Oh...

Lo empujo y corro al baño para que no vuelva a ver mis ojos de sapo.

—¿Siana? ¿Qué estás haciendo?

—Preparándome para la cena de Nochebuena. No entres, ¿vale? ¡Estoy desnuda! —grito.

—¿Estás llorando otra vez?

—¡Puede ser!

Abre la puerta para acompañarme y me coge en brazos.

—Adelante, llora todo lo que quieras. Siempre estaré aquí para secarte las lágrimas, Siana.

¡Ya está! No puedo aguantar más y me derrito por él, por este hombre con un corazón tan grande, pero tan desollado que lo escondió durante años detrás de una alambrada.

—Gracias —susurro, sonriéndole, aunque todo esté borroso.

—El placer es mío, señorita Sapo. El placer es mío.

Indignada, lo echo a patadas y le cierro la puerta en las narices.

—Te juro que te meteré el «osito amoroso» hasta en la sopa si me llamas así una vez más, ¿está claro?

Responde riéndose y yo pongo los ojos en blanco. Es hora de ponerse manos a la obra.

Knox

Siana pasa casi una hora en el baño. Aprovecho para ponerme un traje limpio, antes de quitarme la corbata. No quiero parecer demasiado estricto ni demasiado formal. ¿Demasiado mandón? Tampoco demasiado frío. Mierda, quiero que me vea como un hombre al que adora, no como el jefe que se la llevó a la fuerza a la casa de su familia de pirados antes de que casi muera en una ventisca en medio del bosque.

Dios mío, ha sido una detrás de otra...

Cuando por fin se abre la puerta del cuarto de baño, me levanto del sillón de brocado, con las manos en los bolsillos, y entonces aparece Siana y me deslumbra. Su sonrisa me hace enloquecer, la suave luz del cuarto de baño que dora su cutis ya de por sí perfecto, me embelesa. Creo que voy a perder la cabeza por la belleza de sus rasgos.

Lleva un vestido sublime, con un top negro escotado por delante y por detrás. La falda es ligeramente abullonada, igual de oscura, pero con pequeñas estrellas doradas y hombros de jengibre de terciopelo. Lleva unos zapatos de tacón de vértigo que curvan sus piernas perfectas.

Da una vuelta y el movimiento le levanta la falda con gracia, y me muestra sus braguitas rojas de encaje.

—Hazlo otra vez —le ordeno con voz ronca y autoritaria, mientras me apoyo en la pared más cercana.

Aprieto los puños en los bolsillos. Por primera vez en mi vida, no es para contener mi rabia, sino para domar el deseo que despierta en mí. Un deseo devastador que me hace querer tirarla a la cama y hacerle... Dios... Aprieto los puños con más fuerza.

Siana vuelve a girar, su risa inunda mi alma y mi corazón, y de repente no quiero salir de esta habitación. No quiero seguir viviendo en este mundo de locos. Quiero quedarme aquí con ella, en esta pequeña y dulce burbuja, y no irme nunca.

A mi lado, enciendo el árbol de Navidad, que empieza a parpadear lentamente, y hace brillar todos los adornos que contiene.

Busco mi teléfono en el bolsillo y, con el volumen alto, pongo una canción digna de la época, con un ritmo lento. Una canción tan bonita, tan dulce que Siana se calma, emocionada.

—I'm dreaming of a White Christmas —entona Bing Crosby.

—Just like the ones I used to know —sigue ella.

Le devuelvo la sonrisa y me uno a ella, y deslizo una mano entre las suyas y la otra alrededor de su cintura.

La beso y apoyo mi frente en la suya.

Luego empiezo a guiarla en un baile lento, torpe y ridículo, pero continuo porque tenerla tan cerca me hace feliz. Más feliz que nunca. Y no me importa tener defectos y dudas, no me importa que nadie en el mundo me entienda o me aprecie. Mientras ella me siga queriendo a su lado, entonces puedo sufrir todas las traiciones del mundo, lo superaré. Lo superaré, porque nada podrá robarme lo más preciado del mundo. Siana. La mujer que me devolvió la fe en todo lo que me rodea.

Empieza otra canción. Luego otra.

En *Have Yourself a Merry Little Christmas*, le doy una última vuelta y finalmente nos congelamos en el centro de la habitación, y fijamos la mirada en el otro, mientras nos abrazamos.

Creo que pasaré el resto de mi vida preguntándome qué vio en mí que le gustó tanto. Todo el mundo se ha topado siempre con esta armadura de púas que he soldado a mi alrededor. ¿Cómo pudo encontrar la fisura de mi coraza? ¿Cómo superó todos mis trucos para aislarme del mundo entero?

—¿En qué estás pensando? —me pregunta suavemente mientras me rodea con sus brazos.

—En ti. En nosotros. En qué se te habrá pasado por la cabeza para aceptarme a tu vida cuando lo único que he hecho en las últimas semanas es hacerte daño.

—Es porque veo más allá de lo que le muestras a la gente, Knox. Puedo ver a través de tu pequeño caparazón.

Se ríe, lo que me hace protestar.

—Nunca debería haberte dejado acercarte a mí.

—¿Y si fuiste tú quien abrió una pequeña brecha para mí? ¿Lo has pensado?

Mi pulso, que se había acelerado, excitado, al tenerla tan cerca, se ralentiza de repente y ladeo la cabeza hacia un lado.

Pero... Sí... ¿Y si ella no era realmente la única que quería esto? ¿Y si, en algún momento, yo también hubiera querido dejarle un espacio en mi corazón?

—No me mires así, Knox. ¿De verdad crees que habría aguantado si pensara que eres un imbécil egoísta? Eres una buena persona que se comporta mal porque no quiere que le hagan daño. Eres un hombre complejo y me encanta descubrir todas las facetas que escondes y que hay que pulir. Por mucho que te guste estar solo, creo que un poco de brillo navideño no te ha hecho ningún daño.

—Odio la Navidad, Siana.

—¿La odias? Porque acabas de bailar al ritmo de tres canciones lentas conmigo, cariño. Y eran canciones navideñas.

Me sonrojo.

—Sigo odiando que tengas razón, ¿sabes?

—Sí, pero como me adoras, me perdonarás.

—Ya lo veremos. Ahora, si estás lista, creo que podemos pasar a la cena.

—¡Ah, sí! ¡Tengo tanta hambre! Casi morir te hace poner las cosas en perspectiva, ya sabes. He pensado «Siana, creo que te has pasado con el chocolate caliente y los postres esta semana. Ahora te vendría bien una ensaladita...». Pero vida solo hay una, ¿verdad? Imagínate que me hubiera congelado en el bosque, ¡no habría podido comer otro pastel en mi vida!

—Obviamente, porque estarías muerta.

—En fin, esta noche voy a arrasarlo con los postres, y si alguien se interpone en mi camino, le moderaré.

—Me encantan las mujeres con carácter —me río.

Bajamos las escaleras y nos sentamos a la mesa, donde todos los demás nos esperan.

Ángel exige un abrazo, que se hace eterno, y aunque me siento un poco incómodo, adoro a ese niño. Y un minuto después, le ayudo a ponerse en su sitio.

Mi padre y Nora hacen una pregunta tras otra para comprobar que Siana se encuentra mejor, Graham vuelve a disculparse con ella, y conmigo también, por cierto, lo que me deja sin palabras.

La abuela le sirve un gran vaso de tequila, que ella se bebe de un trago y le guiña un ojo.

Creo que sabe que es su forma de decirle que se alegra de que Siana esté en casa sana y salva.

A continuación, Marguerite agita la campanilla y le traen a la mesa unos platos increíbles, que hacen brillar sus bonitos ojos.

—Dios mío, sabe que esta noche solo somos siete, ¿verdad? Lo digo porque creo que va a haber sobras para los próximos tres meses.

—Es Navidad, querida. Si se tuviera que escoger un día en el que derrochar, sería este —resopla Marguerite.

—No podría estar más de acuerdo con usted.

Un pavo con salsa de castañas, con la piel crujiente y picante se posa en el centro de la gran mesa, junto a un jamón glaseado con miel y canela. A continuación, puré de patatas, boniatos y ensalada, junto con un delicioso pastel de verduras y zanahorias caramelizadas. Las tartas de manzana y pera se colocan al final de la mesa, seguidas de salsas y otros confitados. Pero pese a toda la comida es Siana la que está a punto de provocarme un infarto.

—Mañana, dieta —refunfuña—. ¡Pero esta noche hay que celebrarlo, cielo!

Da una palmada, saca el móvil y pone su lista navideña más animada. Ángel grita mientras baila en su silla, cosa que a Marguerite le encanta.

Y así pasamos más de tres horas picoteando, hablando y divirtiéndonos como una auténtica familia. Es la noche más divertida que hemos pasado en años. Y aunque Marguerite le pregunte a Siana si la Navidad en México es igual de cálida, mi niña no se enfada. Bueno, no mucho.

—¡Claro que la Navidad allí es cálida! —exclama—. Siempre hace calor, y usamos el dinero de la droga para comprar los mejores chiles para nuestro tradicional pavo real relleno. Es delicioso. Todas las viejecitas que secuestramos nos vienen de perlas en la cocina, una vez que dejan atrás su pasado en las calles.

Marguerite chilla indignada y Ángel nos mira con ojos grandes y redondos.

—¿Por qué hay viejecitas en las calles? —pregunta.

—Venden sus encantos, bebecín. Lo entenderás cuando seas mayor. Tu padre te lo explicará mejor.

—Gracias por semejante paripé... —murmura Graham.

Siana se echa a reír y, a eso de las once, vamos todos al salón a tomar un pequeño digestivo. Es una tradición familiar. La abrazo, le acaricio el pelo y le beso la sien. Me he asustado mucho con todo lo que ha pasado. Siento aún los nervios a flor de piel y el nudo en la garganta me sigue ahogando. Pero está aquí, y es mía, y no dejaré que nadie vuelva a hacerle daño. Ni siquiera me permitiré hacerle daño yo.

Ángel le pide sentarse en su regazo.

Ella lo abraza y le cuenta una bonita historia sobre unos duendecillos astutos que querían comer conejillos llenos de pulgas. Ni siquiera estoy seguro de que tenga moraleja o lógica. De hecho, su historia no tiene ni pies ni cabeza, pero el niño se ríe tanto que todos se quedan prendados y le hacen astutas preguntas sobre los personajes.

—¿Cómo que por qué el Duendecillo número uno no tiene nombre? Se llama Duendecillo número uno, ¿qué más necesitas saber? Os recuerdo que en esta casa vive Conejo. De todos modos, eso es todo. El Duendecillo número dos estaba comiendo un té de col y pepino cuando de repente...

—El té se bebe, no se come —se ríe mi padre.

—¡Claro que se come! Si tiene trocitos... Entonces, se oyó un estruendo en su mansión

champiñón...

—¿Por qué vive en un champiñón y no en un tronco? —interrumpe Nora—. Estaría protegido de los cazadores y de los ratones.

—Y pensar que me caías bien... —refunfuña Siana.

Reanuda su relato sin molestarse en contestar a la pregunta, pero entonces el reloj marca la medianoche, y Siana le da un final estrepitoso a la historia: el duendecillo acaba con pulgas en la lengua por intentar comer conejo, y Ángel pega un grito de pánico y saca la suya para frotársela.

—¡Dios mío, es la hora de los regalos! —exclama de repente Siana, radiante. Decidme que puedo repartirlos, por favor...

—Por supuesto —asiente Marguerite.

—¡Yo también quiero! —dice Ángel.

—Por supuesto, bebecín. Cuatro manos van más rápido que dos.

Juntos se apresuran hacia el fondo del salón, y Siana le da unas cuantas cajas, que él entrega a sus destinatarios una vez que ella ha leído las etiquetas.

Montones de regalos se extienden sobre los regazos de todos, mientras que los de Ángel se amontonan sobre la mesita. Este niño es un mimado, ¡qué locura!

Cuando todos tienen sus regalos, me ruborizo al darme cuenta de que Siana no tiene ninguno, aunque reconozco su letra en varias etiquetas. Los ha comprado para todos. Y, sin embargo, ¡parece feliz de ver a los demás desenvolver los suyos! Es increíble lo generosa que ha sido.

Les ha comprado a mi padre y a Nora una buena botella de vino y unos tapones para los oídos.

—Así estaréis preparados para las ofensivas de Belcebú —dice entre risas.

A Graham le regala una revista para fetichistas de pies y un manual sobre cómo ser menos gilipollas en cualquier circunstancia.

—Espero que lo leas —bromea y le guiña un ojo.

Ángel abre una preciosa caja brillante y grita de alegría al descubrir los adornos de Halloween. Telarañas falsas, arañitas con pinzas, una guirnalda de calabazas brillantes y fantasmillas de tela plateada.

—Tendrás la silla de rueda más guay el treinta y uno de octubre. Cuento con que la decores de maravilla, ¿vale?

—Solo si prometes venir y hacerlo conmigo —dice, emocionado.

—Claro que lo haré. Y me disfrazaré e iré contigo a pedir caramelos. Comeremos muchos dulces, te lo prometo. Será genial.

—¿De verdad? —grita—. ¡Nunca he ido a pedir caramelos, Siana!

—Ya lo sabía, cariño. ¡Y claro que sí! Siempre cumplo mis promesas.

—Entonces prométeme que te disfrazarás de profesora sexy en Halloween —le susurro al oído.

Me mira con una sonrisita traviesa en la cara.

—¿De profesora? ¿Es esa tu fantasía? ¿Ni siquiera de enfermera o policía?

—Bueno, ¿qué te crees? ¿Que solo vamos a pasar un Halloween juntos? Nena, la enfermera y la policía son para los próximos dos. Luego están la bibliotecaria, la tenista y puede que incluso la secretaria. ¡Bueno, espera! He cambiado de idea. Puedes ser mi secretaria traviesa el año que viene.

—Lo haré, pero solo con una condición.

—¿Qué condición?

—Que tú seas mi querido Papá Noel fogoso.

—¡Ni hablar!

Se echa a reír y me besa con picardía.

—Todos salimos ganando, cariño. Tienes unos meses para pensártelo.

¡Dios, me saca de quicio! Y es que ha conseguido que piense dónde comprarme un maldito traje de Papá Noel.

—¡Oh, Marguerite va a abrir mi regalo! Seguro que le encantará.

De una cajita negra, mi abuela saca una taza que parece casi clásica.

—Es toda blanca. Al menos podría haber hecho un esfuerzo, María.

—Mis disculpas —responde con dulzura.

De hecho, desde el punto de vista de Marguerite, la taza es blanca. Pero de nuestro lado, está su cara de fastidio con la inscripción rosa fluorescente «No me hables hasta que me haya terminado el café o me haya bajado de la escoba».

Graham se atraganta con un sorbo de burbon mientras mi padre y Nora no paran de reír. Todos fijan la vista en sus regalos y Siana pone su mano sobre la mía.

—Abre los tuyos, por favor. La espera me está matando...

Miro mis regalos aún envueltos.

—¿Por qué?

—Tengo miedo de que no te gusten —se sonroja.

—Son tuyos. Me encantarán, sea lo que sea —le digo.

Pero cuando abro el primero, me retracto. Son unos pantalones rojos con bastoncitos de caramelo estampados.

—Venga, no pongas esa cara. ¿Sabes qué voy a hacer con esos caramelos?

—No, no lo sé.

—Lamerlos... —me dice al oído.

—¡Por el amor de Dios, Siana, deja de tentarme así!

Me desabrocho un botón de la camisa, porque el calor me abrasa.

—¡Será hippie! —murmura Marguerite.

Pongo los ojos en blanco y abro un segundo regalo. Esta vez contiene una bufanda negra sublime, calentita, de la mejor calidad.

—Es... Es porque me quedé con la tuya y debería habértela devuelto ya —se sonroja—. Pero me encanta. Es tan suave y, además, huele a ti. Pensé que seguramente tendrías otra en casa, pero te pasaste todo el mes de diciembre sin bufanda y no quería que te resfriaras y enfermaras. Por mi culpa.

—He vivido en Nueva York toda mi vida. No me da miedo el frío. Pero cuando una petarda me enseña el culo la primera vez que me la cruzo, eso no lo llevo tan bien.

—Pero no fue... De acuerdo, fue una liada y tú te mostraste inaccesible. Pero ahora eres mejor persona. Eso es lo principal, ¿no?

—Me encanta que sepas ver todo el esfuerzo que le dediqué. Me gustaría que fuera siempre así, fácil, evidente, pero hoy he vuelto a meter la pata.

—Knox, no te preocupes por eso. Sé lo mucho que te asustaba confiar en alguien, pero mira lo que has hecho: salir en medio de una tormenta para salvarme. Y aquí estás, susurrándome cosas dulces al oído, mientras que antes no podías soportar que te tocara. Claro que veo lo que

haces por mí. Lo veo todo, cariño.

—Gracias —murmuro—. Y sabes, siempre he odiado que me toquen, pero si te lo prohibía era porque contigo me encantaba. Y me daba mucho miedo.

—Hay muchas otras razones por las que asustarse en la vida, te lo advierto.

Con una gran sonrisa, me entrega el sobre azul con un lazo dorado: el último de mis regalos. Lo abro rápidamente, con curiosidad por lo que voy a encontrar dentro, y me río a carcajadas cuando veo un vale de descuento para neumáticos en un concesionario de coches cercano a su casa.

—Seguro que tu casa no es tan peligrosa...

—Me sorprende que nadie te haya robado las llantas todavía. Debes ser el tipo más afortunado del mundo.

—Soy muy consciente de ello.

La rodeo con los brazos y pasamos un rato viendo cómo mi familia y mis amigos alaban sus regalos. Cuando por fin subimos a la cama, es la una de la madrugada, pero Siana ya no puede más. Ha sido un día agotador. Es hora de descansar y dejar paso al día siguiente.

Va corriendo al baño y vuelve con su bonito camisón de seda burdeos y encaje negro. Se mete entre las sábanas conmigo y la rodeo con los brazos.

—¿Quieres llamar a tu familia? —le pregunto.

Pronuncia un «no» antes de acurrucarse bajo las sábanas.

—¿Por qué? Estoy segura de que te mueres de ganas —insisto, mientras me acerco a ella bajo la colcha.

—Claro que quiero, pero si lo hago, volverás a llamarme señorita Sapo.

—Venga, cielo...

Se me encoge el corazón. Le he robado la Navidad, y eso me mata.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada. Así son las cosas. Además, la noche no ha estado tan mal. Me lo he pasado bien. ¿Y tú?

—Yo también, pero solo porque tú estabas ahí.

—¿Lo ves? Todo pasa por algo. Es cuestión del destino. Yo estaba destinada a entrar en esta familia y arreglar las cosas.

—Es una buena forma de decirlo. Un poco más educado que «mi jefe es un imbécil egoísta». Creo que lo prefiero.

—Siempre hay que ver el lado positivo de la vida.

—Tú eres el lado positivo de las cosas, Siana. Y también eres mi vida.

La beso posesivamente, y entrego mi lengua a su cálida y acogedora boquita, mientras mis manos exploran la seda de su camisón tan sensual.

—Si yo soy tu vida, tú eres mi árbol de Navidad —susurra.

—No me cabrees.

—¿Por qué dices eso? ¡Los árboles de Navidad son mágicos! Como tú para mí, Knox. Mi pequeño milagro de fin de año. Sin ti, ¿quién sabe dónde estaría ahora? Me diste una oportunidad cuando todos los demás me daban la espalda, y me quisiste como nadie lo había hecho. Crees que no vales la pena, que no eres lo suficientemente bueno para nadie. Pero yo creo que eres el hombre más maravilloso del mundo. Arreglas tus errores, te disculpas cuando tienes que hacerlo y sigues intentando ser mejor. En eso consiste ser una buena persona.

Frunzo el ceño y vuelvo a besarla, porque siento que me va a pegar si le digo que se

equivoca.

Por fin se duerme en mis brazos y me siento bien. Muy bien. Porque está conmigo y eso es todo lo que necesitaba en el mundo para estar en paz. Y sin embargo, no puedo dejar de pensar en su familia, que la echará de menos. Echarán de menos a Siana, que se negó a llamarlos por miedo a llorar. Su dolor me oprime el pecho y me desgarran el corazón.

Esta noche no puedo dormir. Me es imposible.

Todo lo que puedo hacer es respirar su dulce perfume y empaparme de su calor. Acariciar su suave piel y preguntarme qué he hecho para merecerla. Entonces, de madrugada, enciendo la lámpara de la mesilla y me siento en la cama.

—¿Siana? Es la hora.

—¿Hora de qué? —murmura.

—De salir.

—Todavía está oscuro.

—Normal, son las cinco.

—Entonces es hora de que mueras en agonía. ¿Dónde está el cuchillo que he escondido bajo la almohada?

—Probablemente en tu piso —me río—. Vamos, cariño, te prometo que merece la pena.

—¿Qué merece la pena? —farfulla mientras lucha por incorporarse.

Tiene el pelo enredado, así que se lo aparto de la cara y la beso suavemente.

—Tu regalo de Navidad, por supuesto. Lo he pensado durante días y días, la verdad. Pensé en comprarte mil regalos, pero no sabía si te gustarían. Es más, estaba seguro de que lo odiarías. Así que seguí buscando, pero todas estas baratijas son inútiles, Siana. Son... algo material. Y tú, tú eres una mujer que se alimenta de alegría y pequeños placeres. Y anoche por fin encontré lo que más te complacería en el mundo. Te voy a llevar a Nueva York. Vas a pasar las Navidades con tu familia, cariño, te lo prometo.

—¿Qué? —chilla Siana, con los ojos muy abiertos.

—Nos vamos a casa.

Te vas a casa.

—¡Oh, Dios mío! ¡Gracias, gracias, gracias! —exclama mientras se abalanza a mis brazos. Me abraza, me besa y me vuelve a abrazar, más fuerte esta vez.

Sabía que nada en el mundo la haría más feliz que vivir su tradición navideña favorita con su familia.

—Espera. Tengo entendido que me has comprado algunos regalos. ¿Puedo quedármelos o...?

Hace un adorable gesto que me hace reír.

—Ya te los traigo yo...

Saco una gran caja dorada de debajo de la cama y se la pongo en las manos.

—¿Qué hay dentro?

—Para ser una mujer a la que le encanta la Navidad, ¿aún no has comprendido las bases de un regalo? Bueno, te lo explicaré: abres la caja y...

Me saca la lengua, lo abre y chilla tan fuerte que me quedo sin palabras.

—¡Todavía no has sacado nada!

—¿Y qué si no lo he hecho? Has pensado en mí, ¡y eso es lo más bonito del mundo!

Mira el contenido de la caja y saca varios regalitos, que coloca delante de ella.

—¿Los abro empezando por el pequeño? ¿O por el más grande? ¿O sin ningún orden?

Cielos, ¿no puedo elegir!

Cierra sus bonitos ojos, elige uno al azar y lo abre para descubrir un magnífico reloj de oro con una fina correa.

—Es resistente al agua —le digo mientras se lo pongo en el brazo—. Ya no tendrás que ahogar a Bob Esponja los días de lluvia.

—Gracias —murmura, mientras admira la esfera nacarada y las delicadas manecillas que giran con gracia.

El siguiente regalo es un anillo de esmeralda, y tengo que admitir que me recuerda la belleza de sus ojos verdes. Unos ojos que empiezan a humedecerse. No puedo evitar reírme, divertido. Los pendientes de rosquilla también la hacen reír. Se los pone y se echa el pelo hacia atrás.

—¿Qué tal estoy? —ríe.

—Preciosa, como siempre.

Le encuentra enseguida un sitio en el bolso al llavero de cactus que le he regalado y, al volver a la cama, mira la taza con forma de bola navideña la que la hace sonreír.

—¿Has encontrado otra! Gracias. ¡Es preciosa!

—De hecho, se la compré a Marguerite. Cuando le dije que era eso o esperar a que se la robaras, ¡me pegó! Y me estafó. Cien dólares, ni más ni menos.

—Dios mío, ¿has pagado cien dólares por esta taza? Voy a tener miedo de usarla, ¿lo sabías?

—Será mejor que la uses todos los días, cariño. O te la quitaré.

—¿Qué malo!

—Solo lo soy unas tres veces al día. En turnos de ocho horas. ¿Quieres que te cuente un secreto?

Ella asiente, feliz y sublime.

—Has dejado el mejor regalo para el final.

Siana se abalanza sobre él y rompe el papel de regalo para revelar una preciosa caja de madera.

—¿Por qué no me has dado todo esto antes? —pregunta abriendo la cerradura de bronce.

—Quería dártelos en privado. No sabía si te gustarían y...

—No querías verme decepcionada delante de todos. ¿Cómo has podido pensar por un segundo que no me gustarían, Knox? Todos estos regalos me los has comprado con todo tu cariño y tienen una historia. Una historia que ambos conocemos. El reloj que me hizo llegar tarde cuando me dijiste que fuera puntual, el pequeño cactus que escondiste en tu escritorio para no romperlo. Los donuts, la esmeralda, todo eso es magnífico. Es demasiado, pero es un gesto precioso.

—Abre la caja, Siana —le ordeno, antes de que vuelva a subirme a un pedestal.

Ella lo hace, y sus chillidos se vuelven casi alarmantes.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! ¡Me has regalado uno de *Los nenúfares*! ¡Un Monet! ¡Y es real, lo sé! ¡Joder! ¡Madre mía! Aléjalo de mí inmediatamente! —ordenó.

—¿No te gusta? —digo, con el corazón en la garganta mientras cierro la pequeña caja.

—¿Estás de broma? ¡Es precioso y estoy a punto de llorarle encima, Knox! ¡Soy un monstruo! ¡Voy a arruinar una obra maestra! ¡Joder, joder, joder!

Se estira en la cama como una estrella de mar, entre jadeos. Me arrojo a su lado y la miro, con una sonrisa en la cara y el pulso acelerado.

Esta mujer y sus emociones... me pone de los nervios.

—¿Debería llamar a emergencias?

—Tal vez sí. ¿Estoy en el cielo? ¿Eres Dios?

—No, no soy Dios.

—¿Entonces sigo viva? ¿No congelada en el bosque como un cubito de hielo, ansioso por comerse unos donuts, y tú no eres la luz al final del túnel?

—No, estás vivita y coleando, Siana.

—Pero no me he ganado todos estos regalos. He gritado y te he dicho cosas horribles.

—Merecidísimo, también te digo.

—No es verdad. ¡Y ahora me das un regalo que cuesta millones! Creo que me está dando un infarto.

—No digas tonterías. Es más, esta pintura es de mi colección personal. Lo conseguí por una cantidad ínfima en una subasta en una pequeña ciudad al otro lado del país. Bueno, eso me lleva al asunto de tu piso... Voy a tener que instalar una cerradura de seguridad en tu casa.

—¡Y en mi habitación! Voy a colgarlo frente a mi cama para poder admirarlo todos los días. Bueno, cuando haya quitado mi cuadro principal: el Papá Noel zombi. Aun así, *Los nenúfares* son mucho más bonitos.

—Me alegro de que te guste, cariño. Pero ahora tenemos que prepararnos. Tenemos un largo camino por recorrer.

—¡Y tanto que lo tenemos! ¡Mis padres se van a poner muy contentos, Knox!

Antes de levantarse, salta de nuevo a mis brazos para darme un beso, y luego se arregla en apenas cinco minutos. Se pone unos *leggings* verde elfo, un jersey rojo y unos calcetines navideños. Está más colorida que nunca. Cerramos las maletas, apago la luz detrás de nosotros y acerco el coche al porche para meterlo todo en el maletero.

—¿Qué pasa? —rechista Marguerite, que aparece en bata, despeinada y con cara de enfado.

—Voy a despedirme de Ángel —se sonroja mi Siana, bajando la mirada.

—Siento haberte despertado, abuela. Siana y yo nos vamos. Me la llevo de vuelta a Nueva York.

—Pero... creía que os lo habíais pasado bien, Knox.

Su voz se quiebra un poco, y me hace sentir el peor hombre del mundo. He herido sus sentimientos, justo cuando pensaba que se sentiría aliviada.

—Nos lo hemos pasado muy bien, no te preocupes. Es solo que a Siana también le gustaría pasar la Navidad con su familia, ¿sabes?

—Claro que sí...

—¿Pero?

—Nada de peros, Knox. Ya veo que la quieres, y por la gente a la que queremos, a veces estamos dispuestos a irnos en pleno invierno, a las cinco de la mañana, porque una mujer que adora a su familia está lejos de la suya. Buen viaje, y avísame cuando llegues. México no está a la vuelta de la esquina.

—¡Abuela!

Me dedica una sonrisita divertida y se sienta en su sillón.

Camino por el pasillo hacia la habitación de Ángel para decirle a Siana que estoy lista, y entonces los sorprendo a los dos hablando. Me apoyo en la pared de fuera de la habitación y sonrío, emocionado.

—¿Prometes cuidar bien de tu molde, cariño?

—Te lo prometo, Siana.

—Muy bien. Porque, ya sabes, solo tienes uno, y tienes que quererlo a toda costa, con independencia de que no sea perfecto, y también aunque no sea como los demás moldes. Quiérello aunque intenten hacerte creer que hay que cambiarlo. Créeme, nunca es buena idea hacer caso a los demás. Quiérete tal y como eres, Ángel. Esa es la mejor versión de ti.

Ella se inclina sobre su cama para darle un beso, y él le rodea el cuello con los brazos para mantenerla cerca.

—Nos vemos en Halloween, ¿no?

—Nos vemos entonces, sí.

—Mientras tanto, sé amable con Marguerite, pero un poco menos amable con tu papá. Se merece una crisis preadolescente.

Se ríe entre dientes. Aún no estoy seguro de que entienda todo lo que dice.

Cuando Siana se pone en pie, me doy cuenta de que la he estado espiando, así que me escondo en la cocina a oscuras, y cuando llega al salón, es Marguerite quien la pilla por banda.

—Siana...

—Oh, hola, supongo. Siento haberla despertado, y siento llevarme a Knox lejos de usted. Sé que no es lo ideal, pero...

—No, está bien. Ya os hemos quitado bastante tiempo y paciencia. Creo que está contento de irse. Nunca le ha gustado estar aquí.

—Sabe por qué, ¿no?

—Sí, lo sé.

—Haga que se sienta como en casa aquí la próxima vez, y estoy seguro de que estará feliz de quedarse. Usted es su familia. Quiérole y apóyele todo lo que pueda, porque se lo merece.

—Sé que se lo merece. Igual que se merece haberla encontrado en su camino, Siana. Cúdelo. No es fácil vivir con él todos los días, pero le viene de familia.

—Le tomo la palabra —se ríe.

Las dejo hablar unos minutos, mientras tecleo un correo electrónico para el trabajo. Cuando por fin salgo al salón, tengo un nudo en la garganta.

—Venga, cielo, hay que irse —digo abrazando a Siana.

Nos despedimos de mi abuela y subimos al coche. La calzada está despejada y las carreteras también, y pronto llegamos a la autopista. Siana está tan emocionada que saca el móvil y se pone a cantar villancicos.

No puedo creer que me vaya a quedarme preso en esta fiesta navideña para toda la eternidad...

—¡He recibido un correo electrónico! —exclama.

—¿Y bien?

—No sé, tú me dirás, es tuyo. ¿Me has escrito?

—Bueno, casi. Más bien a toda la empresa.

—Knox...

Su voz es suave, agradable y está llena de emoción.

Entonces empieza a leer mi mensaje, y me sonrojo. Me muero de vergüenza por haber escrito esas cosas, por haber mostrado a tanta gente que hay un ser humano detrás del monstruo que creen que es su jefe.

—Queridos empleados...

La voz de Siana vacila un poco.

—Hace siete años que nos conocemos, siete años que intento infundiros miedo. Siete años en los que me habéis visto miraros por encima del hombro y daros órdenes sin daros nunca las gracias. Pero eso se acaba hoy. Gracias. Y lo digo de forma sincera. No hace mucho me recriminaron que os exigía sumisión total y un respeto inquebrantable, sin daros nunca nada a cambio, y eso no es justo. Quiero que sepáis que si estáis en mi plantilla es porque os he elegido y confío en vosotros, aunque nunca lo diga. Así que gracias por todos los años, meses y días (esto va por ti, señorita Cactus) que habéis pasado a mi lado. Espero que paséis unas fiestas maravillosas, porque os lo merecéis. Y cuando volváis al trabajo, puede que deje ese maldito árbol hasta el treinta y uno de enero, solo para compensar todos estos años en los que no he admitido ni un solo adorno. Y puede que el árbol del año que viene sea aún más bonito, esté aún más decorado, y brille aún más, para que los días a mi lado sean algo más llevaderos. Pero, por favor, ¡no volváis a pedir adornos con forma de salchicha, por el amor de Dios! Atentamente, Knox Sullivan.

Siana pone una alegre música navideña y me mira con los ojos brillantes.

—¿Qué pasa?

—Les has dado las gracias.

—Me dijiste que lo hiciera.

—No, te dije que deberías avergonzarte de haberlos tratado como lo hiciste —precisa.

—Pero tenías razón, Siana. No he sido justo ni con ellos ni contigo. Siempre he tratado a todos como traidores y enemigos potenciales, y eso que ellos nunca me han dado la espalda, y tú eres la única que se ha atrevido a gritármelo.

—Siempre estoy disponible cuando se trata de gritarle a la gente. Es mi pasión.

Me río, y el resto del camino estamos en perfecta armonía, mi mano sobre la suya y su bonita boca cantando horriblemente mal.

—Oh, ¡tengo que ir a mi piso a recoger los regalos de mi familia! —exclama Siana cuando llegamos a Nueva York.

Conduzco hasta su apartamento, y después de subir, vuelve y deja montones de bolsas los asientos de atrás, y luego seguimos apenas un kilómetro hasta la casita de sus padres. Es más que modesta, pero está tan adornada que la luz amenaza con secarme las córneas.

—Muy elegante —mascullo mientras pongo los ojos en blanco.

—¿Has visto? Es precioso. Algún día tendré un jardín y lo decoraré tanto como ellos.

—Cariño, como decores el exterior como sueles hacer con los interiores, vas a tener que pedir un préstamo al banco.

—¡Oye!

Me saca la lengua y salimos del coche. Los copos de nieve se arremolinan a nuestro alrededor.

—Mis hermanos viven ahí, ahí y más allá —dice señalando unas cuantas casas con el dedo índice—. Soy la única que se ha mudado, y no a todos les ha gustado.

—Vives a diez minutos a pie. A un minuto en coche.

—Eso es demasiado para mis padres.

Ella suelta una risita, aunque habla en serio, y yo cojo todas sus maletas para que pueda descansar tranquila. Con cuidado, me coge del brazo y subimos por un camino diminuto y bien cuidado antes de plantarnos en la puerta.

Hay al menos una docena de gnomos observándonos. Esta extraña costumbre debe de ser

hereditaria.

—Bueno... Quiero desearte una maravillosa Navidad, Siana. Me ha encantado... pasar los últimos días contigo, y espero que me perdones por cualquier mal que haya hecho. Nos vemos pronto.

Sonríó y le beso la mejilla, pero ella gruñe y se aferra a mí.

—¿No quieres pasar las Navidades conmigo?

—Claro que quiero. Es lo que más me apetece ahora mismo, pero estamos en casa de tus padres y quizá necesites estar a solas con ellos.

—Cariño, la Navidad no es una época para dejar de lado a los demás. Ven conmigo, te presentaré a todos y verás lo que es estar con tu familia.

—Está bien...

Mierda. ¿Por qué de repente estoy tan nervioso? ¿Por qué siento que no soy lo suficientemente bueno? Dios...

—Relájate, les vas a encantar, Knox.

—No, ¡qué va! No soy muy agradable de primeras. Ni de segundas. ¡No suelo serlo a ojos de nadie, Siana! No creo que sea buena idea que conozca a tus padres. Me odiarán. Todo el mundo siempre me odia. Incluso tú.

—Relájate. Vamos a ser *zen*...

—¿*Zen*? Ni siquiera sé lo que significa eso. Estoy tan...

Estoy a punto de tener un ataque al corazón, pero ya es demasiado tarde. La puerta se abre y aparece un hombrecillo de pelo gris y bigote poblado.

—¡Princesa! —grita—. ¡Dios mío!

—¡Qué sorpresa!

Luego ella abraza a su padre, que también le pone ojillos de sapo.

La señora Pérez corre al oír los gritos y los abraza con todas sus fuerzas, entre gritos. Es una mujer corpulenta, con el pelo blanco y las mejillas sonrosadas y rebosa alegría de vivir. ¡Una maravilla!

—¡Siana está aquí, chicos! —grita.

Se la llevan adentro, y yo apenas me atrevo a entrar, y me siento como un extraño.

—Knox, ¡vamos! —insiste, mirándome mientras sus padres la apartan de mí.

Respiro hondo y finalmente los sigo hasta un salón, un comedor y una cocina mucho más decorados que el piso de Siana. No creía que fuera posible. Hay tantas luces intermitentes, lentejuelas y renos que me siento extrañamente observado. Sobre la mesa, las botellas de alcohol están rodeadas de fundas aislantes en forma de jerséis de elfos, y los vasos están en pequeños trineos rojos de hierro forjado. Los platos, rojos por supuesto, sostienen servilletas verdes, y los cubiertos están atados con un cordel marrón que también sujeta unas cuantas ramas. Hay un montón de tarros iluminados de nieve falsa brillante, que proyectan bonitos reflejos hacia el techo, como pequeñas estrellas que bailan e iluminan la habitación.

No pienso mencionar los tres árboles de Navidad que abarrotan la habitación y ocupan la mayor parte del salón. Hacen que a Siana le brillen los ojos, pero casi no le da tiempo de empaparse del ambiente, de la música festiva, de la mesa cuidadosamente puesta o de los adornos que tanto le gustan.

Sus tres hermanos la abrazan en cuanto entra en el salón, y ella besa a cada uno por turnos, contentísima.

Nunca pensé que algún día sería feliz. Pero al verla tan radiante, acompañada de sus seres

queridos, así es como me siento.

—Bueno, chicos, este es Knox.

Tiene las mejillas sonrojadas y probablemente se esté preguntando si puede contar nuestra historia, pero tiene miedo de avergonzarme.

—Mi jefe —decide.

Le sonrío, conmovido por ese acto reflejo lleno de amor, aunque no creo que engañe a nadie. Los tres hombres me miran con un aire ligeramente superior, lo que me hace darme cuenta de que no es muy agradable que te miren así. Y, sinceramente, me siento un poco incómodo e intimidado, porque sé que si piensan algo malo de mí, Siana podría hacerles caso. Su opinión parece importarle mucho. Y, sin embargo, tienen los jerséis más feos que he visto nunca. Uno es marrón, con unos adornos que imitan el cuerpo de un hombre de jengibre, el otro es verde con una ristra de luces que parpadea de verdad y el último... Dios mío, el último tiene a un Papá Noel desnudo tumbado delante de una chimenea, con un gran regalo alrededor de la entrepierna.

Empiezo a entender por qué Siana me eligió. Todos en esta familia tienen mal gusto, es una locura.

—Knox, estos son mis hermanos, Fernando, Mateo y Rodrigo.

Fernando se acerca para darme un abrazo, pero Siana se ríe y dice que eso no es lo mío. Es más, Mateo y Rodrigo empiezan a insultarle y a recordarle que el día que Siana les presente a alguien, primero tienen que amenazarlo y luego ya se ve si pueden ser amigos. La situación me hace reír.

—Estas son sus mujeres —continúa mi latina sin parar de andar— Malia, Jenny, Riley. Y estos son mis padres, Carmen y Manuel, con esa sonrisita de no tramar nada bueno. Y mi abuela... Estará en la cocina.

Todos nos volvemos hacia la habitación en cuestión.

—¡Abuelita! —grita Siana.

—Está un poco sorda —ríe su madre.

—No puedo ir a la cocina de sorpresa. Es lo que le falta para que le dé un infarto. Puede que me pegue con un trapo de cocina. O que me lance la zapatilla.

La abuela nos mira por fin, después de terminar de fregar los platos, y cuando ve a Siana, se le ilumina el rostro. Lleva el pelo rosa en una permanente, y en él asoma alguna que otra lentejuela. Viste un jersey verde al que ha cosido a mano una guirnalda roja y bolitas en forma de tacos.

Se gira hacia nosotros, con una silla decorada como si se hubiera estrellado contra el taller de Papá Noel, y Siana se inclina para besarla. El abrazo es largo, cálido y rebosa cariño.

Con destreza, se coloca los audífonos en las orejas y, cuando Siana se endereza, me mira como si me juzgara, lo que me incomoda. ¿Se da cuenta de que soy gilipollas? ¿Y que me he acostado con Siana aunque no estemos casados? ¿Y de que tengo pensamientos impuros sobre mi preciosa latina, justo ahora, cuando se inclina sobre mí como para abrirme el apetito?

Sí, estoy seguro de que lo sabe.

Siana retrocede un poco para acercarse a mí y nuestras manos se rozan. Su calor me tranquiliza, me calma, así que vuelvo a sonreírle mientras se me relaja el pulso.

—Abuelita, este es Knox, mi jefe. Knox, esta es María Consuelo, mi abuela.

—¿Tu jefe, cariño?

Su acento cadencioso está lleno de picardía y duda.

Levanta las cejas y toma su mano entre las suyas para mirar el anillo de esmeralda que le

regalé.

—Muy buena elección, mi niño. Este verde va de maravilla con los ojos de mi nieta.

—¿Cómo sabe que se lo he regalado yo? —me sonrojo aún más.

—Los ojos de un hombre nunca engañan sobre sus sentimientos, y tú miras a mi nieta como si fuera una diosa. Bienvenido a la familia, hijo.

Me abre los brazos, así que, rígido y torpe, la estrecho un segundo.

—¡Vamos a comer! —exclama Manuel.

—Pero papá, ¡primero tenemos que abrir los regalos! Tu estómago puede esperar unos momentos.

—Las empanadas no tienen por qué esperar —gruñe.

Pero no puede negarle nada y, al ver su cara de tristeza, suspira y se da por vencido. Todos van al salón a desenvolver sus regalos. Siana está mimada. Toda la familia está mimada. Al ver que estoy de pie al margen, observando a Siana con placer, María Consuelo me da a escondidas una miniempanada, que me como después de guiñarle el ojo. Se ríe mientras se abanica con las dos manos y luego se ocupa de sus regalos.

Cuando todos los paquetes están amontonados a su lado, Siana se levanta del sofá y salta a mis brazos. La saludo con un placer inconcebible y la beso con todas mis fuerzas. De pie junto a los sofás, no paso precisamente desapercibido con este mujerón en brazos.

—Todo el mundo nos mira —murmuro.

Siana suelta una risita y me empuja hacia el pasillo.

—Cariño, estoy triste —suspira, haciendo pucheros—. Debería haberte guardado un regalo para que tuvieras algo que abrir para la comida. ¡Jo, qué rollo!

—No es nada, de verdad. Tengo todo lo que necesito para ser feliz.

—¿Y qué es eso?

—Darte la Navidad de tus sueños aquí con tu familia.

—¡Pero no tienes nada que abrir!

—Bueno, ¿sabes qué? Cuando vayamos a tu casa más tarde, te pondrás tu camisón blanco y diremos que eres mi regalo de Navidad.

Ella se sonroja, sus ojos brillan con mil estrellas y promesas, cada una más caliente y tentadora que la anterior.

—Es una buena idea, Sr. Sullivan —dice.

—Yo también lo creo. ¿Por qué no nos vamos ahora?

—Si te escapas antes del postre, mi abuelita te perseguirá y te pegará. Se enfadará mucho si te atreves a menospreciar su comida.

—¡Eso nunca! Habrá que honrar la comida de María, antes de...

Permanezco en silencio, mis labios se posan en su cuello y se deslizan lentamente hacia su mandíbula, luego hacia su boca. Mis manos, firmemente atadas a su cintura, suben lentamente hasta su pecho, pero entonces escuchamos una tos áspera a nuestro lado.

Los tres hermanos de Siana y su padre nos observan, molestos.

—Nada de sexo antes del matrimonio —reniega el señor Pérez.

—Por supuesto —digo, intentando parecer sincero.

—¿Crees que va a esperar tanto? —ríe su mujer.

—Ese hombre mira a Siana como si estuviera hecha de caramelo y él muerto de hambre. A mí me da que...

—¡No sigas por ahí, abuelita! —chilla Siana.

Siana se ríe y ordena a todos que vayan a la mesa. La comida es fascinante. Todos hablan, todos beben, todos acaban cantando. En cuanto pueden dedicarle un momento a Siana, su familia le pregunta si está bien, si se encuentra mejor, porque ayer se disgustaron mucho al verla llorar. Y me reconforta saber que si algún día le hago mucho daño —y espero sinceramente que eso no ocurra nunca—, al menos tendrá a toda esa gente para consolarla. Cuando la abuelita trae el postre después de horas de alegría, nos envuelven mil gestos de afecto y cariño. Y así pasa el día, entre risas, diversión y amor.

Cuando cae la noche y llevo a Siana a casa, lo único que quiero es tenerla contra mí. La acaricio, la beso, la aprieto contra mi duro sexo en cuanto nos quedamos encerrados en el ascensor. La forma en que me pasa las manos por el pelo y gime sensualmente mi nombre me vuelve loco.

En cuanto se cierra la puerta de su piso, la cojo en brazos y la llevo al dormitorio, donde la noche se convierte en día en tan solo un instante. Un instante en el que no hago más que descubrirla, besarla, admirarla. A pesar de estar agotada, extenuada, sigue siendo la mujer más bella que he visto nunca, y es también la razón por la que late mi corazón.

Un regalo hecho para mí.

La mejor Navidad de mi vida.

Epílogo

Knox

Sentado en el sofá del piso de las chicas, con las córneas doloridas por la sobredosis de adornos que supuestamente van a durar hasta el catorce de febrero, acaricio el pelo de Siana, que descansa con la cabeza sobre mis muslos.

Se le escapa un gruñido zombi y endereza un poco la cabeza.

—Me siento como una señora mayor, Knox.

—Pues eres la señora mayor más guapa de la historia.

—No, en serio, ¿has visto mis ojeras? Me llegan hasta el culo. No tengo edad ya para una fiesta de Navidad tras otra. O para pasarme toda la noche haciendo el amor...

Luego frunce el ceño, lo que me hace reír.

—Mira tú, la muy hipócrita. Te recuerdo que la mitad de las veces que lo hemos hecho, tú lo has iniciado, cariño.

—Tengo una buena excusa, ¡eres irresistible! Tú, en cambio, podrías haberme dicho que me fuera a dormir.

—En primer lugar, nunca obedeces mis órdenes y, en segundo lugar, ¿cómo demonios se supone que voy a resistirme a ti? Eres una maldita adicción, Siana, y como todas las adicciones, necesito mi dosis o me entra el mono de ti.

Se incorpora, toda seria, y me giro para abrazarla.

—Te quiero, Siana. Y cuando quiero a alguien, no tengo límites. Y menos una noche entera en la que puedo pasarme horas saboreando cada centímetro de tu cuerpo. ¿Sabes para qué sirven las vacaciones?

—No, no lo sé.

—Para dormir todo el día después de hacer locuras con tu cuerpo.

—No estoy segura de que las vacaciones se inventaran para eso —se ríe entre dientes.

—Probablemente tengas razón, pero eso es lo que me gusta creer. Ahora, ¿por qué no nos preparamos?

—Oh, sí, ¡venga! ¡Estoy tan emocionada!

—¿Por qué estás emocionada?

—Porque es nuestra primera vez, Knox. Nuestra primera Nochevieja.

Se sonroja. ¿Cómo puede estar tan guapa así? ¿Sin quererlo, sin buscarlo? Me tiene a sus pies, maldita sea. Me enamora, con cada palabra dulce, con cada sonrisa. Me tiene a-sus-pies.

Siana desliza su mano entre las mías y nos levantamos.

Yo me he puesto uno de mis elegantes trajes y ella lleva un precioso vestido negro que deja ver su tez y un *smokey eye*¹ que se supone que oculta sus ojeras. No sé dónde cree haber visto el menor rastro de ojeras. Está tan guapa como siempre.

Nos volvemos el uno hacia el otro mientras las cámaras de televisión enfocan Times Square, donde ha comenzado la cuenta atrás para Nochevieja.

Diez, nueve, ocho, siete, seis...

La miro. Ella también cuenta los segundos. Para ella, son un símbolo. Se supone que empezar un nuevo año con alguien a quien quieres trae buena suerte. Personalmente, cada

minuto que paso con ella es suficiente para mí.

Esta noche la he llevado a cenar a un restaurante con estrellas Michelin, la he hecho bailar en medio de las calles de Nueva York y ahora estamos de vuelta en casa. Se ha dormido encima de mí durante al menos una hora, antes de que la despertara poco antes de medianoche. Sí, definitivamente es una señora mayor, pero es mi señora mayor.

—Cinco, cuatro, tres... —continúo.

Dos, uno...

—¡Feliz Año Nuevo, Knox! —susurra, con lágrimas en los ojos y una sonrisa sublime en la cara.

—Yo también le deseo un maravilloso Año Nuevo, señorita Sapo.

Me inclino para besarla, pero me da un golpe en el pecho.

—¡Oye! ¿Esas son tus primeras palabras? ¿Insultos! ¡Pues estamos listos!

Suelto una carcajada y la acerco más para que no se separe de mí.

—Lo siento. Pero no es un insulto. Sabes que me encanta cuando todas tus emociones brillan a través de tus ojos.

—Ah, bueno...

Y es entonces cuando por fin recibo mi beso de Año Nuevo.

Su lengua acaricia la mía, sus manos rascan suavemente mi pecho y hacen que mi alma se estremezca.

—No te imaginas cuánto te quiero, Siana —susurro contra sus labios.

—Yo también te quiero, Knox. Pero no vuelvas a llamarme señorita Sapo, por el amor de Dios —protesta.

—Vale, ¿pero cómo voy a llamarte entonces? ¿Mi sapito?

—¡No, mi ranita!

—Señorita Sublime.

—Eso suena un poco pretencioso —se ríe.

—¿Y qué piensas de señora Sullivan, entonces?

Siana se congela en mis brazos y sus manos tiemblan contra el cuello de mi camisa.

—Knox... ¿Estás...?

Le pongo un dedo en la boca y sonrío ampliamente.

—¿Sabes una cosa? No he dicho nada. No he dicho nada. No volvamos a hablar de ello hasta que haya encontrado el anillo perfecto.

—¿Estás de broma? —balbucea contra mi dedo.

La suelto.

—Tenemos que hablar de esto. Tenemos que hablarlo, porque es... ¡Dios mío! Me estoy convirtiendo en la señorita Sapo —gime.

—No pasa nada, amo a mi señorita Sapo. Me encanta todo de ti, Siana. Y sé que dije que no íbamos a hablar más de ello, pero por favor, dame tu respuesta. Ahora —le ordeno mientras nos dejamos caer en el sofá.

—¿Qué? ¿Me estás hablando a mí? ¿Me estás hablando a mí? No te oigo, ¡qué raro!

—¡Siana!

—¿Qué?

—¡Dame una respuesta! ¡Deja de torturarme, por favor!

—¿Seguro que quieres oírlo?

—¡Por supuesto que sí! —protesto—. Dime... Bueno, dime si te gustaría casarte conmigo.

—Sí, Knox. Claro que me gustaría.

Ella sonríe y hace que mi corazón lata a mil por hora. Y aunque está oscuro y ella está cansada, nunca la he visto brillar tanto como ahora. Mi sol. Mi mundo. Mi mujer.

¹ *N de la T.* Técnica de maquillaje que tiene un efecto *ahumado* en los ojos.

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
[@cherrypublishing_esp](https://www.instagram.com/cherrypublishing_esp)
Sigue también a la autora:
[@lil_evans_loves_books](https://www.instagram.com/lil_evans_loves_books)

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Ilustración de la portada: Keti Spirkoska